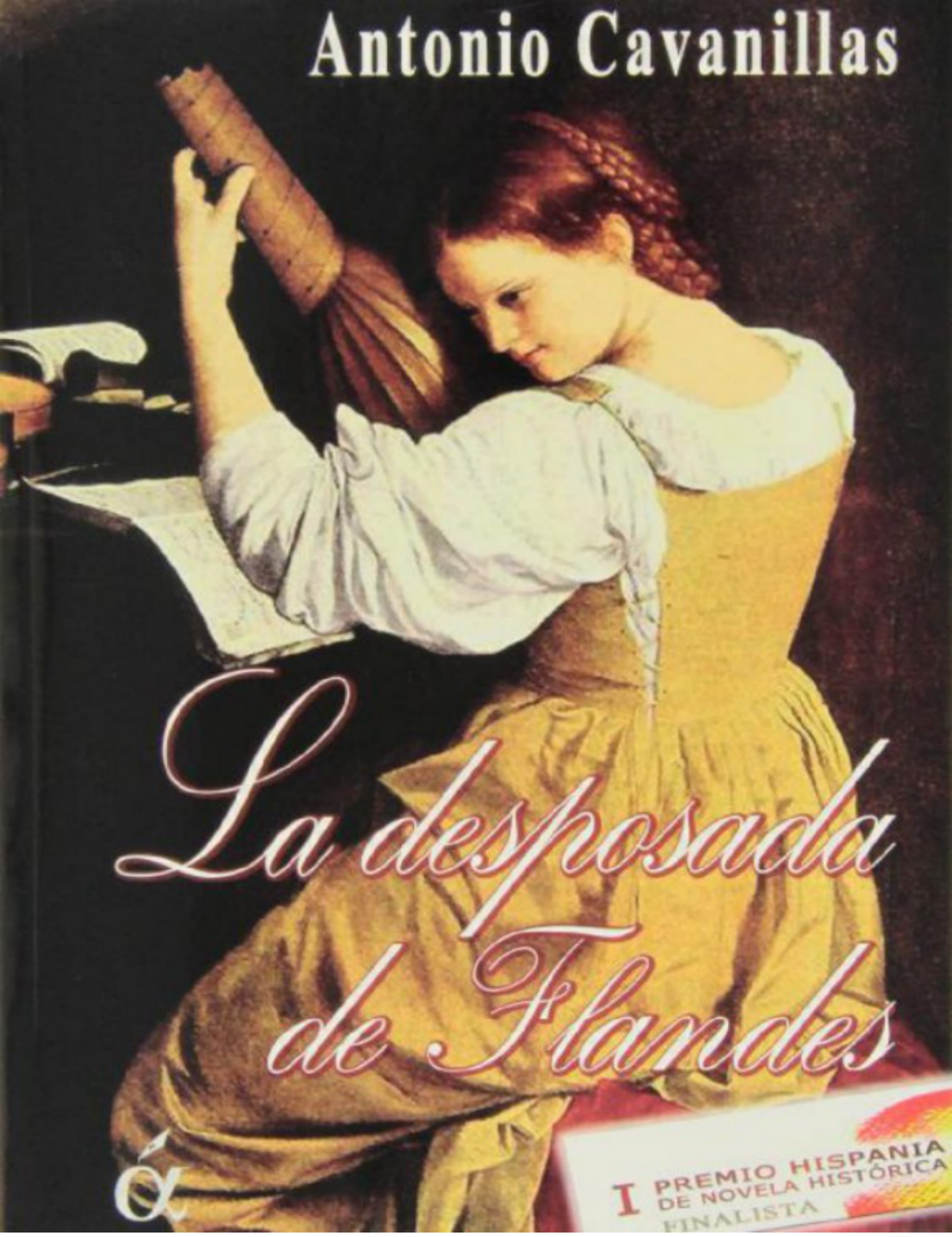
Antonio Cavanillas



La desposada de Flandes

I PREMIO HISPANIA DE NOVELA HISTÓRICA
FINALISTA

Isabel de Austria, reina de Dinamarca, Suecia y Noruega, fue la más inteligente y cultivada de las hijas de Juana de Castilla, *Loca*para muchos, y de Felipe el *Hermoso*. Ella es *La desposada de Flandes* que, con trece años, encaró su destino entre las brumas bálticas para ser la mujer de Christian II, lograr enamorarlo, apartarlo del adulterio con Dyveke, su bellísima amante, y convertirse en la más amada y venerada de las reinas danesas. Con elegante y refinada prosa, el autor narra las vicisitudes de su boda, la vida en una corte nórdica, el asesinato nunca esclarecido de Dyveke, la pérdida del trono, su exilio en el Flandes que la viera nacer, la lucha por recuperar la Corona y su trágica muerte en plena juventud.

Por primera vez en nuestro idioma se habla de Isabel de Austria, de aquella niña de frágil apariencia que, por amor, desafió al destino y a su propia familia, los Habsburgo, atreviéndose a comulgar bajo las dos especies en aquel siglo intolerante.

Antonio Cavanillas

La desposada de Flandes

Primera edición; noviembre de 2013

© Altera 2005, S. L., 2013
© Antonio Cavanillas, 2013

ISBN; 978-84-941458-2-7
Depósito Legal: M-24776-2013

Ediciones Altera
Bravo Murillo, 79
28003 Madrid
libros@altera.net
www.altera.net

Diseño de cubierta: Luis C. Folgado de Torres
Corrección ortotipográfica: Mª del Mar Martínez-Navarro
Impresión: E-impresión Hispania

Quien no ama es como quien no nace.
Isabel de Austria

Prólogo

Isabel de Austria fue la tercera hija de Juana la Loca y Felipe el Hermoso. Muy amada de su hermano Carlos, el primogénito y futuro emperador, fue junto a Leonor su compañera de juegos infantiles en Malinas. Es tenida como la más inteligente de los seis hermanos y quizá de todos los nietos de los Reyes Católicos. Casada con Christian II de Dinamarca, pocas reinas danesas han sido más amadas por su pueblo a pesar de su corto reinado. Su trágica desaparición y el hecho de haber abrazado la Reforma supuso una violenta conmoción para la Casa de Austria y la monarquía hispánica Es comprensible: la hermana favorita del paladín de la Contrarreforma, del vencedor de los herejes de la Liga de Esmalcalda en Mühlberg, comulgando con la fe de Lutero… El dolor que provocó su muerte en los Habsburgo debió de ir acompañado de un suspiro de alivio.

La desposada de Flandes narra la vida de aquella mujer excepcional que, por amor, desafió al mundo y a su propia familia. Se trata de un relato —por primera vez en idioma español— que pretende rescatarla del olvido que provocó la intolerancia y devolverla al lugar que merece en la historia.

I

Castillo de Kalundborg, Selandia.
Atardecer del 6 de julio del año del Señor 1558

El sol se pone al fin, como mi vida, en un lento crepúsculo tintado en bermellones y violetas. Son los días largos, cuando la claridad se manifiesta hasta la media noche dejando un resplandor iridiscente sobre el mar, por detrás de la isla de Sejerö. Junto al astro rey se van también la brisa y su suave murmullo al mover las copas de los árboles. El aire se sublima igual que esos insectos atrapados en el alma del ámbar, las nubes se detienen y las garzas reales anidan entre los matorrales de la costa, protegidas del viento, en sus nidos de siempre. Hay cigüeñatos intentando volar en la torre más alta del castillo: fortalecen las alas para el gran viaje al sur del final del verano. La tierra está encharcada del último aguacero: huele a mar, a salitre y al aroma especial que la lluvia ha dejado en los campos. Oigo los silenciosos pasos de Aerluf, mi criado y confidente, que viene a ofrecerme la vespertina copa de aquavit sin la que soy incapaz de conciliar el sueño. Se trata del mejor licor de todo el reino, hecho en Aalborg condensando el alcohol obtenido al destilar la patata, el curioso tubérculo que los españoles trajeron de sus Indias y que, en tan sólo cuarenta años, se ha hecho imprescindible en Dinamarca. Lleno a rebosar la veneciana copa de cristal y pido al servidor que deje la botella. Una noche más consolaré mis penas en brazos de Morfeo.

Por complicada y larga, me pesa la existencia. No tengo amigos de mi edad ni me quedan testigos. Una amargura mustia rodea mis tristes días: ella cumpliría cincuenta y siete años en estas fechas llenas de sol y vida. Isabel amaba la claridad de las jornadas largas: despertares azules, mañanas alborozadas y calientes, levedad del aire en las tardes de longitud perpetua, tamizadas luces del crepúsculo, noches frescas, silentes y habitadas de estrellas. Hubiese querido fenecer al perder a mi mujer, hace ya tanto, pero el hombre propone y el hado traza. Sólo se valoran las cosas cuando faltan: ¿quién me iba a decir que aquella niña escuálida de apenas catorce años, con la que conviví tan sólo diez, llenaría mi existencia?

Acertar en la elección de esposa es vital para un rey, y en este punto me considero el más afortunado de los hombres. Sueño con ella, con su piel satinada tan blanca como su alma, aquellos ojos de color avellana tostada, celadón líquido, la boca de labios rojos y carnosos, el gesto amable, la nariz levemente respingada en la punta y el mentón partido por un mágico hoyuelo. Su melena era castaña clara, larga, tan distinta de las blondas que se ven por el norte, un castaño asilvestrado, húmedo, como recién lavado o impregnado de alguna untura mágica. Cecilia, la camarera flamenca que se trajo con ella para sus desposorios pasaba largos ratos almohazándola, incansable, la mirada perdida, lo mismo que los mozos de cuadra cuando admiran a las yeguas de raza. Adoraba sobre todo sus manos, finas, estilizadas, de gitana andaluza. Nadie pudo decir que fuese rotundamente bella, pero, como los vinos buenos, mejoraba con el paso del tiempo, se asentaban sus posos y sus carnes. Recuerdo su risa cantarina, su talante discreto, el humor a mitad de camino entre Castilla y Flandes y su ingenio vivaz. En cuanto a lo sensual, predominaba en ella el ardor español antes que la frigidez de su mitad alemana y flamenca. Ysabeau, Isabel, Elisabeth, Ysa, como yo la llamaba: ¿dónde estás, mi amor? Sólo puedes morar junto al Señor, muy cerca de Él. Si anhelo ya la muerte es para verte, para besar tus manos otra vez, para amarte libre al fin de ataduras y de pesares miserables.

Quien os habla es Christian, rey que fuera de Dinamarca y Noruega, segundo de su nombre. Fui también una vez monarca sueco, pero aquello pasó. Soy un rey prisionero, sin corona, pues me fue arrebatada por mi propio tío. Para algunos, demasiados quizá, soy hombre cruel, para otros un hereje y para el resto un varón sin fortuna. Todos tienen su parte de razón: cruel como autor del *baño de sangre* de Estocolmo, hereje al unirme a la Reforma de Lutero y sin suerte al perder un reino, una amante y una esposa. Añadiré de mi cosecha que soy un hombre solitario, triste y viejo. Cuando ella vivía era un tipo risueño, de nariz grande, cabellera entrecana rizada en bucles sobre los hombros, cejas pobladas protegiendo unos ojos pequeños pero vivos, boca menuda y barba espesa. Hoy, si me miro al espejo, veo un despojo humano: un ser triste y escuálido, de pómulos salientes, luenga barba y mirada azul aunque sin brillo.

Mi padre fue el rey Hans, hijo del rey Christian I, y mi madre la reina Cristina, hija del príncipe elector Ernesto de Sajonia. Nací en el castillo real de Nyborg el 14 de julio de 1481. De mis ancestros sólo conocí a mi abuela paterna, la reina Amalia Brígida, pues mi

abuelo Christian falleció el año de mi nacimiento. Mis abuelos sajones vivieron algo más, pero nunca pude verlos pues no salieron de Dresden o de Leipzig, ciudades donde alternaban su corte. Amalia Brígida fue mi segunda madre hasta su muerte, al cumplir yo quince años. Era dulce y me daba todos los caprichos. Para eso están las abuelas, dicen. Lo que más agradecía era oír de su boca sus muchas experiencias y viajes. Varias veces me contó que, en 1474, se dirigió a Italia para peregrinar a Roma y visitar en Mantua a su hermana, Bárbara de Brandemburgo, casada con el marqués Ludovico Gonzaga.

—¿Cómo es Italia, abuela?

Me enseñaba en aquellos momentos la jaula de los pájaros llena de mirlos, garcetas, calamones y una pareja de cuervos del lejano Indostán, macho y hembra, capaces de articular palabras. Pensó antes de contestar.

—Italia es un lugar maravilloso —aseguró entornando los ojos —. Allí nace la luz, brillan los colores del arco de la lluvia y moran los olores.

—¿Y Roma? ¿Cómo es Roma? —pregunté.

Me explicaba la grandeza de la vieja capital del Imperio y la belleza del templo de San Juan de Letrán, donde moraba el Papa.

—¿Estuviste en Venecia?

—Recorrí con tu abuelo el norte de Italia: Venecia, donde nos acogió el dux Pietro Mocenigo obsequiándonos con un bello concierto polifónico; Padua, cuya escuela de medicina visitamos igual que el templo de San Antonio, donde oramos; Bolonia, que nos mostró la universidad más antigua de Occidente; Milán, en la que su duque Galeazzo María Sforza nos mostró el inacabado duomo edificado en mármol blanco y Mantua, donde aún vive tu tía abuela Bárbara.

—¿Es verdad que un pintor italiano os plasmó al fresco en el castillo de los marqueses Gonzaga?

—Te lo he contado ya cien veces. ¿Qué te traes rapazuelo?

—Me gusta oírtelo, abuela… Ardo en deseos de viajar al sur para ver aquellas maravillas. Lo haré en cuanto sea rey.

La reina Amalia Brígida no contestó enseguida. Parecía sumida en sus recuerdos, como si los reviviese bajo el sol y la claridad meridional.

—Sí —dijo al fin—. Allí estamos. En uno de los torreones del

castillo de San Giorgio, residencia de los Gonzaga, Andrea Mantegna nos representó en los muros de la *Camera degli Spossi*.

—¿Por qué cámara de los esposos?

—Se trata de una costumbre medieval, muy mantuana. Recibían allí, sentados en el lecho de respeto, a sus invitados más ilustres. Se trata de una cama muy grande, revestida de seda y tafetán. En ella discutían las cuestiones de estado, los hechos trascendentes o las políticas matrimoniales, algo importante en cualquier Corte.

*

Mi abuelo el rey Christian I, fundador de la dinastía de los Oldenburg, fue un hombre inquieto, culto, que trató de incorporar los reinos nórdicos al carro de la ciencia y para ello fundó la Universidad de Copenhague en 1449. Al poner los cimientos de aquel templo del saber, las universidades en Italia, España, Francia o Inglaterra llevaban funcionando más de dos siglos, pero más vale tarde que nunca. Su otra preocupación fue mantener unidas a las tres grandes naciones escandinavas que, desde la Unión de Kalmar, la bella población sueca a orillas del mar Báltico, lo estaban en la práctica desde 1397.

Mi infancia fue feliz en los cortos y luminosos veranos y doliente en los largos, gélidos y tenebrosos inviernos de mi tierra, en los que sólo se está a gusto junto a un fuego de leña. Pasé mis primeros doce inviernos sin apenas salir del castillo de Hvidöre, un enorme caserón al norte de la ciudad de Copenhague lleno de lóbregos salones, buhardillas ocupadas de trastos, sótanos poblados de ratas y húmedas mazmorras dedicadas a acoger a los enemigos del rey. Mi padre, el rey Hans, salía muy temprano para ir al Rigsraad, o Consejo del Reino, nuestra Cámara Legislativa, a lidiar con la asamblea de nobles, ricos hombres y jerarcas de la Iglesia; mi madre, siempre embarazada, se ocupaba de gobernar Hvidöre y vigilar la educación que recibíamos de una pléyade de buenos profesores. Reconozco mi escaso interés en las materias que estudiábamos: gramática danesa, geografía europea, religión, alemán y latín. A los diez años mi interés se centraba en recorrer los sótanos acompañado por mi hermana Elisabeth y mis pocos amigos: Constance, una espigada niña de ocho años y Andreas, un rapaz de nueve, hijos del duque Von Bülow, un noble de la Pomerania al servicio de la Corona, o Karen, una muchachita de nueve años y su hermano Jens, de diez, retoños del conde de Lolland. En 1497 nació el último hijo vivo de mi madre, Francisco de Asís. Todos los años contemplábamos aterrados el paso de los féretros blancos por los

largos y helados corredores, pues se malograban tres de cada cuatro embarazos de su majestad la reina.

Los veranos eran diferentes. Desde que a finales de abril verdecían los tallos de las hayas, el latido de nuestros corazones se hacía audible. Cuando la luz se alargaba desde antes del solsticio, el 21 de junio, se trasformaban las salas de palacio: lucían los suelos de tarima, las panzudas cómodas danesas y los armarios de ricas maderas; brillaban la porcelana amarilla de Schlesvig, los espejos venecianos en sus marcos negros y las lámparas de cristal de Murano y Bohemia; las mesas de té decoradas con porcelana azul y las alfombras llegadas del Oriente alegraban la vista. Durante los días largos nos recuperábamos de la tristeza congelada del invierno. Íbamos en comandita a recorrer los bosques que rodeaban el palacio. Cogíamos setas y caracoles, observábamos a las hormigas en sus grandes guaridas, acechábamos la llegada de los ciervos de grandes cornamentas y trepábamos a los robles y hayas. Nos escondíamos en una profunda gruta no sé si artificial o natural, detrás del lago. Mi primer beso cierto fue allí. Jugando al escondite me había correspondido ocultarme con Karen. A salvo en lo más profundo de la cueva, oíamos a los demás buscándonos mientras le apretaba contra el muro pétreo y pugnaba por besarla con la boca abierta. Yo tendría once años y ella unos meses menos. Noté la impronta de un duro e ignoto promontorio, allá abajo, conseguí que entreabriese los labios y penetré con mi lengua en su boca lo justo para apreciar el sabor de su saliva dulce y tasada.

Los veranos solíamos trasladamos a la residencia real de la vecina Scania, cruzando el Öresund. La fragata real, *La Jutlandia,* arropada por un navío artillado, nos recogía en los muelles del *Kastellet* de Copenhague, una fortaleza en forma de pentágono construida para defenderse de los ataques suecos. Navegar el estrecho hasta Malmö era agradable si la mar era plana, con brisa de levante y decenas de gaviotas y cormoranes escoltándonos. En la ciudad costera sueca, tras ser cumplimentados por Hans Mikkelsen, su burgomaestre, nos esperaba un exquisito almuerzo de bogavantes, camarones y los mejores arenques ahumados que recuerdo antes de proseguir camino a Lund, la capital de Scania.

A los trece años comencé a interesarme por la historia. Buceé en el acontecer egipcio, el pasado griego y la mitología. Varios manuscritos de la biblioteca de palacio, en latín, y diferentes tomos de letra impresa con el invento de Gutenberg hablaban de los sucesos europeos desde la Edad Media. El siglo XV se acababa entre grandes convulsiones. Con el descubrimiento de las Indias se

trasformó la visión del mundo. La sociedad europea dejaba atrás la oscuridad medieval para adentrarse en un creativo Renacimiento y un humanismo filantrópico que florecía en Italia. En Inglaterra, tras el advenimiento de la dinastía Tudor, reinaba Enrique VII. La prosperidad parecía abrirse camino en la mayor de las Islas Britanas, donde tanto tuvieran que decir durante siglos nuestros antepasados vikingos. En Francia, Carlos VIII luchaba en varios frentes: en Borgoña contra el emperador Maximiliano y en Nápoles contra la Liga formada por Milán, Génova, el Papa Alejandro VI y Fernando el Católico de España. Al frente del Sacro Romano Imperio se hallaba Maximiliano I, un Habsburgo. Italia se debatía rota en mil estados y Venecia medraba en el Mediterráneo Oriental en pugna con los turcos. Portugal, desgajada de España, se dedicaba a explorar mares y tierras hacia Oriente tras conseguir doblar el cabo de Buena Esperanza, la punta más austral de África. Y por fin, España, un reino que, surgido de la lucha de siglos contra los agarenos y unificado por Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, se erigía con rapidez en el más potente de la cristiandad.

Era precisamente España el reino que más me interesaba. En 1492, al cumplir yo once años, se habían producido dos acontecimientos que iban a cambiar el rumbo de la historia. Aquella primavera los ejércitos de Isabel y Fernando habían reconquistado Granada, el último reducto Nazarí, y en el otoño del mismo año naves españolas habían descubierto un nuevo mundo: las Indias Occidentales, así llamadas pues Cristóbal Colón, el navegante a quien Isabel de Castilla encomendara el almirantazgo de las tres carabelas, aseguraba que se trataba de una parte desconocida de la India de verdad.

Sin salirme el bozo descubrí el amor. Desde siempre me había intrigado la repentina efervescencia de los senos en las muchachas, flor de acemite fermentada por una levadura misteriosa, la sugerente redondez de caderas y nalgas o la belleza de los pies en las féminas. Eran legión las jóvenes camareras y criadas que servían en mi casa. Una de ellas, Solvej, una rubia beldad de diecisiete años, se encargaba de cuidar a mi hermana Elisabeth. Dormía frente a su habitación, al otro lado del pasillo, con la puerta entreabierta de forma que pudiera escuchar la voz de su ama si la precisaba para algo, lo que solía ocurrir, pues en noches sin luna y de tormenta, Mette, su nombre familiar, se asustaba hasta el extremo de chillar y llorar en silencio. Había apreciado más de una vez la belleza sin tacha de la doncella, el bonito color de su melena recogida en una cofia, el brillo de su mirada zarca y un rubor que, sin causa

aparente, alborotaba sus mejillas si nos cruzábamos.

Una noche de finales de junio, casi a punto de partir para Lund, me desveló la luz incierta que, de madrugada, entraba por mi ventana y pintaba en tonos glaucos el techo de mi cámara. Me levanté y salí al balcón que daba al parque. El aire, quieto, venía embalsamado con aromas de la flor del magnolio. La luz que me espabilaba era un aura que cubría el firmamento hacia el norte, una claridad tenue difuminada en verdes, sepias y azules. Contemplándola absorto, escuché el lejano gañido de un perro. Pensé en Solvej y en su rubor cuando la rocé en un pasillo aquella tarde. Sin saber a ciencia cierta para qué, descalzo y en camisa de noche, me dirigí a su vecino cuarto. Lo hice despacio, lo mismo que el cazador furtivo, procurando pisar sobre tarima firme para evitar delatores crujidos. A la luz de una bujía de aceite, la moza dormía plácidamente. La miré: parecía más mujer tumbada que de pie. Su cabello dorado se desparramaba sobre el pecho cubierto por el largo camisón de dormir; sus senos, marcados en la tela, ascendían y descendían rítmicamente con la respiración; a la altura de su levantado empeine se trasparentaba la frenética mancha de su sexo; por debajo de la cimbria del camisón, a medio muslo, sobresalían sus rodillas, piernas y desnudos pies. Quedé a la expectativa, sin saber qué hacer, esperando un milagro que la despertara y temiéndolo al tiempo. Me costó aproximarme, pues mis pies pesaban lo mismo que si fuesen de plomo. Ya a un palmo me detuve para admirar con el corazón en la boca tanta magnificencia. En un alarde de valor me saqué por la cabeza el ropón de noche y quedé tan desnudo como al salir del vientre de mi madre. Ella se movió ligeramente. Mi enloquecido miembro viril, erizado como las legiones de Agrícola en la campaña de las Galias, presidía el universo buscando un lugar donde alojarse. Era igual que esas naves perdidas en la niebla, durante la galerna, que por fin hallan puerto. Por fin me decidí y, suavemente, le acaricié el más chico de los dedos de un pie. Solvej volvió a moverse, estiró un brazo, luego una pierna, abrió los ojos y me vio. Tras unos momentos de pánico indeciso en sus pupilas, como al ver a un oso negro, se incorporó de un salto.

—Señor… —dijo boquiabierta.

—Siento haberte despertado, Solvej, pero me desvelé y no puedo dormir —solté—. Me domina una extraña aprensión. Te agradecería que me hicieses un hueco en tu cama hasta que pueda serenarme.

—Disponed como gustéis, señor —dijo—. Si os parece puedo

cedérosla por esta noche…

—No me entiendes —aseguré—. Necesito sosiego. He venido buscando compañía que me aporte paz. Tuve una horrible pesadilla.

Me miró como sin entender. Con un gesto me ofreció su lecho del que sólo ocupé una estrecha franja, dejando más de media parcela libre.

—Cierra la puerta y acuéstate a mi lado —la invité.

Obedeció dándome la espalda. Sin dudarlo me adosé a ella. Simulaba dormir, pero sentía palpitar su corazón, en mis carnes la dura redondez de sus nalgas y en la nariz su aroma. Su respiración se hizo afanosa. Introduje un muslo entre los suyos: su satinada piel, fría como de delfín hembra, tenía el tacto de las sedas de Oriente. Metí una mano debajo de la tela y palpé por delante sus senos congelados, duros como obsidiana. Ahora su suspirar se hizo sonoro. Resuelto a todo, apliqué mi hambrienta verga contra ella. Entonces ocurrió. Se levantó, se quitó el camisón y quedó en cueros vivos mostrándome sus senos grandes, tiesos, los pezones delirantes y, en el centro de sus caderas ya maternas, el hechizo negro de su cueva del gozo. Debía ser una experta pues, sin mayor ceremonia, tomó el mando:

—Poneos boca arriba, mi señor —ordenó.

Tal hice mientras ella, ahorcajándose sobre mi cintura, se dejó penetrar por su peso. No hizo falta demasiado movimiento para hallar el placer: llegó tan desbocado como en una estampida de caballos y yeguas. Hube de sofocar mis gemidos de gozo para no alertar a mi hermana y a la guardia completa de palacio. No conseguí que la muchacha disfrutara y me sentí mezquino.

—Perdóname —dije—. Sé que el gozo de Venus debe ser compartido.

—No estuvo mal, señor. Aprender a amar no es tan sencillo —aseguró.

—Tú tienes experiencia…

—Hablé una vez con un muchacho, mi señor.

—Olvídate de él. Me gustas para mí.

No dijo nada. Sólo se sonrojó con deliciosa levedad. Hablamos un momento de ella, de la pequeña Mette, de cosas de su tierra. No habían pasado diez minutos y ya me había repuesto. Ella se percató.

—Si lo intentamos otra vez, señor, quizá tendría más suerte.

Me concentré en ello. Tras ciertos sensuales prolegómenos que

obviaré, la situé debajo de mi cuerpo. Esmerándome, logramos un placer compartido y exacto, la antesala del paraíso.

*

Solvej fue mi primera amante, una amante discreta. Después de dos semanas de nocturnos encuentros nos acompañó a Lund, pues influí en Mette para que la reclamara. Fue un verano caliente, delicioso, diferente. Jamás comí de todo con mayor apetito. Por la mañana, en la alberca grande del jardín, debajo de los sauces, tomábamos el baño mi madre y la familia; paseaba con mi hermana por los bosques vecinos, entre hayas centenarias, a veces con el pequeño Francisco de Asís, de siete años. Después de comer bajábamos a Lund para brujulear entre los puestos del mercado. Había mostradores con especias llegadas del Oriente, baratijas, setas, bayas del bosque, lechugas, berzas y huevos de gallina, pata y oca. Al caer la tarde leía *Las vidas paralelas* de Plutarco. Todas las noches fueron para Solvej. Le había comprado un collar de cintura, de plata con una piedra de ámbar, y hacíamos el amor con él puesto. Al regresar a Copenhague, a primeros de septiembre, la muchacha se hallaba embarazada de dos meses. Le dominaba el pánico.

—Si se descubre mi embarazo la reina doña Cristina me desollará con sus manos y después me echará —dijo.

—No tiene por qué ser así —sostuve.

—Su majestad no admite gestantes entre la servidumbre —arguyó.

—Disimularás que estás en cinta todo lo que puedas. No creo que sea tan difícil. Dame tiempo para conseguirte algún dinero con el que remediarte. Te buscaré un marido.

—¿Harías eso por mí, mi señor?

—Lo prometo. Tal vez el más apropiado sea tu antiguo pretendiente.

Actuamos de esa forma. Solvej ocultaba sus vómitos que tan sólo duraron unas pocas semanas. Cuando fue imposible soslayar el embarazo, ella misma se despidió ante la gobernanta alegando estar preñada de su novio. Previamente yo había conseguido del aposentador de palacio seis coronas de oro, el sueldo de dos años de una criada, y había citado a su antiguo enamorado, un pescador del Sund, una buena persona.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté en el salón de espejos.

—Sören, señor.

—Te casarás con Solvej la próxima semana, Sören —le ordené—. Os he conseguido una casita en el barrio de pescadores, junto al Kastellet. Ella lleva una dote de seis coronas de oro.

—Desde luego señor… Lo que disponga mi joven señor… —decía el infeliz inclinando la espalda.

—Si me entero de que la descuidas, te emborrachas o la castigas más de la cuenta, mandaré a buscarte y haré que te encierren después de azotarte.

—No haré tal por mi vida, señor. Amo a Solvej…

—Avisadme cuando nazca el niño o niña. Quiero apadrinarlo.

—Desde luego, mi señor Christian. Así lo haremos.

Aquel asunto perfiló dentro de mí dotes de mando. Era delicioso ver cómo las gentes se allanaban a mis gustos y caprichos. Claro es, que pocas veces abusé de mis prerrogativas, pero era tranquilizador saber que disponía de ellas. Repetí la experiencia hasta cumplir veinte años con iguales gozos y parecidos resultados. Tenía dónde elegir, pues menudeaban entre la servidumbre bellas muchachas. Sé que hay nobles y príncipes amigos de solazarse con prostitutas o cortesanas, pero a mí me aterraba utilizar, para darme placer, idéntico recipiente que los otros. Sin contar con el espanto de la *peste blanca* o mal de mujer, morbo trasmitido por golfas y rameras que, partiendo de Nápoles, señoreaba media Europa.

En cuanto a mis estudios, por dar gusto a mi madre seguí un curso de leyes. Estudiaba en palacio y me examinaba en la universidad en medio de la expectación de profesores y estudiantes ante la proximidad del heredero al trono. Pero fue una simple pantomima: Justiniano jamás me motivó y me dormían los códices. Al cumplir dieciséis años fui nombrado oficialmente príncipe heredero, imponiéndoseme el gran collar del rey Harald Diente Azul y la banda con los colores del *dannebrog*, la cruz blanca sobre fondo rojo, la más antigua de las enseñas nacionales europeas. Por agradar ahora a mi padre, aunque no tenía la menor ilusión guerrera, accedí a ingresar en las milicias del rey, en el cuartel principal que se hallaba dentro del Kastellet que guarnecía la ciudad. Después de dos años de instrucción militar y navegación en barcos de la armada, me fueron impuestas las insignias de teniente de lanceros y de oficial del mar.

*

Al cumplir veinticuatro años mis padres se empeñaron en buscarme novia. Hicieron tentativas en las Cortes de distintos

estados alemanes y del Norte de Italia con malos resultados. Ademas hice saber mi absoluta reluctancia a casarme sin antes haber vivido y recorrido mundo. Había seguido al rey a varias reuniones en diferentes puntos de sus reinos y estados, pues más que la guerra o los estudios me interesaba la política. En abril de 1505 acompañé a mi padre a la reunión que se celebraba en el castillo sueco de Kalmar, donde iban a discutirse aspectos relativos a aquella Unión siempre inestable. Habíamos pensado en subir a Estocolmo para disfrutar de su belleza y, de camino, parlamentar con la nobleza díscola e intentar domeñarla de buen grado, pero mi padre, por no soliviantarla, desistió. Recorrimos la larga y bella isla de Öland, la nave real nos cruzó a Gotland, que visitamos, y, desde Visby, regresamos a Copenhague recalando antes en la isla de Bornholm.

Nos quedaba por recorrer Noruega, que yo visitara de pequeño una vez. Mi padre, a la vista de mi presunta validez como político, delegó en mí para tal viaje. Coincidiendo además que los noruegos se debatían entre la rebelión y la fidelidad a Dinamarca, en 1506 fui enviado a aquellas tierras como Gobernador General y Virrey. Una expedición naval de catorce galeras artilladas y naves de alto porte partió para Kristiansand en la primavera de aquel año. Yo cumplía por entonces veinticinco.

Dediqué un año a recorrer Noruega, accidentada tierra que es lo más opuesto a la llana Dinamarca: altas montañas más peladas y agrestes según se avanza a septentrión, inmensos glaciares, grandes valles, verdes bosques, largos y profundos fiordos. La capital seguía siendo la nórdica Trondheim, si bien la ciudad más poblada era Bergen. Kristiansand era un importante puerto pesquero y Oslo una pequeña aldea al fondo del fiordo de su nombre, que crecía a favor de su estratégica situación cercana a Suecia. Visité oficialmente la frontera con Rusia, en el helado extremo nordeste del país. Siempre estaba latente el despertar del gigante dormido, siendo conocido el afán expansionista de los zares. Las guarniciones se hallaban preparadas a ambos lados del fiordo de Varanger. Después de una comida de confraternización con los soldados pasé a Hammerfest, casi en la punta norte, y de allí a las Islas Lofoten, paraíso natural poblado de millones de aves. Estuve en Trondheim —la vieja Nídaros— casi dos meses, imponiéndome en los problemas del reino. Visité la hermosa catedral, la tumba del héroe nacional Olav Tryggyason y al estamento civil, militar y eclesiástico. Navegué por decenas de fiordos a cuál más bello: Trondheim, Alesund, Nordfiorden, Sognefiorden, Bergen, Hardanger, Stavanger y

Lysefiorden, por citar sólo los principales. Subí al glaciar de Briksdals, de hielos eternos. Hube de ser graciable para compensar las muchas fechorías que mi abuelo Christian I había cometido con el pueblo noruego, de por si altanero y belicoso. Tras recorrerlo todo centré mi acción de gobierno en la ciudad de Bergen, populosa ciudad abrigada en el fiordo de su nombre, importante centro pesquero y de comercio, una importante sede de la Liga Hanseática. La Hansa, para los no avisados, es una asociación de comercio entre el norte y el sur que relaciona puertos mediterráneos y bálticos, especialmente Lübeck y Bergen, con los de los golfos de Botnia y de Finlandia: Turku, Helsingfors y San Petersburgo. El burgomaestre de la población puso a mi disposición una preciosa villa rodeada de un inmenso parque, en un altozano que dominaba el puerto.

Los noruegos son amables siempre que no los ofendan, espontáneos, educados, amantes del hogar y feroces como guerreros. Gustan de disfrutar la luz del sol cuando la tienen. Por ello, a media mañana, cuando los rayos solares se abrían paso entre las nubes grises, hiciese frío o calor, las calles portuarias se poblaban de gentes que paraban media hora su trabajo en la administración, la Hansa o las factorías de pescado en salmuera, para sentarse al aire libre en cualquiera de los figones portuarios. Lo típico era comer carne de ballena sobre las ascuas, degustando cerveza. Delante de cada taberna habilitaban una parrilla sobre la que se doraban las tajadas del cetáceo, una carne roja y densa, muy sabrosa. Yo solía hacerlo, solo o acompañado de mis ayudantes, en el figón de un viejo pescador marcado por la mar pues era cojo y tuerto. Había perdido el ojo de resultas de la rotura de una gruesa maroma que lo golpeó la cara y la pierna, al enganchársela en un hilo de alambre al cobrar un ballenato. Me encantaba el ambiente, sonoro del griterío de pescadores y vendedoras en la lonja, aromático de la carne a la brasa. Una mañana, pringándome los dedos de grasa del cetáceo, pasó delante de mí, contoneándose, una bella muchacha. Lo hizo despacio, recreándose, saludando a unos y otros. Volvió a hacerlo dos días más tarde, esta vez con una lentitud desesperante, mirándome a los ojos con descaro, cegándome con el fulgor de los suyos, de un azul lapislázuli. Pensé que se trataba de una cortesana pero deseché pronto tal supuesto: iba relimpia, bien trajeada y, si saludaba a alguno, lo hacía por amistad y proseguía su marcha. Parecía ser muy popular. Al tercer día no lo pude sufrir y pregunté a Oluf, mi tullido mesonero.

—Dyveke no es ninguna golfa, mi señor —me informó—. Es un personajillo muy querido en todo el puerto. Se trata de la hija de

una dama, viuda de un comerciante principal de la Hansa. La madre es la que tiene fama de hechicera, pues lee en las rayas de la mano, echa las cartas y hace horóscopos.

—¿Dónde vive?

—En una de las casitas del barrio hanseático, por detrás de la iglesia. Todo el mundo la conoce. Allí es donde la taumaturga, Sigbrit Willums, sana, pronostica y adivina el futuro a su numerosa clientela.

—No ejercerá de bruja… Sabes que la magia y la brujería están perseguidas por las leyes del reino.

—Jamás se ha sabido que la buena de Sigbrit haya vaticinado desgracias, echado mal de ojo, separado matrimonios decentes, ejerza de alcahueta o alardee de untarse con pomadas o ungüentos para andar por los aires. Sólo maneja ciertas hierbas curativas que cultiva ella misma.

—Mejor así. Dijiste que su marido era comerciante de la Hansa. Pensé que habría heredado su negocio.

—También. Es gente acomodada. Por las mañanas Sigbrit importa mercancías del sur y las exporta a fineses y rusos. Dedica las tardes a sus vaticinios.

—Si no te importa, dame sus señas —le pedí.

—Vive en una casa amarilla frente al puerto, mi señor, la tercera contando desde aquella esquina. Casi puede verse desde aquí.

Volví a ver varias veces a la moza que, descarada, esbozaba al pasar frente a mí una sonrisa pícara. Me traía fascinado, cautivado en su influjo, pues jamás había contemplado una hermosura tan perfecta. Tanto que, a las dos semanas y al caer la tarde, me dirigí a su casa. Dyveke se sentaba a la puerta, ante una mesa, como el cancerbero que controla la entrada a un dispensario. Seria, vistiendo una camisa bordada en colores chillones y un coleto noruego, parecía una niña. Tres o cuatro clientes formaban fila, una vieja mujeruca entre ellos. Obviando a los que esperaban, fui directamente donde estaba la bella.

—Si el caballero desea consultar a la maga deberá guardar turno —dijo en mal noruego.

—No vengo por la maga, vengo por ti —contesté.

No pareció sorprenderse. Tan solo sonrió con los ojos vivaces antes de hablar.

—¿Y qué puedo ofrecerle?

—Quisiera conocerte. ¿Sabes quién soy? —pregunté.

—Sí, señor: un amante de la carne de ballena.

Me hizo gracia la contestación y solté el trapo. Le contagié la risa y reímos al tiempo. Cuando nos serenamos pregunté.

—No eres de aquí…

—No, caballero. Nací en los Países Bajos. Vine a Noruega con mi madre y al quedar ella viuda, hace dos años, no quisimos regresar.

—Tengo algo que decirte — aseguré—. Mañana al mediodía irás a la taberna que frecuento.

—¿Por qué habría de ir?

—Te convendría hacerlo. No te arrepentirás.

—¿Y si no fuese?

—Irás.

*

Apareció puntual. Venía presurosa, un tanto arrebolada de la urgencia, calzando zuecos al modo pescador y una túnica larga, con una estola de marta cibelina por los hombros. El pelo, rubio como los hilos de oro de Bizancio, formaba una cascada sobre el ropón de piel. Estaba simplemente preciosa. Se acercó a mí, inclinó la rodilla y me besó la mano.

—Perdonad la desenvoltura que usara ayer con vos, mi señor. Ya sé quién sois.

—¿Estás segura?

—Sois Christian, el hijo primogénito del rey Hans, que Dios guarde. Representáis aquí a su majestad como gobernador. Nada más iros, me informaron de ello los de la fila. Todos os conocían menos yo. Me siento avergonzada.

—No es para tanto.

—No estaréis resentido contra mí…

—Que yo sepa, no me has dado motivo.

—Debí suponer, por vuestro rico atavío, las veces que os vi sentado aquí, solo o acompañado de vuestro séquito, que erais un personaje, pero no pregunté.

—El comedor de carne de ballena.

—No os chanceéis, señor. Yo no sabía…

La gente se arremolinaba a prudente distancia y cuchicheaba. La bella hija de la adivina departiendo con el virrey danés. Me sentí

incómodo.

—¿Cabalgas? —pregunté.

—Me encantan los caballos, señor.

—No podrás montar con esos zuecos…

—Puedo acercarme a casa.

Hice una seña y vino mi ayudante, un militar noruego afable y discreto. Ordené que trajesen mi caballo y un yegua dócil. Aparecieron casi al tiempo que ella. Venía con botas de montar y sin la capa, pues el día era bueno y no se veían nubes. Utilizaba pantalones bombachos al modo campesino y blusa suelta. Las monturas nos llevaron al bosque por la senda que sube la ladera. Íbamos en silencio, al trote corto, yo delante pues conocía el camino. Al llegar a un claro entre las hayas altas, un lugar despejado desde el que se veía el mar y las casas de Bergen allá abajo, pusimos los equinos al paso. Dejé que se igualaran para poder admirarla en silencio. Tenía el perfil de una *madonna* de Filippo Lippi, el pintor florentino, una de cuyas pinturas trajese de Italia mi abuelo el rey Christian. Dios, qué bella era.

—Montas muy bien para ser tan joven. ¿Qué edad tienes?

—No soy ninguna niña. Pronto cumpliré dieciocho, mi señor. ¿Puedo preguntaros la vuestra?

—A tu lado soy un hombre mayor: estos días de julio cumplo veintiséis años. Dyveke, extraño y bello nombre…

—¿Quién os lo dijo?

—Las cosas se saben preguntando.

—Es un apelativo holandés. En Utrecht, donde nací, es bastante frecuente.

—Me gusta. Suena bien.

—Yo lo odio —aseguró —. Hubiese preferido tener un nombre más corriente, no sé, Marta, María, Anne…

—No existen nombres feos sino mujeres poco afortunadas en lo físico. Al patronímico más espantoso lo hace agradable una mujer bonita —sostuve.

—Mucho parecéis saber de féminas, señor.

—Algo sé, Dyveke. Lo suficiente para afirmar que jamás contemplé una hermosura como la tuya.

—Me galanteáis, señor —dijo ella afectando un rubor nacarado en los pómulos y aleteando sus sedosas pestañas de largura

interminable.

Habíamos llegado a un promontorio cuajado de acebales preñados de sus bayas. Un urogallo levantó el vuelo mostrando la majestad de su plumaje blanquinegro y emitiendo su graznido parecido al resoplar del búfalo, que define a tan bello animal. La vista del fiordo que baña Bergen componía una imagen de insólita grandeza. Dyveke callaba.

—No digo nada que no sepas —añadí—. Tendrás admiradores a docenas.

—Sé hacerlos frente, mi señor. Mi madre me adoctrina y me guarda.

—Poco puede guardar una madre si su hija tira al monte…

—No es mi caso, señor. Mis padres me educaron en el temor de Dios.

—Y ello me place. Sé que eres huérfana.

—Mi señor padre murió no ha mucho, es verdad. Se lo llevó en poco tiempo un cancro malo que lo minó el estómago.

—Lo siento.

—En parte lo agradezco. Una porque detestaba verlo sufrir de aquella forma, consumido, en un grito, y otra porque es la causa de vivir en Bergen. Me encanta esta ciudad.

—¿A qué se dedicaba?

Comerciaba con vinos italianos, aceites griegos y españoles y lana merina de Castilla. Mi madre heredó el almacén. Ella sigue exportando los géneros a Suecia y Rusia. Aunque cada vez trabaja menos. Es difícil el mundo del comercio para una mujer.

—Es por ello que se hizo taumaturga y quiromántica.

—En parte. Hay que vivir. Siempre se le dio bien hacer horóscopos, interpretar las cartas del *tarocco* y adivinar leyendo las rayas de la mano. Siendo herbolera, maneja ciertas hierbas sanadoras de un huertecillo que tenemos. Pero, antes de que me lo pregunte, diré que Sigbrit nada sabe de hechicerías o embrujos. Ella es buena cristiana.

—Más le vale. *Tarocco*… —dije—. Una vez escuché la palabra tarot.

—Es la misma cosa. Se trata de un juego de cartas de origen italiano en el que se utiliza una baraja con veintidós figuras simbólicas o arcanos mayores, que los trasalpinos llaman *tarocchi* y

dan nombre a todo el juego.

—¿Tú crees en cualquier tipo de magia o sortilegio?

—A vos confesaré, señor, si guardáis el secreto, que ni Sigbrit ni yo hacemos cuenta de tales simplezas. Tenemos por zafios y mentecatos a los que creen en augurios y oráculos sean buenos o malos.

—A lo mejor tienes delante a un zafio…

—No tenéis pinta de ello, mi señor. Otrosí que poca gente con estudios cree en los astros.

—Ahí no estoy muy de acuerdo. Mi abuelo el rey Christian sabía latín, además de danés y alemán, y escuchó a más de un taumaturgo.

—Serían otros tiempos. La gente, tal vez, era más simple.

Le preguntaba tratando de cogerla en un renuncio, pero era más vivaz que las alondras y tan rápida en sus respuestas como la víbora cornuda cuando clava sus dientes.

—Entonces tu madre abusa de los simples —sostuve.

—No hay tal, señor. Para empezar, no cobra.

—Pocos habrá que no la reconforten con la voluntad en forma de monedas de cobre…

—Y a veces hasta plata, mi señor. Que el pueblo, amén de crédulo, se esponja escuchando lo que quiere oír.

Dyveke estaba roja del afán defendiendo a su madre. Se producía con la sensatez de una hembra cultivada. Sentada sobre un tronco vencido, con los codos sobre las rodillas y el mentón apoyado en las palmas de sus manos abiertas, mostraba los tobillos, finos como los de una yegua de Berbería. Aproveché para recrearme en ella. Su rostro conformaba un óvalo perfecto; la curva de su nuca, de la que se desprendía un ramillete de bucles que doraba la luz, era simétrica; el color de sus ojos con estrellas, grandes como planetas, variaba del azul turquí al índigo; la nariz era larga antes que roma, suavemente arqueada, lo mismo que el lomo de una pantera presta a saltar sobre su presa; su boca era un poema del mejor Horacio: mínima, de dientes congregados, tan blancos, y labios carnosos con la pulpa madura escarlata o sangrienta; era de pómulos caucásicos, orejas finas, cejas delineadas en vírgula y rizadas pestañas de largura sin fin, ya lo dije; un lunar de atractivo imposible sobre un labio y un aluvión de pecas diseminadas al albur en torno a su nariz, como sopladas por la varita mágica de un brujo,

completaban su belleza sin mácula. En cuanto a su figura, la resumiré asegurando que evocaba a las sacerdotisas de la diosa Vesta. Dyveke, sintiéndose observaba, enarcó suavemente las cejas. Al hacerlo se rompió el hechizo.

—Conseguirá que me sonroje, mi señor —dijo.

—No creo que represente novedad para ti sentirte admirada. ¿Eres real?

—Lo soy, señor. De carne y hueso.

—¿Qué tal si me presentases a tu madre?

*

Le ayudé a levantarse y, con sólo tocarla, sentí el mismo ardor que ante cien mil volcanes vomitando lava. Noté cómo temblaba. La tuve a mi merced, cierto como hay estrellas, pero forzarla hubiese sido crimen de lesa humanidad. Se apoyó en mí al subir a su yegua y me sentí perdido al aspirar su aroma: narciso, gálbano y el sudor de su piel. Regresamos a Bergen cabalgando. Dyveke, a galope sobre su montura, la melena ondeando al viento que llegaba del mar, se trasformaba en una de aquellas míticas guerreras troyanas, amazonas del Ponto que, muerto Héctor, ayudaran a Príamo. Ya en la ciudad le acompañé a su casa.

Nos vimos a diario durante mucho tiempo. La recogía en su hogar, cabalgábamos al acebal amigo y dialogábamos. Tardé en besarla casi dos semanas. Al lado de capturar sus labios, de gozar del sabor de su saliva tibia y rozarle los senos, son nadería los trabajos de Hércules. Cuando estaba a su lado sudaba tinta de calamar, sentía dislocados mis pulsos y en las sienes sangre urente bullendo. Parecía que era yo el imberbe muchacho y ella la mujer hecha. Lo inevitable ocurrió casi sin proponérmelo. Nos disponíamos a volver del paseo una mañana cuando nos sorprendió la lluvia. Era el clásico chaparrón de verano en los fiordos: un aluvión de agua que, en turbiones, anegó la tierra en un segundo. Dyveke, empapada, temblando de frío y ansiedad, se abrazó a mí. Noté sus duras redondeces en mi pecho y, por abajo, la afilada arista de su pubis pugnando con mi bauprés de guerra, erizado y caliente. El universo entero se tornó rojo como sangre de múrice y me cegó un resplandor de sol egipcio. Tomé al asalto aquella boca, se alearon las salivas y contendieron lenguas. Aproveché la confusión para descubrir sus senos trasparentes y beber en ellos el agua de la lluvia. Codicioso, perdida la razón, le desgarré la falda y la tumbé sobre la húmeda hierba. Fue cuando susurró:

—Aquí no, mi amor… Aquí no…

—¿Mi amor me dices? Te adoro mi pequeña… Ya no resisto más.

—Vayamos a tu casa o a la mía —me pidió tuteándome.

Aquella promesa de amor me serenó. Recompusimos ropas y figuras y cabalgamos raudos. ¡Me amaba! Llegamos. La lluvia no cedía. Dejamos los caballos a un palafrenero, entramos al caserón en medio del diluvio y corrimos al lecho. Tras desnudarla repasé su cuerpo con la boca, despacio, sin dejar un resquicio. Experto en el amor de cien batallas, trabajando con maña, conseguí vencer su integridad con poco daño. Nunca supe si el aullido final que desgarró la tarde fue de dolor o gozo. Cayó la noche. Trajeron pastel de carne y fruta que devoramos desnudos antes de volver al placer. Dormimos abrazados, machihembrados. La claridad del alba, verdosa y turbia, penetró desde el fiordo por los visillos blancos y le tiñó la cara. Jamás viví un despertar mejor. Besé otra vez sus pies y la ayudé a vestirse. Un reguero de sangre decorando las sábanas hablaba sin palabras de su virginidad perdida.

*

Nuestro amor se convirtió en delirio. Nos veíamos mañana y tarde. Dábamos largas cabalgadas por los bosques que rodean la hermosa Bergen, paseábamos entre robles y hayas, hablábamos de ella, de mí, del mundo, para terminar amándonos con frenesí que se tornó febril. Ocurría en cualquier parte: la arboleda, la orilla del fiordo o la montaña. Poseerla a todas horas se convirtió en mi pasión obligatoria. Interrumpía mi trabajo en el Palacio de Gobierno, mis discusiones con el obispo, los prebostes locales del comercio y la milicia para ir a verla o, perdida la decencia, enviar por ella a plena luz del día. Aquel verano fue caliente en el sur de Noruega. Despachaba mis asuntos de forma displicente pensando en ella, en la delicia de su cuerpo, un cuerpo que era mío. Hubiese descuartizado con mis manos al primero que osara posar sus ojos sobre Dyveke de forma indecorosa. Descubrimos una escondida cala en el Sörfjorden, a apenas una legua, y allí nos bañábamos desnudos secándonos al sol, imaginando estar en alguna playa veneciana de las que me pintara en la niñez mi abuela. Después del baño, echando fuego por la piel, hacíamos con musgo y hojas un lecho debajo de un roble majestuoso y allí anidábamos. Contemplaron nuestro alienante amor los ciervos, las aves carpinteras de pico rojo, las liebres, los jabatos y las ardillas grises.

—Quedaste en presentarme a tu madre —dije una vez al

regresar de cabalgar.

—Ella también está interesada en conocerte —aseguró Dyveke.

—¿Por qué no lo dijiste?

—Esperaba que me lo propusieses.

—Llegó el momento —sostuve—. Somos amantes desde hace cuatro meses.

—Sigbrit lo sabe. Ella conoce mi menor movimiento. Le consulto todo y me aconseja: más que madre es mi mejor amiga.

—Quizá esté predispuesta contra mí…

—¿Predispuesta? ¿Por qué había de estarlo? Soy una mujer tan libre como ella y conoce mi carácter. Sabe guiarme.

—No creo que precises tutela. Te veo muy independiente.

—Lo soy, desde luego, pero al tiempo inexperta. Consulto con mi madre cualquier duda. Ella es mi consejera.

—Pensé, no sé, que quizá me odiaría por haber mancillado la honra de su hija, por mantener una relación indecorosa a ojos del mundo y de la Iglesia. Esperaba que me exigiese algo.

—Un hombre pierde la honra doblegando la voluntad de una mujer. Si la fémina consiente, el amor se convierte en un acto virtuoso —sostuvo.

Hablaba con madurez impropia, tal vez por boca de su madre. Trazaba en la arena caprichosos dibujos con la punta de una afilada ramilla de madera.

—En cuanto a exigencias —siguió—, Sigbrit adopta la actitud de la rama de abeto arqueada por el peso de la nieve: ¿Qué puede reclamarse al todopoderoso hijo de un rey? ¿Quién puede pedir cuentas al que algún día será rey de Noruega y Dinamarca?

—Cuando yo sea rey, tú serás reina.

—No digas simplezas, Christian. Agradezco el amor que veo en tus ojos, el que me hace feliz y correspondo, pero soy realista. Ya he comentado el caso con mi madre. Sigbrit asegura que, si lo nuestro perdura, jamás pasaré de ser tu amante. Nunca podríamos casarnos. El heredero a un trono y la hija de la herbolera… Queda bien para un cuento. Tus padres, sus consejeros, la aristocracia, la nobleza, las altas jerarquías de la Iglesia, todos se opondrían. Y si te empecinases rompiendo milenarias barreras, sería una tragedia para el reino y para Europa entera. Una reina debe ser de sangre real.

Lo cierto es que quedé admirado de tan sabias palabras. Recia

debía ser la voluntad de Sigbrit y grande su cultura para inculcar a su hija inteligentes razonamientos e ideas sensatas. Una tarde de sábado, era ya pleno otoño, invité a madre e hija a merendar. Estando bueno el tiempo, aunque fresco, la gobernanta había dispuesto en la terraza que da al fiordo un espléndido té. Pernille, la anciana gobernanta, preparó en el mejor servicio de porcelana de Sajonia, un delicioso té de la Isla de Ceilán, pastas de mantequilla hechas por ella, galletas de jengibre y dulce de calabaza. Madre e hija aparecieron muy compuestas pero sin alharacas o vistosas joyas. Me impresionó Sigbrit por su serena belleza y saber estar. Semejaba tan joven que podía pasar por la hermana mayor de Dyveke. Era de semejas hechuras, como salida de la misma nariz. No aparentaba los treinta y cinco años que, según dijo mi amante, cumplía aquellos días. En contra de lo que había supuesto no se habló de amores o noviazgos, de nada relacionado con nosotros.

—Es un placer tenerte en mi casa, querida Sigbrit — dije levantando la copa de licor en un espontáneo *skal,* al modo escandinavo.

—Es igual para mí, mi señor —dijo—. Mi humilde morada está también abierta para vos.

—Háblame algo de ti —le pedí.

—No hay mucho que hablar, alteza. Soy holandesa de cuna, viuda de un buen hombre a pesar de sus vicios, amante madre de la maravillosa Dyveke, el mejor regalo que Dios y su Santa Madre me han dado y que tiene la desgracia de purgar sus pecados en tierra extraña.

—Tenía entendido que te hallabas muy a gusto en Noruega.

—Es Dyveke la que adora Bergen. Si de mí dependiera, tras enviudar, hace ya tiempo que habría puesto tierra por medio.

—Y, si no es indiscreción, ¿qué vicios contables tenía tu marido?

—Lamentablemente, mi señor, todos eran contables, que las cosas de sábanas, cuando son consentidas, no son para mí vicios. Justus se airaba fácilmente, era discutidor hasta la muerte, terco, bebedor, pendenciero y tahúr. ¿Hay quien dé más?

—Alguna virtud tendría.

—La había, sí, mi señor: era apuesto, guapo hasta decir basta y buen esposo cuando andaba sobrio. No era mal comerciante. Avispado para los negocios como el mejor fenicio, atisbaba de lejos asuntos de dinero y olía el oro a distancia. Pero lo perdía el juego.

—¿Era para tanto?

—No podéis figurároslo, mi señor. Malo es el vino trasegado sin cuenta, pero la pasión por el juego destroza la vida del más inteligente, que lo era. Un ludópata es para una familia la peor de las pestes. Eran tantas sus deudas que, al morir, me embargaron toda la mercancía y hasta nuestra casita. Salí adelante con la ayuda del síndico de la Hansa y con mis buenas artes.

Dyveke picoteaba galletas y dulce de calabaza con mayor pulcritud que una dama de corte. Su típica falda noruega le cubría los pies. Se veía de lejos su esmerada educación a pesar de proceder de una extracción tan baja. Daba pequeños sorbos a su té, se secaba los labios con una servilleta cada vez, mordía las golosinas igual que un ratoncillo y miraba los cuadros y los muebles con rara expectación. Su madre apenas mordisqueó una pasta, pero repitió del té varias veces.

—Tus buenas artes… —dije—. Te refieres sin duda a tus horóscopos.

—Preciso de la ayuda de mis conocimientos para salir adelante. Tengo ya abonadas la mayor parte de las deudas de Justus.

—Entonces eres taumaturga.

—Antes de seguir, mi señor, debo decir que no creo en la magia, nigromancia o ciencias ocultas. Exploto la ignorancia del pueblo y de aquellos que se pasan de listos contándoles cosas maravillosas, lo que quieren oír. Deleito sus oídos augurándoles bienes futuros, mas no cobro por ello. Admito de buen grado lo que estimen oportuno darme por alegrarles la vida, algo muy necesario en estos tristes tiempos. Leo el tarot y hago felices horóscopos, pero nunca auguro casos ominosos.

—Ello me agrada. Temía que utilizases artes prohibidas como la hechicería o brujería.

—Odio la magia negra y los aquelarres. Nunca utilizo ungüentos ni hierbas frías, como beleño, malvavisco, cornezuelo, mandrágora o adormidera. En mi taller de augur no hay bolas de cristal, escobas volanderas ni pájaros parlantes. Odio los sapos y el macho cabrío. Tan sólo me revisto de cierto pontifical —un capuz amarillo estrellado y una túnica áurea— para impresionar a mis clientes. Utilizo para mis vaticinios una redoma llena de agua teñida de vulgar colorante y un almirez de bronce para mis inocentes conjuros. Eso sí: os pediría que no propalaseis la especie de que mis vaticinios son inocuos e inciertos.

—No temas. Sé que lees las rayas de la mano igual que las

gitanas. ¿Ejercerías en mí tu arte quiromántico?

—Sólo realizo la quiromancia en presencia de un zote, mi señor. De todas las engañifas de la adivinación y los augurios, la más torpe e inútil, sólo para sandios, es la lectura de las rayas de la mano. Lo último que haría, mi buen señor Christian, es perder el tiempo con tamaña estafa y más en un personaje de vuestra alcurnia.

—Me tranquilizas. Yo tampoco creo en magias brujas, pero me llama la atención la astrología.

—Es cierto, mi señor, que suceden cosas inexplicables para la mente humana, pero, al menos para mí, no creo que puedan ser entendidas por medio de los astros. Yo veo en todo la mano de Cristo Redentor.

Desde luego era lista. Se curaba en salud. Palideció cuando le hice saber que, un año atrás, en Escocia y Lorena de Francia habían sido quemadas más de dos mil brujas. Y que raro era el año que en Inglaterra, Escocia, Alemania y los reinos nórdicos no ardían varios cientos.

—Dice Dyveke que lo que amas de verdad es sanar —cambié de tema.

—Es cierto, alteza. No miento al decir que conozco la ciencia de las hierbas. Mi abuela y mi madre fueron herboleras. La mayoría de las plantas tienen efectos curativos: purgantes, emolientes, carminativos, diuréticos, digestivos, cardiacos o laxantes. Sólo hay que saber descubrirlos y dosificarlos. La mayor parte de mis ingresos proceden de ese campo.

Hubo un silencio espeso. Dyveke escuchaba nuestra conversación absorta, sin intervenir nunca. Miré a Sigbrit. Desde luego resultaba admirable su resolución ante la vida, propia de un hombre. ¿No habría alguno detrás de ella, entre las bambalinas? Era tan bella… Y con sólo treinta y cinco años. Tal vez se entendía con algún preboste de la administración o la milicia. Había citado los favores del Síndico de la Hansa, Jacob Knudsen. Trataría de tirarlo de la lengua. De repente la conversación dio un giro inesperado.

—Cómo andan los problemas del reino, mi señor? —dijo, y me dejó perplejo, pues no me esperaba tal pregunta.

—¿A qué te refieres?

—Perdonad mi indiscreción, señor, pero amo la política. Aludía a la Corona, a vuestro papel de heredero, a nuestras relaciones con los demás países. Sé que hay ciertas tensiones con Suecia por Scania y cuestiones dinásticas en el Schlesvig-Holstein.

—Siempre hay problemas —me escuché decir, pensando al tiempo en lo irreal de una conversación de estado entre un príncipe heredero y una embargada comerciante de la Hansa que hacía augurios. Lo que escuché a continuación me dejó pasmado.

—Para mí la atención europea del momento se centra en Italia. El país trasalpino es el eje que suscita el interés general. La ambición del Imperio Habsburgo va más allá de las naciones-estado del norte italiano y pretende Venecia y, tal vez, la Campania y la Basilicata. Los Países Bajos, bajo la férula imperial, son particular objeto de deseo. Francia quiere también participar en el festín. Luis XII, dos veces conquistador del Milanesado y otras tantas expulsado por la Santa Liga que componen el Papa, Venecia, Fernando el Católico y los suizos, no se conforma y pretende también Nápoles y Sicilia. Inglaterra, como reino pequeño y alejado, cuenta poco. Yo veo un reino emergente, potente y rico, que muy pronto canalizará la atención general: España. Sabréis que, tras completar la reconquista de su solar patrio al agareno, los españoles han descubierto y conquistado las Indias y dominado el Norte de África, Sicilia, Nápoles y la bota italiana. Hace apenas dos años, su gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba doblegó a los franceses en Ceriñola y Garellano, dos batallas que han significado el descubrimiento de la infantería y de una nueva manera de combatir.

Yo estaba asombrado, perplejo y, como me dijo más tarde Dyveke, con la boca abierta. No entendía lo que estaba ocurriendo: una herbolera, una simple aldeana holandesa, dándome una lección de la reciente historia europea y de geoestrategia. Y una lección cabal.

—Cómo sabes… —acerté a decir.

—Una tiene sus informadores y, ya dije, me interesa la política.

—¿Y qué sacas con ello?

—Primero mi autosatisfacción y después, si se tercia, ayudar a mi país adoptivo y a mi príncipe.

—No veo de qué forma.

—Pues es sencilla. La actual dinastía reinante en Escandinavia es la de Oldenburg, su regia familia que Dios guarde. No es demérito alguno señalar que los Oldenburg no son los Habsburgo, los Tudor o las actuales casas reales francesas o españolas. El simple duque de Anjou tiene más fuerza que el mayor de los Oldenburg. De ello se infiere que Dinamarca se engrandecería de lograr la alianza con el

más prometedor reino europeo que, para mí y más en el futuro inmediato, será España.

*

Tras tan insólita charla quedé más que impresionado. Tanto que busqué la amistad con Sigbrit en medio de la suspicacia de Dyveke. No duró mucho el recelo. Enseguida comprendió mi adorada, que en su madre buscaba solamente consejo. Supe de buenas fuentes que Sigbrit era o había sido amante de Knudsen, el síndico hanseático. Supe también que hacía buenas migas con los cónsules en Bergen de Francia, Inglaterra, el Imperio y Holanda, con los que, esporádicamente, intercambiaba datos y quizá amor. Resultaba evidente que ellos eran sus informantes, manteniéndola al día de cualquier tema bélico o de alta política. Tanto me aficioné a los buenos oficios geoestratégicos de la madre y a las delicias del cuerpo de la hija que decidí instalarlas en mi palacete.

Lugar había. Les dediqué la mejor ala del caserón, tres espaciosas salas con dormitorios anejos y un ventilado aseo dando al fiordo. De cara a la ciudadanía y al estamento eclesiástico, Sigbrit estaba contratada como gobernanta y Dyvike como primera doncella. Todos en la ciudad sabían que la bella era mi amante y su madre mi consejera, pero siempre fui partidario de guardar y hacer guardar las formas. Mi vida se convirtió en una delicia. Amaba a Dyvike y era correspondido. Llevaba los asuntos de gobierno y convivía con mis dos mujeres en perfecta armonía. Poco tiempo hice la pantomima de visitar a mi enamorada por las noches: a la semana la instalé en mi cámara sin cuidarme de la servidumbre ni del qué dirán. Corría el año de 1509. Poco iba a durar aquella situación idílica. En febrero de 1510, considerando que mi formación como virrey-gobernador era completa o alertado quizá de mis andanzas, el rey Hans solicitó mi presencia en Copenhague. Aquella primavera, con Sigbrit y Dyveke a las que convencí para que me siguieran, crucé el mar, me presenté ante mi padre el rey, doblé la rodilla y besé su mano. Alojé a mis mujeres en una escondida villa en las afueras, a menos de media legua del palacio de Hvidöre, en el camino a Roskilde.

Mi padre, a sus cincuenta y cinco años, estaba avejentado. Mi madre, la reina Cristina, al contrario, exultaba de salud y fuerza con ocho años menos. Creo que los dos conocían la existencia de Dyveke y Sigbrit, incluso que habitaban muy cerca, pero disimulaban o preferían ignorar. Su monotema era mi matrimonio. Estaban empeñados en casarme y me buscaban novia. Hubo en

palacio varios bailes-encerrona en los que desfilaron distintas pretendientes a mi mano: una estropajosa princesa sueca de la familia Vasa, fea como un año en que se hiela el Öresund, pero que hubiese representado una buena solución dinástica de cara a los sempiternos problemas con aquel reino; una princesa polaca, María Amalia Jagiellon, una especie de suspiro de perfiles lisos, nada por delante y nada por detrás, más seca de carácter que un cardo borriquero, con la que tenía que entenderme por señas pues ni ella hablaba alemán ni yo polaco; la hija de un duque de Baviera, una Hohenzollern gorda como una osa preñada a base de salchichas de su tierra, que tenía a su favor lo risueño y la esperanza de pitanzas sin fin, pero que me motivaba a la hora del amor menos que una avutarda; y, por fin, una sobrina del duque de Cleves, un noble del Imperio amante de la caza, rebosante de hechuras, con fama de resabiada y pinta de golfa, de quien se decía que estaba más vista y trabajada que un breviario. A la vista de tal colección de esperpentos, recordando a Dyveke, me entraban ganas de llorar y corría a sus brazos desde que podía.

—Ni temas ni te alteres —me decía en la soledad de su refugio Sigbrit, a quien había autorizado a tutearme—. No ha llegado tu hora. Cuando llegue el momento yo te buscaré novia. —Aseguraba tal muy seria, pareciendo saber lo que decía, con la sonrisa cómplice de su hija.

—Yo no quiero casarme —respondía—. Soy feliz así.

—A efectos del casorio, lo que opines o dejes de opinar apenas cuenta —aseguró —. En bien del reino, deberás hacer lo que ordene el rey tu padre.

Sólo me preocupaba el que Dyveke no quedara embarazada a pesar de nuestros diarios encuentros, a veces más de uno. La amaba tanto que hubiese deseado un hijo suyo. La estéril desde luego era ella, pues yo había demostrado mi fertilidad en más de una ocasión. Pero no me alarmaba en exceso. Al contrario: tal infertilidad suponía mantener nuestro amor en secreto, sin la publicidad que dan los hijos. Me ocupé de que su alojamiento fuese cómodo, de que no les faltase de nada. Procuré un carruaje con el que se desplazaran a la ciudad y les asigné una cantidad mensual, de mi peculio, pues no quería que Sigbrit ejerciese su oficio de herbolera y mucho menos que resucitase sus dotes taumatúrgicas. El cataclismo sucedió de repente: en enero de 1513, a consecuencia de una caída del caballo que resbaló en el hielo, mi padre, el rey Hans II de los Países Nórdicos, se descalabró y murió en el acto.

2

Fortaleza Real de Kalundborg, septiembre de 1558

Lo mismo que un macaco en su jaula, he recorrido el término de Kalundborg varias veces. A diferencia de los simios enjaulados mi encierro es una cárcel grande: la referida ciudad portuaria y su ámbito judicial que comprende varias parroquias, tres villas y dos castillos: Dragsholm y Lerchenborg. Por suerte para mí, los castellanos de ambas fortalezas siempre me fueron fieles y lo siguen siendo. Es cierto que rindieron pleitesía a mi tío el rey Federico, el usurpador, y hoy lo hacen a Christian III, su hijo, en la ocasión anual en que los ricos hombres, la nobleza y la jerarquía luterana se reúne en el Rigsraad, pero el resto del año despotrican más o menos abiertamente contra ellos. Ejler Nielsen Rosenkrantz, conde de Lerchenborg, me recibe en su fortaleza dos veces al año: el día de su onomástica y el aniversario de su boda con su encantadora mujer Lisbeth. Antiguo luchador contra los suecos, perdedor de una pierna combatiendo, Ejler es seis años más joven que yo y lo aparenta. Es fuerte, de sonora osamenta, cuello recio, anchos hombros y tórax poderoso. Gran nadador, es capaz de ir y volver desde la punta de Ordrup a la isla de Sejerö, con una sola pierna, en la misma mañana. Rosenkrantz es además un ferviente admirador de las mujeres y del licor de guindas, que destila en su casa personalmente. Sus guindos, orientados a poniente en su huerto abierto al fiordo que da nombre a la ciudad, dan un fruto pequeño, concentrado, color rojo rubí y de un sabor que para sí quisieran los mejores de cualquier país meridional. Contemplarlo mientras elabora el delicioso espíritu conmueve. Fogones, calderas, retortas, conducciones y alambiques son del mejor cobre portugués. Rectifica el destilado ¡tres veces! hasta obtener un producto final que es propio de monarcas auténticos. Es por ello que me reserva la mejor parte de su producción, cosa que yo agradezco, pues no puedo dormir sin echarme al coleto un trago colmado de aguardiente. Disfrutando del excelso licor solemos jugar al ajedrez, complicado entretenimiento al alcance de pocos dada su dificultad casi cabalística. Estudioso del deporte de las sesenta y cuatro casillas, practica una apertura muy reciente, agresiva, inventada por un

joven clérigo español, Ruy López, y por ello llamada *española*, ante la cual poco puedo hacer con mi arcaica defensa. Ejler tiene la suerte de compartir su ancianidad con una mujer joven, Lisbeth, que me recuerda a mi Isabel de los mejores tiempos: bella, dispuesta, cariñosa e inteligente.

A Dragsholm voy con más frecuencia, sin invitación previa. Es una deliciosa fortaleza encaramada a un leve promontorio desde el que se ve el mar. Siempre recién enjalbegada, rodeada de un foso y de un inmenso parque, reside allí el conde Anders Skeel, un curioso personaje que una vez fuera mi embajador en Praga. Anders es más viudo que yo, pues lo es por partida triple. Su aspecto de *trold* de montaña noruega: calvo, de peludo entrecejo, granujienta nariz y orejas de elefante, lo desdice su carácter amable, inofensivo, como el de un niño grande. Sus vicios conocidos son las rosas blancas en primavera, los arenques ahumados del estío, el pato de pantano en el otoño —el célebre y sin par *moseand*—, el asado de oca en navidad y el tabaco de pipa todo el año. A falta de mujer propia, se consuela con una cocinera que al tiempo le prepara sus deliciosos guisos y dos doncellas que se turnan en su lecho. Dudo que el trío sirva para otra cosa que no sea calentar sus huesos, pues me da la sensación, viéndolo viejo y destartalado, que Skeel feneció ya para las artes de Afrodita. Es uno de mis más fieles súbditos. Envidio de él su buen humor perenne y su capacidad para trasegar cerveza y mosto fermentado sin resentirse, próxima ya la setentena. Se molesta si falto a cualquiera de sus ceremonias estacionales que, por encontrarlas de interés, referiré sucintamente. Ahúma los arenques en un obrador junto al parque posterior del castillo, pasado el foso, con madera recién cortada de sus hayas como combustible. Lo hace en persona. Es más, no deja entrar a nadie. Ahumada ya la pesca, la deja orear durante tres semanas. El aroma a pescado curado inunda Dragsholm y las praderas circundantes a mediados de agosto, seña evidente de que se aproxima la gran fecha: el 15, día de la Virgen, que el conde mantiene contra viento y marea a pesar de la Reforma. Se consume el arenque al modo nórdico: con yema de huevo crudo, perejil y cebolla picada, intercalando entre bocado y bocado, helados tragos de aquavit. Están invitados al monográfico banquete —celebrado bajo una carpa de lona instalada en el parque— sus hijos, hijas, yernos, nueras, primos, nietos, bisnietos, todos los empleados de la casa y sus aparceros, más de cien, siendo la asistencia obligatoria salvo caso de grave enfermedad. Para evitar ausencias se pasa revista debiendo contestarse a viva voz.

Referente al *moseand*, la gran especialidad de sus fogones, el

conde sólo consume patos salvajes cazados por él mismo. Ya limpios los volátiles, colgados al fresco semana y media para que su dura carne se sazone y ablande, los asa en horno de panadero y los acompaña de patatas nuevas, compota de manzana ácida, mermelada de grosellas, dulce de ruibarbo y salsa *waldorf*, que lleva nata, nueces y apio. A los patos sólo están invitados los varones mayores de edad que no sean solteros. La oca rellena navideña es estrictamente familiar con mi sola excepción. Acuden a ella, como llamados por su reclamo mágico, los infinitos componentes del clan de los Skeel que surgen de todas partes, hasta de debajo de las piedras, y llenan la fortaleza de rumores festivos que tardarán un año en volver a escucharse. Y nos queda el tabaco, la planta que los españoles trajeron de sus Indias y que ya se conoce hasta en la lejana Siberia, pasados los Urales. Anders lo fuma en cualquiera de las pipas de su magna colección. Las hay de brezo, caoba, naranjo, limoncillo, boj y espuma de mar. Verlo envuelto en la humareda azul de su propia burbuja, mirando al infinito, reconforta.

*

Once días duraron los funerales de cuerpo presente de mi padre. Se celebraron en la Catedral de Santa María, en Copenhague. Hubo velatorios, misas de réquiem y, por las mañanas, un incesante desfile del pueblo que quería homenajear por última vez a su rey. El intenso frío reinante retardaba sin duda la putrefacción, pero el último día se notaba en el templo un inquietante aroma a cadáver descompuesto que no amenguaban los crisantemos ni las decenas de pebeteros de incienso puestos a toda prisa. Inhumado el monarca, en el panteón de los Oldenburg, fui investido con el cetro el 22 de enero de 1513, justo a los quince días del real óbito. A la espera de la coronación, juré ante la asamblea dedicar mi vida a los reinos unidos de Dinamarca, Suecia y Noruega y respetar las decisiones que tomara el Rigsraad, nuestra cámara legislativa. Por mi parte, mi primera providencia fue instalar a Dyveke y a su madre en un ala recoleta del palacio real de Hvidöre, al norte de Copenhague. La segunda medida fue instar a la asamblea a utilizar el danés como lengua oficial. Me parecía vergonzoso que mi lengua se hallase desplazada. Lo común era que la aristocracia se entendiera en francés, el Rigsraad dialogara en alemán y sólo se utilizara el danés para hablar con el perro.

La existencia de mi amante y de Sigbrit era conocida por todos, pero todos callaban. En la intimidad, sin quitarnos los lutos, había hecho saber a la reina madre mi absoluta reluctancia a prescindir de Dyveke, a quien presenté el primer día. Lo cierto es que se

cayeron bien. Mi holandesa, cumplidos ya los veinticinco años, se había convertido en una auténtica mujer, cultivada, pues leía todo lo que caía en sus manos, discreta y risueña, siempre de buen humor. Con tales prendas se hacía querer por todos en palacio, pero no por la estirada nobleza danesa o por los aristócratas, que la detestaban por estimarla poco para mí. ¿Por qué, se preguntaban, prefería a aquella advenediza hija de una herbolera antes que a cualquiera de sus hermosas pero anodinas hijas? En cuanto a Sigbrit, se comentaban en la ciudad sus artes de sanadora y taumaturga junto a sus dotes de experta diplomática que yo, arteramente, había hecho propalar. Astuta e inteligente, se relacionaba ya con los más altos dirigentes del país y alternaba con los embajadores. Empezaba a ser conocida en la ciudad como Sigbrit la *mutter*, la madre de la amante del rey. También se había ganado a la reina Cristina, con la que alternaba cada tarde. Tomaban té juntas, hablaban como cotorras de las Indias y tramaban aviesos planes sobre mi futuro.

El reino estaba en paz y mis días eran tan idílicos como en Bergen. Dormía en los brazos de Dyveke, a la que pronto traje a mi dormitorio, desayunábamos los cuatro — mi madre se sumó enseguida a nuestros *morgenmad*— y bajaba al despacho a atender los asuntos de estado. Dejaba lo grueso a mis consejeros, comía ligero en soledad —grave penitencia de cualquier monarca— y corría a las caballerizas para, acompañado de Dyveke, cabalgar por los bosques de Gentofte, posesión real hacia el norte. Las tardes eran apacibles al amor de los hogares de leña o las estufas, paseando por el parque, leyendo, conversando o jugando a los naipes. Si había nieve esquiábamos o nos deslizábamos en trineo por las pocas pendientes. No duró mucho nuestra tranquilidad. En marzo de aquel año, reunida la asamblea convocada con urgencia, se me hizo saber que la dinastía precisaba un heredero por lo que se me conminaba a buscar novia.

En efecto, la reina Cristina y sus asesores habían estudiado las posibilidades que ofrecían los reinos europeos. Se descartaron las princesas bohemias y húngaras por ser muy poca cosa para el trono danés. En parecidas circunstancias se encontraban las princesas italianas de sus ciudades-estado. Francia no disponía de oferta por entonces, lo mismo que Inglaterra, cuyos reyes, Catalina de Aragón y Enrique VIII, casi recién casados, no tenían descendencia. El Rigsraad llegó a la conclusión de que la elección debería recaer en alguna de las princesas que crecían en Malinas bajo el amparo de Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano. Dos eran las

candidatas que residían en la corte borgoñona de Flandes, Leonor, de quince años, e Isabel, de doce, pues María, de nueve, era demasiado pequeña. El intríngulis de aquella preferencia residía en el hecho de que ambas eran hermanas del archiduque Carlos, que entonces contaba trece años, un personaje llamado por herencia a ocupar un trono de importancia, el de España y sus Indias y, tal vez, en un día no lejano, el del Imperio. Antes de oír propuestas y tomar decisiones, si es que pudiera hacerlo, quise escuchar la opinión de Sigbrit. La *mutter* parecía estar muy impuesta, y es que se relacionaba y solía merendar con los embajadores de Francia, España e Inglaterra.

—Estoy totalmente de acuerdo con la opinión de la reina Cristina y la asamblea, majestad —dijo—. El embajador de España, recién llegado de Flandes, ha visto a las princesas y afirma que son encantadoras. Leonor, la mayor, de piel muy blanca y ojos claros, es más hermosa pero menos discreta que Isabel, de piel más atezada y ojos del tono de la miel silvestre, con mayor fundamento.

—Yo me inclinaría por la más hermosa —aventuré.

—Craso error —sostuvo Sigbrit—. Es cien veces preferible, y más para un monarca, tener a su lado una mujer inteligente y poco afortunada en lo físico que una presumida y tonta pero hermosa. Un rey discreto puede solazarse a su antojo con una amante bella y contar ante el mundo con una esposa capaz, clarividente y lista como el lince.

—Amo los ojos claros…

—Los ojos claros abundan por aquí y tienen poco mérito —sostuvo Sigbrit—. Nadie con el azul de ojos de mi pequeña, pero los ojos oscuros hieren más, son más profundos. Tal vez Leonor salió al archiduque Felipe, su padre, muerto no ha mucho, tildado de *Hermoso* por los que le conocieron. Isabel habría salido a su madre, Juana de Castilla, o a su abuela de igual nombre, conocida en sus reinos como la *Católica* que, dicen todos, fue también muy bonita. En ese caso la menor habría heredado el fulminante mirar y la inteligencia de aquella soberana que, con dineros de su propio peculio, ayudó a alumbrar un Nuevo Mundo. Hazme caso, Christian, mi señor y mi rey: cásate antes con la capacitada que con la bella.

La opinión de Sigbrit era punto por punto la que sostenía mi madre. Por ello, dada mi aprobación a aquel enlace, entró en acción la diplomacia. Mi tío Federico el Sabio de Sajonia, elector imperial y hermano de mi madre, tanteó al emperador Maximiliano en la

primavera de 1513, en Augsburgo. El astuto emperador afirmó que no veía con malos ojos tal matrimonio, pero todo dependía de la buena disposición de la princesa Isabel, pues no entraba en sus planes forzar la voluntad de nadie. Por otra parte, desde Flandes, nos llegó la noticia de que la pequeña Isabel se hallaba predispuesta y deseaba conocer ciertos detalles sobre el novio; más sobre su educación y carácter que sobre aspectos meramente físicos. Nos agradó algo tan sorprendente en moza de su edad y ello nos confirmó en la certeza de seguir el camino correcto. No obstante, ordené que el mejor orfebre de Copenhague tallara sobre un camafeo de nácar mi mejor perfil. Sí, no sonreíd: todos tenemos un lado discreto y otro regular. Cuando estuvo dispuesto, en el verano de 1513 escribí de mi puño y letra a la princesa, en latín, que es el idioma de la correspondencia entre reinos y estados, una educada y cariñosa carta a la que adjuntaba el medallón de oro y nácar con mi efigie. Reconozco que me ayudó a redactar la misiva el latinista oficial de la Corte, pues mi latín dejaba que desear. Luego crucé los dedos y esperé. La respuesta llegó el mes de noviembre. En ella, con trazos latinos muy resueltos y firmes, tras darme el pésame por la muerte de mi padre, Isabel de Austria me autorizaba a hablarle, algo que no entendí muy bien, pero que Sigbrit me aclaró era cosa de galanteos antiguos en Castilla, el mítico reino que me traía sin sueño. Acompañaba a la misiva un camafeo de nácar en marco de platino con su imagen, trabajo de un orfebre de talla. El perfil de Isabel era de rasgos clásicos: frente alta y lisa que formaba una suave ese con la nariz, labios carnosos y barbilla discreta, nada que ver con el mentón prominente que el emperador Maximiliano, según supe, paseaba por el mundo. Mucho mejor de lo que yo esperaba.

Obedeciendo indicaciones del Rigsraad, en enero de 1514 una delegación integrada por el obispo Godske Alhefeld, los consejeros Mogens Goeye —que me representaba—, Albert Jepsen y ciertos caballeros de la nobleza, entre los que iba mi amigo el conde Anders Skeel, salió para Alemania con la intención de cruzarla camino de Bruselas. Navegaron los viajeros el Báltico hacia Rostock, siguieron a Leipzig y allí se entrevistaron con el príncipe elector Federico el Sabio. Recibieron buenos consejos de mi tío tocante a la mejor manera de encarar las futuras capitulaciones matrimoniales, especialmente lo relacionado con la dote que aportaría la princesa, pues pocos monarcas quieren a una novia desprovista de fondos de cualquier clase, léase dineros contantes y sonantes, tierras o feudos. Sabedores de que el emperador pasaba el invierno en la austriaca

localidad de Linz, allí se dirigieron.

Mi amigo Anders me contó muchas veces sus vivencias del viaje y sus impresiones sobre Maximiliano; volvió a hacerlo no hace mucho en su fortaleza de Dragsholm, bebiendo licor de guindas. El emperador era un hombre robusto, de ojos muy verdes y cejas en visera, alto cual torre de homenaje y ancho como una carretela de acarrear piedra. Sus pies eran tan grandes que podía quedarse dormidos sobre ellos una noche y sus manos, inmensas, recordaban esas paletas de tahona para amasar el pan. Su voz de bajo de ópera, de ogro harto de carne humana, retumbaba al hablar haciendo vibrar los cristales de arañas de cristal, espejos, ventanas y hasta copas y vasos, pero detrás de su fiera apariencia resultaba inofensivo. Atendió a la delegación y recibió mis parabienes y una carta con mucha cortesía. Obsequió a mis daneses con un copioso ágape de doce platos regados con vinos del Rhin y del Mosela, que Anders Skeel, cuarenta y cinco años después, con los ojos brillantes, aún recuerda. Otra cosa fue la fiereza que demostró en cuanto se pasó a hablar de plata acuñada y florines de oro de la dote. Todo el mes de abril los llevó llegar a la cantidad correcta. Yo, asesorado por Sigbrit, había indicado a mis consejeros que no aflojaran un punto por debajo de 350.000 florines. Según el bueno de Anders, había que haber visto la cara de Maximiliano cuando escuchó aquella cantidad. Primero abrió mucho los ojos, luego se quedó inmóvil, tan de muestra como un perro de caza cuando ve a la perdiz, y por fin estalló en una carcajada de resonancia homérica que atronó la estancia e hizo que los demás lo imitaran. Al final terminaron riendo todos, los nórdicos sin saber bien de qué. Hubo un tira y afloja más propio de jayanes y de mozos de cuadra que de emperadores y consejeros áulicos. Engrosar el valor de Isabel de Austria en la mísera cuantía de un florín holandés, suponía al Habsburgo un auténtico dolor de muelas. Parecía que lo estaban degollando cuando, a base de ceder nosotros, se llegó a la cantidad cerrada de 250.000 florines de oro batido y acuñado en la ceca de Roterdam. Skeel miraba intrigado a aquel gigante. Era blanco de piel, de rasgos tártaros, rubia pelambre enmarañada y quijada deforme; en el más grueso de los dedos de su manaza izquierda brillaba un diamante que no bajaría de treinta quilates; sobre su casaca de piel de anta, pendiente de su pecho, lucía el gran collar del Toisón de Oro y una cruz latina de platino y brillantes. De no ser por la cruz, me dijo, habría jurado que trataba con un miserable usurero hebreo de la diáspora. Veintiocho días duraron las negociaciones. Por fin, el día 29 de aquel eterno abril se firmaron

las capitulaciones.

El obispo y los demás se las prometían muy felices viéndose ya en posesión de aquel dinero y, tras llegar a Malinas, dueños también de una tierna princesa de la Casa de Austria para Dinamarca. Los pobres… Iban a despedirse cuando sonó rotundo el vozarrón del emperador.

—Hablemos de la forma de pago —dijo.

—¿Cómo forma de pago? —balbució el obispo Godske—. Yo creía… Es decir, dábamos por supuesto que se haría efectivo al llegar a Flandes.

—Como hombre de Iglesia os suponía crédulo —dijo Maximiliano—, pero una cosa es creer que Dios es Cristo y otra muy diferente pensar que voy aflojar de golpe doscientos cincuenta mil florines en oro. Mis dineros se emplean para la guerra contra el turco. Ni tengo aquella cantidad, ni la he vista junta en todos los días de mi vida. He aquí la fórmula que propongo: dos terceras partes de esa suma las sufragará España con las rentas de Castilla y el resto Flandes con las suyas. El dinero efectivo, en oro acuñado, se pagará en tres años, 1515, 1516 y 1517.

—Pero señor…

—No hay pero que valga. ¿Pensabais que os ibais a llevar a mi nieta dilecta, que es la luz de mis ojos, y aquella desmesurada cantidad en oro de ley que me parte el alma, así, sin más?

Tuvieron que acceder. Y menos mal: Isabel, luego del desconcierto inicial y de ciertos desplantes que le hice de los que jamás me arrepentiré lo suficiente, fue en mis manos una gema preciosa como no existen en el mundo brillantes refinados, oro molido, rubíes ni esmeraldas que puedan comparársele. Iban a levantar ya la sesión cuando se escuchó otra vez la voz tronante.

—Aún queda algo —dijo el Habsburgo—. En su calidad de reina de Dinamarca, mi nieta recibirá de las arcas danesas una décima parte del importe total de aquella suma, es decir 25.000 florines de oro de renta anual, a años vencidos.

Iban a responder, pero comprendieron que se enfrentaban a un poder superior. Firmaron todo lo que les pusieron por delante y partieron para Flandes con la sensación del que escapa indemne de un peligro inminente, un alud de nieve, un maremoto o las garras de un tigre siberiano. Llegaron a Bruselas y, a primeros de junio, fueron recibidos por Margarita de Austria, gobernadora de los Países Bajos, en su espléndida corte. Margarita no recordaba a su

padre ni en el blanco de los ojos. A sus treinta y cuatro años la de Austria conservaba intacta toda su belleza. Anders Skeel intentó describírmela. Era tanta que originaba pasmo, el mismo que causaría en el infante de Castilla, don Juan, primogénito de los Reyes Católicos, al conocerla justo antes de casarse. Ella contaba diecisiete y él uno más cuando el arzobispo de Toledo los unió en matrimonio en la ciudad de Burgos, en 1497. El amor ensartó a la pareja de un saetazo que, lanzado por Cupido, atravesó a los dos al mismo tiempo. Cuentan que se acometieron en el tálamo con frenesí animal, sin saber ni entender de otra cosa que no fuera su pasión o sus cuerpos. Tras la bendición eclesial estuvieron once días sin salir de la cámara regia. Recogían las bandejas de alimentos que una dueña les dejaba en la puerta y las devolvían limpias, los platos rebañados. Comían, bebían, celebraban su felicidad con grandes risas y se amaban sin pausa. Al mes y medio el fornido galán empezó a languidecer y murió a los noventa y pocos días. Recuerdo que comenté el caso con Isabel en una de aquellas noches desveladas en las que le pedía me hablara de su familia y de sí misma.

—Los físicos de la corte dijeron que tío Juan murió al reblandecérsele la médula por exceso de actividad sexual —dijo con gesto escéptico—. Al parecer perdió también el apetito —añadió.

—No puede ser —sostuve—. Sé de varones de intensa actividad venérea —pensaba en mí mismo de manera indecente— que jamás languidecieron ni se reblandecieron sus médulas. Y, que yo sepa, el ayuntar reglado da apetito.

—Opino como tu —dijo mi mujer—. Una vieja servidora de mi casa en Malinas, que fuera criada de mis abuelos los monarcas católicos en Valladolid, afirmaba que el infante arrastraba de atrás una tosecilla majadera que lo importunaba. O mucho me equivoco o andaban de por medio las miasmas de la tisis galopante que, dicen, se ceba sobre todo en mozos fuertes.

Nada sabía yo de tisis galopantes o al trote, pero me admiró una vez más la clarividencia de mi esposa.

—¿Qué ocurrió al enviudar tu tía? —pregunté.

—Margarita, desolada, desanduvo el camino. Al poco casó otra vez con un noble francés pero, de nuevo viuda, recaló para mi fortuna y la de mis hermanos en Bruselas, fue mi segunda madre, pues a la verdadera, la reina Juana de Castilla, no la conocí apenas y no la recuerdo.

Retomando el relato, la delegación danesa conoció en una

solemne recepción a la princesa Isabel y a sus hermanos que estaban en Flandes, Leonor, de quince años, Carlos de catorce y María de nueve, pues Fernando y Catalina residían en España. Isabel le pareció al conde Skeel un proyecto de hembra, flaca, erguida, con la mirada brillante y un extraño atractivo aristocrático. De manera muy rápida se dispuso un simulacro de boda en el que la novia sería auténtica y el novio, Mogens Goeye, simulado. Había dispuesto que la farsa debía escenificarse precisamente el día 11 de junio, fecha de mi coronación en Copenhague. Yo estaba a punto de cumplir treinta y cuatro años al cabo que mi prometida, en Flandes, era veinte años más joven, pues aún tenía trece.

El día señalado, que coincidió en domingo, se celebró la boda por poderes en el palacio de Bruselas en medio de grandes festejos. La ceremonia, muy vistosa, estuvo presidida por Margarita de Austria escoltada por los principales miembros de su gobierno. Ambos contrayentes se dieron el sí quiero, el obispo bendijo el anillo que yo había enviado desde Dinamarca por medio de Mogens y éste lo colocó en el frágil y estilizado dedo anular de la novia. Luego el prelado los desposó y bendijo, pero pronunciando mi nombre al llegar al del contrayente. Hubo hasta un banquete nupcial seguido de baile, a la usanza de aquella festiva corte. Anders contó a más de cuatrocientos invitados. Por fin, todavía con luz y en presencia de los altos dignatarios de la Iglesia, la pareja se dirigió a la cámara nupcial donde se echaron vestidos encima del gran lecho. De esa forma Isabel de Austria se convertía en reina efectiva de Dinamarca, Suecia y Noruega. Los delegados y consejeros daneses partieron hacia Holanda y, a mediados de agosto, embarcaron en Ámsterdam para Dinamarca.

*

—¿Cómo es ella? —pregunté inquieto al conde Skeel.

Los enviados nórdicos terminaban casi de desembarcar y Anders me informaba del largo periplo por Sajonia, Bohemia, Baviera, Flandes y Holanda. Habían mercado en Ámsterdam un pellejo con vino del Rhin y lo trasegábamos con langosta de Dragör cortada en finos medallones.

—No esperéis gran cosa, mi señor; claro es que hablamos de una niña.

—Tan niña no será. Ya habrá cumplido trece.

—Es delgada, tan sutil como los encajes de Malinas, muy famosos en aquella parte, y espigada como el junco de un lirio.

—Le han crecido… Ya sabes.

—Es poco exuberante por delante, mi señor, pero tiene un algo que no sé definir, que la envuelve en un aura especial, como polvillo mágico. Más que andar se desliza, arrastrando por los salones la larga cola de sus trajes de seda con alforzas doradas.

—¿Es bello su cabello?

—Su pelo, de un tono entre castaño y ámbar, es largo, tan fino como el lino de Nohäg, un lugar en el curso del Nilo, reputado como el más tenue producido por telar alguno. Tan pronto lo recoge en un gracioso moño, a la española, como lo protege con una redecilla recamada de perlas, lo trenza en dos o más coletas o lo deja caer sobre la espalda lo mismo que esas cascadas noruegas que se despeñan en las laderas de los fiordos.

—Tendrá caderas, imagino, algo a lo que agarrarse… —pregunté, casi perdida la paciencia.

—Isabel es delicada, tierna, una flor que aún no ha abierto sus pétalos.

—¿Le visteis los tobillos?

—No hubo ocasión, pues es muy recatada. Pero sí sus pies, que son pequeños y simétricos, manteniéndose en ellos tiesa y altanera, pues señora sí es. La mejor definición de la reina danesa sería pizpireta.

—¿Pizpireta? ¿Qué es pizpireta?

—No lo sé muy bien, señor. Es expresión que escuché a dos caballeros españoles que se encontraban en la fiesta de esponsales referida a cierta camarera que pasó por allí meneando las caderas. Le chistaron y la moza, desenvuelta, hizo oscilar al aire su melena y los fulminó con su mirada clara.

—Pizpireta… —repetí para mí— ¿Sonrió al menos?

—Lo hizo sin tasa, mi señor, que la damita es simpática y llena de alegría de vivir. Frunció ligeramente el ceño cuando vio el camafeo con vuestra efigie, que le entregué.

—¿Lo hizo? Descastada… Ello es que el orfebre no se esmeró lo suficiente. ¿Cómo es el tono de su voz?

—Claro y concreto. Isabel de Austria semeja más despierta que sus hermanos. Leonor, la mayor, es bella, demasiado quizá, pero sosa, algo endiosada pues sabe sin duda de su hermosura huera. Carlos, el varón primogénito, es un chiquilicuatro: pequeño de estatura, chupado y sin apenas barba. Es verdad que hablamos de

un muchacho que no llega a los quince. Se comentaba en la corte que utiliza coturnos para complementar su poca altura, que lo trae descompuesto, y que hace a diario dos horas de esgrima y de gimnasia seguida de largas cabalgadas para potenciar al máximo su musculatura.

—¿Es despierta Isabel? ¿Se muestra interesada en los estudios?

—Según sé, Isabel es con mucho la más inteligente de los infantes e infantas que forman la camada hispano-austriaca, incluidos los que se hallan en España.

—¿Infantes? —pregunté.

—Así denominan en España a los hijos de los reyes. Supe que Leonor, interesada en lucir su palmito, aprende despacio; Carlos lo hace a trancas y barrancas, pues sólo conoce el idioma francés, materno de los cuatro hermanos, y odia las matemáticas. Por contra, Isabel es tan espabilada como un delfín hambriento, inquieta, dominando el francés, español, flamenco y latín; tiene nociones de alemán e italiano, cose, teje, tañe la flauta y sabe de arte, literatura y matemáticas.

Lo cierto fue que aquella información me dejó perplejo. Pero yo no estaba por entonces por la labor espiritual y el cultivo de las letras.

—¿Y en cuanto al fulgor de sus ojos? Dijiste que son como la miel silvestre.

—Parecidos a la almendra tostada o a la canela en rama que llega del Oriente, mi señor. Y de tal fuerza que no pude mantener su mirada. Brillaba en ella toda la luz que se condensa en esas perlas brunas que cría la ostra en los mares de Java.

—¿La viste inquieta, deseosa de llegar a Dinamarca para conocer a su señor y esposo?

—Isabel es tranquila como el céfiro de mayo en el Limfjorden, serena como la luna nueva. No se inmuta ni se altera por nada. Se sabe poderosa, perteneciente a la familia más rica y fuerte quizá de toda Europa. Será una buena reina y, ya os lo anticipo, contará con el amor del pueblo danés y el beneplácito de la aristocracia, el clero y la nobleza.

Intrigado por la descripción que Anders Skeel hizo de Elisabeth, de la que iba a ser mi pequeña Lisa, sugestionado por el poderío de su familia, hice averiguaciones a través de los embajadores acreditados del Imperio y de España en Copenhague. Sigbrit me acompañaba en tales entrevistas pues pasaba ya por mi

colaboradora más eficaz y fiel, mi consejera. Varias reuniones tuvimos en palacio, muy productivas para mí, pues en ellas me impuse en la vida y milagros de los Habsburgo austríacos y en las vicisitudes de la Corona Hispánica.

Los abuelos maternos de Isabel eran ambos de origen español. En 1474, cuando contaba veintitrés años, su abuela, la reina Isabel, pasó a ocupar el trono de Castilla, un territorio que abarcaba toda la parte occidental de la Península Ibérica excepto Portugal. Isabel se había casado en 1469 con el príncipe del vecino reino de Aragón, Fernando, que en 1479 se convirtió en rey segundo de su nombre. Aragón comprendía la parte oriental de España, incluyendo los condados catalanes, el antiguo reino de Valencia y las Islas Baleares. A ello se añadía Cerdeña, Sicilia y, después de 1504, casi toda la Italia meridional tras las campañas del ya citado Gonzalo Fernández de Córdoba, conocido en toda Europa como el Gran Capitán. Tras la expulsión de los árabes luego de un dominio de ocho siglos, Isabel y Fernando lograron la ansiada reunificación, pues Hispania ya había sido una en tiempos del Imperio romano. Tras el descubrimiento de las Indias y el comienzo de su evangelización, el Papa concedió a los monarcas españoles el sobrenombre de «católicos», como poco después haría con los franceses a los que denominó cristianos. El rey Fernando quedó viudo en 1505.

El abuelo paterno de la princesa Isabel era Maximiliano de Austria, perteneciente a la casa de Habsburgo, cuyos miembros se habían hecho con el control de grandes territorios en el centro de Europa merced a una hábil política diplomática y, sobre todo, matrimonial. Los países bajo el dominio Habsburgo constituían el Sacro Imperio Romano Germánico. En 1477 Maximiliano contrajo matrimonio con María de Borgoña, cuyo padre, Carlos el Temerario, se había hecho con el poder en los Países Bajos. El conjunto de los territorios de María: parte del ducado de Borgoña, el Franco-Condado, el ducado de Luxemburgo y los Países Bajos formaban el Estado Borgoñón. Por medio de aquella boda, los territorios de la riquísima María se unieron a los de la casa de Austria. Dos hijos hubieron María y Maximiliano: Felipe, que nació en Brujas en 1478, y Margarita, que vio la luz dos años más tarde en Bruselas. En 1485, tras cinco años de matrimonio, cuando sólo contaba veinticinco, murió María de Borgoña al ser estribada por la yegua en la que iba de caza. La idea de que sus hijos casaran con infantes españoles partió de Maximiliano. Trataba así de establecer una alianza entre los Habsburgo y la Corona española que representase un baluarte

contra la expansión de Francia, enemigo natural y ocupante de parte del ducado de Borgoña, la perla de sus posesiones.

En cuanto a los progenitores de la que ya era mi esposa, su madre era la reina Juana I de Castilla, nacida en Toledo y criada en España, donde tuvo ocasión de contemplar de cerca los esfuerzos políticos y militares de sus padres, los Reyes Católicos, para ultimar la reconquista y unificar el país. Su padre, Felipe el Hermoso, asumió el control del Estado Borgoñón heredado de su madre a los quince años, en Bruselas. Dos años después, en 1496, el joven soberano se casaba con la princesa Juana de España. Desde allí hasta la muerte de Felipe, en 1506, la pareja trajo al mundo seis hijos en total: dos varones, que serían después reyes de España o emperadores alemanes y cuatro hijas, llamadas como buenas Habsburgo a ser reinas de Hungría, Dinamarca, Francia y Portugal.

A pesar de la fuerte atracción que existía entre Juana y Felipe, su matrimonio no fue dichoso. El Habsburgo era bien parecido, bienquisto entre las damas y con buen ojo para féminas de cualquier extracción, rameras incluidas. De ahí su sobrenombre de «El Hermoso». Juana desarrolló unos celos que con el tiempo se hicieron enfermizos. Relatan que una vez, tras sorprender rastros de pelo rubio en su propio lecho junto a una íntima prenda femenina, hizo cortar el pelo a todas las doncellas de palacio que eran blondas para después azotar de su mano a las más bellas. En 1498 nació Leonor, en 1500 Carlos y en julio de 1501 Isabel, que fue bautizada en la catedral de Bruselas. Poco después de nacer *Ysabeau,* como era nombrada en la corte francófona de Borgoña, sus padres partieron hacia España para que Felipe conociera a los Reyes Católicos y visitar parte de su futuro y vasto reino. Al cuidado de los pequeños quedaba Margarita, que fue en realidad su verdadera madre.

Margarita de Austria se encargó de la formación de los pequeños huérfanos de padre. Gobernadora de los Países Bajos por encargo del emperador, Margarita, dos veces viuda, fue una excelente educadora. Dirigía los estudios de sus escolares, contándose entre sus preceptores al humanista español Luis Vives y al sacerdote holandés Adriano de Utrecht. El método de enseñanza era el diseñado por el humanista flamenco Erasmo de Roterdam, muy amigo y consejero de Margarita, y se plasmaba en su *Manual del caballero cristiano* dedicado al joven Carlos. Es cierto que Margarita volcó todo su amor en éste, que era su ahijado, destinado a ser muy pronto rey de España y todos sus dominios y emperador de Alemania, pero no descuidó a Leonor, a Isabel, la más dotada, y a la pequeña María. Estableció su corte en el palacio de Malinas,

población de Brabante famosa por sus paños y encajes, y la convirtió en una de las más cultas de Europa. El idioma oficial era el francés, atendiéndose al cultivo de las artes: escena, poesía, danza, música y pintura, que pasaron a formar parte de la vida cotidiana de palacio. La princesa Isabel pasó su infancia y primera juventud escuchando la excelsa polifonía de Josquien des Prez o viendo manejar los pinceles a Lucas Cranach, pintor de cámara de la Gobernadora, y a Van Orley, famoso retratista de la Corte.

*

Impuesto en los avatares familiares de mi desconocida esposa, me dediqué a diseñar un plan para organizar mi vida a su llegada. Ésta se difería. Algo más de un año transcurrió entre los esponsales y la consumación real del matrimonio. La principal causante de un retraso que no me disgustaba era su tía Margarita. La de Austria quiso que Isabel madurara como mujer y terminara su educación, o casi, antes de serme entregada como esposa. Profundamente enamorado de Dyveke, no me vino mal aquel aplazamiento. La situación en el palacio de Hvidöre era un tanto anacrónica: todo un rey viviendo amancebado dentro de sus muros y con las bendiciones tácitas de la reina madre. Porque Cristina miraba a otra parte si coincidía con la madre y la hija, cosa que ocurría a diario. Es más, llegaron a ser grandes amigas. Sobre todo hacía buenas migas con Sigbrit, con la que tomaba té todas las tardes. En mayo de 1515, faltando pocos meses para la anunciada llegada de la reina Elisabeth, mi progenitora me llamó a capítulo.

—Hasta aquí hemos llegado, hijo —dijo con determinación—. Consiento en tu vida irregular, invento mil enredos ante el arzobispo y ciertas damas de la corte para disculpar tu relación con Dyveke, pero no paso porque a la llegada de tu esposa, la reina de Dinamarca, tu amante conviva con ella bajo el mismo techo.

—Yo había pensado, madre…

—Temo tus pensamientos. La solución ideal sería que abandonarás a esa mujer. Dyveke es buena y responsable. Buscaríamos la mejor solución para ella, que podría ser casarla con algún noble de segunda fila. Si ello no fuese factible de momento, queda otra alternativa: que le busques alojamiento en otra parte.

—Nunca abandonaré a Dyveke, madre, y ello porque la amo.

—Los sentimientos, lo mismo que la vida, cambian. Tal vez te cautive Elisabeth.

—Lo dudo. Por lo que he oído no es ninguna beldad.

—La belleza en la mujer puede ser interior. En ese sentido tengo las mejores referencias de Elisabeth de Austria —terminó mi madre.

Hube de obedecer optando por la solución menos traumática. Hablé con Sigbrit y su hija y lo entendieron. Me gustaba de Dyveke lo dócil y acomodaticia que era, sin pedir nada para ella o pequeñas minucias. Las dos se ocuparon de encontrar una tranquila residencia no lejana a palacio, con jardín, y allí quedaron instaladas a finales de junio. Pasamos unos maravillosos días de julio en Helsingör, en un palacete de verano de mi familia, tomando los baños, inquietos ante la inminente llegada de Isabel.

La expedición danesa que envié a buscar a mi novia había zarpado de Copenhague el 28 de junio de 1515. Dos galeones escoltando a la fragata real, *La Jutlandia,* atracaron en Vere el día 2 de julio y los expedicionarios siguieron de inmediato hacia Malinas. El arzobispo de Trondheim, Valkendorf, iba a la cabeza de la delegación que, como la otra vez, integraban representantes de la nobleza, entre ellos Mogens Goeye, uno de mis más fieles consejeros. Al llegar a palacio encontraron seriedad y caras largas: al saberse, ignoro por qué vías, mi irregular relación con Dyveke, parte de la Corte se oponía al matrimonio concertado. Uno de los más indignados era el príncipe Carlos, de quince años por entonces, que se negó a participar en la recepción oficial con que Margarita agasajaba a la delegación nórdica. La gobernadora departió largas horas con Valkendorf y le expresó su malestar. Éste me lo trasmitió en carta por mensajero urgente. Aquello me molestó no por el hecho en sí, pues lo entendía, sino por la forma de producirse y por el espionaje a mi vida personal que representaba. No tuve más remedio que escribir a vuelta de correo, mintiendo por mitad de la barba, que estaba dispuesto a despedir a mi amante y no volver a verla. La delegación danesa pudo por fin levar anclas llevando a la joven reina a bordo. Isabeau acababa de cumplir catorce años.

He pensado muchas veces, admirándolo, el valor que hace falta tener, siendo una moza, para viajar cruzando tierras y mares, sola, a un país extraño donde te espera un rey veinte años mayor y que tiene una amante. Pocas mujeres son capaces de mostrar semejante entereza a aquella tierna edad y a la cabeza de ellas está Isabel de Austria. La travesía del Mar del Norte fue apacible pero, al entrar las naves en el Skagerrak, frente a nuestras costas, se desencadenaron todas las fuerzas del averno. Un terrible diluvio preludió a la galerna más terrorífica de los últimos tiempos. Las olas barrían la cubierta de los barcos obligando a los marineros a amarrarse con cabos y maromas para evitar caer al agua. Del cielo

gris plomizo surcado por rayos y centellas caían chuzos de punta. El mar, color del chocolate que probara años después en Flandes, hizo danzar a los navíos tres días con sus noches por el Kattegat desmelenado. La entrada al estrecho de Öresund se presentaba aún más compleja, con mar arbolada y olas de quince varas, lo que hizo al capitán de la pequeña escuadra cambiar sus planes pues las mujeres flamencas, la princesa Isabel y sus tres camareras, languidecían en sus camarotes lívidas, medio muertas. Aquellas singladuras eran para ellas su bautismo marino. Según Mogens, empezaron a vomitar a la altura de Skagen, en la punta septentrional de Jutlandia, echaron la leche materna sin dejar una gota frente a la isla de Laesö y todas sus primeras papillas al pasar junto al islote de Anholt. Pensó el experto piloto en atracar en el abrigo pesquero de la ínsula hasta que pasara el temporal, pero no lo consentía el oleaje. No hubo más remedio que seguir hasta Helsingör donde arribaron el 3 de agosto, diez días después de salir de Flandes. Diez jornadas para un trayecto que normalmente se cubre en tres o cuatro. La reina, enferma, blanca como espuma de mar, no se tenía en pie y hubo de ser desembarcada en parihuelas. Goeye cabalgó seis horas en medio de la lluvia y, con su montura reventada, me informó del caso. Lo envié de vuelta al día siguiente acompañado de mi físico, Salomón Milzow, un judío polaco que ejercía en Copenhague con fama de atinar en sus diagnósticos. Tras unos días de descanso, reconfortada mi pequeña Lisa con los caldos hirvientes de ave llenos de tropezones que prescribiera para ella Salomón y el mar tranquilo, la flota pudo continuar su derrota y bajar por el Sund. El 9 de agosto, con la mar llana, calma, y esa luz especial de los días largos, se estacionó frente por frente al palacio de Hvidöre. Supe por mi mujer, años después, de su emoción al ver tierra danesa, comprobar el color del aire en el amanecer, la quietud silenciosa del bosque y la claridad del alba reflejada en las copas de los árboles. Yo había cabalgado desde la ciudad al frente de una vistosa y enorme comitiva que integraban heraldos provistos de largos sacabuches, funcionarios reales, miembros de palacio, clérigos, nobles y la reina Cristina acompañada de mi hermana, la princesa electora Elisabeth de Brandemburgo que, al efecto, se había desplazado desde Alemania con su esposo.

Los no conocedores del verano danés se las prometían muy felices. De repente, como suele, densos nubarrones surgieron desde el norte y asperjaron sobre el pueblo cristiano el agua de sus vientres. Fue algo inmisericorde. En medio de un terrible aguacero, Isabel de Austria pisó la pedregosa arena de la playa, ingrata y poco

agradecida esa jornada, pero arena danesa y suya al fin. Entre bascas y náuseas, angustias y restos de mareo, lo hizo trastabillando, del brazo del arzobispo Valkendorft, sujeta en la otra parte por dos de sus doncellas, tan empapada como un pez. Cada cual se defendía de los elementos desatados como podía, con paraguas, mantas, lonas o chambergos. La reina de Dinamarca, ahora muy erguida, avanzó hacia nosotros en medio del vendaval. No la veía muy bien pues lo impedía la cortina de agua. Sólo rompía el silencio el chasquido metálico de la lluvia rebotando en las piedras. Casi resbaló en el barro antes de situarse frente a mí, pálida, demacrada, esbozando una sonrisa amable. Hizo una graciosa reverencia doblando una rodilla y me apresuré a levantarla usando las dos manos. La primera impresión fue deplorable. El ser que llegaría a amar más que a nada en el mundo parecía un espectro apaisado, un cigüeñato todavía con plumón tratando de brincar en el nido, un ente desvalido implorando clemencia, una hembra en agraz. Los pelos se aglutinaban en sus sienes y el agua de la lluvia resbalaba por sus albas mejillas exangües. Sus ojos empañados no tenían vida, lo mismo que la boca a pesar de las forzadas muecas que querían ser festivas. Como nota incitante pude atisbar a través del escote las lomas de sus senos en flor y sentir al tocarla un delicioso aroma a jazmín, completamente nuevo para mí. Habían preparado algunos asientos en una tribuna cubierta con dosel y en ellos nos sentamos los notables.

En medio del aluvión de agua el obispo Lage Urne pronunció su discurso en latín, del que no entendí nada. Sabía su contenido: daba la bienvenida a la reina Elisabeth a su nuevo país, informaba de lo mucho que habíamos aguardado su llegada, hacía referencia a su noble linaje, en especial a sus abuelos, los Reyes Católicos, que habían expulsado de España a los árabes, ancestrales enemigos de la Cristiandad, y terminaba asegurando que Dinamarca había ganado una reina hermosa e inteligente.

De allí, empapados y temblorosos, pasamos a palacio donde estaba dispuesta una agradable colación de media mañana: té caliente, pastelería variada, tocino frito y huevos escalfados. Las damas pasaron a cambiar sus ropajes por otros secos, los hombres que pudimos hicimos lo propio y al fin nos dirigimos al comedor de gala. Sentada frente a mí, pude contemplar a la reina a mi completo antojo. Seca, los pómulos decorados a toda prisa con polvo de coral, peinada por sus doncellas y con otra túnica, mejoraba bastante. Comía muy despacio, a bocados pequeños, con la delicadeza de una garza de moño gris picoteando larvas. Manejaba las manos igual

que sus deditos las ardillas. Usaba para todo los cubiertos de plata, sin rozar con sus finos dedos alimento alguno, ni siquiera el pan. Bebía lo mismo que un jilguero el agua de la charca, a sorbos diminutos, limpiándose los labios cada vez. Masticaba sin mover los carrillos, con la boca cerrada. Me miraba de reojo y yo a ella, como tratando de captar sensaciones inéditas, recíprocas. Era de frente despejada, ojos de un tono que no pude definir, iridiscente, y de nariz recta levemente aupada en su final gracioso. Un poco descarnada en sienes y mejillas, sus labios eran gruesos, rojo sangre, con la barbilla redondeada ornada de un hoyuelo intrigante. Definitivamente no era fea, pero tampoco hermosa; estaba rodeada de un no sé qué hechicero: el aura misteriosa que nimbaba su testa, su perfume o quizá la sonrisa perenne. Cuando sonreía, y lo hacía sin medida, conquistaba al mundo que se le rendía con armas y bagajes. Tal fue el caso de mi madre a la que se ganó al instante, el primer día, o el de la aristocracia y la nobleza, que se hacía lenguas tras conocerla en el besamanos del día siguiente, en nuestra residencia palaciega de Hvidöre, por no hablar ya del estamento eclesiástico que, simplemente, la veneraba.

Levantada la mesa se despidió la gente y la reina Cristina, personalmente, acomodó a su hija, como ya la llamaba, en la cámara que llamaban de núbiles, reservada para las últimas noches de soltera de las Oldenburg, en un ala alejada del dormitorio real. Ella misma, en ya lejanos tiempos, había dormido allí lo mismo que mi hermana Elisabeth no hacía tanto. La dejó reposando en el lecho, arropada, la chimenea apagada pues no hacía frío. Antes de salir se aseguró una vez más de su confort, le ahuecó las almohadas y le besó en la frente sin poder reprimir, según supe, lágrimas de alegría. Había dejado de llover y al meteoro sucedía el agradable tintineo de las gotas cayendo de las ramas arbóreas sobre el césped. Desde el gabinete de música, anejo al gran salón de baile, contemplaba los cormoranes retozando en la playa cuando sentí los pasos inconfundibles de mi madre.

—Es sencillamente encantadora —dijo—. Supera mis mejores previsiones, mis sueños más felices. Elisabeth será tu complemento: una reina educada, cortés, risueña y culta. Y, escucha bien lo que te digo: o no sé de mujeres o dentro de muy poco se convertirá en una fémina hermosa y codiciada. ¡Es tan sólo una niña! No consentiré que le hagas daño ni el menor de los feos.

—Por esa parte puedes dormir tranquila, madre —dije—. Pero no me pidas que la ame. No puedo gobernar mis sentimientos: sabes que Dyveke es y será la destinataria de mi amor.

No volví a verla hasta la tarde. Tampoco me moví de palacio. Había quedado con mi amante en no vernos hasta pasada la consumación del matrimonio. A la hora de la cena, las seis en nuestro horario nórdico, apareció Isabel acompañada por una de sus camareras flamencas. Vestía larga y escotada túnica de seda azul bordada en encaje de Malinas, cinturón de brocado verde malaquita y escarpines de cordobán trenzado, de mediano tacón, que realzaban su figura en altura y la estilizaban. Llevaba el pelo recogido en varias trenzas que confluían en un gracioso moño. Algunas perlas gruesas pendían de él. Adornaba su frente una diadema de esmeraldas pequeñas y su cuello una fina gargantilla de brillantes, que supe había sido de Isabel la Católica. Se sentó frente a mí en la larga mesa. Detrás de ella, hierática, su servidora no movía ni una ceja. A mi derecha cenaba mi madre y a mi izquierda mi hermana y su marido, Joaquín, el elector de Brandemburgo, llegados de aquella ciudad alemana para los fastos de la boda real. Hubo carne de buey a la brasa, pichones estofados, ensalada, palominos duendos y dulce de grosella. Me maldije por mi indolente inepcia, por sólo hablar danés, conocer un alemán de andar por casa, cuatro palabras mal trabadas de francés y saber del latín sólo el *ite, misa est.* Isabel y los demás hablaban en francés que, a veces y como deferencia siempre sugerida por mi futura Lisa, me traducía su camarera ¡que era al tiempo intérprete! Elisabeth, aquella mocosa de catorce años mal cumplidos, parecía por instantes hallarse en su elemento, como si siempre hubiese estado presidiendo cenas o comiendo con reyes, reinas y electores del Imperio. Yo debía estar tan corrido y sofocado que tuvo piedad de mí. Dirigiéndome una sonrisa encantadora dijo en aceptable danés:

—Sugiero que, en honor de mi señor y rey, hablemos en su idioma.

Todos quedamos estupefactos. El silencio se adueñó de la estancia y planeó sobre la mesa como los grajos sobre las migajas. Escuchamos el tictac de un reloj de pared al fondo de la sala. Supe después, por ella, que estuve con la boca abierta más de dos minutos. Definitivamente las mujeres son un paso adelante en la escala zoológica con respecto a los hombres.

—¿Conoces nuestra lengua? —preguntaron a la vez Cristina y mi hermana Mette.

—Llevo un año estudiándola —contestó Isabel esta vez en francés—. Sé algunas frases y tengo cierto vocabulario, pero me propongo terminar de aprenderla en breve. Será mucho más fácil

estando en el país.

Escuché con aprensión la traducción de sus palabras. De nuevo enmudecimos. Fácil aprender el danés, que para algunos es una afección de la garganta… Miré otra vez a aquella chiquilla que, más que otra cosa, comenzaba a intrigarme. Sonrosada de cutis tras cenar con apetito, cambiaba por momentos. Era la protagonista indiscutible y lo sabía. Sus ojos mortecinos cuando desembarcó eran ahora radiantes. Los pómulos, aupados como en las orientales, tenían el tono del pétalo de rosa. Los senos embaulados en el corsé semejaban prosperar como avivados por una suerte de levadura mágica. Le ofrecí mi brazo al terminar y fuimos a la sala de música. De nuevo me inundó con su aroma a jazmín agareno. Era más alta de lo que suponía y semejaba crecer en una noche, lo mismo que las setas del bosque. El sol brillaba aún y llenaba la estancia de su luz estival. Sentados alrededor de una mesa de juego brindamos con licor de moras del que ella se sirvió una minucia que apenas consiguió mojar sus labios. Lo que ocurrió después me marcó para toda la vida. Es hoy y aún no lo creo. Había en la sala diversos instrumentos musicales en sus estuches de piel: un barítón que tocaba mi abuelo el rey Christian I, una viola da gamba traída desde Italia en uno de sus viajes, dos flautas de pico y una trompa. Joaquín de Brandemburgo se dirigió a la vieja espineta familiar y abrió la tapa.

—Me agradaría que cantases un lied para nuestra invitada —dijo dirigiéndose a su mujer.

—Lo haré con gusto —aseguró sin hacerse de rogar mi hermana Mette, la princesa electora.

Fue entonces cuando Isabel, mi adorada Isabel, en voz apenas audible dijo en buen danés:

—Yo podría colaborar para agradar al rey: toco la flauta.

Sentí que la tierra se abría y me tragaba el mundo.

Hubo un silencio perplejo y aquiescente. Todos estábamos ya hechos a las inauditas aptitudes de Isabel de Austria, pero aquello era el acabóse. En un último deseo pedí al Sumo Hacedor que se tratase de una diletante, de una simple aficionada que en sus ratos libres tocaba aires populares o canciones de cuna. Pero no. Tras afinar flauta de pico y clavicémbalo al tono de la voz de mi hermana, el trío interpretó un bello motete de Adrian Villaert. Lisa tocaba la flauta dulce con tanta perfección como el dios Pan.

*

Pasé aquel fin de semana desconcertado e inquieto. Por expreso deseo de mi madre vi muy poco a Isabel: tan sólo a la hora de cenar. Faltando dos días para la boda tenía vedado el paso por las cercanías de su cámara, como si tras su puerta se escondiese un arcano secreto o se dilucidase el porvenir del reino. Paseaba por el parque simulando leer y en realidad acechando el ventanal de ella, tratando de atisbar su figura o la silueta de su cuerpo reflejada en el cristal. Una vez pude ver una sombra detrás de los visillos y a estos moverse, temblar de la brisa quizá o de dedos traviesos de fémina. Yo aún no lo sabía, pero ya me había inoculado su mágico brebaje que me sorbía los sesos. Como siempre que se prohíbe algo, mis pasos me llevaban de manera automática al pasillo que conducía a sus habitaciones. No pasaba de sus proximidades, pues Cecilia, Ana y Silvia, sus criadas flamencas, se turnaban vigilando su puerta, pero al menos detectaba al aroma a jazmín, un perfume exclusivo y cautivador que, llegado de algún zoco moruno, le suministraba su perfumero de Bruselas y del que trajo provisión suficiente. Al contrario, mi madre la reina se separó de su inmediata nuera pocas veces. Se escuchaban sus risas cantarinas desde el salón de juego, arreglaron al alimón los arriates de flores del jardín y cabalgaron juntas por el inmenso parque, hacia el bosque de Ordrup. Era como si se conocieran desde siempre, tal que si de verdad fuesen madre e hija. Ni siquiera con Mette, su hija de veras, aparentaba tal familiaridad. Las veía regresar de montar con las caras arreboladas del gentil ejercicio, mi madre rejuvenecida e Isabel reflejando en su rostro una felicidad que pronto iba a perder. En aquellas dos cenas estuvo encantadora, ocurrente, espontánea, como era ella. Tras la del sábado se recogió temprano pues la boda era el domingo 12 de aquel agosto peculiar, pues hizo un día excelente.

Dormí mal. Me revolví en el lecho como si lo habitasen sabandijas y víboras. Iba a casarme con una mujer a quien no amaba, una delicia de muchacha en flor cuya única desgracia era no ser lo suficientemente bella. Soñé que me hallaba en el infierno que describe Dante, en esa cámara pestilente y cenagosa poblada de demonios destinada a los adúlteros y los réprobos. Con maníaca premeditación, alevosía y sin nocturnidad, a plena luz del día, me disponía a engañar a un ser privilegiado e indefenso, alejado con malas artes de sus seres queridos que podían defenderla. Pretendía abusar de una triste y solitaria huérfana. Pero no era tan fácil: una afilada guadaña gigantesca se cernía sobre mi cabeza. Manejaba la hoz un imberbe muchacho que no distinguía bien pero que, lentamente, iba creciendo en altura y poder. Amenazaba con

decapitarme si cometía pecado de adulterio, con desollarme con sus manos si hacía sufrir a Elisabeth. Pude leer la leyenda que figuraba en un gran estandarte que portaba y que ondeaba al viento: CAROLO, HlSPANIAE REGIS, SACRO ROMANO IMPERIO IMPERADOR. Desperté chillando, bañado en sudor agrio. Tuve el tiempo justo de meterme en la tina caliente y embutirme las galas nupciales. No me dejaron ver a la novia que desayunó en su cámara. La ceremonia, en la capilla del palacio real de Copenhague, era a las diez. Se había dispuesto que mi carroza abriera la marcha y la de la novia la cerrara.

Esperé a Isabel de Austria al pie del altar. Cuando la vi avanzar por el largo pasillo me pareció más alta y mucho más hermosa. Era su traje blanco, los escarpines de elevado tacón y el tul que velaba su rostro como el *hijab* de la favorita del sultán de Damasco. Contemplaron su decidido paso los altos dignatarios del reino, la nobleza, la aristocracia y los encumbrados clérigos y prelados. El órgano del templo y un afinado coro, en su honor, interpretaron una fanfarria festiva de Johannes Ockeghem, el célebre polifonista neerlandés. El obispo de Lund, Claus Birger, ofició la ceremonia ayudado por doce sacerdotes. Birger hizo saber que el Papa de Roma, en un gesto especial, había concedido indulgencia plenaria a todos los presentes. Después de darnos el sí quiero y los anillos siguió el acto de consagración de los símbolos reales, la corona y el cetro, y la coronación de nuestras testas con la corona áurea que perteneciera al rey Knud, nuestro monarca santo. Hubo todo el tiempo música sacra y coros. Terminada la misa nos dirigimos al comedor de gala donde habían dispuesto un almuerzo para quinientos invitados. Siguiendo el protocolo que impusiera siglos atrás Svend *Barba Partida*, mi viejo ancestro, nos sirvieron treinta y tres platos diferentes sin contar los postres. Había que haber visto la cara de la pequeña Elisabeth ante tamaña demostración culinaria más propia de Heliogábalo. Probó una pizca de pecho de jabalí al horno, tres granos de arroz venido de la India, una triza de lomo de un pescado extraño, pellizcó un poco de pichón y dio dos sorbos a su gran copa de agua envinada, una moda que su tía Margarita trajo de España tras su malhadada boda con el príncipe heredero de aquel reino. Yo comí un poco más, con desgana, pues me traía sin aliento comprobar con mis ojos cómo serían por debajo del vestido nupcial las carnes de mi esposa. En un momento dado ella tomó mi mano con la suya debajo del mantel y fue lo mismo que un calambre cósmico. Al empezar la música bailable salimos a la pista junto con los demás para enhebrar pavanas de corte con

zarabandas, gavotas, gallardas, sicilianas y danzas alemanas. Bailaba bien. ¡Lo hacía todo bien! Cambiamos de pareja varias veces y, agotados, nos sentamos. Yo suspiraba porque todo acabara. Tuvimos que soportar el saludo cordial, uno por uno, de nuestros invitados. Todos, especialmente las mujeres, se deshacían en plácemes y enhorabuenas, alabando las virtudes de la nueva reina. Cuando estaba a punto de darme algo, Isabel se inclinó levemente hacia mí y dijo en danés y claramente:

—Christian, por piedad, no resisto mis pies…

Eran casi las once de la noche, una hora impensable en Dinamarca para andar de fiesta. Llevábamos comiendo, bebiendo o bailando más de siete horas. Me levanté. Pronuncié en mi nombre y en el de la reina tres palabras de agradecimiento y di por concluido el banquete nupcial.

*

La tomé en mis brazos para entrar en la cámara nupcial. Pesaba más de lo que imaginé. Los últimos rayos solares decoraban el techo en tonos sepias. Por primera vez en mi vida no sabía la actitud a adoptar frente a una mujer que, además, era mía. Se dejó desnudar temblando finamente. Debajo del vestido de bodas llevaba tres enaguas. Los ropajes pesaban más que ella. Al intentar quitarle la tercera protestó:

—No, por favor, querido. Aún no —dijo en una mezcla de francés y su trabajoso danés—. Me encantaría que frotases mis pies —añadió—. Debo tenerlos tan hinchados como esas vejigas de pescado del mercado de Ostende.

Obedecí en silencio. Me descalcé, me quité el traje de ceremonia y quedé con sólo los calzones y el jubón. Acerqué una silla a su sillón, me senté y tomé uno de sus pequeños pies que coloqué sobre mis rodillas. Se veía levemente deformado por la hinchazón. Era muy blanco, tan chico que parecía el de una niña de nueve años. Su piel era de tal fineza que no se distinguía la del haz del envés. Jamás había tocado ni pensaba que pudiera existir una planta de pie semejante, sin la más mínima dureza, como si en lugar de andar, su dueña se deslizara sobre espuma o volara. Las uñas, muy cuidadas, sin la menor cutícula, estaban decoradas en color rosmarino. Masajeé con calma dedo a dedo, por delante y detrás, los estiré, apliqué los pulgares sobre la carne tierna, de forma circular, procurando que se distendieran las fibras de sus músculos. Desde mi perspectiva atisbaba el entero tobillo, la curva de la pantorrilla y la parte baja de la entrepierna. Ella, la cabeza hacia

atrás, relajada, respiraba pausada, rítmicamente. Acabé con un pié y empecé con el otro.

—¿Me amas? —preguntó incorporándose, taladrándome con su mirada lacerante, sujetándose la enagua de seda con los brazos para evitar visiones indiscretas.

Dudé antes de contestar. Estaba seria y ello restaba encanto a un rostro que la adustez volvía árido.

—Creo que es pronto para hablar de amor. Te conocí hace apenas tres días…

—Yo, sin embargo, creo que te amé desde que escuché pronunciar tu nombre y vi tu efigie en el medallón que siempre va conmigo.

Entonces sonrió y la luz del crepúsculo iluminó su cara volviéndola casi bella. Pensé en Dyveke y me sentí mezquino. Qué diferentes eran…

—Me caes bien —dije.

—Para empezar ya es algo. Más vale eso que nada — sostuvo.

Había terminado ya con el otro pie y, alzándonos, traté de besarla. No me rehuyó, pero sólo logré un beso insípido. Notar sus redondeces sobre mi pecho y aspirar su aroma, ahora sin trabas, me enervó. Isabel debió sentir mi dureza rotunda y erizada pues entornó los ojos, como calculando, antes de separarse:

—Preciso algo de tiempo —dijo antes de dirigirse al gabinete anejo donde estaba el retrete y el aguamanil.

Esperé casi cinco minutos, lo justo para que las sombras cayeran. Aproveché para terminar de desnudarme y ponerme el camisón de noche. Cuando ella salió, la oscuridad era casi completa. Traté, utilizando yesca, de encender un gran velón de iglesia.

—No, te lo ruego —dijo.

—No puedo verte…

—Mejor así.

—No para mí, pequeña —dije—. Me encanta ver lo que hay, la realidad.

Y haciendo caso omiso de sus quejas, encendí el velón. Lo que vi me dejó estupefacto. Sabía que algunas mujeres de alcurnia utilizan el camisón de castidad en su noche de bodas, y más lejos, pero jamás lo había visto. Dudo que existiese ninguno como aquél. Era de hilo finísimo, recamado de realce, calado en todas partes y casi

transparente. Bajaba hasta media pierna y dejaba los hombros al desnudo. Del ombligo hacia abajo, hasta medio muslo, una hendidura vertical, también bordada en los márgenes, suponía la brecha por la que se accedía al templo del amor, al meollo de lo lúbrico que enloquece a los hombres. Entre sombras fugaces y veladuras ciertas se contemplaba mucho y se adivinaba lo demás. Lo cierto es que aquella visión me excitó más que contemplar a una legión de hembras desnudas. Sentí una opresión pulsátil en las sienes y una avenida de sangre impetuosa inundando mi Príapo. Sin dudarlo, me quité el jubón y los calzones exhibiendo sin pudor mis atributos de hombre.

—No pretenderás que te ame con esa cosa puesta — dije.

—Tendrá que ser así, al menos al principio.

—¿Por qué?

—Una, que me da vergüenza que me veas desnuda. Sólo tengo catorce años… Y otra, que sigo los consejos de tía Margarita.

—¿Consejos? ¿Qué diantre de consejos?

—Ella dice que los hombres, sobre todo los maridos, pierden el interés en la mujer si lo ven todo de golpe. Que es mejor ir despacio. Dosificar.

Me dio la risa floja. Las carcajadas atronaban la estancia. La hilaridad es contagiosa, ya se sabe, y acabamos llorando, abrazados, apoyándonos contra la pared para no caer al suelo. Poco a poco fuimos serenándonos. De vez en vez, algo nos recordaba el motivo hilarante y se recrudecían las risas y el jolgorio. Al fin paramos. La miré: en sus ojos habitaban luceros y planetas, astros y lunas llenas. Se dejó besar ahora con fundamento. Apagué la bujía y, tomándola en mis brazos, la acosté sobre el lecho. Palpé sobre la tela la dureza de sus senos de núbil, le besé las axilas intonsas y aspiré con vehemencia de su aroma: jazmín, espliego y su sudor de niña. Ella era muda, ciega y manca. Tan sólo emitía un ronroneo felino que era la sublimación de su primer amor. Tanteé con la mano en la cueva del gozo y separó las piernas. Ello me animó al traducir que sentía y padecía, que era de carne y hueso. Muy despacio, con inaudita calma para no agraviar en exceso su entereza de doncella, traté de progresar con mi miembro viril en su interior. Vana ilusión. Era tan angosta que el menor intento de profundización le causaba un dolor que manifestaba en sofocados aullidos y lágrimas visibles. A pesar de todo me animaba:

—Haz lo que tengas que hacer, mi amor —dijo—. Ya sé que me

harás daño.

Lo intenté dos o tres veces más pero hube de interrumpir la acción. No soportaba el llanto ni las quejas. Besé sus ojos, sus manos y sus pies y me di media vuelta.

—Perdóname, mi cielo —dijo antes de quedarse dormida como un ángel.

Amanecimos tarde. El sol brillaba alto cuando la contemplé desperezándose. Desayunamos a la danesa en la terraza que se abría al parque: huevos fritos con tocino, queso tierno, foie de hígado de cerdo, cremosa leche de vaca, rebanadas de pan tostado con mantequilla y mermelada de cerezas.

—Estoy avergonzada —dijo—. ¿Qué le diré a tu madre?

—No te preocupes. Miente. Dile que todo fue muy bien.

—¿No me odias?

—Te lo comenté ayer es pronto para amar y para odiar.

Aquel día hubo misa solemne en la Iglesia de Nuestra Señora seguida de recepción en el ayuntamiento y una comida de sólo quince platos. Por la tarde organizaron para nosotros una justa de lanza y rodela entre caballeros, a primera caída. Los vencedores, lo más granado de la nobleza de mis reinos, ofrecieron a su reina, ensartada en la punta de sus picas, la guirnalda triunfal. Al anochecer ardieron fuegos de artificio y hubo un baile en el palacio del burgomaestre. Como es costumbre nórdica, y tras iniciar nosotros la danza, hube de consentir en que Isabel bailara con todo el que se lo propuso. La noche fue parecida a la anterior, una mezcla de amagos dolorosos, risas y lágrimas. Antes de amanecer me las arreglé para visitar a Dyveke, sólo un instante, pare decirle que le amaba y que pensaba en ella.

—¿Cómo es? —me preguntó algo inquieta, la cara arrebolada por la ansiedad y la duda.

—Mi esposa es algo muy especial. Te contaré a la vuelta.

A media mañana salimos de viaje por mis reinos en un periplo que duró dos meses.

*

No contaré al detalle nuestro viaje de bodas, las decenas de singladuras navales, los largos trayectos en carroza, las cabalgadas ni los cientos de ciudades e islas que visitamos, a veces dos en el mismo día. Embarcamos el 17 de agosto en la nave real, flanqueada por dos galeras artilladas, rumbo a Noruega. Íbamos cómodos, en

un amplio camarote situado en la popa que parecía sobrevolar el agua. Sabedor de la mala experiencia marinera de Lisa y conociendo que la mejor manera de evitar el mareo de mar es comer y beber lo suficiente, adoctriné en tal sentido a mi mujer, mas fue precaución vana pues tuvimos suerte y la mar apenas se movió en nuestras travesías. Nos llevó la primera a Trondheim, la antigua Nídaros de mis andanzas juveniles. Bajamos luego a Bergen, tan querida, y a Kristiansand, la floreciente capital costera. De allí, tocando en Skagen, la punta de Jutlandia, pasamos a Goteborg, ya en Suecia. Seguimos a Malmö y Lund antes de embarcar de nuevo para Rönne, la capital de la isla de Bornholm, nuestra montañosa isla Báltica. Existiendo partidas de rebeldes suecos que, capitaneados por Sten Sture, nos hostigaban pretendiendo independizarse de Dinamarca y romper la Unión de Kalmar, no quise subir hasta Estocolmo. Recorrimos las islas de Mon, Falster y Lolland, vimos Aerö, Langeland y Fionia al completo, con especial detenimiento en Ödense, visitando su catedral y la tumba de San Canuto, nuestro Knud el Santo. De Schleswig-Holstein y Jutlandia lo vimos casi todo, que no mencionaré por no alargar la relación ni aburrir al lector. Tan sólo citaré que mi pequeña reina disfrutó siempre, pero mucho en Kiel, Tönder, Kolding, Aarhus, Randers, Viborg y Aalborg. Regresamos a Copenhague parando antes en Kalundborg, ya en Selandia, y tras ver numerosos castillos y ciudades como Holbaek, Naestved, Roskilde o Hilleröd de la principal isla danesa. En todas partes fuimos recibidos con aclamaciones, vítores y serios intentos de alzarnos en triunfo, como ocurriera en Kolding. Aquello fue inaudito. En un momento en que nos descuidamos, tras una multitudinaria recepción en la plaza del Ayuntamiento sumidos en un mar de banderas danesas, un par de ciudadanos pretendieron levarnos sobre sus hombros para pasearnos como a Pompeyo las legiones en el foro. Hubiera sido fácil con la reina, grácil como una cervatilla recién destetada, pero complicado conmigo, que ponderaba por entonces en la romana de las caballerizas de palacio ciento setenta libras. Especialmente Elisabeth, con su específica e innata habilidad para hacerse con el cariño y la simpatía de la gente, causó estragos. Sería la cascada de su larga melena brillando al sol, su aroma, la magia que desprendía de sí, su sonrisa desquiciante o el hecho de ser cada día más mujer.

En cuanto a nuestra relación, estaba quieta, dormida como un plantígrado invernando en la osera. Ella me recibía por las noches —pocas veces me rechazó— pero siembre revestida de su pacata vestimenta, aquella colección sofisticada de camisones castos,

finísimas sedas realzadas, bordados linos egipcios o satenes calados de Malinas hendidos a la altura del paraíso, descubriendo nada más hombros y pies. Danzaba siempre en su mirada húmeda un cierto resquemor, la sombra entre la duda y la certeza, el saber que había otra. Yo esperaba la andanada, el cañonazo en forma de pesquisa, su exigencia de saber el cómo, cuándo y por qué de mi amor adulterino, maldito por el mundo, la sociedad y la Iglesia, mas nunca se produjo. Era nuestro secreto, lo que nos unía y al tiempo separaba. Lo que congelaba la unión de nuestros cuerpos en las noches cálidas o heladas, algo que ella representaba en la delgada tela que impedía nuestro contacto íntimo, una muda protesta en forma de camisón de castidad.

Nada más desembarcar corrí a los brazos de Dyveke e Isabel se refugió en mi madre. No podía contenerme. Me agradaba mi mujer, su contacto, su atractivo en aumento, pero mi amante me sorbía la sesera con su belleza exótica y su modo de amar, animal, con propuestas audaces y enloquecedoras, con miles de variantes. Dyveke, aun sabiéndose dueña de la situación y de mi cuerpo, no estaba convencida. Quería saber de ella.

—¿Es tan inteligente como dicen? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—Todo lo que te diga es poco. Adivina mis pensamientos antes de expresarlos, ama las artes y las letras, tañe el laúd, toca la flauta, es capaz de rimar, habla varios idiomas ¡escribe y lee en latín!

—La temo. Preferiría que fuese una hermosura de mujer antes que inteligente. Te apartará de mí…

—Jamás. Sabes que te adoro.

—Huyamos antes de que sea tarde. Yo también te quiero como bien sabes. Volvamos a Bergen. No quiero ser reina ni podría: me conformo con tenerte sólo para mí. Buscaremos una casita en la montaña o a la orilla del fiordo, un huerto…

—No digas locuras —contesté—. Me debo a mi país y al reino que heredé de mis mayores. Precisamente para engrandecerlo me casé con Isabel de Austria.

Era cierto. Amaba a Dyveke —¿o era más a su cuerpo?—, pero sobre todo adoraba el poder. Ansiaba conquistar definitivamente el norte de Suecia, asentarme sólidamente en Pomerania, ampliar mi dominio a los países bálticos de la orilla rusa y expandirme hacia el mar: las Feröe, Islandia y Groenlandia. El primer objetivo era difícil: a una victoria efímera sobre los insurgentes cabecillas *swear* sucedía

una derrota trágica de nuestras fuerza en Scania o en la zona de los grandes lagos, más al norte. Quería afianzar el dominio danés sobre Islandia y sus famosas pesquerías y reimplantarlo en Groenlandia, grande y helada isla descubierta por el vikingo Erik El Rojo allá en el siglo X, también de ricos mares. Todo ello precisaba de barcos, hombres, dineros y del prestigio de mi enlace con la Casa de Austria y con el reino hispano a través de mi esposa. ¿Prescindir de Isabel? Es lo último que haría. Elisabeth, mi dulce y tierna Lisa. No marchaban las cosas entre ella y yo ni bien ni mal: simplemente no iban. Con su fina perspicacia me caló tras la primera noche de pasión con Dyveke, al regreso del viaje.

—Has estado con ella…

—¿Yo?

—No me mientas. Te delata el delgado temblor de tus palabras, una extraña palidez en las mejillas y sobre todo su olor, fuerte, distinto, un sudor especial que habla sin palabras del ardor de su lucha amorosa.

—Te equivocas.

—No me tomes por tonta. Sé que es muy bella, pero no te merece. Quiero que sepas que me dispongo a luchar por tu amor con todas mis armas de mujer. Serás mío y sólo mío.

Debí palidecer. Traté de demostrar mi fuerza.

—No me impresionas. No soy el único monarca que visita a una amante. Soy tu señor y eres mi esposa: tendrás que resignarte.

—Te equivocas de medio a medio —dijo apretando los dientes —. Tu conducta rebasa todo lo tolerable. No me tocarás más mientras ella no desaparezca de tu vida. Tu madre ya lo sabe y aprueba mi decisión.

—Pero…

—No hay peros ni peroles que valgan. Ya he ordenado que saquen tus cosas de nuestra cámara. Dormirás en un ala alejada del palacio. Mientras, seguiremos con una relación normal de cara al pueblo, la nobleza y la Iglesia.

Así fue como me vi durmiendo con mi perro, un pastor escocés que me habían enviado desde Edimburgo. Protesté de mil formas pero no hubo manera. Elisabeth me tenía bien sujeto, amarrado como el buey a su yugo. Era consciente de su propia fuerza, manejaba a mi madre y era adorada por la nobleza entera, sin fisuras, y por los eclesiásticos. Todos veían en ella la solución a mi endemoniada ligazón con Dyveke. Mis mejores amigos nobles o

aristócratas, Predbjoern Podebusk, mi secretario, Mogens Goeye que me representara en los esponsales y acompañara a la princesa en su viaje, Ejler Rosenkrantz, el castellano de Lerchenborg, Ove Bille, mi canciller y obispo de Aarhus, Albert Jepsen, viejo amigo de correrías infantiles por los barrios portuarios de mi infancia y Anders Skeel, el inquilino del castillo de Dragsholm, me sonreían afables y besaban mi mano, pero, en tocante a la reina, no había discusión: besaban también la alforza de su túnica y aseguraban que morirían por ella en la batalla que se intuía. Ninguno se atrevía a aludir a mis amores turbios, pero todos deseaban que terminasen cuanto antes y que Isabel me diera un heredero.

Aquel era el problema: la sucesión del reino. Mirando en pos de ello traté más de una vez, sobornando a sus dueñas y doncellas, de acceder a su cámara, mi cámara, con malos resultados. Me acercaba a su lecho de puntillas, armado como un sátiro, procurando no originar rumor. Isabel dormía como el arcángel que era. Intentando despertarla sin que se alborotase, le besaba los pies y ascendía con la lengua hacia arriba. No existiendo peligro, o no previéndolo, Lisa prescindía del camisón rasgado y dormía desnuda bajo el mullido y caliente edredón de plumaje de cisne. Nunca logré pasar de la entrepierna. Al llegar a la zona donde nacen las ilusiones del más timorato de los anacoretas, despertaba lo mismo que las furias, se tapaba con el edredón hasta el cuello naciente y se deshacía en improperios contra mi persona, un humilde esposo que tan sólo pretendía tomar lo que era suyo. Cuando usaba camisón corriente, cosa que solía hacer tras mi segunda incursión, se alzaba del lecho y me perseguía tratando de atizarme con una zapatilla de noche o con el primer objeto arrojadizo que hallara a mano, léase su largo cepillo para el pelo, de pesado carey, una bota de montar de anca de potro o un candelabro de bronce de afiladas aristas. Me asustaba esta última posibilidad y huía hacia mi guarida con el rabo entre las piernas, nunca mejor dicho, buscando la triste paz de mi cubil y la compañía de *Héctor*, mi pastor escocés.

En una de las nocturnas incursiones ocurrió un incidente reseñable. Sé que no tengo disculpa, pero en mi descargo diré que había bebido. Furioso al verme rechazado, con el afán que da al varón el no poder lograr lo que ambiciona y tras beberme en soledad varias copas de aquavit, me dirigí donde ella. Las campanadas del reloj de la torre daban las tres. La desperté con los pésimos modos que da el licor bebido en mal momento, la zarandeé y exigí mis derechos.

—¿Derechos dices, mal esposo? ¡La furcia que te domina,

aquella mala pécora, es la que usurpa mis derechos! ¡No te acerques a mí! ¡Vete! —chilló desmelenada, exhibiendo al tiempo su media desnudez plasmada en la turgencia de sus carnes de núbil que ya me trastornaban. Y al tiempo de decir tan crueles verdades, para mí ignominiosas, me empujó con gran fuerza, derribándome. Justo es decir que en mi caída influyó más mi deplorable y tambaleante estado que su ademán. Me levanté loco de rabia y, ofuscado, la golpeé en el rostro. Pude ver a la rilante claridad de las ascuas del fuego cómo sangraba por un labio y la luz de sus ojos. Era lo mismo que una diablesa: erguida como un áspid dispuesto a clavar sus colmillos e inocular su tósigo, justiciera, valiente… Pero se sosegó. Súbitamente se amansó como la osa capturada que domestica el nómada, se derrumbó en el lecho deshecha en un mar de procelosas lágrimas. Su llanto era convulso, a impulsos deslavazados, como un río de aguas bravas después de la crecida. No soporto ver llorar a una mujer. Me despejé de golpe. El odioso estado temulento y cerril a que conduce el vino y el alcohol mal bebidos se fue lo mismo que una tormenta de verano. Me acerqué e intenté consolarla.

—Me has golpeado… Maldito seas… —dijo en danés académico.

Me asustó la forma en que lo dijo. Con determinación, con la fuerza y la seguridad de quien se sabe poderosa.

—Perdóname… —dije—. He bebido. No soy yo, ya lo sabes.

—Aléjate de mí. Tengo que pensar —dijo.

Sólo entonces me di cuenta de la gravedad de mi acción. Jamás había castigado a nadie por mi mano y mucho menos que a nadie a una mujer, vileza que degrada al infame varón que sea capaz de cometerla.

—Mi comportamiento ha sido deplorable —dije sinceramente arrepentido—. Te pido perdón humildemente. Que no se entere mamá de lo que ha pasado, por favor —acerté a añadir.

—Vete de una vez —contestó con la frente nublada, restañando la sangre con un fino pañuelo.

Lo hice con la sensación del fracasado, del que es derrotado en buena lid. Rumiando mi desdicha, no pude conciliar el sueño aquella noche. Terribles fueron las consecuencias de aquella bofetada. Gran parte de mi fama de hombre fiero procede de aquel hecho. En muchas partes de mis reinos me tenían por tirano y por *cruel* me conocen en gran parte de Europa. Desde luego influyó en mi fama de déspota mi presencia, pocos años más tarde, en los escalofriantes sucesos de Estocolmo. Ya llegaremos a ellos. Hasta

entonces niego la mayor ni soy déspota, ni cruel, ni sanguinario. Nunca, en posesión de mis sentidos, castigué a hembra alguna. No practiqué cohecho ni prevariqué en el ejercicio de mi poder omnímodo. Jamás yací con la esposa de otro ni forcé la voluntad de una mujer. Utilizar la fuerza para mancillar la virtud de una fémina es pecado de lesa humanidad, ultraje propio de gentuza carcelaria, de galeotes, que merece cien muertes. El triste manotazo de mis pesadillas lo originó mi brazo, pero fue ordenado por el diablo que, en forma de patán ebrio, se instaló en mi caletre. Nunca pude olvidarlo, fue causa de muchas penitencias y será el gran baldón el día, ya cercano, en que me halle cara a cara frente al Todopoderoso.

Harto de dar vueltas y revueltas en el lecho, me alcé y me dirigí a casa de Dyveke. Aún no había amanecido. Me abrió una vieja criada que había tomado para ellas. Sigbrit preparaba el desayuno y un aroma agradable, a tocino frito, invadía el ambiente.

—Estás pálido, mi señor —dijo—. Nunca te vi con ese aspecto ¿Ocurre algo?

Conté lo sucedido y, abatido, nauseoso del licor y todavía con basca, me eché sobre un diván.

—Cómo has podido, majestad, golpear a aquella pobre niña… —dijo Sigbrit.

Le hablé de mi borrachera, de la que aún había muestras pues las arcadas me impedían mantenerme en pie. Le dije de mi pesadumbre, del aborrecimiento hacía mi mismo. Referí también la reacción de la reina y su maldición trágica. Apareció Dyveke, alertada por el ruido a hora un mañanera. Estaba preciosa sin afeites, como más me gustaba cada vez que amanecía entre mis brazos en la época feliz. Se horrorizó al enterarse de los hechos.

—He decidido trasladarme a vivir con vosotras —dije.

—Es mala solución —sostuvo Sigbrit—. Será ponernos en el centro de la diana, en la mismísima boca del cañón de cara al pueblo, un pueblo que ama a su reina maltratada.

—Opino igual —dijo Dyveke—. La gente pensará que somos un obstáculo que impide a la Corona tener un heredero. Es preferible que sigas en palacio.

—En cuanto las aguas se remansen iré a hablar con la reina madre —dijo Sigbrit—. Trataré de hacerlo también con la joven reina. Por lo que sé es persona educada y afable, caritativa, que recibe memoriales de cualquiera y atiende al que lo solicita.

Me pareció una buena solución y en ello se quedó. Por supuesto

acudía a mi trabajo en el Palacio del Gobierno y atendía los asuntos del reino, pero me reunía con mi amante a diario. Seguía viendo a mi madre y a Elisabeth, pues cenaba con ellas. Habían hecho causa común contra mí. La más enfurecida, curiosamente, era la reina madre. Cristina convertía en cuestión personal cualquier ofensa real o imaginaria contra su nuera. Elisabeth, en una actitud que me desconcertaba, parecía haber olvidado el sopapo y me sonreía entre plato y plato, por encima de los candelabros. Para hacer bueno el horóscopo de la reina Cristina estaba cada día más bonita. Su belleza era diferente, más natural que la de mi amante, más sencilla, felina. Su piel brillaba con luz propia y su cuerpo, un magma efervescente, se trasformaba con rapidez próximo a cumplir la quincena. Tras la sobremesa cambiábamos cuatro palabras, escuchaba el laúd que solía templar y me retiraba a mi cámara donde me celebraba *Héctor*. Desde que se apagaban los rumores en palacio, embozado, me trasladaba a la cercana casa de Dyveke.

Ella me recibía inquieta, pero pronto se serenó al ver que no ocurría nada. Fueron noches de amor pleno pero no como antes: la sombra de Elisabeth se interponía ya entre nosotros lo mismo que una nube de invierno. Sigbrit acudió a entrevistarse con mi madre quien la recibió con mucho afecto. En realidad no habían dejado de verse de manera esporádica, varias veces al mes, en ocasiones en que Cristina, quien tenía fe en ella, le consultaba cosas o le pedía consejo, en ello igual que yo. Sigbrit habló a mi madre de mi desesperación por un comportamiento anómalo y despótico, que provocó el alcohol, y el ansia de allegar un heredero a la Corona. Mi madre parecía comprender, pero defendía siempre a su hija, como gustaba llamarla. En medio del asombro de la *mutter*, una tarde surgió como de entre la niebla la reina Elisabeth y se incorporó a la reunión. Lo hizo con naturalidad, saludando a ambas y sentándose con ellas para tomar el té. Según Sigbrit estuvo cariñosa, preguntándole por cosas de los Países Bajos, la patria común, de su familia, incluida Dyveke, y de su lugar de nacimiento.

—Me maravilló su sangre fría en muchacha que aún no ha cumplido quince años —dijo Sigbrit—. Y, a propósito, la reina tiene poco de fea —añadió.

Era ya tarde. Departíamos los tres amablemente, libando una copa de licor de cerezas, que Dyveke amaba.

—Yo nunca dije que fuese fea —aseguré.

—Mentiroso —dijo Dyveke—. Me dijiste cien veces que no valía nada.

—Lo diría al compararla contigo: a tu lado desmerece —sostuve.

—Pues a mí me pareció majestuosa: alta para su tierna edad, elegante en su sencilla túnica de seda azul, despidiendo un delicioso aroma, con el rostro sereno y sugestivo, pómulos tártaros, nariz cabal y ojos color ámbar salvaje, tan bellos como los de una cierva. No existe emperatriz con tanta clase como nuestra joven reina —dijo Sigbrit.

Callamos. Apuré mi copa de licor. Todos estábamos pensativos, recelosos.

—Qué le dijiste… —pregunté.

—Me arrojé a sus pies y, tras besar los vueltos de su túnica, le supliqué perdón en tu nombre y en el de Dyveke.

—¿La incluiste a ella? Qué astuta eres…

—Hiciste bien, mamá —dijo Dyveke. Yo estoy tan apesadumbrada como todos.

—Continúa —le pedí.

—Me levantó del suelo y me abrazó —siguió Sigbrit—. Hubo de secarse las lágrimas con un pañuelo de encaje que llevaba en la manga. Dijo que ya te ha perdonado, que una cosa es lo público y otra lo privado. Que está deseando que vuelvas junto a ella siempre que cumplas con las condiciones pactadas, que no sé cuáles son ni pregunté.

—Son muy sencillas —dije—. Ella duerme en la alcoba real y el rey de Dinamarca al fondo del pasillo, con su perro. Y todo ello mientras no deje de verme con Dyveke.

—Es totalmente lógico. A propósito: había un pastor escocés por allí —dijo Sigbrit—. No paraba. Vino para olisquearme, pues detectaría en mí el exclusivo aroma de su amo.

—*Héctor*.

—Movió el rabo con furia cuando comprobó que venía de ver a su dueño —aseguró la *mutter*.

Aclaradas las cosas traté de limar asperezas. Lo hice a tiempo pues ya crecía en la corte el rumor de la separación de los monarcas. Me disculpé con mi madre y, otra vez, con mi mujer. Todo siguió por los antiguos cauces: mi trabajo, cabalgadas por el bosque, amorosas incursiones con Dyveke, algún baile en palacio con motivo de celebraciones o cumpleaños y las cenas con mi madre y Elisabeth. Mi esposa había tomado la costumbre de tocar con la flauta deliciosas composiciones pastoriles danesas o

noruegas. Se carteaba casi a diario con su tía Margarita, con su hermano Carlos y con su abuelo Maximiliano. Y ellos correspondían: rara era la semana que no llegaba alguna misiva con el sello y los lacres de los Austria: un águila bicéfala abarrotada de cuarteles con castillos dorados y leones rampantes. El 4 de julio de 1516, fecha del quince cumpleaños de la reina, hubo un baile en palacio al que asistió lo más selecto de la milicia y estamento civil de mis reinos. Elisabeth exhibió ante sus súbditos el inaudito cambio producido en su fisonomía y en su cuerpo en tan sólo once meses: había crecido medio palmo, se había trasformado en una mujer llena de apetitosas curvas y se habían limado las asperezas de su rostro que podía tenerse como más que bonito. El resultado estaba a la vista y era ensalzado por nobles y plebeyos: una hembra atractiva y que prometía serlo cada vez más. Todo fueron plácemes para mí y enhorabuenas. Mis amigos, sin dejar uno, alabaron la hermosura y excelente disposición de la reina, elogiaron mi buen ojo a la hora de elegir y dejaron entrever, sutilmente, que deseaban que mi relación adulterina terminase cuanto antes.

Al día siguiente embarcamos hacia Aarhus, pues Elisabeth deseaba conocer el castillo de Kalö y tomar las aguas en el fiordo de igual nombre. Pasé un verano turbulento, sometido por mi mujer a la dieta de siempre y además alejado de Dyveke. Al regresar a Copenhague, a mediados de septiembre, reanudé mis furiosos encuentros con mi amante. Le reservaba una sorpresa: había comprado para ella y su madre una casa vecina a la que habitaban, más cómoda y capaz, que les regalé. Se encontraba muy cerca de palacio, en la plaza de Höjbro; con ello pretendía demostrar que mi amor por Dyveke y mi relación con Sigbrit como consejera no iban a ser flor de un día. A los cuatro días sucedió el cataclismo: una delegación enviada por el emperador Maximiliano venía a pedirme explicaciones por mi vida conyugal poco ejemplarizante.

Me apresuré a recibir a la comisión pues la cuestión no era en absoluto baladí. Nadie envía a nueve viajeros atravesando media Alemania y el mar Báltico para una fruslería. Todo era la lógica consecuencia de las cartas que, en el ejercicio de su sacrosanta libertad, mi mujer enviaba a sus parientes. Presidía la delegación el obispo de Ulms y la integraban ocho nobles y administrativos del Imperio. Maximiliano, su hija Margarita y su nieto Carlos me trasmitían a su través su preocupación. Venían a decir que el rey danés había preterido a su esposa legítima suplantándola por una amante, una tal Dyveke y que no consentían tal conducta por escandalosa e inconveniente. Me exigían que abandonara mi vida

depravada y dejara a mi amante para alegría de todos sus deudos y allegados y por bien del reino. Me entregaron también una carta lacrada de mi cuñado Carlos. En ella, el jovenzuelo se daba por enterado del maltrato físico a que sometía a su querida hermana, la predilecta, prometiéndome que, de no cambiar radical e inmediatamente de vida dedicando a Isabel un trato digno, se ocuparía de alguna forma, incluso personalmente, de corregir mi indigna actuación con una princesa de la Casa de Austria.

Es obvio que atendí a mis visitantes con la máxima corrección que exigían la diplomacia y el protocolo, pero les hice saber, con todo el énfasis de que fui capaz, que la Corona de Dinamarca, institución cuatro siglos más antigua que la casa de Habsburgo, no admitía admoniciones morales de ningún tipo ni su rey intromisiones en su vida personal. En cuanto a mi cuñado Carlos, le respondí en breve nota envenenada que me daba por enterado de sus advertencias, que el maltrato a mi esposa, el simple soplamocos de un hombre ebrio, jamás volvería a repetirse y, para terminar, le advertí que si se sentía ofendido me enviara sus padrinos.

Pasé una semana hablando solo. ¿Quién creía ser aquel niñato de apenas dieciséis años, un simple duque de Borgoña, ducado que ostentaba desde hacía doce meses? Yo descendía de Haroldo Diente azul, que cinco siglos antes había descabezado con su espada de un único mandoble a tres contrarios sajones, y el de algún tendero vienés, tal vez hebreo, enriquecido en el comercio de la sal o traficando con esclavos. Comenté el caso con Sigbrit. No me gustó lo que escuché.

—Mala política, mi señor —dijo—. Con todos mis respetos, su majestad debió tragarse el orgullo. No es bueno enfrentarse al Imperio y peor aún al joven duque. El viejo rey Fernando de Aragón murió el pasado mes de enero en Madrigalejo, un pequeño lugar de Extremadura. El joven Carlos que ahora despreciáis es ya rey de Castilla y pronto lo será de toda España y las Indias. Y, cuando muera el emperador Maximiliano, se convertirá en el hombre más poderoso de la tierra.

—¿Y qué es lo que propones?

—Yo hubiera actuado con astucia: tirar la piedra y esconder la mano. Decir con la boca pequeña que renunciáis a Dyveke y con la grande obrar de forma opuesta, con mucha discreción.

—Ello es fácil de decir pero imposible de llevar a la práctica. La reina Elisabeth descubriría al instante la farsa.

—Pues entonces, majestad, deberíais abandonar a mi hija. Y lo

digo con harto dolor, pues sé lo que ella os ama.

—Eso no lo haría nunca. Me temo que el caso no tiene solución.

—Tendríais que haberme consultado un poco antes.

—Ya es tarde —aseguré—. Lo escrito, escrito está. No puedo, por mi propia autoestima, volverme atrás.

Las cosas ocurrieron como pronosticara Sigbrit. En enero de 1517 Carlos de Austria viajó a la Península Ibérica y se hizo coronar rey de Aragón adelantándose a su hermano Fernando, apoyado por cierta facción de la nobleza. Ya era rey de Castilla, corona que compartía con su madre, doña Juana, que a pesar de su alienación nunca fue despojada del trono castellano. El cetro español y el de las Indias lo convertían en efecto en el hombre más poderoso de Occidente, pues ostentaba al tiempo el ducado de Borgoña y las coronas de Sicilia y Nápoles.

Me maravillaba la clarividencia política de Sigbrit. Ella y su hija parecían felices, instaladas ya en su nuevo hogar y aparejándolo. Gustaban ir de compras a los mercadillos de Nytorv, confundidas con las pescadoras y las damas, en pos de muebles viejos, antigüedades, panzudas cómodas para la ropa blanca o pedazos de ámbar bruto, que coleccionaban. En crudos y negros días de invierno, embozado, me escapaba a veces de palacio por la puerta que usaban los proveedores y me reunía con ellas en una taberna por detrás de la Iglesia de San Nicolás. Allí bebíamos cerveza o hidromiel y, a veces, vino del Rhin que el tabernero se hacía traer de Rostock. Más de una vez, esquivando la lluvia, las acompañaba hasta su cercana casa y allí amaba a Dyveke hasta el delirio.

Mi vida proseguía rutinaria: el habitual trabajo de un monarca, los diarios escarceos con mi amante, las cenas con mi madre y esposa, frías, rígidas, los recitales de flauta melancólica, las interminables noches solitarias y los turbios amaneceres que *Héctor*, mi pastor de las Highlands escocesas, alegraba con sus golpes de rabo y lametones. Pero todo era raro, ficticio, como impostado por un tenor espurio: mucha fachada y poco fundamento sonoro. A mediados de mayo se reunía el Rigsraad. Acudieron a la asamblea sus componentes llegados de todos los rincones de mis reinos. Figuraban en el orden del día asuntos relacionados con el suministro de las tropas que combatían a los suecos, cierto incidente diplomático con los rusos en la frontera norte, el acondicionamiento de las bacheadas calzadas reales en Selandia y la provisión de fondos para la construcción de doce galeras artilladas, defensivas, que patrullaran por mis mares. En lugar de ello y en medio de mi

asombro, Mogens Goeye, mi fiel camarada de siempre, pidió la voz al presidente de la cámara y lanzó una proclama en la que me exigía de modo imperativo y altanero un heredero al trono. Se decía apoyado por una gran facción de la nobleza y debía ser así, pues al acabar su largo exordio fue aplaudido por todos los asamblearios puestos en pie. Corrido y sofocado, me levanté de mi sitial y hube de, gacha la cabeza, prometer que haría lo imposible por complacerlos. Hubo alusiones a mis andanzas extramatrimoniales e incluso un lenguaraz, Morten Rewentlov, dejó entrever mi maltrato a la reina y mi escasa colaboración para que el proyecto de la sucesión dinástica se efectuase con éxito, una manera diplomática de decir que no me acostaba con Elisabeth. Se pasó revista a los asuntos programados con desgana, a vuela pluma, como si todo pasase a un segundo plano ante el problema sucesorio. Al terminar, Goeye y tres más, puestos en pie, proclamaron a voces: «¡Viva el rey!» y de inmediato: «¡Viva la reina Elisabeth!», coreadas ambas consignas de manera entusiasta.

Pensé en corregir de alguna forma la audacia de Goeye y la insolencia de Rewentlov, duque de Vosborg, pero comprendí que ello era absurdo e ineficaz, pues las cosas se volverían contra mí más de lo que ya estaban. Hice un amago de acercamiento a Elisabeth pero, erizada como un puercoespín, me rechazó con altivo desdén. Se olía la tormenta, se escuchaban ya los truenos, se veían los relámpagos. El dieciséis cumpleaños de la reina se celebró con un baile en palacio que más parecía un velatorio: caras largas, pomposos miriñaques y pavanas sosas, desangeladas y con pocos danzantes. Yo, desde luego, no salí a la pista. Lisa, enfurecida y digna, abandonó el salón de baile rodeada de sus damas y de la reina madre.

El día siete de julio amaneció nublado. Entreabrí el ventanal para que entrara el aire. Llovía a cántaros. Golpearon en mi puerta cuando estaba aseándome: un mensajero me esperaba abajo con un asunto urgente. Lo hice subir. Era uno de los soldados de mi guardia. Estaba desencajado, pálido, con el horror tatuado en sus pupilas: Dyveke Willums había sido hallada muerta.

*

Ordené llamar a Salomón Milzow, el físico, y al juez del Tribunal Real para que me acompañaran a la plaza de Höjbro. Mi amante yacía en el suelo de su habitación, semidesnuda, boca arriba, con los ojos muy abiertos. Estaba irreconocible: la lengua negra, deforme y fuera de la boca, la piel enrojecida, estriada, como

lacerada por un rastrillo de arar, el cuerpo hinchado lo mismo que una ahogada, nadando en un charco de sangre, orina, heces y vómitos. Ordené a la criada que la cubriese con una blanca sábana, a Milzow que examinase el cadáver y al juez que levantara acta. Yo, delante de extraños, procuraba controlar mi dolor. Sobre el tocador en el que se arreglaba la difunta había una cesta con frutas: manzanas, peras y cerezas. No me extrañó, pues ella solía tomar por las mañanas fruta fresca. Sigbrit lloraba en un rincón. Me acerqué e intenté consolarla acariciando su cabello revuelto.

—Lo sabía, mi señor —dijo hipando—. Lo esperaba —añadió secándose las lágrimas con un pañuelo que le ofrecí.

—¿Cómo fue?

—Anoche nos retiramos tarde, pues hablamos hasta la madrugada. Estaba muy contenta con un colgante de ámbar que compré para ella. Esta mañana, sobre las siete, sentí tocar la puerta. Supuse que sería el lechero. Abrió nuestra criada. Y no sé más, señor.

Intervino el juez, quien llamó a la criada. Era la misma que cubriera su cuerpo con la sábana. Se veía alterada, temblorosa, huidiza, como si se sintiese responsable de algo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el magistrado.

—Bente, señor.

—Cuéntame qué pasó, Bente. ¿Quién llamó a la puerta esta mañana?

—Era Arne, señor, el lechero.

—¿Viene habitualmente?

—Cada mañana. Puntual como las lluvias en los fiordos del norte.

—¿Eres noruega? —preguntó el leguleyo.

—Lo soy, señor.

—¿De dónde trae la leche vuestro proveedor?

—Todos los alimentos vienen de palacio, señor. Es una orden del rey mi señor, aquí presente.

—¿Notaste algo especial?

—Muy especial, señor: el lechero traía aquella cesta de fruta —señaló la que a mí me había llamado la atención—, cuando siempre viene con sólo la lechera de cinc. Me chocó tanto que pregunté en tono jocoso:

«—¿Y esto, Arne? ¿Pretendes conquistarme?

»—¿Quién diantre va a conquistarte a ti, vieja bruja —me respondió el truhán—. Son para tu señora Dyveke; es fruta fresca, recién cogida.

»—¿Quién digo que la manda? —quise saber para que el ama pudiese dar las gracias.

»—Lo ignoro —respondió—. Tendrás que preguntar al intendente. Fue un ayudante de él quien me la dio.»

—Cogí la cesta, señor, y dispuse la fruta de manera atractiva. A las ocho sentí rumor en la cámara de mi ama Dyveke y le llevé el desayuno con la cesta. Se desperezaba muy despacio, como suele, perdón… como solía. Descorrí las cortinas, pregunté si deseaba algo y salí. A los pocos minutos sentí el estruendo que debió ocasionar al derrumbarse. Corrí a la habitación, pero ya estaba muerta. Solté tal alarido que retumbó la casa y alertó al ama Sigbrit.

—¿Eso es todo? ¿No recuerdas nada más?

—No hay nada más, señor.

Salomón, provisto de unas lentes de aumento, se nos acercó tras explorar el cadáver con gran calma. Examinaba ciertas notas en una especie de cuaderno o agenda. Estaba muy pálido.

—Esta mujer ha sido envenenada —aseguró—. Los síntomas que he comprobado: la lengua hipertrofiada y negra, las estrías y ragadías de la piel y la hinchazón del cuerpo los produce el acónito, un potente veneno capaz de producir la muerte con tan sólo un óbolo.

—¿Acónito? Jamás lo había oído —dijo el juez.

—Se obtiene de la expresión en el mortero de los pétalos de ciertas florecillas azules, no muy abundantes, que crecen al comienzo del verano. En algunas partes lo emplean para sacrificar animales afectos de enfermedades incurables. Su ingestión en proporciones mínimas causa una violenta picazón en todo el cuerpo que obliga al furioso rascado. Ello explicaría las sangrantes estrías cutáneas. La lengua se inflama hasta no caber en su habitáculo y el corazón detiene su latido de manera inmediata. El fallecimiento llega en medio de horribles convulsiones, siendo normal la espontánea emisión de orina y heces.

Hubo un silencio fúnebre. Sigbrit arreció en su desconsolado llanto.

—¿Qué podría contener tal ponzoña? ¿O cómo podría

vehicularse para ser ingerida sin sospechas? preguntó el magistrado.

—Se trata de un tósigo muy amargo — sostuvo el galeno. Pero precisa de tan poca cantidad que una gota basta para matar a un hipopótamo. Puede ir en la leche, en el vino… y también inoculado en una fruta.

—Dyveke amaba las cerezas —dijo su madre.

—Tal vez el veneno fuese en ellas —apuntó Salomón—. Tendría que examinarlas.

—No hará falta —sostuvo el juez.

El magistrado se había aproximado al cadáver y, tras acuclillarse, había hallado un hueso de cereza que portaba orgulloso entre dos dedos.

—Estaba junto a la boca abierta, confundido entre babas y espumas.

*

Las averiguaciones se sustanciaron rápido. El juez ordenó llevar a su presencia al lechero. El infeliz era inocente: el que se hizo pasar por un empleado de palacio le había dado la cesta de fruta de parte del intendente, el conde Torben Oxe. Se llamó al intendente, un noble y probo funcionario hasta entonces, muy querido de todos, quien, delante del juez, negó haber dado nada a nadie ni saber del caso. Luego hizo pasar a todos los empleados y funcionarios de palacio ante el lechero. Arne no pudo identificar a ninguno y ello, simplemente, porque el tal empleado no existía. El cruel sicario, contratado por alguien, se había introducido sigilosamente en las cocinas de palacio y, disfrazado o no con los ropajes del servicio, había confundido al lechero asegurando ser un funcionario que cumplía un encargo del aposentador. Ello indicaba a las claras la responsabilidad del conde Oxe, encargado de la intendencia y de que nadie ajeno a las cocinas penetrase en ellas. Se le interrogó. No pudo o no quiso decir dónde se hallaba a las siete de la mañana, lo que lo hacía además sospechoso. En vista de ello ordené su arresto. Sé que lo torturaron para que explicase su coartada, pero no soltó prenda. Tal vez se trataba de un asunto de faldas, pues se rumoreaba que el noble se entendía con una mujer casada cuyo nombre no quiso desvelar, quizá por no ponerla en la picota.

A pesar de que tanto el Consejo del Reino como la reina Elisabeth intercedieron por él, loco de furia por la pérdida de mi amada, ordené la sumaria ejecución del noble, que fue ahorcado. Me encerré tres días con sus noches en mi cámara. *Héctor* me

consolaba en mi aflicción lamiéndome las manos. Me devanaba los sesos intentando desvelar el misterio. ¿Quién se hallaría detrás de aquel asesinato vil? ¿Maximiliano, el viejo emperador amante de su nieta? No lo veía factible. ¿El todopoderoso Carlos, mi cuñado, adorador de su hermana pequeña, la favorita como siempre decía? Era probable. ¿La nobleza danesa y a la cabeza Mogens Goeye, mi antiguo amigo, hartos todos de verme desatender a Elisabeth y exigiéndome pronta descendencia? No lo descartaba en absoluto, pero no tenía pruebas. Y la ley precisa del hecho probatorio para poder juzgar. El conde Oxe había sido negligente y pagó por ello con su vida pero, ¿quién estaba detrás de la mano que envenenó a Dyveke? Se mandó buscar por todo el reino al misterioso personaje que facilitara la cesta de cerezas pero no apareció. Seguramente había huido embarcándose en el primer navío rumbo al continente. En mi ceguera me olvidé de mí mismo. ¿Quién despreció y humilló a la reina? ¿Quién la maltrató? ¿Quién suscitó la universal aversión hacia Dyveke? ¿Quién no quiso escuchar los consejos de Sigbrit? Yo y sólo yo era el causante indirecto, el inductor de mi propia desgracia.

Cuatro días después salí de mi reclusión y cabalgué lo más lejos posible tratando de escapar del pasado, de desaparecer, pero el dolor permanecía intacto. Las noches eran especialmente crueles, tristes, inconsolables. A la quinta me esperaba la sorpresa que cambió mi vida. Tocaron a la puerta quedamente. Era la reina. Entró en la cámara cual brisa benéfica, ésa que surge durante el mes de abril como esperanzadora transición del invierno al verano. Venía envuelta en ropajes de luto y en su aroma a jazmín, llorosa, con un halo violáceo decorando sus párpados muestra fehaciente del dolor no fingido. Maquillaba su facies demacrada con un apresurado toque de polvo de coral sobre los pómulos. Aun así, nunca la había visto más hermosa. Se inclinó ante mí y me besó la mano.

—Mi señor y mi rey —dijo—. Juro sobre los Santos Evangelios que nada, nada absolutamente por activa o pasiva, he tenido que ver en esa muerte. Daría diez años de mi vida por resucitarla si ello os consolara, hasta tal punto os amo. Y añadiré algo más: nunca la conocí pero jamás la odié, pues vos la amabais.

Se abrieron las esclusas de mis ojos y un chorreón de lágrimas nubló mi vista. Alcé del suelo a mi mujer y la abracé muy fuerte. Sollozamos juntos mucho tiempo, a impulsos decrecientes, como dos niños después de una rabieta. Notaba sus tensas redondeces en sazón y el aroma de su cuerpo de dieciséis años que justo terminaba

de cumplir. Se produjo el milagro. No sé quién inició la refriega, el que primero presentó los labios. El hecho fue que nos hallamos de repente fundidos en un beso febril, las bocas abiertas, las salivas mezclándose y las lenguas pugnando por triunfar, explorar desconocidos territorios, escalar menhires de marfil y navegar por mares nuevos. Sin dejar de besar, me despojó del camisón de noche y yo a ella del ropón de luto. Debajo de la tela sólo estaba su piel, ondulada, caliente, los senos dotados de magia turbulenta, sus peciolos sabiendo a sirope tostado, el ombligo enigmático y la selva amazónica de su gruta impar, hecha para el deleite. Sobre todo me entretuve en sus pies, que besé mucho tiempo y enjugué con mi llanto.

*

Contemplar su desnudez me trastornó. Tenía un cuerpo brujo, más delgado que el de Dyveke, diferente, más delicado y tierno, porcelana de Schleswig. Jamás lo habría supuesto viéndola vestida. Nunca volvió a utilizar aquella odiosa camisa de dormir rasgada en su mitad. Se ofrecía a mí sumisa, complaciente o, al contrario, como si fuese otra mujer, vivaz y revoltosa. Como de ciencia infusa o alertada quizá por mi madre, me buscaba el placer por todas partes sin parar hasta hallarlo. Era un prodigio amando, una diablesa juguetona intentando desvelar los secretos edénicos, una lúbrica maga queriendo recuperar el tiempo perdido. No era nada pacata y si lo fuera alguna vez se le olvidó. Terminó por amar con el fuego que achacan por aquí a las hispánicas, hembras de fundamento capaces de hacer levitar de placer a un eremita o a uno de esos ascetas estilitas que moran en lo alto de plataformas pétreas.

Todos en palacio contemplaron nuestra trasformación, el extraño sortilegio que cambió nuestras vidas. Ella, risueña definitivamente, me hizo pronto olvidar a Dyveke. Inauguró un apetito que le inducía a rebañar con pan el enjundioso fondo de los platos o a mojar en la leche los bolluelos del vecino convento de las Clarisas, al modo que trajera de España su tía Margarita; de un humor que era la envidia del entero palacio, canturreaba canciones de su Flandes natal o silbaba entre dientes; dispuesta y complaciente, hacía por agradar al mundo entero, desde el mozo de cuadra que le ayudaba a subir a la grupa hasta la última de sus doncellas al calzarla; con mi madre era la quintaesencia de la cortesía; los nobles la adoraban y, en los cuarteles donde se formaban mis jóvenes guerreros, era tenida universalmente como musa, esperando capitanes y alféreces dar su vida por ella antes que por su patria. Yo, tan feliz que a veces me pellizcaba para estar

seguro de que no soñaba, no entendía aquel súbito cambio. Era como si me hubiesen dado un bebedizo, igual que si un director de orquesta nigromante me tocara con la punta de su batuta mágica. Atendía con ganas inusuales los asuntos de estado, no disputaba nunca, concedí una generosa pensión a la viuda de Oxe, compré del peculio que me asignaba el Rigsraad una canastilla para la mujer de uno de mis cocheros, que había dado a luz, sonreía a cualquiera por los pasillos de palacio y felicitaba a las cocineras cuando los asados estaban en su punto, cosas intrascendentes, pequeñas, pero que nunca había hecho y que marcan la diferencia entre el hombre alegre y el taciturno, el feliz y el desgraciado. Poco dado a las cosas del culto, acompañaba a mi mujer a misa en la capilla de palacio y escuchaba las homilías sin dar cabezadas o roncar plácidamente, como antaño. Había mañanas en que interrumpía mi trabajo, la tediosa labor de un soberano: repasar documentos, atender memoriales, una sesión con mis sesudos consejeros, la traída de aguas a Hilleröd, la discusión sobre los presupuestos… y corría adonde estaba Elisabeth para tomarla en mis brazos, besarla y, alzándola en volandas, dar vueltas y revueltas con ella igual que si me hubiese dado un tabardillo.

Cuando dio las primeras muestras de embarazo, tan sólo un mes después de aquel amor demente, la locura colectiva se desató en palacio, en la ciudad, en Dinamarca entera y sus dominios. Todos aseguraban que la discreta palidez de su cutis de seda, el mareo matinal que desaparecía a mediodía lo mismo que la niebla en la pradera a fines de noviembre, las náuseas apuntadas al desperezarse y los vómitos nimios, eran señal ineluctable de hallarse encinta. Yo sabía que se hallaba preñada desde que noté la distinta consistencia de sus pechos turgentes, duros, llenos, y el cambio en el sabor de su saliva. Mi felicidad era tal que no me la creía. Desapareció el luto que, durante tres semanas, llevé en mi corazón. Aquella moza de maneras felinas, discreta, siempre bien humorada, trasformada de repente en mujer, me había trastornado: ¡me iba a dar un heredero al trono! Traté de instaurar el silencio en palacio, de evitarle ruidos y sobresaltos; ordené a Cecilia, su camarera de confianza, que no se separara de ella ni un segundo, que le procurara vestiduras adecuadas y holgadas, que el agua de su diario baño estuviese caliente, que le calzara con escarpines cómodos para evitar la hinchazón de sus pies o provocar caídas o tropezones; sugerí a Lisa, súbitamente hermoseada como una flor de invierno, que se despreocupara de otra cosa que no fuera su cuerpo, que no atendiese más que al pequeño ser que llevaba en su seno. Por toda

respuesta recibí la más cantarina de las risas.

—Mi pequeño reyezuelo Christian —me decía reyezuelo cuando estaba contenta, que era siempre—, la preñez no es una enfermedad. Olvida tus extrañas consignas, de otro siglo. Seguiré con mi vida de siempre. Incluso, pienso cabalgar al paso con mi yegua y bañarme en la playa. Para hacerme por completo feliz tráeme a Sigbrit. La pobre sufrirá por su hija perdida. Me parece que le debemos la máxima atención.

Escuché perplejo tales indicaciones. Siempre me sorprendía. ¡Llevarle a Sigbrit! Era tan pura su alma que se deshacía en mil ternuras con el más desvalido. No sé por qué, pensé en aquel momento en mi cuñado: si Carlos de Austria era la quinta parte de excelente que su hermana pequeña, España y muy pronto el Imperio habían encontrado el paladín perfecto. Con razón la había defendido con uñas y dientes, había amenazado con despellejarme si le hacía daño y tal vez había ordenado matar por ella. Al día siguiente, llena de negros lutos, apareció la madre de Dyveke para tomar el té. Ella y Lisa se fundieron en un estrecho abrazo sin palabras. Luego, todo fueron charla distendida y planes de futuro.

—Te encontrarás muy sola después de tu desgracia —dijo Elisabeth.

—Sola y abatida, majestad —dijo la antigua herbolera—. Hasta tal punto que considero la posibilidad de volver a mi tierra.

—No harás tal —intervino la reina madre—. Fuiste una excelente consejera de mi hijo el rey y creo hablar por él si te pido que permanezcas en Dinamarca.

Yo escuchaba en silencio. Cuando no tienes algo interesante que decir lo mejor es callar. Además, escuchar a tres mujeres inteligentes razonar al tiempo no es frecuente. Contemplaba con pena el rostro envejecido de mi vieja amiga y consejera, que parecía haberse echado encima diez años en tan sólo un mes.

—Es una orden que acataré con gusto, mi señora —dijo.

—Me preocupa mucho aquella soledad que has nombrado —dijo Lisa—. Temo que pueda afectarte a la salud y el aislamiento se convierta en tristeza melancólica. Si mi madre la reina y mi señor el rey no opinan otra cosa, dispondré para ti un lugar en palacio en el que te acomodes.

Sigbrit se levantó y cayó de rodillas ante Elisabeth, que se apresuró a alzarla.

—Jamás podré agradecer bastante vuestra munificencia, mi

señora —dijo anegada en lágrimas.

—Harás algo más que agradecer —aseguró Lisa—. Vas a estar entretenida: me ayudarás a elegir la ropita del pequeño que espero y a organizar la biblioteca, que está abandonada. Te ocuparás de proveerla de lo último editado en las prensas suizas, alemanas, flamencas y holandesas.

Así fue como la madre de mi antigua amante comenzó a vivir con nosotros. Se le asignó un amplio apartamento en el ala de palacio que daba al bosque. Manteniendo su completa libertad para ir a la ciudad, visitar la tumba de su hija o departir con embajadores y diplomáticos, que es lo que más amaba, comía o cenaba con mi familia, jugábamos juntos al *hombre*, un juego de naipes español muy famoso entonces en toda Europa, y tomábamos la última copa de cognac, un licor de aquella región francesa, escuchando a mi madre cantar lieds alemanes y a mi esposa acompañarla con la flauta.

Yo me aprovechaba de las charlas y pesquisas de Sigbrit con embajadores, nuncios y consejeros. Siempre fue la mujer más y mejor informada de mis reinos. Lo sabía todo de conjuras políticas, conspiraciones cortesanas, amoríos aristócratas y luchas sucesorias en tal reino, ducado, estado o lander. Conocía los entresijos de cualquier intriga y las oportunas medidas a tomar. Supe por ella que mi cuñado era ya rey efectivo de todas las Españas con el nombre de Carlos I; que en Inglaterra Enrique VIII se hallaba contrariado al parir su mujer, Catalina de Aragón, tía materna de Elisabeth, una rolliza niña, nuestra prima María; que Francisco I reinaba en Francia. Según Sigbrit, el de Valois, un príncipe renacentista, cultivado e inteligente, iba a disputar la primacía Europea a Carlos de España. En cuanto al Imperio, daba pocos años de vida a Maximiliano y auguraba una lucha feroz entre Francisco y Carlos para encaramarse al solio imperial.

El embarazo de la reina trascurrió sin problemas. Ella, para no desdecirse, trotó muchas mañanas en su yegua y se bañó desnuda, al modo escandinavo, en las frías aguas del Kategatt. Contaré cómo fue. La primera semana de septiembre —Lisa cumplía su segundo mes— nos trasladamos a una posesión real en la bahía de Nyrup, al norte de Selandia, en plena playa. Queriendo conocerla mejor, intentando descifrar su misterio, lo hicimos solos, yo con mis ayudantes de cámara y ella con sus doncellas. El tiempo, por una vez, fue espléndido. La finca de la Corona, enorme, se encontraba vallada y en su interior sólo habitaban ciervos, zorros y jabalíes.

Varios centinelas en sus garitas se ocupaban de la seguridad. Desde nuestro salón se contemplaba el mar inmenso y a la izquierda el farallón de Klint, un enhiesto peñasco que centraba la atención en las puestas de sol, los más bellos crepúsculos que he visto. Una noche, charlando junto a un fuego de tocones de roble, le hablé del baño nórdico, que ella desconocía. Nunca la había visto más bonita, colorada de cutis, con la sabia belleza que la naturaleza presta a las gestantes. Eran las ocho y media. El sol se hundía en un ocaso que era más una sinfonía de rojos agrupados, ocres de Siena y amarillos egipcios. Abrió mucho los ojos cuando quiso saber, como hacía siempre.

—Dime qué cosa sea el baño nórdico. Jamás oí hablar de semejante historia.

—Es de lo más normal: se trata de una inmersión ritual, en agua fría como la de estos mares.

—¿Ritual?

—Su práctica se acomoda a ciertas pautas.

—También está fría el agua en las playas de Ostende y no hay ninguna pauta… Me encanta el agua fría. Explícate.

—Son reglas simples: el baño debe tomarse en ayunas, en la playa desierta y nada más despuntar el sol por el Oriente.

—Pero eso en verano es muy temprano…

—Durante los días del solsticio a las cinco de la mañana. Ahora algo más tarde, hacia las seis o seis y media. No tiene horario fijo. Desde que ves alborear la claridad sobre las copas de los árboles ha llegado el momento del baño que, desde los vikingos, ha de hacerse desnudo.

—¿Totalmente desnudo?

—Ello es la esencia de tal práctica: sentir la gelidez del agua sobre la piel, notar su suavidad de terciopelo sobre los tegumentos y apreciar cómo te invade una sensación de placer que, al salir del mar, se convierte en verdadero regocijo.

—No lo entiendo. ¿Por qué?

—Es el contraste entre el agua helada y la tibia temperatura ambiente, como un fuego que quemara tu piel. Pocas cosas más agradables.

—¿Y si te viese alguien?

—Nadie puede verte en una playa desierta.

—Me apetece… Pero temo que alguno, quizá mis camareras, pueda vernos.

—¿Entonces te bañarías conmigo?

—Desde luego. Si hay que morir, lo haremos juntos. Pero no has aclarado mis dudas.

—Es matemáticamente imposible que nos vea nadie. La servidumbre duerme a hora tan mañanera. Además, desviándonos unas pocas varas a derecha o izquierda, quedaríamos al abrigo de vistas en el caso improbable de que Cecilia despertara aquejada de un súbito cólico de mal de piedra.

Al día siguiente al clarear el día bajamos a la playa envueltos en nuestros albornoces. El sol despuntaba sobre el bosque de Rörvig, el mar estaba quieto y en su superficie verde-azul pescaban las gaviotas en círculos excéntricos. Una familia de cormoranes sesteaba en la arena. Sin pensarlo me quité el albornoz, me lancé al mar y braceé con furia. Cuando me volví, Isabel seguía fuera. Se santiguó y dudó mirando a todos lados, antes de decidirse e imitarme. El Báltico la recibió con gritos mezclados de pavor y alborozo. Nadamos con ímpetu para matar el frío y muy pronto entramos en calor. No hacíamos pie en el lugar en el que estábamos. Acaricié su piel y pegué mi cuerpo al de ella, por el dorso. Olía a jazmín brujo. Regresamos a la orilla al tiempo, cogidos de las manos. Ya fuera, experimentamos la dulce sensación de la que hablé: calor candente, un vaporoso vaho naciendo de la piel, la impresión de estar vivos. Era tan agradable que ella, desnuda como estaba, quiso pasear un trecho. Cuando subimos al caserón encaramos el *morgenmad* con apetito, mirando al mar. Lisa le cogió tanto gusto al baño nórdico que lo tomó todos días y lo hizo siempre que, en verano, coincidimos a la orilla del mar.

3

Castillo de Kalundborg, 14 de octubre del año
de Cristo Redentor 1558

Ha ocurrido un caso singular. Celebrando en mi media prisión la onomástica de Agnette, la mujer de Johannes, mi benevolente carcelero, y admitido a su mesa junto a sus tres hijos, cuando nos disponíamos a atacar el pato relleno de manzanas y nueces acompañado de col roja como es obligatorio, estalló un jarrón de rosas que decoraba el centro de la mesa. Fue un cataclismo. No hubo terremotos que anunciaran el caso, ni caída de objetos, golpes o maltrato aparente: el recipiente lleno de flores y agua se quebró de súbito por influencias telúricas y puso el mantel perdido y chorreando. Nos afanamos todos en recoger pedazos de cerámica, retirar platos, cubiertos y plantas mustias. Se puso a buen recaudo la fuente del ánade y surgió un mantel limpio. Encendimos nuevamente las velas. Me acordé de Sigbrit, mi buena amiga y consejera, desaparecida hace ya muchos años. Me hubiese gustado conocer su explicación para el suceso pues, según ella, todas las contingencias por extrañas las tienen. Picado por la curiosidad, quise saber la opinión de aquellas buenas gentes. Johannes era un viejo labrador que, inútil de una pierna al caer de la mula, había sido nombrado cancerbero del castillo por el *Komune* de Kalundborg.

—Los materiales, lo mismo que los hombres y las mujeres, envejecen —sostuvo muy serio—. Todo tiene su vida marcada y prefijada por el hado. Los árboles, ¿no caen de viejos en ausencia de viento? Pues lo mismo ocurre con la porcelana y el cristal. Lo que siento es la muerte de este bello jarrón que estaba en casa de mi bisabuela.

Pregunté luego a Agnette, una oronda campesina de grandes senos flácidos, afecta de flegmasía manifiesta por gruesos verdugones en las piernas.

—Yo no creo en hechizos ni en el envejecimiento de las cosas —aseguró—. ¿Acaso no se conservan las estatuas que hicieron los romanos? Para mí que uno de los muchachos, o quizá la pequeña,

despedazó el jarrón jugando o en un descuido y lo recompuso con engrudo de tan mala forma que no soportó la presión del agua y reventó. Abundando en ello, la otra tarde sentí un rumor como de ollas cascando que no supe a qué achacar. Seguro que alguno de estos truhanes podría darme razón del suceso.

Hubo un silencio deglutorio, pues todos comíamos del pato a dos carrillos. Di un sorbo al vino, un excelente mosto francés que de cuando en cuando me aporta el burgomaestre, mi contribución a aquella cena. La chiquillería se miró entre sí poniendo cara cómplice. Indagué en el mayor, un mozo de quince años más alto ya que el padre, fornido, que arreglaba la huerta y sabía reparar tejados y techumbres de paja.

—Yo no entiendo de jarrones o engrudos, ni recompongo otra cosa que no sean techos de broza seca — dijo—. Escuché decir una vez al maestro, en la escuela, que a veces *pasa un ángel* y produce prodigios: lograr novia, partir en dos las cañas o procurar que deje de llover. Al ángel me remito. Tal vez pasase por aquí y, cansado de ver cacharro semejante, lo hiciese reventar.

Todos callábamos, disputando al tiempo los pedazos más suculentos de asado y de relleno. Miré al segundo de los muchachos y a la niña, una linda zagala de unos trece años, que estaba muy callada. A ella me dirigí con la misma pregunta.

—Yo sí creo en sortilegios y en el mal de ojo — respondió—. Opino que una de las muchas brujas que están por todas partes malefició el florero usando malas artes. En cuanto a engrudos yo sé hacerlos pero, si va por mí señora madre, sepa que la mañana del estruendo andaba en el mercado para comprar la harina que tuvo a bien encargarme. Recuerde que le devolví cuarenta *öre* de cobre.

Sabía ya quién era responsable de la rotura del jarrón, lo mismo que vosotros: la niña, que se había delatado al nombrar la mañana cuando la madre había dicho tarde. Pero quise seguir con la última pesquisa y pregunté al pequeño, un espigado arrapiezo de diez años, travieso como pocos e inquieto igual que azogue, que era sobre el que recaían mis sospechas antes de iniciar mi intromisión detectivesca.

—Tú deberías saber quién lo hace todo —respondió sin dejar de masticar: la causa de que hiele o salga el sol, de que granice, truene, nieve o se rompan jarrones. ¿No eres rey?

*

En febrero de 1518 Elisabeth dio a luz sin novedad a nuestro

primer hijo, un precioso varón que cristianamos con el nombre de Hans, en recuerdo de mi padre de igual nombre. El parto, exactamente ocho meses después de nuestro amor frenético, sucedió con la facilidad que se supone en moza de diecisiete años, ancha de caderas, sana y bien alimentada. El clamor de alegría en Copenhague fue extendiéndose como mancha de aceite y cruzó el mar, la tierra y siguió fiordo a fiordo. Declaré tres días de fiesta en la ciudad y llamé al mejor joyero del gueto hebreo, Isaac Goldstein, para encargarle un buen brillante. Al final me decidí por una piedra blanca inmaculada, limpia en su interior hasta con lupa, pesando veinte quilates. Pretendía el inmoral cobrar por el pedrusco dieciocho mil coronas, pero lo arreglé por nueve mil y la promesa de condonarle parte de la deuda que tenía con el *Komune* —léase Ayuntamiento— por motivos fiscales. Hice montar el diamante en una sortija de platino y, la misma noche en que me la trajeron, delante de Cristina y de Sigbrit, la coloqué en el dedo apropiado de mi amada. Amada, sí, que ya me había cautivado con su hechizo y me sorbía los sesos. Aquel año fue, posiblemente, el más feliz de todos lo que vivimos juntos: el reino estaba en paz, nos entendíamos ya en correcto danés y nuestro retoño crecía a buen ritmo, casi al mismo que un amor que pronto se convirtió en delirio. No sé cómo pude aguantar la cuarentena sin tocarla. Hube de obedecer las directrices de mi madre y de Sigbrit, que velaban por ella aún más que yo. Nada más terminar el periodo de abstinencia que los físicos reputan necesario tras un parto, me abalancé sobre ella y la dejé preñada nuevamente. Elisabeth exultaba de felicidad. Por suerte sus embarazos eran anodinos, pues apenas tenía vómitos y sólo leves mareos que cedían después del primer mes. Pasamos la primavera cabalgando, dándonos baños nórdicos, estudiando español —que ella quería perfeccionar y yo aprender— e inglés —justamente a la inversa—, estudios que prolongamos todo el año.

En verano nos trasladamos a Lund, la capital de Scania, y en el otoño residimos tres semanas en Aarhus invitados por el obispo Bille, que durante muchos años fuera mi canciller. Me gustaba intercalar estancias en Jutlandia para contentar a aquella inquieta parte de mis reinos. Me pidió el prelado ayuda para reparar la techumbre de la vieja catedral, del siglo XII, y se la di gustoso. Siempre amé aquel templo austero, de ladrillo rojizo, para mí el más capaz y airoso de Dinamarca. Se restauraron los frescos de sus tres amplias naves, se repasó el trascoro y se limpió la torre rematada por la estilizada cúpula de cobre. Las navidades fueron en familia, con el pequeño Hans gateando ya, la reina madre y Sigbrit

pendientes de Isabel y yo mirándome en sus ojos. Lisa, mientras pudo manejar su gran panza, enorme aquella vez, prosiguió yendo al hospital de menesterosos, donde alimentaba con sus manos a los más desvalidos. El amor del pueblo danés por su reina española y flamenca se convirtió en veneración.

En febrero de 1519 Elisabeth alumbró, en difícil parto, dos varones gemelos. Sin separarme de ella durante el trance, no escuché de sus labios ni una queja. Los pequeños, inmaduros y demasiado chicos, vivieron sólo lo suficiente para ser bautizados con los nombres de Felipe y Maximiliano, apelativos del padre y del abuelo de la reina. A pesar de su pequeñez eran muy rubios, la piel clara, los ojos tan melosos como los de la madre y cuerpecitos perfectamente conformados. La muerte de los infantes de Dinamarca representó un duro golpe para mi mujer. Lo entendía. Debe ser cruel y triste perder el fruto de tu vientre tras nueve meses de molesto embarazo. Mi sufrimiento era mucho menor, y es que los hombres estamos hechos de otra pasta. Me costó Dios y ayuda consolarla y sólo lo logré a base de extremar el cariño conyugal, darle todos los mimos y llevarla aquella primavera a Roslkilde, donde los Oldenburg poseían un hermoso palacio sobre el fiordo. Fue serenándose con la visión del mar, estrecho en esa parte, los cormoranes ensordeciendo el aire helado con sus *gallí-gallí* y los ciervos que en el jardín selvático venían a comer en su mano. Esto último jamás lo había visto y mandaría azotar al que asegurase ser posible, salvo que Lisa anduviese de por medio. Cuando Isabel de Austria o simplemente su sombra revoloteaba en el ambiente, todo era posible. Lo había escuchado en las cocinas una vez que bajé a robar un pedazo de pastel de ruibarbo, pues sentí hambre. Un grupo de cocineras, pinches y freganchinas cuchicheaba entre perolas y cazuelas, muy excitadas. Cesaron en lo que pensé chismorreos de mujer cuando me vieron. Enrojecieron y flexionaron sus rodillas.

—¿Ocurre algo? No estaréis escamoteando pechuga de pavo a vuestro rey…

Podía escucharse el silencio del parque palaciego. La luz del día, una grisalla pálida, entraba por los ventanucos junto al techo y pronosticaba lluvia para variar. Todas callaban mientras se rebullían, inquietas, rubras del sofoco. Ninguna se decidía a hablar.

—¿Alice? —me dirigí con el interrogante a la responsable primera de los guisos, una gruesa matrona oriunda de los grandes lagos suecos, que nos alegraba la vida con sus exquisiteces.

—Señor… Majestad… —dijo cortada—. Sólo hablábamos de su

majestad la reina.

—¿Y qué tenéis que decir vosotras de mi esposa?

Ahora todas, rubicundos los pómulos, se retorcían los dedos. Se decidió a intervenir Birgitte, la más veterana de las pinches.

—De la reina únicamente podremos referir bondades, mi señor —aseguró—. Ella es un ángel que sólo tiene con nosotras buenas palabras y sonrisas. Es nada más que, intrigada al verla bajar todas las tardes para llevarse en el regazo varios panes duros de las sobras, me permití seguirla el otro día. Juro que sólo fue curiosidad, mi señor. La señora salió al parque por la puerta del fiordo y yo detrás, a prudente distancia. Se dirigió al fondo del jardín, hacia las hayas altas, y allí permaneció quieta unos momentos, como alelada. Ya pensaba que se había trastornado por la pérdida de aquellos varoncitos preciosos que lloramos tanto cuando, en medio de mi asombro, aparecieron varios ciervos y se le acercaron.

—Qué me dices… Bromeas… No lo puedo creer…

—¿Por qué habría de mentirle, mi señor? Éstas —añadió apuntando al grupo con un ligero movimiento de barbilla— tampoco me creyeron. Mi estupor llegó al colmo cuando el ciervo grande, de más de doce puntas, dos ciervas preñadas y varios cervatillos de ambos sexos llegaron junto a ella y empezaron a comer de su mano mendrugos de pan que mi señora sacaba del refajo, partía y dejaba reposar sobre sus palmas.

—Como broma, y pesada, ya está bien —dije aportando seriedad a mis palabras—. Sabes mejor que yo que el ciervo es el animal más receloso de todos los del bosque, que es imposible aproximarse a menos de cien varas sin que salte lo mismo que un resorte y huya a su refugio en lo más profundo de la selva.

—Es cierto lo que dice, majestad —aseguraron todas—. Nosotras lo vimos a la tarde siguiente y no nos lo creíamos. Su majestad puede comprobarlo cualquier tarde.

Fue lo que hice. Habíamos dormido la siesta, ese bendito invento hispano que Margarita de Austria trataba de implantar en Flandes, tras una sobremesa deliciosa. Ella se levantó, como solía, se compuso en plan cómodo y se calzó con botas de agua.

—¿Dónde vas? —pregunté.

—Me gusta pasear por el parque, a la orilla del fiordo. ¿Me acompañas?

—Quisiera —dije, pero debo revisar ciertas notas que he recibido de Erik Kaas, el obispo de Viborg.

Se creyó la mentira piadosa, salió y yo tras ella procurando no ser visto. Después de aprovisionarse en la cocina, fue a la orilla del mar llevando en el mandil un grueso cargamento de pan que valdría para abastecer a tres camadas de patos de pantano. Los ánades, pensé, serían el objetivo de Isabel, las centenas de patos que acudían a la orilla del fiordo en demanda de cualquier tipo de pitanza. Pero no. Los patos acudieron, mas Isabel no se dignó mirarlos. Fue recta al lejano fondo del parque, donde las hayas son más esbeltas y la brisa dibuja al pasar entre los hayucos y las hojas de verdor primerizo su melodía más bella. Al llegar al árbol más frondoso, justo frente a la caverna donde los jardineros guardan sus aparejos, quedó en pie, inmóvil. Yo acechaba a más de ochenta varas, oculto tras un tronco. Me pareció que musitaba con los labios o emitía una plegaria. No esperó mucho. De lo profundo de la espesura arbórea, la que conecta con el bosque de Hvedstrup, surgieron varios ciervos: un macho poderoso, el señor del harén, de tantas puntas que no pude contar, dos hermosas ciervas con la tripa abultada, efectivamente en cinta y una bulliciosa cohorte de gamos y cervatillas. En medio de mi estupefacción se acercaron a Isabel sin muestras de recelo y comieron de su mano pan reseco hasta hartarse. Una de las ciervas, quizá para hacer causa común con su benefactora, llegó a rozar su lomo contra la cintura de mi esposa, como consolándola, una especie de diálogo entre hembras embarazadas. Contemplé la escena absorto, incrédulo, sin mover una ceja. Cuando se acabó el pan se alejaron los cérvidos. Con mucha precaución, sin delatarme, regresé al palacio.

—Esta tarde te vi dar de comer a los ciervos en la linde del bosque —dije tras la cena, bebiendo aquavit de doce años, el mejor que se destila en Aalborg.

Mi madre y Sigbrit levantaron la cabeza de sus respectivas lecturas, los *Diálogos* de Platón y *El Príncipe*, de Nicolás Maquiavelo, y miraron embelesadas a Isabel.

—Suelo hacerlo. Me encanta —dijo sin inmutarse—. Te invité a que me acompañaras…

—Y lo hubiera hecho de saber a lo que ibas —mentí—. Pensé que sólo querías pasear. ¿Cómo lo haces?

—¿Hacer qué?

—Lo de los ciervos. Los vi comer en tu mano.

Cristina y Sigbrit, tras cerrar sus libros, escuchaban perplejas y pensativas nuestra conversación.

—No fue nada fácil —aseguró—. Me costó más de una semana convencerlos. El primer día los vi desde muy lejos; el segundo los llevé pan que arrojé frente a la gruta de los jardineros; el tercero me senté a leer el *Elogio de la locura*, del maestro de Roterdam, y ya se aproximaron; el cuarto y quinto, sin dejar de leer y con la mano abierta, viéndolos de reojo, apreció cómo se acercaba una de las ciervas gestantes y comía a mis pies; el sexto fueron las dos hembras las que llegaron junto a mí y se zamparon medio cargamento observadas por el resto de la camada; el octavo fue cuando el macho dominante, comprendiendo tal vez que yo era inofensiva, se acercó agachando la testa. Pude contemplar el fino pelillo que recubría sus puntas, polvo de humo, lo afilado del final de las astas y cómo aleteaban sus húmedos ollares. Sentí miedo, pero no lo mostré. Lo miré sin temor, dueña de mí, y le enseñé medio pan en mis palmas abiertas. Al día siguiente comió en ellas la camada al completo. Se trata de una familia encantadora que compone un gran macho, dos hemb…

Cristina y Sigbrit no la dejaron proseguir.

—¿Estás hablando en serio o nos tomas el pelo? —dijo mi madre.

—Jamás hiciera tal —aseguró mi pequeña hechicera, mi particular bruja, levemente sofocada. Los animales son siempre dóciles, todos, hasta las víboras. Se trata sólo de saber entenderlos. Reconozco que para ello hace falta paciencia y cierta maña.

*

El año se estrenaba con problemas pequeños pues, por fortuna, eran de tipo económico. El pago de la dote de Isabel, aquellos discutidos doscientos cincuenta mil florines, se iba dilatando. Habían pasado los tres años fijados para el pago completo y las arcas danesas esperaban en vano ver el primer florín. El panorama, incierto, no mejoró con la muerte, un mes antes del infortunado parto de Isabel, de Maximiliano de Habsburgo. Era mi esposa la que me recordaba a diario dicha deuda, pues se sentía estafada por su propia familia.

—Me temo que, muerto y enterrado mi abuelo, los míos se desentenderán de mi dote, los muy puercos… —dijo una noche en el salón de música.

—He de confesarte que no me preocupa —respondí—. No hay dinero bastante para pagar por ti ni existen baremos para valorarte.

—Me esponja oírte, querido, pero hasta una aldeana aporta al

matrimonio un juego de toallas. Exijo lo que es mío: si no lo reclamas tú, deberé hacerlo yo.

Me decidí a escribir a mi cuñado Carlos para recordarle que, muerto su abuelo, era el heredero de los bienes y también de las deudas del emperador. No lo conminaba de forma imperativa ni le daba plazos, pero le recordaba que se trataba de la dote de su hermana dilecta, que le había dado ya un sobrino y estaba en trance de darle muchos más. Hablaba entre renglones de mi lucha por conservar la Corona Sueca y del esfuerzo económico que ello suponía en tropas y pertrechos de guerra. Terminaba asegurando que creía en la rectitud de los Habsburgo para hacer frente a sus compromisos dinerarios y lo invitaba a visitar mis reinos desde que lo permitiesen sus asuntos. Culminaban la carta, redactada en latín como es uso habitual en la correspondencia entre monarcas europeos, unas líneas de Isabel en francés que venían a decir que era feliz, que cualquier problema de convivencia conmigo se hallaba superado, que me amaba y era correspondida. Acababa asegurando que lo echaba de menos, cosa que podría arreglarse si se decidiese a visitarnos.

La respuesta llegó a las tres semanas en una larga misiva fechada en Barcelona. Mi ilustre cuñado, tras deshacerse en elogios a mi persona y, sin rodeos, al cambio experimentado en mi forma de vida, exponía la dificultad en que se hallaba para contar con numerario, pues pretendía, convocada la Dieta alemana para la elección del nuevo emperador, concurrir a la misma como candidato. Para enfrentarse a Francisco I, el rey de Francia, y a su tío Enrique VIII de Inglaterra, aspirantes también al solio del Imperio, precisaba de al menos ¡un millón de florines!, cantidad que estimaba imprescindible para comprar la voluntad de los siete electores, siempre insaciables, y afrontar otros gastos. Me hablaba del aprieto para hallar los dineros. Había tanteado en las Cortes de sus reinos con dispar resultado: Castilla y León, territorios siempre generosos, aportaban cien mil ducados de oro; Galicia y Aragón algo menos; Cataluña, rico condado vinculado a Aragón, era más cicatera contribuyendo con veinte mil ducados, un poco menos que Valencia, el opimo viejo reino. Flandes colaboraba en su medida, lo mismo que Sicilia y Nápoles, pero faltaba un pico que buscaba en los Függer, poderosa familia de banqueros hebreos afincada en Augsburgo. Me decía que había recibido ya de la banca judía cuatrocientos mil florines a un interés del cuarenta por ciento anual sobre el principal de la deuda, avalada con las rentas de Castilla. Añadía —solicitando que la cosa quedase entre cuñados— que ni

por pienso devolvería nada a aquel interés usurario. Lo máximo que estaba dispuesto a abonar como interés, aseguraba, era un tres por ciento anual. Confiaba en que Jacobo Függer, aquel endemoniado avaro, no le pusiese pegas, pues de ser así estaba dispuesto a desterrarlo del Imperio. Me contaba con abierto regocijo los apuros del monarca francés para encontrar fiadores que avalaran su crédito, en el que no creían ni los electores ni su propia madre, viéndose obligado a cargar de monedas contantes cierta gabarra que ascendió el Rhin para aplacar las ansias dinerarias de los príncipes alemanes. Terminaba asegurándome que era el primero en la lista de sus acreedores y que añoraba a Ysabeau, como él la llamaba. Prometía venir a nuestra helada tierra desde que pudiera y, como compensación por la dejación temporal de sus obligaciones fiduciarias, prometía condecorarme con el gran collar del Toisón de Oro, orden de la que era Gran Maestre, la máxima distinción del Imperio.

Hube de conformarme con promesas y con colgar de mi cuello aquella extraña y selecta distinción, un cordero de oro. Admiré in mente la habilidad de mi cuñado para conseguir dinero y, al tiempo, domeñar a la jauría de prestamistas y usureros. Quise leer la carta a mi mujer a la hora del té.

—No es necesario que lo hagas, cariño —dijo risueña—. Sé lo que dice.

Los tres prestamos atención. Mi madre abortó el sorbo de la caliente infusión edulcorada y dio un respingo. Sigbrit, además, movió el pabellón de sus orejas como las lobas esteparias cuando oyen deslizarse a la jineta.

—¿Cómo puedes saberlo? —pregunté receloso, aunque comenzaba ya a creer en las dotes taumatúrgicas de Isabel de Austria.

—Porque conozco a mi hermano como si fuésemos mellizos: te habla de sus dificultades económicas, te da largas para el pago de mi dote y te propone para la dichosa condecoración.

—El Toisón de Oro.

—La misma. Genio y figura. Hacía lo mismo durante nuestros juegos infantiles en el palacio de Malinas. Robábamos faisán relleno para comérnoslo en nuestra vivienda aérea del mayor de los robles del parque; nos peleábamos por el trineo con forma de delfín, regalo de mi abuelo Maximiliano, para deslizamos por la nieve; compartíamos los insectos que encontrábamos en el bosque para coleccionarlos; discutíamos sobre quién montaría al mejor de los

ponnies… Al final daba igual. La más selecta tajada de faisán, el trineo, la mariposa más bella y *Asdrúbal,* el *ponny* más dócil, eran para él. Leonor y yo nos resignábamos. Decía que eran los privilegios de ser rey, pues lo era tras la muerte de nuestro padre, con tan sólo seis años.

—Pues, viéndolo fríamente, su actuación me parece inteligente —dije.

—Entiéndeme —dijo Isabel—: no digo que mi hermano no sea perspicaz, clarividente y astuto, es sólo que en el caso se pasa de listo. No le tolero que aplace más el pago de mi dote. Me trata como a una vulgar campesina de Brabante… Milagro que no mande como aportación matrimonial una vajilla de cerámica, un juego de paños de cocina o sábanas de hilo. En cuanto al Toisón, si te hace ilusión, le escribiré solicitándolo para ti cuanto antes.

Ilusión y un poco ver mi vanidad cumplida, pensé. Hablamos del máximo galardón europeo hasta la fecha, una orden creada en 1429 por el bisabuelo de Carlos, Felipe el Bueno de Borgoña, y que era codiciado por príncipes y reyes. Ganarlo en propiedad me costó un pequeño disgusto. Cuando, en la primera reunión de la orden presidida por su Gran Maestre, Carlos propuso se admitiera en la misma a sus tres cuñados, los reyes de Dinamarca, Hungría y Portugal, el capítulo de la Orden rechazó mi candidatura acusándome de vivir en público adulterio e incluso maltratar físicamente a mi esposa, a cuenta de la famosa bofetada de la que habían pasado ya tres años. Carlos se portó bien en la ocasión. Casi le saltó al cuello al secretario acusándolo de estar desinformado, montó en cólera afirmando que él jamás propondría para el collar a nadie que no tuviese una existencia digna y aseguró que su cuñado el rey de Dinamarca, luego de un pequeño baldón achacable a cualquiera, era ejemplo de príncipes. El propio Carlos de España me envió el Gran Collar en una nave, aprovechando el regreso a Copenhague de su embajador. Es una distinción que siempre tengo a mano, muy curiosa, restringida a veinticuatro caballeros cristianos, pues ningún hereje puede detentarla. La insignia consiste en un collar de eslabones entrelazados de pedernales o piedras centelleantes inflamadas de fuego, con esmalte azul y rayos rojo sangre, rematado con un cordero de oro esmaltado colgando del collar, como doblado en dos por su propio peso. La alusión al camero se refiere al vellocino de oro que Gedeón ofreció a Dios en sacrificio y acción de gracias por la victoria contra los madianitas. Las piedras centelleantes significan la divisa de Felipe el Bueno: «Hiere antes de que se vea la llama». Estaba tan orgulloso de mi

Toisón que siempre lo utilicé en recepciones oficiales y, desde entonces, cuando me retraté lo hice con él. Hasta me lo colgué del cuello cuando me llevaron prisionero a Sönderborg, lo que me costó un disgusto como ya contaré.

Pasaron los meses y el dinero de la dote seguía sin llegar. Me hubiese conformado con ver el color de los florines, poder morderlos y comprobar su ley, pero ni eso pude en mi zozobra. Los dineros me urgían, pues la guerra sueca malbarataba todos mis presupuestos.

—Entendería que me repudiases —dijo una noche Lisa—. Me siento humillada sin mi dote. Es como si me exhibiese desnuda ante mi pueblo.

—Con dote o sin ella, siempre serás mi mujer y mi reina —dije abrazándola.

—Conseguiré el dinero —aseguró.

Aquella voluntarista afirmación no lo era tanto en boca de mi esposa, en cuyas dotes prodigiosas creía ya de corrido. Azuzado por ella, que como se ha visto conocía a su hermano y sabía del pie que cojeaba, continué escribiéndole reclamando los dineros y apremiando también a su embajador en Copenhague, don García de Sandoval y Usoz, un simpático andaluz de Sevilla, quien me aseguraba en su danés curioso, siempre serio, que las cosas iban por buen camino. El camino sería bueno, pero largo, pues en junio de 1519 seguía sin aparecer ni medio *mark* danés de plata. Fue Isabel la que, con su listeza infusa, vio la ocasión traída por los pelos.

—Christian —me habló una tarde al regresar de cabalgar de la arboleda de Ordrup—. Esta mañana vi en los muelles tres barcos holandeses descargando pieles, vino, aceite y sal.

—Me parece muy bien —dije—. Soy partidario del libre comercio. La sal nos hace falta, pues la que viene de la isla de Laesö se hace poca. Pieles nos sobran, pero de vino y aceite de oliva adolecemos.

—Yo no hablo de comercio, hablo de barcos —dijo—. Me refiero a bienes que pueden embargarse. Presenta al juez la carta donde se habla de mi dote, su montante y las fechas de pago, ordénale que se persone a bordo de unas naves de los Países Bajos, feudo imperial, y que exija a su capitán el abono de la deuda. En otro caso, deberá proceder a su embargo hasta que aquélla no sea saldada.

Me quedé de piedra. ¿Qué haríamos sin las mujeres? Obrando tal como ella dijo —Dios, qué lista era—, el asunto cobró cierto

movimiento. A la vuelta de siete semanas un mensajero trajo una carta de Margarita de Austria y un grueso maletín de badana de oveja tan abultado que iba a reventar. En la misiva abrazaba a «su querida sobrina, que había dejado a Flandes sumido en la oscuridad», aseguraba estar en la pobreza extrema y adjuntaba cincuenta mil florines áureos de la ceca de Roterdam.

—Margarita es otra que tal baila —dijo Isabel—. Pero, por el momento, habremos de conformarnos. Deja salir las naves.

*

Se aproximaba la catástrofe. El problema sueco no sólo no se resolvía: se enconaba y encrespaba como el mar arbolado de septiembre en el Gran Sol. Poderosas eran las fuerzas concertadas para que Suecia dejara de estar sometida al rey danés. Varias facciones independentistas convergían en la figura de Sten Sture y otros miembros de la nobleza sueca, que se oponían a la soberanía para muchos despótica de mi monarquía. Otra camarilla levemente mayor, la unionista, a cuyo frente se encontraba el obispo Gustav Trolle, propugnaba continuar en situación idéntica, es decir, seguir perteneciendo a Dinamarca dentro de la Unión de Kalmar y de las libertades que patrocinaba. Es cierto, ahora y aquí puedo decirlo, que las libertades en Escandinavia eran muy limitadas, sobre todo en comparación con España, Francia o Inglaterra, pero no estaba dispuesto a ceder en mis prerrogativas. Mis súbditos suecos deberían atenerse a lo que había o vérselas conmigo y con mi ejército.

Pedí consejo una vez más a mis mujeres. Sigbrit era partidaria de enviar a Suecia un ejército expedicionario que pacificara aquel país, restableciera el orden y encarcelase a los cabecillas. Los más significados debían ser decapitados. Era la solución clásica, la practicada desde siempre en todas partes, la que casi siempre había funcionado. Mi madre leía no sé si a Homero o Tácito. Estaba tan enfrascada que no quise molestarla. Isabel abismaba su mirada en el artesonado.

—Tú qué opinas, Lisa.

Tardó en contestar. Cuando lo hizo se hizo escuchar como el oráculo de Delfos o el de Siwa, aquél que vaticinase a Alejandro Magno sus victorias y luego sus desgracias. Quien hablaba era una muchacha de dieciocho años.

—No estoy capacitada para opinar sobre algo que apenas conozco o muy someramente —dijo.

Mi madre cerró el libro al escuchar a su hija favorita. Siempre le daba la razón.

—No perdemos nada con oírte —dijo Cristina.

—¿Suecia fue siempre parte de Dinamarca? —preguntó Isabel.

—No… —respondí—. Hasta la Unión de Kalmar fue un reino independiente.

—Quién una vez gustó la libertad es lógico que pretenda recuperarla —sostuvo Isabel—. Y yo, a fuer de honesta, se la daría. De esa manera se ahorrarían sufrimientos, vidas y dineros.

—Pero llevamos juntos varios siglos… La unión hace la fuerza… —alegué yo.

—Cierto —respondió—. Pero también lo es que no se puede sujetar al que una vez paladeó la independencia. La historia pesa, sobre todo si es cierta. Os pondré un ejemplo: el Señorío Vasco, en la España en la que reina mi hermano Carlos o más cercano: Jutlandia. ¿Fue el Señorío de Vizcaya independiente alguna vez? ¿Lo fue Jutlandia? Vasconia formó parte de Hispania desde antes de Roma. Yo pelearía con mis manos contra el que pretendiese desgajar Jutlandia del común tronco danés, pero el caso de Suecia es diferente. Para mí tiene derecho a volar sola.

Debí hacerle caso, pero me avine al parecer de mis belicosos generales y envié al vecino país un poderoso ejército que se unió al que peleaba allí y había sufrido varias derrotas en los últimos tiempos. Tras una de ellas, los rebeldes habían encarcelado y torturado al obispo Trolle. Influyó también en mi decisión la honra del luchador que lleva dentro un rey, el querer vengar la afrenta al religioso e intentar restañar la danesa sangre derramada. En la primavera de 1520 mis fuerzas sitiaron Estocolmo, que rindieron tras causar muchas bajas. Sten Sture perdió la vida en la batalla; los nobles suecos se rindieron a condición de que se respetasen sus vidas y tras la obtención de un salvoconducto que los permitiese desplazarse libremente. Pacificado el país a sangre y fuego, el diecisiete de septiembre partí hacia Estocolmo por tierra. Para mi gran desgracia Isabel estaba embarazada de seis meses y no pudo acompañarme. Otra cosa hubiera sido tenerla conmigo, pues habría podido consultarla. La idea era progresar pueblo a pueblo y ciudad por ciudad, mostrar en todas partes magnificencia y expresar piedad liberando en cada lugar a los encarcelados por causa de la guerra. Al frente de mil hombres a caballo y dos mil infantes, entré en la capital sueca el día primero de noviembre. Me entrevisté con los notables, presidí un solemne Tedeum en la catedral de San Nicolás

y asistí a varios banquetes con los notables. El cuatro de noviembre de 1520 fui coronado rey de Suecia en la capilla del Palacio Real, en Gamla Stan.

Cuatro días después de mi coronación, Gustav Trolle, sin mi consentimiento, inició una feroz represión contra los numerosos nobles suecos que habían participado en la criminal actuación contra la sede arzobispal y, más tarde, consentido en su encarcelamiento y maltrato, tortura incluida, de la que aún quedaban señas. ¡Ah, la venganza! ¡Cómo se indigesta tantas veces el menguado placer que provoca! El terror cundió por la ciudad y, cuando me enteré, no pude o supe ponerle coto. Los sicarios del obispo sacaron de sus casas a nobles y aristócratas y los trasladaron a palacio donde fueron encerrados, incomunicados, en las cuadras. Como represalia, soldados suecos o familiares de los apresados asaetearon en plena calle a varios miembros de mi ejército, entre ellos uno de mis asistentes que, desarmado, salía de una taberna. Ello me enfureció. La ira es mala consejera y la peor de las espirales venenosas es la de la violencia. Trolle, conocedor de los hechos, ordenó capturar a mejor cuantos más partidarios de Sten Sture. Veintisiete de ellos se congregaron en las cuadras con los demás presos, en total ochenta y dos. Aquella noche me reunía con el burgomaestre de la ciudad y con mi canciller para asuntos suecos, Svend Svendrup. Cené y bebí demasiado. Recordaba constantemente a mi mujer y la echaba de menos. ¡Ah, si la hubiese hecho caso y no emprendiera aquella guerra cruel! Ignoraba que a la misma hora en que yo brindaba con mis anfitriones, un odioso tribunal presidido por el obispo Trolle declaraba culpables de herejía a los capturados, entre ellos dos obispos, tras una pantomima de juicio. A las siete de la mañana del día 9 de noviembre los ochenta y dos prisioneros fueron decapitados en Stortorvet, la plaza principal de la ciudad, que quedó tinta en sangre. Un lúgubre silencio, de cementerio en la isla de los muertos, cayó como una losa sobre Estocolmo y la nación entera. Había comenzado mi purgatorio en vida, la universal leyenda sobre mi crueldad y vesanía, la expiación de Christian *el Tirano*, *el Cruel*, *el Sanguinario*, el monarca tenido como odioso autor del Baño de sangre de Estocolmo.

*

Regresé a Copenhague justo a tiempo de asistir al parto de Isabel. Parió sin novedad una niña preciosa, una miniatura de ella misma. Pero los fastos por su nacimiento y bautismo —fue cristianada con el nombre de Dorotea— se ensombrecieron por los

sucesos de Estocolmo. Las malas noticias vuelan como la peste negra: un triste barco zarpa de un puerto y a las dos semanas toda Europa sabe del acontecimiento. Aun así, Lisa no entendía cómo fueron posibles. Mi abatimiento no cesaba al mes y medio de producirse los hechos.

—No puedo dejarte solo —dijo—. Debiste haber atado corto al obispo Trolle.

—Tienes razón —concedí. Los odios entre religiosos, las rencillas teológicas, son siempre complicadas de combatir y causan muchos males.

—Temo que de nada valga tu inocencia, en la que creo —aseguró mi mujer—. Al final siempre serás el único culpable. Estabas allí…

—Cierto. Lo que más siento es que se ha sembrado la semilla del odio entre suecos y daneses, hasta aquí hermanos. A no mucho tardar llegará la secesión.

—Bendita sea si es para que no haya más muertes —dijo Elisabeth—. No quiero ser la reina de Suecia a ese precio.

Me ocupé durante aquellos meses en un proyecto que llevaba madurando años: renovar los códigos civiles y agrarios daneses, obsoletos, llenos de lagunas y anclados en la Edad Media. Tanto Sigbrit como Elisabeth me ayudaron aportando ideas modernizantes, al estilo de los códigos españoles —las famosas *partidas* de Alfonso, su rey *Sabio*— o de los Países Bajos. Durante la primavera fueron apareciendo primero el Código Civil, que igualaba a todos los ciudadanos y suspendía la especial jurisdicción del clero, y luego el Código Agrario, que abolía la adscripción a la gleba en mis reinos. Hasta mí, el campesino pertenecía a la tierra y no al revés. Desde mis nuevos códigos, los Códigos de Christian II, un campesino podía abandonar la tierra que arañaba por otro oficio y dejar de ser esclavo, que es lo que era en la práctica. Pero nada es gratis ni llueve a gusto de todos: los nobles y obispos murmuraban mientras la naciente burguesía y el campesinado quedaban complacidos.

Pasamos otra temporada feliz en Roskilde. La fauna entera: ciervos, ánades, jabalíes, todo tipo de pájaros, zorros rojos, liebres y puercoespines, esperaban a Elisabeth como a una nueva versión de San Francisco. Nos bañamos en el fiordo, comimos arenque ahumado de un vecino obrador y visitamos la tumba de mi padre y de mi abuelo, en la preciosa catedral. Seguía preocupándome el asunto de la dote de Lisa. Escribí a mi cuñado y lo halle

predispuesto. Supe que pasaría el verano en Flandes antes de regresar a España y me decidí a visitarlo. Era una buena oportunidad de conocer la patria de mi esposa y ver a su familia. Carlos era ya emperador del Sacro Imperio pero, a falta de la coronación, su título era el de *Rey de romanos.*

Fue en su contestación cuando nombró a Lutero. Lo citaba de paso refiriéndose a la Dieta de Worms, que iba a tener lugar el mes de abril del 21 en aquella ciudad alemana. Ya antes había oído hablar del fraile agustino, un extraño personaje que, tras comprobar la depravación del Papado romano y el innoble mercantilismo vendedor de indulgencias a cambio de dinero para remozar la basílica de San Pedro, había publicado ciertas tesis en la ciudad de Wittenberg. Lo escuché citar a Ove Bille, el prelado de Aarhus, quien lo tenía por perturbado orate; yo confiaba en mi canciller, un hombre íntegro, por lo que no di al fraile la menor importancia. Sí quise preguntar a mis consejeras, a mediados de junio, sobre la oportunidad de viajar o no a Flandes. Sigbrit opinaba que resultaría embarazoso, pues daría la impresión de que el rey de Dinamarca iba por el mundo de pordiosero mendicante. Lisa, al contrario, me animó.

—Sería interesante. Conocerías a mi hermano y a mi tía. Aclararías tu actuación de Estocolmo y, a poco que lo intentes, lograrías que Carlos te abonase lo que queda de mi dote. Probarías también un verdadero faisán a la borgoñona, beberías auténtico vino de Burdeos y probarías los mejillones de Ostende.

—Nada me aprovecharía sin ti, cariño. Si me decido a ir me acompañarías, por supuesto.

—Siento decepcionarte, pero creo estar de nuevo embarazada. El causante de tu soledad serás tú mismo: me tienes más atendida que el mejor semental a su yegua favorita. Esperaba mi regla hizo ya dos semanas y no aparece. Si viajara pondría en peligro al nuevo ser y ello es lo último que deseo.

Decidida la marcha, y deseando viajar en secreto, lo hice por tierra.

*

Salimos de Copenhague al amanecer del 28 de junio y llegamos a Bruselas en ocho días, el 5 de julio. Éramos siete jinetes a caballo con otras tantas monturas de refresco. Era de la partida Mogens Goeye, que conocía bien los Países Bajos. Cabalgábamos de día y dormíamos en ciudades pequeñas o ventas del camino, como simples caballeros de paso o comerciantes investigando mercancías

o mercados. Yo no había cumplido por entonces los cuarenta y dos años y, gracias a ello, pude sobrevivir. Aun así llegué a mi destino molido y extenuado, más baqueteado que una peonza en manos de un mozo bullicioso y con un molesto divieso en salva sea la parte. El grano purulento obligó a intervenir a un cirujano-barbero de mi cuñado Carlos, Andreas van Wesel, quien lo sajó tras darme a beber una pócima que contenía vino caliente, beleño y jugo de adormidera, según dijo. Me acordé de la madre del físico y del que me sacó una muela podrida en Odense, hace ya muchos años, sin darme a beber nada, el muy bastardo. Estando en la habitación contigua Margarita de Austria, mi tía política, me mordí los puños en vez de blasfemar de Satanás y de todo su cortejo de diablos. Mi cuñado, presente en la carnicería, me consolaba hablándome de las pústulas y flemones dentarios que Andreas Wesel, quien le acompañaba a todas partes, le había dilatado.

Me sorprendió el joven rey de España y emperador de Alemania, de 21 años a la sazón, pues nació con el siglo. Era mediano de estatura pero bien proporcionado de miembros, tirando a pelirrojo, de rostro agradable aunque afilado en la barbilla. Consciente de la anomalía, un sello de los Habsburgo del que no participaba Isabel, trataba de disimularla gastando barba que arreglaba dejándola, no en forma de perilla como es habitual, sino redondeada. Sus ojos eran grandes y muy azules, infiltrados de venillas bermejas; su boca era menuda, alegre, de dientes asimétricos, y sus orejas pequeñas, casi diáfanas. Lo definían tres peculiaridades: el pelo cárdeno, espeso y no muy largo, la nariz levemente arqueada y el mentón que, cual espolón de proa de un navío de batalla intentando despanzurrar a una galera turca, anunciaba su presencia con suficiente antelación.

No critico en absoluto a mi cuñado ni prejuzgo sobre su apostura. Para empezar, no entiendo de hombres. Es más, pensaba que su tipo no agradaría a las mujeres, pero me equivoqué. El gusto de las hembras es tema delicado en el que no entraré, pero afirmo que casi todas buscan en el varón antes la virilidad que la belleza. Era el caso de Carlos de Austria. No preguntéis la causa porque la desconozco: sólo aseguro que las féminas sin distinción de edad se lo rifaban, se le rendían sin lucha. En los muchos bailes de aquella corte, lúdica entre las lúdicas, el único hombre que no paraba de danzar hasta la madrugada era él. Lo hacía particularmente con una bella damita no mayor de diecisiete años, Johanna van der Gheenst, de la mejor nobleza flamenca, rubia como los chorros dorados de Bizancio, de ojos tan grandes y pasmados como los girasoles, boca

de labios carnosos y cuerpo de náyade. Como muestra de él, un adelanto del paraíso para el privilegiado mortal que los gozase, danzaban en el escote sus senos de alabastro en las vueltas y revueltas de las contradanzas. Entenderse, lo hacían. Y afirmo tal pues, al terminar el baile, a veces antes, la pareja desaparecía en los intrincados corredores del palacio hacia quién sabe dónde. Antes de regresar a Dinamarca, a los cuatro meses, Johanna ya mostraba señales de embarazo en medio de la indiferencia de aquella permisiva corte.

Conocí bien a Margarita, la Gobernadora General confirmada por su sobrino y ahijado, todavía bella a sus cuarenta y un años, mi misma edad o pocos meses menos. Se ocupaba de todo, sabía de todo y estaba en todas partes. Hablé mucho con ella de Isabel, que se educara bajo su férula, de cómo era al nacer, de sus primeros gateos, pasos y balbuceos. Sus ojos se humedecían al recordar la primera vez que le llamó mamá, teniéndola a ella como madre auténtica. Le costó convencerla, ya con cinco años, de que su progenitora verdadera se encontraba en España. No lo entendía. Le pedí que me contara aquel recuerdo, del que Isabel nunca me había hablado:

«—Si mamá está en España, entonces quiero ir a ese país —dijo la pequeña con los ojos muy abiertos, llenos de esperanza.

»—España está muy lejos —contestó Margarita—. Sólo podríamos ir volando por los aires y no tenemos alas.

»—Pues entonces que venga —dijo Ysabeau, como la llamaban en familia, con la determinación que sólo los niños imprimen a sus deseos.

»—No puede hacerlo —aseguró su tía—. Mora en una gran fortaleza con su hija recién nacida, tu hermana Catalina, y si lo hiciera moriría la pequeña.

»— ¡No! —chilló, Isabel—, si ha de morir mi hermana, prefiero que se quede.»

Nunca quiso decirle, hasta que fue algo mayor, que su madre era tenida por loca en todas partes y que estaba medio presa. Me contó de su listeza ingénita, casi infusa, pues relataba o novelaba cosas que nunca había aprendido, recitaba de memoria todas las oraciones del breviario y, con ocho años, se sabía la misa en latín. Contempló sus peleas infantiles con Carlos, Leonor y María, sus rabietas, cómo trepaba al roble más frondoso del jardín, junto a las tapias que lo limitaban con el bosque de Bornem, competía con su hermano corriendo o nadando los veranos en Gravelinas o en la

playa de Ostende, jugaba a las muñecas con su hermana mayor o hacía de madre con María, la más chica. Por fin, con doce años, vio sus ojos brillar al contemplar a un mozo de su edad, íntimo amigo y compañero de juegos de Carlos, Philibert, príncipe de Orange, que solía aparecer por Malinas. Cuando lo hacía era una fiesta para las dos hermanas grandes, que se lo disputaban. Los cuatro jugaban a las prendas, al escondite y a los recién casados. Philibert era un muchacho inquieto, holandés, alto para su edad lo que traía descompuesto a Carlos, un año mayor y sin embargo más bajo de estatura.

Me contó Margarita que una tarde, jugando al escondite, Ysabeau y Philibert no aparecían. Se los buscó por el jardín, en la casamata de los jardineros, por detrás del estanque de los cisnes, en las cocinas, entre las copas de los árboles que amaban y en las caballerizas. Allí estaban, rojos como amapolas, agazapados en uno de los establos de las yeguas, *escondidos*. El único problema era que el juego había sido pactado por Leonor, seria y conspicua, a diez minutos por el reloj de arena y habían pasado más de cuarenta. Margarita, asustada, los había regañado:

«—Ya me teníais en vilo —dijo.

»—¿Por qué? —respondió Lisa con el acento juguetón que tan bien conocía.

»—No lo sé… Pensé que habíais caído al estanque… Podíais haber contestado al terminar el juego.

»—Lo pensé —aseguró Ysabeau —. Pero habríamos asustado a Nicolasa —que era el nombre de su yegua favorita.»

Me acordé de repente de mi musa, de aquella tierna mujer que el destino me había deparado y que, tras varios lances denigrantes, adoraba. Entonces, en el recuerdo, era veneración.

—Estarías presente, como segunda madre, cuando fue mujer… —quise saber.

—Por supuesto —respondió Margarita—. Fue con trece años, nada más volver a Dinamarca la expedición que enviaste para que te representaran en los esponsales. No fue nada traumático. Leonor le había relatado su experiencia y yo la había preparado.

Carlos, que partía al poco para España, me presentó a algunos miembros de la nobleza flamenca: a Carlos de Egmont, duque de Gueldres, un hombre ya mayor, poco amigo de palabras, del que supe después que navegaba entre la lealtad y la traición a su emperador y tonteaba con la Reforma; al conde de Renenberg, fiel

vasallo del Imperio, famoso por su amor a las damas ajenas; a George de Lalaing, conde de Horns, su compañero de incursiones cinegéticas, y a aquel Philibert que se adueñara del corazón de una Isabel de doce años y quizá, y por primera vez, de su boquita de oropéndola. Veinte años contaba a la sazón el príncipe de Orange. Obviamente no pregunté por aquella aventura juvenil, en las cuadras, pero pude observar en su mirada azul un deje melancólico y sentí palpitar su corazón al nombrar a Ysabeau:

—¿Cómo está? —se limitó a inquirir.

Philibert vivía por y para la guerra. Era uno de los mejores alféreces de su amigo y emperador y suspiraba por partir para España con él, donde se vaticinaba una próxima batalla contra los franceses. Me invitó y quise visitar con él las Provincias del Norte, como llaman los de Brabante a Holanda. Estuve tres semanas recorriendo aquel poblado país, que es ameno y espacioso, abierto al mar, sembrado de tulipanes y molinos de viento. Vi Utrecht y su hermosa catedral, viví en su casa de Haarlem, recorrí Ámsterdam y Roterdam y pasé tres noches en Den Haag, una rica población que crecía entre ambas grandes ciudades.

Al regreso a Bruselas hablé mucho con el joven emperador. Lo hicimos en mi mediano francés, que él dominaba. Mi cuñado, lento en la maduración como todos los Habsburgo varones, parecía estar impuesto en todas las materias que tocamos. Sabía mucho de política y geoestrategia, siendo un batallador infatigable. Se decía ante todo borgoñón, pero sentía una extraña fascinación por todo lo español, una tierra, aseguró, que te gana al instante, de hombres con honor y mujeres bellas y fogosas, con las cosas de un color diferente, el aire embalsamado de jazmín y de dama de noche y un ambiente cargado de misterio y nostalgias antiguas. Era un gran comilón, pudiendo devorar de una sentada libra y media de asado de buey sin resentirse. Después de las mujeres, su gran pasión era poseer mejor cuantos más reinos. Estaba inquieto, pues aquella primavera se había enfrentado a Martín Lutero, el heresiarca.

—Fue un auténtico dolor de muelas —aseguró—. Lo preferiría antes de tener que oponerme de nuevo al sudoroso monje y escuchar sus dislates.

—Ocurrió en Worms, ¿no? —pregunté.

—Sí, en aquella Dieta donde iban a debatirse problemas importantes del Imperio. El orden del día comprendía temas de alta judicatura, otros relacionados con mis prerrogativas y el nombramiento de un prelado para el cargo de Elector en Maguncia.

Al final todo pasó a un segundo plano ante el cariz que tomaba el asunto de aquel maldito hereje.

—Desconozco casi por completo el asunto —dije—. ¿Qué es lo que propone o defiende el fraile agustino?

—Casi sería mejor que no lo supieses, tal es lo abstruso y absurdo de sus proposiciones, pero te las referiré sucintamente. Todo parte de la corrupción rampante del Papado, de la hedionda cloaca vaticana, de la especie de mercado de abastos en que se ha convertido Roma en el siglo pasado y hasta la fecha.

—¿Lo es tanto?

—No te lo imaginas.

—Y me alegro. Allí arriba estamos al margen de tales trapacerías.

—Roma —aseguró mi cuñado—, fue hasta no ha mucho un zoco en el que se repartían prebendas, Papas y clérigos mostraban a la luz del día su descendencia espuria, cundía el nepotismo en la curia y en la nunciatura, se envenenaba al enemigo comprando el tósigo en la primera plaza, se apuñalaba por la espalda al que se iba de la lengua, se recomponían los virgos de las doncellas desfloradas por la clerecía mediante ungüentos y pomadas y se practicaban abortos a granel.

—Y Lutero vio todo eso.

—No lo sé. Lo vio o se lo contaron —dijo Carlos—. Pero es igual. ¿Qué hizo Raimundo Lulio? ¿Qué hubieras hecho tú? ¿Qué trato de hacer yo?: intentar expulsar de sus sitiales a toda aquella chusma, encerrar en la cárcel a los corruptos, arrojar de sus sedes a los malos sacerdotes y prelados, desterrar el nepotismo y renovar a los componentes de la Iglesia verdadera. ¿Qué hace Lutero? Tras exponer sus disparatadas noventa y cinco tesis en su iglesia de Wittenberg, intenta, no arrojar fuera a los corruptos e infames Papas, no echar a los protervos mercaderes del templo a latigazos, como hizo Cristo: pretende derribar el templo verdadero, reformar a la Iglesia como institución, modificar los dogmas que la sustentan desde hace quince siglos.

—No lo puedo creer…

—Ni yo quiero acordarme de sus tesis. Sudaba como un pollo en el horno cuando le escuchaba decir que la simple fe basta para salvarse, que las buenas obras no valen para nada, que no hay santos ni mártires, que la sangre de Cristo, por sí sola, basta para salvar y justificar a todo pecador que, dándose golpes de pecho y

comulgando bajo las dos especies, asegure tener fe. Para más inri añadió que el hombre nace predestinado, que, por una suerte de lotería celestial inexorable, el hado traza nuestro camino y, hagas lo que hagas, te salvarás o te condenarás pues está escrito. «Peca fuerte y ten fe», afirman que aconseja.

—Es increíble…

—Pues, si vieras al personaje… Es un tipo siniestro, alto, grande, seboso, que le sudan las manos y la barba, tanto que empapó el alzacuello pues aún viste sotana.

—¿Por dónde anda?

—Ése es mi gran problema. Debí haberlo aherrojado cuando lo tuve a tiro, pero ya es tarde. Vime obligado a darle un salvoconducto en nombre de la libertad religiosa en el Imperio. Dicen que lo acogió Federico el Sabio, el elector de Sajonia, en el castillo de Wartburg.

—Había escuchado que tío Federico, casado con una hermana de mi madre como sabrás, veía con simpatía al fraile, pero ignoraba que lo hubiese acogido — intervine.

—Acoger es poco —dijo Carlos—. Tu pariente trató a Lutero a cuerpo de arzobispo, pues ama sus dislates. Me prometió el sajón meterlo en cintura y vaya si lo hizo: al salir de su blanda prisión, donde vertió al alemán la Biblia, había metido en la cintura más de ocho libras. Creo que, para huir de mis alguaciles y justicias, se pasea por Dresden y Leipzig disfrazado y con el pomposo título de *caballero Jorge*.

—Dudo que, con las aberraciones que me cuentas, progresen sus doctrinas.

—Te equivocas. Medran como la espuma al chocar las olas en el acantilado. El toque del asunto, lo que lo hace agradable al clero y la nobleza, son las indecentes proposiciones que ofrece a ambos estamentos.

—¿A saber? —pregunté interesado.

—A los curas y frailes los brinda la secularización y el matrimonio, algo que muchos, faltos de verdadera vocación, aceptan. Y a los nobles y príncipes les regala los bienes de la Iglesia, sus tierras, predios y rentas. Es un caramelo envenenado pero dulce: pocos príncipes resisten a algo tan suculento. La única condición es que la nobleza y los reyes paguen bien a su clero servil. Es una pescadilla que se muerde la cola: tú me llenas la panza y yo te obedezco: los aristócratas son cada vez más ricos y el clero tan

corrupto o más que antes pero harto de cebada y atendiendo a la voz de su amo. Y en medio la gleba, tan descalza y miserable como antes.

—Suena innoble —dije—. Pero en parte es bueno quitar poder y protagonismo a la Iglesia. No sé aquí, pero en Dinamarca es demasiado fuerte.

—Ahí estamos de acuerdo —aseguró Carlos—. Pero hay formas y formas. Precisamente adelanto el regreso a la Península para intentar arreglar un feo asunto originado por un clérigo en mi ausencia.

Problemas causados por un clérigo… Aquello me sonaba.

—Cuenta —le pedí.

—No sé si sabrás que Adriano de Utrecht, el hoy obispo de Tortosa, vino conmigo a España cuando tomé posesión de mis estados, hace unos años.

—Adriano de Utrecht… ¿No fue el preceptor de Isabel?

—Exacto. El entonces confesor de tía Margarita fue nuestro profesor de religión y humanidades, junto a Luis Vives. Le cobré tanta afición y es tan buena persona que lo llevé conmigo a aquel viaje. En España quedó como virrey cuando acudí a Alemania para ser investido emperador y rey de romanos. Lo dejé con plenos poderes y aquel fue mi insoslayable error. Hubo una revuelta entre mis súbditos castellanos, la guerra comunera, en la que se solicitaban cosas perfectamente lógicas: que no saliera del país oro acuñado, que se respetase a mi madre, la reina Juana, en sus prerrogativas y que los altos cargos no fuesen extranjeros, sino españoles. Hubo refriegas y muertes, venganzas, victorias y derrotas. Al final se impuso el más fuerte, que era mi ejército. Como desagravio a ciertas crueldades cometidas por los revoltosos en la persona de varios sacerdotes, no se le ocurrió otra cosa al cretino de Adriano que mandar ahorcar a los principales cabecillas de la revuelta, Juan de Padilla, Juan Bravo y Francisco Maldonado, tres valerosos hidalgos que sólo luchaban por su patria. Si hubiera ordenado azotarlos tras un mes de prisión a pan y agua, otro hubiese sido el resultado. Aquellos tres valientes son ahora héroes, sus mujeres viudas, sus hijos huérfanos y yo me veo en un brete como pocos se han visto. Y todo merced a la exagerada respuesta de un clérigo cristiano, al que debe suponérsele piedad con el vencido.

Me parecía estar escuchando mi dolorosa experiencia de Estocolmo y recordar la innoble actuación del obispo Trolle. Le

conté el caso, que ya había oído, y comprendió mi dolor e indignación.

—Me temo que nunca podremos desembarazarnos de nuestra parte de responsabilidad en tan crueles actos, ocurridos casi al mismo tiempo en diferentes reinos —dijo Carlos—. Yo, desde luego, he aprendido la lección y tomo nota: jamás volveré minusvalorar a los españoles ni a aquel reino, en donde, por inexperiencia, actué como si se tratara de tierra conquistada en lugar de heredada.

*

Pocos días antes de su marcha Carlos y yo salimos a cabalgar por los bosques vecinos. Mi cuñado siempre fue un excelente jinete. En realidad era bueno en cualquier clase de actividad física o con las armas: era un gran cazador, tiraba bien al florete, era proverbial su puntería con el arco y las pistolas de avancarga, esgrimía la espada con ambas manos y manejaba la lanza con maestría en las justas, que amaba. Nos apeamos de las cabalgaduras junto a un sonoro arroyo y bebimos un poco de agua fresca con las manos a manera de cuenco.

—Tendrás muchos recuerdos de Isabel… —pregunté.

Siempre estaba en mi mente. Tenía necesidad de conocer cosas sobre su infancia que ignoraba. Hubiera dado un año de vida por hacer retroceder el tiempo y contemplarla con ocho o nueve años un día entero. Y nadie mejor que su hermano dilecto para esa información.

—La estoy viendo de cría —contestó—. Era todo un personaje. La más lista, dispuesta, preparada y discreta de las niñas. Era mi favorita, ya lo sabrás, supongo.

—Desde luego. Ella también te añora con nostalgia.

—No era tan bella como Leonor, pero tenía ángel.

—¿Ángel?

—Es algo que escuché en España. Dicen allí que «tiene ángel» él o la que tiene un no sé que indefinible, entre simpatía natural, sal y gracejo, que obliga a hacerse querer de todos. Era el caso de Ysabeau. Menos afortunada físicamente que Leonor, todos los muchachos se decantaban por ella desde que cumplió doce.

—Lo sé. Ocurrió con tu amigo, el príncipe de Orange.

—El bueno de Philibert. Te refieres a lo de las cuadras.

Te lo ha contado tía Margarita. Fue de verdad curioso. O lo del primer baile, poco antes de que tu delegación viniese para los

esponsales.

—¿Qué pasó?

—Era la primera vez que mis hermanas vestían trajes largos, de gran gala. Leonor, tres años mayor, lucía mucho más con su cabello rubio y su figura casi formada de mujer. Pero la luz del rostro de Ysabeau y su boca riente, aquella guirnalda inmaculada de sus dientes, obraron el milagro: su libreta se abarrotaba de peticiones de condes, marqueses y gentiles hombres solicitando el placer de danzar a su lado, al cabo que la de Leonor tenía muchos huecos. Fue tan notorio que, al día siguiente, tuvo que consolar a su hermana mayor bañada en lágrimas.

—¿Qué ha sido de ella?

—¿De Leonor? Casó hace tres años con el rey de Portugal que, hace sólo unos meses, falleció en un accidente de caza. La pobre es viuda con tan sólo veintitrés años. Estoy buscando novio para ella.

Quedamos mudos. Se escuchaba la melodía del agua saltando entre las piedras. De detrás de una línea de álamos llegaba un olor a hojarasca quemada: algún campesino hacía arder sus rastrojos antes de la siembra. Con una ramilla a manera de pluma, Carlos dibujaba en la arena un complicado jeroglífico.

—Isabel quiso venir, pero lo impidió su embarazo —afirmé al fin.

—Me lo dijo no ha mucho. Los hijos son la mayor riqueza a la que puede aspirar monarca alguno. Representan la continuidad de las dinastías y la posibilidad de procurar buenos matrimonios de Estado. Nos escribimos con frecuencia.

Se produjo un silencio morboso. Carlos jugueteaba con la ramita y terminó quebrándola. Los dos sabíamos que entrábamos en un terreno delicado: su correspondencia. Fue él quien lo rompió.

—Sé lo que piensas —dijo—. Siempre me arrepentí de aquella dura carta, pero espero que lo entiendas: Ysabeau era y es mi pequeña adorada, la niña de mis ojos. Me explicaba que era preterida por otra, que la ignorabas, que te habías atrevido a poner tu mano sobre ella… No pude soportarlo. Estaba tan rabioso y enojado que te habría despedazado con mis manos. Me habría batido contigo de tenerte al alcance. Te amenacé… Perdóname. Luego vino tu arrepentimiento que, sé por ella, es sincero. Jamás agradeceré bastante tu cambio, de verdadero hombre cristiano, cabal y fiel esposo. Ahora es feliz y lo merece. Otra vez te pido que olvides el pasado y mi actitud.

Nos abrazamos estrechamente, yo reprimiendo las lágrimas.

—La causa de todos nuestros males murió… —Me oí decir.

—Lo sé —soltó tajante.

Y no hubo más coloquio. No tuve valor para mostrar mis dudas sobre la autoría de la muerte de Dyveke, aunque aquellas dos palabras, categóricas, eran bastante explícitas. Regresamos. Aún no me había atrevido a sacar a relucir el tema de la dote, pero no hizo falta y fue un alivio pues me molestaba pasar por pedigüeño. Tras entregar los caballos al caballerizo mayor, quitándonos los guantes de montar, me dijo:

—Partiré para España pasado mañana. Lo haré por mar, desde Flesinga. Cómo estarán las cosas, tras el estropicio de Adriano de Utrecht, que me haré acompañar de una compañía de fusileros, tres cañones y doce culebrinas. Temo que, de otra forma, puedan atentar contra mi seguridad en cualquiera de los pueblos del trayecto. Lo primero que haré al llegar a Valladolid será convocar Cortes y someterme a su voluntad. Sé que, entre otras cosas, quieren que aprenda bien su enrevesado idioma y que me case. Creo que ya me están buscando novia. Por cierto: el intendente de palacio tiene algo para ti.

Subí a mi cámara y dije a un camarero que llamase al intendente. Llegó al poco. Venía con un pesado bolsón de cuero y una carta lacrada. Nada más retirarse abrí el bolsón: contenía cincuenta mil florines de oro y una misiva de Carlos: «He vaciado mis arcas. Prometo hacer frente a mis obligaciones para con la reina de los Países Nórdicos lo antes posible».

La carta lacrada, con mi sello, venía de Dinamarca y la enviaba la reina Elisabeth de los daneses, suecos y noruegos. En ella solicitaba mi regreso inmediato a Copenhague: habían surgido graves problemas de gobierno que no eran para explicar por carta.

*

Me despedí de todos y, junto a mi grupo, embarqué al día siguiente en una nave que desde Amberes y rumbo a Copenhague, puso a mi disposición el emperador tan preocupado como yo. Ordené al piloto que desplegase todo el trapo y, en tres singladuras, atracamos en los muelles de Nyhavn. Nadie sabía de nuestra llegada que, además, hice coincidir con el amanecer. Era el 7 de noviembre. Corrí a palacio y desperté a Isabel. Embarazada de cinco meses y medio, su cintura se hallaba ya abombada. Apenas tuve tiempo de abrazarla: su rostro reflejaba honda preocupación.

—En tu ausencia, instigada parte de la nobleza y el clero por tu tío Federico, se ha reunido el Rigsraad no hace ni nueve días —dijo muy excitada, atropellándose—. Enterada del caso y sabedora por Sigbrit de la conjura que tramaban, exigí presenciar la reunión. Los aristócratas y los obispos, a cuenta del nuevo Código Agrario, te acusan de haber beneficiado a la burguesía y a los campesinos a costa de sus intereses; han explotado el descontento general, incluida la milicia y el pueblo, culpándote de dejarte aconsejar por una extranjera, a la que algunos atribuyen el desgobierno del país; te responsabilizan de la subida del precio de la harina, cuando hasta las ratas saben de la mala cosecha los dos últimos años; en Jutlandia están muy descontentos por concentrar todo el peso del estado en Copenhague, olvidando al resto del país y las demás regiones de la Unión de Kalmar. La rebelión, encabezada por Federico de Oldenburg, está en marcha.

—¿Han tratado de intimidarte o han amagado con impedir tus movimientos?

—No. Sigo haciendo mi vida normal, pero procuro ir poco a la ciudad. Las veces que lo hecho, siempre acompañada por tu madre y debidamente escoltada, sin Sigbrit, he sido recibida en todas partes con las muestras festivas de siempre.

Aquello me tranquilizó. Sobre todo su rapidez de reflejos al prescindir de Sigbrit. Mostré a mi esposa el dinero de su dote y saltó a mi cuello. Intenté hablar con tío Federico para saber exactamente sus pretensiones y el alcance de la conjura, pero no estaba en Copenhague. Llamé a mi canciller, el obispo Bille, y le ordené que convocase inmediatamente a la asamblea legislativa. Se reunió a los diez días. Hasta entonces proseguí cumpliendo mis obligaciones de gobernante en palacio hallando, eso sí, alguna cara larga.

Ante el Rigsraad, de manera solemne, prometí prescindir para siempre de Sigbrit, a la que definí como simple consejera en asuntos de escasa importancia para el reino, di mi palabra de establecer delegaciones del gobierno en las principales capitales de mis reinos e hice saber mi intención de importar, con urgencia, trigo francés y español con los cincuenta mil florines de la dote de la reina Elisabeth, que traía de Flandes y que mostré exhibiendo el bolsón. Fue una idea, cómo no, de la reina, demostrando una vez más su intuición, su cintura política. Uno de mis más fieles súbditos, el barón de Ystad, un noble sueco al que jamás agradeceré bastante el gesto, gritó: «¡Viva la reina Elisabeth!», que fue correspondido con un clamor universal de voces, aplausos y hurras. Cincuenta mil

florines por un reino…

Había conseguido salvar el primer asalto de un combate de pugilismo griego, ese deporte que practicaban en el ágora ateniense dos púgiles con los puños desnudos o cubiertos de tiras de lona aprestada con resina y brea. Verdad es que aquellos combates se pactaban a tres asaltos y aún me quedaban dos. Además en ellos se cumplían unas normas, por ejemplo, no se permitían los golpes bajos, y me daba la sensación de que se avecinaba un rifirrafe en el que valdrían hasta las tarascadas. Pasé varias semanas desbaratando conjuras palaciegas e intentando conciliar, en un equilibrio circense, los intereses del clero, la milicia, la nobleza y el pueblo. Nacía el año de 1522. Mandé a buscar a tío Federico, hermano menor de mi padre el rey Hans, duque de Schlesvig, Gottorp y Jutlandia, pero no dio señales de vida o, mejor, supe que sumaba voluntades en sus dominios y dineros para contratar tropas mercenarias con las que combatirme. Había estacionado un ejército de tres mil hombres, lansquenetes alemanes sobre todo, en el ducado de Holstein y recorría Jutlandia buscando voluntarios para hacerme la guerra. En febrero Elisabeth dio a luz con felicidad una niña: Cristina, la tercera de mis hijos. Nuestra alegría se vio empañada por los acontecimientos, que se precipitaban. En Suecia los rebeldes se unieron en torno al joven Gustavo Erikson, de la noble familia Vasa, y avanzaron en todas direcciones haciéndonos retroceder. Los animaba la sangre de sus mártires. Elisabeth me hizo comprender que toda resistencia era imposible. Nada, aseguró, puede enfrentarse a un pueblo cuya voluntad está iluminada por el sacrificio de sus héroes.

Pasamos un inquieto verano en Roskilde. Sigbrit, que ya no participaba de nuestra vida familiar, había vuelto a su residencia en la plaza de Höjbro que ordené custodiaran para evitar algún posible asalto, pues su nombre suscitaba sentimientos encontrados. Me dediqué a relacionar a los nobles y aristócratas que suponía a mi lado y los que habían caído en las redes de mi tío. Ahí radicaba el problema: en mi ausencia, explotando los sucesos de Estocolmo, el avance de los enemigos suecos del joven Vasa y la presunta interferencia de mi consejera Sigbrit en los asuntos del gobierno, Federico había ido sumando a la rebelión, uno por uno, a los principales valores de la nobleza y alta jerarquía eclesiástica. Lo demás, el precio del trigo y la cerveza, la centralización administrativa, eran sólo pretextos. Centralización hubo siempre y la habrá. Lo mismo que aumento en los precios del pan y de las subsistencias. Inglaterra centralizaba su acción de gobierno en

Londres, Francia en París, España en Valladolid y Bohemia en Praga y no ocurría nada.

Aquel otoño lo pasé en Copenhague intentando descifrar, por sus rostros más o menos distendidos o tensos, por sus gestos contraídos y visajes, los que estaban conmigo y los que, con armas y bagajes, se pasaban al bando del traidor. Arne Phelstad, mi consejero jutlandés, Erik Vosborg, delegado en el norte de Jutlandia y Bjorn Koerup, mi representante en la isla de Fionia, estaban con Federico. Los delataban sus miradas ausentes al pasar junto a mí, su despego silente. Mogens Goeye, mi amigo de la primera hora, el que se tendiera en el lecho junto a Isabel en mis esponsales flamencos, Predbjoern Podebusk, mi viejo camarada de caza y juergas juveniles, Anders Skeel, el castellano de Dragsholm, y Ejler Nielsen Rosenkrantz, inquilino del castillo de Lerchenborg, me eran fieles. Lo notaba en la ansiedad de sus miradas enrojecidas y brillantes quien sabe si del llanto. Una tarde me encontré en los pasillos del Palacio del Rigsraad con Amalie Rosenkrantz, la excelente mujer de mi amigo, y me envió para Elisabeth sus mejores recuerdos. Lo hizo poniendo en el acento tal pasión, tal amor a sus reyes, que no quedaba duda en cuanto a su adhesión a la Corona que yo representaba. En cuanto a los demás que ahora recuerdo: Lucas Hevringholm, señor de Djursland, Thomas Hegnet, conde de Sailing, con el que compartiera inolvidables jornadas de caza en sus predios de Skive, junto al Limfjorden, Jacob Rewentlov y el finés Doroteo Brolykke, eran dudosos. Tan pronto los veía aproximarse sonrientes y ufanos, como antes, o alejarse dubitativos, presas de inciertos sentimientos. Quedan los religiosos. Ove Bille, el que fuera mi canciller de tantos años, bebía ya en las manos del renegado, del perjuro hermano del rey Hans; Niels Stygge, obispo de Boerglum, sabía de buena tinta que figuraba ya en las listas del traidor a su sangre, y Erik Kaas, obispo de Viborg, la capital del disidente, no se recataba de ocultar a ojos de todos sus simpatías por Federico.

Mis últimas navidades danesas en compañía de mi familia fueron tristes. No nos supo el jabalí relleno, la col roja ni el pastel de ruibarbo. Solamente Isabel mantenía el tipo. Es un decir pues, nuevamente embarazada, su panza delataba una gestación de siete meses. Isabel… Siempre fue mi sostén. Bendita seas, mi pequeña princesa que un día ignoré, allí donde te encuentres. Fuiste la sal que aderezó mi vida, la bonanza de jornadas aciagas, la alegría en los días grises, mi apoyo en todo momento y mi única esperanza. El año de 1523 empezaba mal. Supe el cinco de enero que Federico se movía en Jutlandia, al frente de los rebeldes peninsulares,

mandando un poderoso ejército de seis mil hombres perfectamente pertrechados. ¿Qué hacer? Consulté con Elisabeth.

—La situación es delicada de verdad —dijo—. Si te enfrentas a Federico se verterá sangre danesa y pasarás a la historia como un hombre cruel e intolerante. Si no haces nada te tacharán de tímido y pacato, de un rey incapaz de tomar decisiones.

—¿Qué propones entonces? ¿Tú qué harías?

—Intentaría pactar. Me rodearía de mis fieles vasallos y, arropada en los regimientos que aún me fueran leales, acudiría frente al enemigo no para luchar, sino para mostrar mi fuerza. Entonces, cara a cara con mi competidor, trataría de llegar a un acuerdo cediendo en aspectos puntuales pero haciéndome fuerte en lo esencial, la Corona de la que eres depositario por sagrada herencia.

Escuché con atención tan sensatas palabras, para mí proféticas. Tras desoír los consejos que me diera años atrás, cuando lo de Estocolmo, había decidido oírla siempre. Terminaba aquel enero que helaba las lagunas, endurecía el barro en los carrizos del camino y dejaba sin aliento a los pájaros. Los ciervos, libres de la amenaza del cazador, mudaban sus viejas cornamentas. El cielo, gris plomizo, preludiaba tormenta y el mar de color ceniciento, encrespado, anunciaba galerna. De Jutlandia llegaban noticias nada halagüeñas: el 17 de aquel mismo mes los consejeros jutlandeses reunidos en Viborg había decidido negarme la obediencia. Ello era un delito de lesa majestad que suponía la muerte. Muy seguros debían estar de sus acciones y es que sabían que el duque de Schlesvig subía con sus huestes hacia aquella ciudad, llamado por el obispo Kaas, para convertirla, en medio del fervor campesino y burgués, en capital del reino.

Federico de Oldenburg, duque de Schlesvig-Holstein, duque de Gottorp, gran duque de Jutlandia, hermano del rey Hans II de los Países Nórdicos, mi tío carnal, era un hombre vital y bonachón, de sesenta y seis años a la sazón, tenaz en sus ideas, consecuente, que lograba lo que se proponía. Me había tenido en sus rodillas muchas veces y jugado conmigo cuando niño. Escuché de sus labios, en un arrobo propio de mis cinco años, las viejas sagas nórdicas, las historias guerreras de la raza vikinga, sus andanzas, sus dioses: Thor, Odín, Frigg y Freya, el *Valhala*, los cuervos sagrados, el *Mildgärd*, los *aser* —divinidades buenas— y los *jätter*, dioses malos. Él me enseñó a rezar y a creer en la grandeza de mi patria y mi bandera; tanto como mi padre, me inculcó la idea del honor, de la

nobleza; guió mis primeros pasos por el bosque y, a su lado, contemplé por vez primera la mirada húmeda y brillante, más que humana, de un ciervo. Contra aquel hombre, sangre de mi sangre, tenía que luchar.

El 5 de febrero, tras hacerme acompañar de un escuadrón de lanceros y otro de infantes, no más de seiscientos hombres, partí para Fionia. Se trataba de llevar una fuerza tan pequeña que no sirviese para una batalla en campo abierto y lo suficientemente grande para demostrar mi inflexible decisión de defender mis derechos. No quise que viniese conmigo ninguno de los nobles que me eran fieles. Quería preservarlos, a ellos y a sus familias, de las represalias —normalmente el rodar de cabezas— que suelen ser secuelas de la acción del vencedor sobre el vencido. Cruzamos el Gran Belt el 7 de febrero y atravesamos Fionia en dos jornadas tensas y lluviosas. Varias barcazas nos pasaron a Jutlandia el día 9. El grueso del ejército enemigo nos esperaba en Kolding. Hice ademán, desplegando una bandera blanca, de dirigirme hacía sus primeras líneas pero apenas recorrida media legua me salió al encuentro un capitán de armas con cuatro caballeros. Venían desarmados.

—¿Qué queréis, buen Christian? —preguntó el descarado.

—¿De esa forma tratas a tu rey, insensato?

—Yo no tengo más rey que mi señor Federico I — respondió impávido.

—Di a tu señor que quiero parlamentar con él.

—El rey me envía para deciros que pasó ya el tiempo del parlamento. Que sólo se avendrá a escucharos cuando abdiquéis en su persona y le entreguéis las llaves de todos vuestros reinos.

—¿Y si me niego?

—En ese caso deberéis responder con las armas y quizá con vuestra vida. La responsabilidad sería sólo vuestra ante la historia. Y no hay más que decir.

Y diciendo y haciendo volvieron grupas. Amagué con seguirlos pero me lo impidió una nube de arqueros apostados a ambos lados del camino. Volví junto a mis escuadrones y, furioso, herido en lo más profundo de mi orgullo, tras ordenar que tocaran a rebato, nos lanzamos contra aquellos bastardos dispuestos a vencer o a morir. Federico, astuto como era, conociéndome, me reservaba una sorpresa: había levantado el campo dirigiéndose al norte. Según me aproximaba a su retaguardia ordenaba acelerar la marcha,

evitándome. Tan sólo los perseguí unas horas. A la altura de Börkop desistí y regresé a la orilla del Báltico. Pasé el 10 de febrero dudando qué hacer. El frío era intenso y las tropas se encontraban exhaustas. Repusimos fuerzas asando algunos patos que reforzaban la intendencia. Después de comer, abatido, ordené a mis fuerzas que regresaran a Selandia.

—No lo haremos sin vos, majestad —dijo mi alférez de armas.

—Partid de inmediato y decidle a la reina que estoy bien. Es una orden. Dejadme solo. Necesito pensar —respondí a mi leal guerrero.

Los soldados repasaron el pequeño estrecho en las embarcaciones que nos cruzaran el día anterior. Pasé aquella tarde intentando razonar, rodeado de campesinos incrédulos. Terminé libando con ellos cerveza en la taberna del poblado de Erritsö. Me miraban como si fuese un extraño animal malherido, cuchicheando entre ellos en voz alta. Mil ideas poblaban mi caletre: luchar hasta la muerte, abdicar, huir sin hacer nada, encerrarme en un vecino claustro y tomar los hábitos, emborracharme, suplicar piedad a mi contrincante o tirarme de cabeza al Báltico. Decidí regresar con los míos. Con las primeras sombras de la noche me dirigí a la orilla del mar, a un solitario embarcadero de barro y podrida madera donde un barquero se dedicaba a cruzar el Pequeño Belt con el primer pasajero que pagase el modesto peaje. El hombre, fumándose una pipa, se sentaba en su barca de tres bancos y una vela. Ésta pendía flácida en ausencia de brisa. Se levantó, respetuoso, cuando me vio llegar. Tal vez me había visto aquellos días al frente de mis tropas y además me delataban mi armadura y ropajes.

—Crúzame a Fionia, por favor —le pedí.

—Lo haré con gusto, mi señor.

Salté a bordo. El Báltico estaba quieto y una luz cenital, salpicada de estrellas rutilantes, envolvía la noche. El aire apenas bastaba para insuflar la vela y había que remar para que la barca progresara.

—¿Cuánto tardas en cruzar el estrecho?

—Depende de la fuerza del viento, majestad —dijo—. Con buena mar y brisa del norte, menos de media hora. Sin viento, como hoy, hay que bogar. Ello llevará el doble de tiempo. Pero si su majestad tiene prisa puedo tratar de acortar el tiempo remando recio.

—No tengo prisa alguna. ¿Cómo sabes que soy el rey Christian? ¿Me habías visto antes?

—Sí, señor. Ayer y esta mañana, con vuestros generales.

—No eran generales sino simples soldados.

—Pues lo parecían con sus entorchados, insignias y banderas.

La barca se aproximaba ya a la ribera de Fionia. En algo menos de una hora atracó en un embarcadero anclado sobre estacas, junto a la silla de postas cerrada a aquellas horas.

—¿Cuánto cobras por trayecto? —pregunté a aquel buen hombre.

—Media corona de plata, pero por tratarse de un rey amenazado se lo rebajaré a treinta y cinco *öre*.

Un rey amenazado… Sin duda mis cuitas era ya pública comidilla. Iba a pagarle cuando me lo pensé mejor. Regresar a Copenhague de vacío era estúpido. Ello suponía la dejación de mis prerrogativas, el abandono, entregar el reino a mi contrario *gratis et amore.* Volvería a Jutlandia, convocaría a mi ejército y pelearía.

—Regresemos —dije.

El barquero me miró como a un loco escapado de algún lugar para lunáticos.

—Queréis decir…

—Lo que escuchaste. Adelante —dije saltando otra vez a la barca.

—¿Estáis de broma, señor?

—Nunca estuve más veraz ni más triste. Rema.

Hicimos la vuelta despacio pues la poca brisa era contraria. Yo iba envuelto en mi capote de campaña, ya que el relente era fuerte y helado, y él bogando mientras silbaba entre dientes una canción noruega. De sus mitones de cuero de carnero, agujereados, sobresalían sus dedos negros de roña veterana, encallecidos.

—¿Cómo te llamas?

—Bjorn, señor.

—No eres danés…

—Soy noruego, señor, de un lago pequeño en el fiordo de Kristiansand. Vine aquí de muy niño, traído por mis padres, escapando del hambre.

—¿Tienes mujer?

—Danesa, mi señor, y siete hijos. Ellos son los que me anclan a esta parte.

—¿Tienes mucho trabajo?

—Lo justo para malcomer un día con otro. En verano, señor, menudea, pero desde que el mar se altera, llueve con fuerza o cae la escarcha, hay veces que apenas hago dos viajes.

Bjorn se dirigió derecho a la antorcha que marcaba el lugar donde tenía su anclaje. La oscuridad era grande y el reluz del hachón, deslumbrando, impedía ver la orilla. La barca se desvió algunas varas. Sentimos un fuerte topetazo que la encalló en la arena. Por la altura de la luna debían ser las doce de la noche.

—Descended, majestad —dijo el barquero acompañando sus palabras con un gesto manual.

De nuevo me entró la desazón. ¿Qué hacer? ¿Permanecer en Jutlandia a la espera de refuerzos con los que combatir? ¿Regresar a Copenhague y reconocer mi derrota? La primera solución me pareció sencillamente utópica. Llevaría mucho tiempo y Federico semejaba organizado. Me imaginé una semana entre aquellos pescadores y labriegos, emborrachándome con ellos. No llegué a desembarcar.

—Llévame otra vez a Fionia —dije.

—Pero, señor, ¿os habéis vuelto loco?

—Loco estoy desde hace mucho tiempo. Te pagaré por tu trabajo el séxtuplo.

—Por vida de mi santa madre… —dijo Bjorn—. Me lo juran y no paso a creerlo —masculló entre dientes.

—No te quejes y boga —dije—. Soy tu mejor cliente. Yo diría que el único.

—Tenéis razón, señor; y no me quejaba: alababa mi suerte.

Desencalló la barca y volvió a remar sin mucha convicción. Afortunadamente el tiempo era bueno, sin viento, y la mar seguía llana. Bjorn debía conocer el trayecto como la palma de su mano pues iba en línea recta, derivando algo hacia la izquierda para compensar el desvío que causaba la corriente. Cuando asomaba, la tímida luna cabrilleaba sobre el mar como cien mil luciérnagas.

—¿Eres religioso? —me dio por preguntar.

—Católico romano, mi señor —contestó algo amoscado. Los puntos radiantes de sus ojos, gusanitos de luz en la noche oscura y silenciosa, brillaban como ascuas.

—¿Sabes quién es Lutero?

—Por supuesto señor: el mejor de los bueyes de mi hermana. Pero no es Lutero sino *Lucero*.

Solté tal carcajada que tembló la barca. No podía parar. Lloraba de risa como una plañidera. Hubiera querido ver allí a mi cuñado Carlos. ¡Martín Lutero confundido con un buey! Cuando me calmé cambié de tema.

—¿Sigues con tu mujer? ¿Nunca la engañas?

—¿Engañar a Ingrid? Ni con la imaginación. Una vez, hace ya muchos años, lo intenté y no quiero acordarme.

—Cuenta —le pedí interesado. Empezaba a caerme bien aquel buen hombre.

—No tiene que ver con cosas de la Iglesia, mi señor… Soy buen cristiano.

—¿Seguro?

—Como hay Dios.

—¿No echas de menos a nuestros viejos dioses?

—Son cosas diferentes, majestad. Cuando quiero que deje de llover le rezo a *Freya* y si es cosa de fiebre o calenturas acudo a la Madre de Dios.

—Sigue con tu aventura. Me refiero al engaño a tu mujer que se quedó en proyecto.

—Fue por causa de aquella mala pécora, señor. Una golfa que pasé en mi barca camino de Kiel, según me dijo. Me mostró las piernas y, a favor de la anchura de su holgada camisa, los senos al completo. Cuando hablamos de precio me quedé perplejo: pretendía cobrarme tres coronas de plata, dineros que tardo yo en ganar dos mañanas en días buenos. Se lo recriminé y entonces me hizo precio. Aquí mismo, en el fondo de la barca, en medio del océano, escudado en la media impunidad que da la soledad, lo hicimos. No lo repetiría, pues resultó muy incómodo. Nada como un colchón de borra, sábanas de bayetón o estopilla y un brasero cercano. El caso es que, nada más llegar a mi casa después de la jornada, dura entre unas y otras cosas, mi mujer me caló desde lejos. Era tal el tufo que debía soltar de aquella pelandusca que, sin mayor ceremonia, Ingrid cogió la podadera y, a cantazos gruesos, me llevó al pilón donde abrevan las bestias y allí me zambulló por mis pecados. Nunca más.

Sonreí en mis adentros. Intentar engañar a una mujer es tarea complicada e imposible cuando se llama Isabel y es de la Casa de Austria. Se veía ya la línea de la costa pues la luna, acostada sobre

nuestras cabezas, reflejaba su luz entre las nubes altas. Llegamos. Iba a descender cuando me abrumó de nuevo la indecisión que me angustiaba. Me aterraba llegar a Copenhague cabizbajo, no poder mirar de frente a mi esposa, reconocer mis errores delante de la cámara, ser zaherido por unos y por otros. Prefería morir en el campo del honor, como los hombres.

—Retornemos —dije.

—¡Lo sabía! —gritó Bjorn—. ¡Sabía que se trata de un juego! ¿O es una apuesta? En cualquier caso, mi señor, sabed que será el cuarto viaje y que a razón de media corona resulta la nada desp…

—Rema ya, bribón, mastuerzo, u ordenaré que te azoten.

—Perdón, majestad, no quería molestar —dijo ciando y luego bogando con fuerza hacia Jutlandia. Estuvimos callados un buen trecho. El mar comenzaba a rizarse. El barquero, moviendo la cabeza a un lado y otro, se veía algo mohíno.

—Perdona si te grité de mala forma —dije.

—No es nada, mi señor.

—No paso por un buen momento. ¿Qué edad tienes?

—Por San Juan cumpliré cuarenta y tres.

Conocía el santoral y creía en los santos, seña verdadera de su catolicismo. Era un año mayor que yo y parecía mi abuelo. Seguía serio. Con el pelo completamente blanco y las manos grandes como mazas de tundir encurtidos, parecía un oso polar.

—¿La barca es tuya?

—Ahí reside el problema mayor, señor: mi cuñado es propietario al cincuenta por ciento. Solemos discutir casi a diario por la recaudación pues pretende, el muy ladino, repartir a partes iguales.

—Ello no sería justo.

—No lo sería, majestad. El problema se resolvería si lograse comprarle su parte.

—¿A cuanto asciende, si no es indiscreción?

—Mucho dinero, mi señor: veinte coronas de oro.

El trayecto esta vez se hizo largo. Y es que, hablando y hablando de temas económicos, Bjorn bogaba despacio. La última parte la hicimos en silencio. Había tomado ya la decisión definitiva. Recordé el consejo de Isabel: luchar significaba derramar sangre danesa. Volvería y afrontaría mi destino con la cabeza alta, como un monarca de la Casa de Oldenburg. Había perdido la batalla sin

disputarla. Faltaban menos de cien varas para llegar a la orilla de mi amada península.

—Da la vuelta, Bjorn —le ordené.

—¿Seguro, señor?

—Completamente. Ya no te engaño más.

Volvimos muy despacio, hablando de su familia, de su mujer y de sus guisos. Dos veces al año, por San Juan y en la Natividad, le preparaba su especialidad danesa: corazón estofado de vaca. Nombró con especial delectación las palomas asadas y rellenas de setas que le hacía en los aniversarios de su boda. Llegamos a Fionia al alborear al día. Hurgué en la bolsa y hallé diez coronas de oro, el equivalente a doscientas monedas de plata. Se las di al barquero en silencio. Las cogió y se arrodilló a mis pies besándome las manos. La silla de postas se abría en aquellos momentos. Un somnoliento empleado mordisqueaba al alimón tocino reseco y un mendrugo de pan.

—Soy el rey Christian II. ¿Cuál es el caballo más veloz?

Todo se concertaba para nuestra desgracia. La peor fue la muerte de un varoncito a término, perfectamente conformado, que falleció al día siguiente de nacer con el tiempo justo de ser bautizado con el nombre de Ferdinand, en recuerdo del abuelo de Elisabeth, el católico rey de Aragón. El Rigsraad, inmisericorde, pedía mi abdicación. Hube de aceptar que no contaba con el apoyo de la nobleza. Sólo me sostenía ya una facción del ejército. Escribimos y enviamos con urgencia cartas al rey de España y Emperador de Alemania y a los reyes de Inglaterra y Francia solicitando que intercedieran ante el duque Federico para que reconsiderara su posición. Mi cuñado Carlos envió una especialmente dura en la que lo conminaba a respetar mi trono, arrebatado a mí y a mis descendientes, amenazándole en otro caso con hacerle la guerra desde que pudiera. Allí estaba el quid de la cuestión: enredado en su lucha contra el francés y el turco al tiempo, falto como siempre de recursos pecuniarios, poca guerra iba a hacerle. El duque, sabiéndose fuerte, ignoró las amonestaciones. En el mes de marzo se hizo coronar rey en Viborg e invadió Fionia.

No contando con el apoyo de la mayor parte de la nobleza ni la confianza del Rigsraad, comprendí que la batalla y la corona estaban perdidas. Suecia estaba a punto de recuperar todos sus territorios. Una de mis últimas actuaciones como rey fue ordenar la evacuación de Lund. Mi tío Federico, tras pasearse por Fionia, avanzaba por Selandia hallando fuertes focos de resistencia de mis

leales. Ello sólo suponía alargar el sufrimiento y causar muertes, cosas que odiábamos Elisabeth y yo, pero no podía oponerme a la fidelidad de algunos de mis súbditos encabezados por Mogens Goeye.

En una reunión en el Rigsraad anuncié mi marcha. Esperaba escuchar, al menos de un tercio de la cámara, gritos de protesta por ello o reclamaciones a mi favor. Terrible decepción: tan sólo docena y media de incondicionales se oponía a mi exilio. Antes de partir hacia él, un delegado del obispo Kaas, en nombre del rey Federico, vino a verme. Aprobó la determinación de exiliarme, pero ofreció a Elisabeth y a nuestros hijos la posibilidad de permanecer en Dinamarca y conservar sus privilegios.

—*Ubi rex meus*, *ibi regnum meum* —contestó Elisabeth con todo el señorío y la rabia de que fue capaz. En aquel: «Donde esté el rey allí está mi reino» se resumía toda su filosofía y su grandeza, que jamás cambió. Hasta su muerte, mi adorada Isabel me fue leal. Luchó por mi causa con la fiereza de la mujer danesa más enraizada en el amor a su bandera y a su patria. Hasta su último aliento, hizo uso de todas sus relaciones familiares para asegurarse el apoyo político y económico necesario para recuperar mis reinos.

El 21 de abril de 1523, al clarear el día, mi familia, que integraban Elisabeth, mis pequeños Hans, de cinco años, Dorotea de tres y Cristina de uno, embarcó a bordo de un navío de la armada real, *El León*, rumbo al exilio en Flandes. Esperando un milagro que nunca se produjo, fui el último en embarcar. Cristina, la reina madre, que era cuñada de Federico, el rey usurpador, prefirió quedarse en Dinamarca. Según me dijo pretendía reivindicar desde dentro los derechos de su hijo. Sigbrit Villum era de la partida pero, igual que una apestada, subió a bordo por la escotilla reservada a la intendencia.

4

Playa de Kalundborg, noviembre de 1558

Lluvia desconsolada y nubes bajas. Mala es la soledad y peores los recuerdos si son trágicos. Buscando alivio a mis tristezas he bajado a la playa ventosa intentando escapar de mi pasado. El aire de poniente levanta remolinos de arena que borran mis pisadas, pero deja incólume la huella que en el alma graba la leyenda. Hay conchas de crustáceos, caparazones muertos, algas resecas y caracoles amarillos. Llueve en mi corazón y en el madero que cargo con esfuerzo. Todos llevamos nuestra cruz, ya sé, pero la mía pesa de verdad y no encuentro cireneo que me alivie la carga. Hace unas semanas supe de la muerte de mi cuñado Carlos. El todopoderoso emperador, el vencedor en Pavía, Túnez y Mülhberg, paladín en la batalla contra la Reforma, ya mostró al Creador en sus manos abiertas su verdad y sus hechos. Dicen que, pudiendo terminar su jornada en suntuosos palacios, prefirió hacerlo en un rincón discreto y luminoso de la España que amaba, rodeado de silencio y de monjes. Él, lo mismo que yo, tuvo también su Gólgota. No hubo lugar de Europa por remoto donde no se le tachara de cruel y sanguinario tras saberse los sucesos del Saco de Roma, allá en el 27. Carlos, más astuto que yo y con más medios, se ocupó de soslayar sus débitos y de teñir los hechos del rojo sanguinario al gris inocuo. Contaba con Alfonso de Valdés, su secretario, que se ocupó de vindicarlo en sus *Diálogos de Lactancio y un arcediano*. Yo me encontraba solo después de los sucesos de Estocolmo. No tuve un Lactancio que mirase por mí. Hube de lidiar en soledad con la visión dantesca, las cabezas cortadas sobre aquella tarima de mis pesadillas, la sangre rebotando en la piedra, los ojos descoyuntados y las lenguas negras. Un sayón revestido de cuero y una madre llorosa espantaban los cuervos y les disputaban la pitanza, carne amada, pasto de los gusanos, humo de hogueras y pelos desgreñados. El olor era a vísceras de res recién sacrificada, heces buscando una salida digna y hollín de las antorchas. Quise ser tragado por la tierra o tener alas para poder volar, pero me conformé con arrastrarme entre los moribundos, contemplar convulsiones de cuerpos sin cabeza y escuchar los gemidos de

padres, hijos, hermanos y esposas.

*

Cumplimos gallardamente el cuarto de legua que separaba el palacio del puerto. Íbamos en carroza cubierta. A pesar de lo temprano de la hora, centenas de habitantes de la ciudad que amaba habían acudido a despedirnos. Eran gentes que confiaban en sus reyes y que expresaban su dolor con lágrimas visibles. Nuestro pesar no era menor: nada más triste que perder a la vez Corona y patria. Tratamos de ser fuertes. Tras ascender la pasarela, ya en cubierta, escuchamos el silbato de ordenanza: cuatro pitidos cortos y uno largo: el rey bordo. Elisabeth y yo saludamos agitando las manos por postrera vez y *El León*, tras largar amarras, se separó del muelle lentamente. Seis culebrinas humeaban tras las reglamentarias salvas de ordenanza. Vimos alejarse la línea de la costa mientras, una detrás de otra, se cargaban las velas.

Tras varias singladuras tormentosas por nuestros estrechos y por el Mar del Norte, las naves danesas —nos escoltaban dos galeras de guerra— arribaron al puerto de Vere el primero de mayo. La travesía fue dura, más por nuestros encogidos ánimos que por el oleaje. Isabel mantuvo siempre el pabellón enhiesto, pues mi valor temblaba más que las cuadernas del navío al envite del mar. Ella siempre, mi sostén y mi guía. Sonría, bromeaba, canturreaba y se movía diligente al frente de sus servidoras, Cecilia, Ana y Silvia, que regresaban contentas a su tierra. Los niños, ajenos al mareo y a problemas dinásticos, eran felices correteando por los mil sugestivos recovecos de un navío. A la llegada a Flandes nadie esperaba en el muelle. Nos despedimos en un triste barracón de la fiel Sigbrit, que prefirió retirarse a su tierra, una aldea cercana a Leiden donde tenía una hermana. Fue especialmente triste. Nos abrazamos los tres mientras ella sollozaba de manera convulsa. En aquellos sollozos iban trozos de piel, jirones de mi vida: Bergen, Dyveke…

Una diligencia de línea nos llevó a Malinas tras pasar una noche en una mala venta. Por primera vez en mi vida tenía que hacer de padre de familia en el sentido de echar cuentas, calcular precios y procurar ahorrar. Nos recibió Margarita, encantadora como siempre, y nos alojó en un ala del palacio. Fue particularmente emotivo el reencuentro entre tía y sobrina después de ocho largos años. Margarita alabó la apostura de Ysabeau, una esplendorosa mujer de veintidós años, e Isabel la imperecedera belleza de su segunda madre que cumplía cuarenta y tres aquellos días. Carlos se encontraba en España. Después de unas agradables jornadas de

descanso, charla interminable, lectura y música —Margarita disponía de una orquesta de cámara— hubimos de enfrentarnos a la dura realidad: éramos unos reyes sin reino, una pareja con oficio pero sin beneficio, un matrimonio con tres hijos en vías de convertirse en huéspedes incómodos.

Hicimos saber a nuestra anfitriona la ineludible necesidad de contar con dinero para nuestro socorro y, sobre todo, lo vital de encontrar aliados en los reinos amigos en un desesperado intento de recuperar el trono. Guiado por Margarita, me entrevisté con el responsable de su gobierno en Bruselas en aras a conseguir el resto de la dote de Isabel, los ciento cincuenta mil florines que aún nos adeudaban o al menos parte de ellos. Las gestiones fueron infructuosas. La guerra con Francia, nos informó, absorbía cualquier cantidad de dinero de las rentas valonas, holandesas, flamencas o las que llegaban de Castilla. Regresamos a Malinas —me acompañó Isabel que me mostró Bruselas— mohínos y cabizbajos.

—La llegada de plata de las Indias crece año tras año y es posible que, antes de lo que pienso, se os pueda abonar el resto de la dote —dijo Margarita una noche en la larga sobremesa que seguía a nuestras cenas.

—No descansaré hasta lograrlo —aseguró Isabel que era otra vez Ysabeau—. Tengo la sensación de ser una yegua robada por un cuatrero innoble. Hasta por una ternera de leche se paga un precio justo.

—Tal vez debieras escribir a tu cuñado —me aconsejó Margarita —. Carlos conoce vuestra desgracia, pero no sabe que habéis llegado a Flandes.

—Tu ahijado es piedra berroqueña —sostuvo mi mujer—. Sacarle medio florín es más difícil que lograr que una acacia eche brevas.

—La guerra es la culpable —dijo Margarita.

—Si lo que ama Carlos es la guerra, yo bien pudiera ser capitana en su ejército siempre que me pague —afirmó Isabel.

Me quedé mirándola. Era admirable. No hablaba por hablar: creía en lo que decía. Lo mismo que una mítica guerrera de la antigua Esparta, era capaz de eso y más. Su belleza se había depurado hasta hacerse diferente, distinta de nada establecido o de otros cánones. Aquella noche cubría su melena castaña una cofia bordada, ribeteada de perlas. Su perfil era mágico, con reflejos de lunas y planetas: la frente lisa y amplia que dibujaba un suave seno

a la altura de los ojos, la nariz respingada en su final risueño, la boquita apiñada de labios gruesos, carnosos, de pulpa que pedía ser mordida y la barbilla delicada, curva, adobada de aquel hoyuelo brujo. Su cuello era de cisne del Escalda, invitando a soñar el montículo que sus senos marcaban en la túnica bordada en bermellón.

Aquella noche nos amamos imaginándonos en nuestro lecho de Hvidöre. Su piel seguía tan tersa como siempre y su cintura no mostraba rastros de la maternidad. El sabor de su boca era el mismo. Era yo el que había envejecido en un mes treinta años. Mi ruina y desescombro no eran tan sólo físicos: asolaban mis mañanas señas de una melancolía que iba a más. Era un peso profundo que lastraba mis pasos si paseaba con ella por el parque o cuando cabalgábamos por los vecinos bosques. Sin mi mujer era hombre muerto. Me aferraba a sus manos igual que el náufrago al madero que flota en la corriente o el sediento al agua de la laguna del oasis. Sólo al llegar la tarde, cuando el ocaso azul caía sobre Malinas, me sentía renacer. Entonces me encontraba a mí mismo y era capaz de pensar en luchar otra vez. Arropado en su regazo, aspirando el aroma a jazmín que desprendía su dermis, no podía ocurrir nada oneroso. Reconquistaría para ella Dinamarca y cien mil mundos nuevos.

A primeros de junio, buscando ánimos y apoyo monetario, embarcamos en Ostente rumbo a Tilbury, en la boca del Támesis. Habiendo enviado previamente a un emisario, el duque de Northumberland nos esperaba en los muelles de aquel pintoresco puerto en nombre de Enrique VIII. Una chalupa real nos trasladó al palacio de Windsor, aguas arriba del espacioso y sucio río, traspasado Londres, donde nos aguardaban los reyes de Inglaterra. La primavera terminaba y el tiempo era espléndido: sol sin tasa, cielo azul y aire limpio. Parvadas de aves fluviales retozaban en las orillas, entre los juncales y las cañas, ensordeciendo el ambiente con sus silbos. Hay que decir que Catalina de Inglaterra era hermana de Juana de Castilla, mi suegra, y por tanto tía carnal de Elisabeth. La reina frisaba a la sazón treinta y ocho años, siendo alta, de belleza algo ajada, ligeramente gruesa de caderas. Nos recibió muy cariñosa. Estuvo especialmente atenta con su sobrina, Isabel para ella.

—Tienes muchas cosas de tu pobre madre —dijo en español reprimiendo las lágrimas—. Y eres casi más guapa —añadió vertiéndolas generosamente.

Luego, ya en inglés, nos cruzamos preguntas y respuestas sobre la familia flamenca, danesa, austriaca o española. El rey Enrique presenciaba la escena. Por especial dispensa del Papa Julio II se había desposado con Catalina tras la muerte del primer esposo de ésta, Arturo, su hermano mayor. El monarca, seis años más joven que la reina, era claro de piel y de ojos zarcos. Tan alto como yo, con el pelo color de zanahoria y barriga incipiente, me ganaba en anchura. Vestía ropa de montar, como si regresara de cabalgar del bosque o cazar en sus predios. Confirmando lo último, tres perros de presa se echaban a sus pies y lo seguían donde fuese. Sólo si entraba dentro de palacio los canes detenían su marcha en el umbral, deshaciéndose en gañidos que Enrique aplacaba arrojándoles algo de comer.

Nos alojaron de modo principesco. Habían preparado un gran recibimiento aquella noche: una cena familiar en la que, además de nosotros cuatro, estaba la anciana reina madre y una legión de primos, primas y parientes lejanos cuyos nombres no pude retener. A los postres se inició la música y hubo baile. A ambas cosas era muy aficionado el rey, no así la reina, que observaba a su marido danzar con unas y con otras en silencio y con un gesto yo diría contrariado. En un momento dado la orquesta real interrumpió la música y Enrique interpretó al violín una giga muy en boga. Se trataba de un violinista de aseado estilo, algo sobrecargado quizá, pero en todo caso no para provocar el escándalo de bravos y aplausos que causó en su amaestrada concurrencia, sobre todo entre las damas jóvenes. Reconozco que mi medio pariente era apuesto.

La pequeña María, de ocho años, única hija viva de la pareja, cenó con nosotros y nos acompañó durante el baile —participó incluso en una *sarabande*— pero se retiró a un chasquido de dedos de su padre cuando el reloj de una torre dio las diez. Nuestra prima era una niña tímida, pálida, de ojos color avena tostada y pelo rubio pajizo, desvaído. Ella e Isabel se cayeron muy bien. La pequeña gustaba de cruzar palabras en español con su prima mayor, como decía, pues conocía el idioma por especial empeño de su madre.

Cinco semanas estuvimos en la corte inglesa. Abordé el tema monetario, siempre incómodo, durante un corto viaje a York que quise conocer y que Enrique accedió a enseñarme. Quería visitar la vieja Yorvik vikinga y sobre todo recorrer su catedral, un majestuoso edificio de los siglos XIV y XV. Sólo las increíbles vidrieras, un fantástico trabajo de cristal emplomado de todos los colores, merecen tan largo desplazamiento desde Londres. Eran de tal belleza etérea y aparentaban tal fragilidad que pasé junto a ellas

casi sin respirar, encogido, pues parecía que un tropezón o un estornudo extemporáneo podía echar a perder un trabajo propio de serafines. Ya de regreso pasamos por los campos de Stamford Bridge donde, en 1066, murió luchando el rey Harald III de Noruega al frente de sus vikingos.

En cuanto a dineros, poco pude sacar en limpio o mejor nada. Enrique, bien informado, conocía la problemática europea. Para mí que estaba en connivencia con mi tío Federico. Demostraba por su sobrino Carlos, el emperador, una curiosa mezcla de admiración y odio. Asombro ante sus infinitas posesiones y aversión a su poder omnímodo. Si Carlos era duro de roer en asuntos de plata, Enrique adoraba el oro pero no soltaba ni media libra así lo aspasen. Prometí, en caso de llegar a un acuerdo, devolverle lo prestado a un interés decente, pero se descolgó con no sé qué problemas de la flota real, ciertas malas cosechas por las inundaciones del último invierno y el gasto por la traída de aguas a Manchester y Leeds.

Hube de acelerar nuestra partida. Ya había notado que Enrique VIII era un mujeriego impenitente. Semejaba sentir obsesión por las más jóvenes. Y había dónde elegir, pues pocas veces vi reunidas bellezas más sublimes y al tiempo descocadas que en Londres. En la corte de San Jaime parecía haberse perdido la decencia. Los senos mujeriles se exhibían por cima del corsé, una cárcel pequeña en la que no cabían o tan grande que bailaban dentro libres como las bolas de billar, el viejo juego de carambolas que adoraba el rey. La vista del monarca se posaba siempre en el par de tetas más sugestivas y lucientes que lo circundasen. Gran danzante, jamás se cansaba de bailar con unas y con otras. Con su sobrina, Elisabeth para él, lo hizo dos o tres veces. Se deshacía en babosas demostraciones de cariño ante cualquier cosa con faldas: primas, damas de la corte, camareras o criadas de veinticinco para abajo, pero últimamente acosaba a mi esposa de un modo tan abierto y procaz que Isabel misma, envuelta en un rubor de núbil, tuvo que hacerle un feo. Yo redactaba cartas en mi cámara. En presencia de Catalina, y sin cortarse, el lechuguino se permitió invitar a mi mujer *a cabalgar*. Se refería sin duda a pasear a caballo, pues acompañó sus palabras golpeándose las botas de montar con la fusta, pero su indecente manera de pronunciar la palabra sugería otra cosa. Según Isabel, hizo la propuesta mirándole a los senos de forma tan impúdica que hasta Catalina se conmovió en su asiento:

—Gracias tío Enrique, pero únicamente cabalgo con mi esposo —contestó ella cargando también en el vocablo.

Cuando me lo contó preferí quitarle importancia. No quería disputar con nadie y menos ponerme en el disparadero de tener unas palabras tensas o pedir explicaciones al cretino por muy rey de Inglaterra que fuese. Al fin y al cabo los Tudor eran advenedizos y mi familia arraigaba sus raíces en los tiempos de Harold Diente Azul. Mi ancestro Knud el Grande había sido rey de Inglaterra y Escocia hacía cinco siglos, cuando los Tudor desbravaban terrones con la azada y se despiojaban los unos a los otros. Para ahorrarme disgustos, compadeciendo a la pobre Catalina, liamos los bártulos y a primeros de julio retornamos a Flandes.

*

De regreso a Malinas me encontré con jugosas novedades. Las traía de Dinamarca, en una carta, un enviado de Mogens Goeye: Federico, nombrado rey por la Junta de Viborg, avanzaba por Selandia con mayor dificultad de la prevista. En Holbaek, Naestved y Roskilde lo hostigaron guerrillas disidentes del ejército al mando de capitanes fieles a su verdadero rey. Copenhague se preparaba para un duro y prolongado sitio. El propio Goeye mandaba las milicias urbanas que pensaban vender caro su pellejo en defensa de la legalidad. Letreros y carteles llenaban la ciudad llamando a la defensa y proclamando a voces su fidelidad a Christian II y a la reina Elisabeth. Ello hablaba mejor que cien discursos del amor que una parte de nuestro pueblo aún nos guardaba y de que merecía la pena luchar por él de todas las maneras posibles. Elisabeth lloró en silencio cuando le trasladé estas nuevas.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó secándose las lágrimas.

Margarita, presente, escuchaba nuestra conversación.

—Lo único que se me ocurre —dije—, es buscar dinero y armar un ejército que, desde Alemania, cruce el Báltico y desembarque en isla de Lolland. Lo que no sé es a quién dirigirme en demanda de ayuda.

—Hay una reunión de príncipes y soberanos dentro de quince días, en Colonia, para discutir ciertas cuestiones relativas al mejor gobierno de Imperio —aseguró Margarita—. Acuden allí por orden del emperador. Sé que estarán parientes vuestros, algunos muy cercanos: tu cuñado, príncipe elector de Brandemburgo, y tu primo Alberto de Prusia.

—Hace siglos que no veo a mi hermana Bette —dije.

—Desde nuestra boda, va para ocho años —confirmó mi mujer.

—Miel sobre hojuelas —dijo Margarita.

—¿Qué son hojuelas? —pregunté.

—Se trata de un dulce español. Yo las probé una vez, en Toledo. No hay nada más delicioso y etéreo.

—¿Dé qué están hechas? —interrogó Ysabeau.

—No lo sé bien —respondió la gobernadora—. De algún tipo de harina. Lo curioso es la manera de hacerlas. Se precisa de un instrumento de hierro que termina en láminas muy finas, formando diferentes dibujos. Se hace la masa, se introduce en ella el instrumento, se saca y vuelve a meterse en aceite hirviendo. El calor hace que se desprenda la masa de las láminas y se fría en el aceite. El resultado es un pastelillo esponjoso al que se añade un chorretón de miel. Estaban buenísimas….

Se nos abrió otra vez al apetito, pues ya habíamos cenado. Margarita ordenó que trajesen roscos y mojicones de un vecino convento de benedictinas y tazones de leche caliente. Mojamos en la leche roscos y bollos, al modo español, y brindamos con licor de moras, una especialidad de Brabante. Las noticias de Dinamarca nos habían puesto de buen humor.

—Me parece una buena ocasión, hablo de ir a Colonia, y tantear allí en busca de fondos —dije.

—Se trata de una idea excelente —corroboró Elisabeth—. No se pierde nada por probar. El no ya lo tenemos.

Dos días después nos pusimos en camino. Margarita habló de quedarse con los niños pero Elisabeth, agradeciendo el gesto, se negó. Alegaba que nunca se había separado de ellos y que no podría respirar ni sosegar sin verlos. Hans era un vivaz mozuelo de cinco años que se pasaba el día preguntando, Dorotea paseaba por todas partes sus tres años traviesos que impedían el reposo y Cristina, la chiquitina, caminaba ya. Me habían privado de la Corona pero, por primera vez, podía disfrutar de mis hijos, ver la luz en sus ojos dilatados del afán de saber, la ilusión del rostro al descubrir las cosas bellas o la decepción ante el dolor y el sufrimiento, el mundo tal cual era. En jornada y media nos plantamos en la cercana Colonia. La ciudad, a orillas del Rhin, olía de una forma especial que no pude definir. Pregunté al cochero.

—Es la cola, señor —me informó.

—¿La cola? ¿Qué cola?

—La que se emplea para dar la última capa a los violines, violas y laúdes, señor.

Pasamos por delante, en efecto, de numerosos obradores y

talleres de luthier, pues la ciudad era la más importante de Alemania fabricando instrumentos de cuerda: guitarras, mandolinas, violines, violas, laúdes y contrabajos. Justo llegamos cuando, en medio de un calor sofocante, mediaban las sesiones de la conferencia. Nuestros parientes, sobre todo mi hermana, nos acogieron con calor. Nos alojaron en el palacio de la Delegación del Imperio, en un ala sólo para nosotros ocho: los cinco miembros de mi familia y el trío de féminas flamencas servidoras de Elisabeth. En lo que terminaba la conferencia Mette nos mostró la ciudad, sus hermosos paseos junto al río, la vieja Universidad y la colosal catedral.

La reunión con mi cuñado Joaquín de Brandemburgo, elector del Imperio, y con mi primo Alberto de Prusia fue fructífera. Los dos se mostraron entusiasmados con la idea de reunir un ejército para invadir Dinamarca lo más pronto posible. No se habló de dinero, tema que avergonzado no me atreví a tocar, dando ellos por supuesto que contaba con oro y plata suficientes. Los pobres. Finalizaba julio y el calor era asfixiante. Permanecimos tres días en Colonia, casi sin separarnos de la mañana a la noche. Cabalgábamos a ratos, paseábamos por el frondoso parque palaciego y hablábamos del pasado y del futuro. Las charlas terminaban siempre en encendidas discusiones por parte de mis parientes, pues eran testarudos donde los haya, amantes de la polémica más que un pastor de ovejas por su lana. La controversia solía acabar a gritos. Yo escuchaba y ambas «Elisabetas» leían o charlaban de sus cosas.

Su tema favorito era algo para mí intrascendente, incrédulo como soy o casi: la religión. Más exactamente la Reforma en marcha. El elector de Brandemburgo, mi cuñado, era enemigo acérrimo de Lutero, al que tenía por un cantamañanas con tornillos sueltos, al cabo que el príncipe prusiano, mi primo, era un enamorado del ex monje agustino al que consideraba un enviado de Dios. Y yo allí en medio. Al principio bostezaba, pero pronto me interesó lo que escuchaba que era, además, lo que se debatía en todas partes.

—El monje de Eisleben ha sido una bendición para Alemania —dijo una vez mi primo Alberto—. Lograremos al fin separarnos de esa pústula chupadora de sangre que en los últimos siglos ha sido Roma.

—Te equivocas. El hereje perverso sólo traerá al país dolor, desolación y muerte —afirmó mi cuñado Joaquín.

—¿Niegas que el asunto de las indulgencias era un innoble

chalaneo de dinero por salvación eterna o para alzar suntuosos templos en la Roma imperial? —preguntó Albert.

—Yo ni niego ni afirmo —respondió mi cuñado—. Sólo digo que de humanos es errar y que los yerros se corrigen con hombres nuevos. ¿Quién es Lutero para socavar de esa manera los cimientos de la Iglesia?

—A qué manera te refieres…

—Lo sabes mejor que yo: a cuenta de la depravación, que era cierta, pretende suplantar las verdades reveladas por doctrinas inventadas e inciertas —dijo Joaquín.

—Cada cual interpreta el Evangelio a su libre albedrío —sostuvo Alberto.

—Vuelves a errar —dijo Joaquín —. Para eso están los teólogos. Zapatero a tus zapatos. Da una Biblia escrita en alemán a un campesino sajón y parirá una herejía babosa y dulzona. Haz lo mismo con otra en español y la desbocada imaginación de un lugareño de aquellas indómitas tierras engendrará una hidra herética de cuarenta cabezas.

—Me da lo mismo. Le das demasiada importancia al dogma.

—No desbarres, querido: cada día que pasa va aumentando el catálogo de disparates engendrados por la imaginación calenturienta de tu fraile: la Justificación, la ineficacia de las buenas obras o la intrascendencia de las malas, el cautiverio babilónico, la Predestinación, la salvación por los solos méritos de Cristo, la negación de casi todos los sacramentos, del papado, del monacato… Y ya no sigo.

—Ni hace falta. Lutero es un profeta que trata de separar el trigo de la paja. Pretende superar las viejas doctrinas obsoletas, secundarias, para centrarse en el meollo. Lo importante es la fe. Creer en Cristo.

—El hereje agustino es simplemente un pobre visionario —sostuvo Joaquín—. Todo se le va en creer mientras peca. Su lema es: «Peca, peca fuerte y cree en Cristo».

—Eso es un invento de gentes protervas.

—¿Y qué de fornicar con pobres monjas sacadas del convento dentro de barriles?

—Ya fornicaban antes alzándose las faldas en el confesionario y no pasaba nada —sostuvo Alberto. Al menos ahora lo harán honestamente, a plena luz del día.

—Acabáramos. Haber empezado por ahí. Tanto escándalo para echar un par de polvos —dijo el elector de Brandemburgo.

Las mujeres levantaron la cabeza. La mía tenía los ojos como platos y una sonrisa pícara en la boca.

—Joaquín… —dijo mi hermana.

Hubo un silencio hecho de frailes lascivos, monjes trincados por la gula, papas adúlteros, nepotes de siete años revestidos de cárdeno, autos sacramentales, cortesanas desnudas, hembras despatarradas ofertando sus géneros y sátiros de descomunales vergas penetrándolas.

—Entonces, según tú —dijo el nombrado—, hemos estado haciendo el mamarracho mil quinientos años. Todos: Papas, monjes, civiles, militares, menestrales, paisanos, caballeros y peatones estamos equivocados salvo tu orate comilón e indigesto.

—Sin faltar…

—Digo verdades como puños. Lo mismo que la causa de todo, que silencias.

—No sé de qué me hablas —dijo Alberto.

—Vaya si lo sabes: la práctica secularización de los frailes y monjas, del completo monacato y de sus consecuencias: las tierras y posesiones de la Iglesia pasan a poder de los reyes y príncipes. Qué bonito…

—Ello supondrá un aumento de la cultura en general —sostuvo el noble prusiano.

—Explícame cómo. Lo que sí sé es que redundará en un escandaloso aumento de los beneficios de la aristocracia. Al final la que pagará será la gleba hambrienta.

—No es obligatorio: al contar con más dinero la nobleza, se construirán escuelas y talleres, se harán obras públicas…

—Eso los buenos y probos príncipes. Pero lo malo abunda —sostuvo Joaquín.

Por segunda vez quedaron mudos. Las mujeres dialogaban en voz baja. Se escuchaba el rumor en la calle de un borracho cantando.

—Yo confío en Lutero —terminó Alberto—. La vez que hablé con él me convenció.

—Pues yo no pienso hacerlo. Que lo zurzan. Lo hizo el emperador y terminó con dolor de cabeza. Al final tendrá que ser él

quien resuelva el asunto.

Mi Isabel estiró las orejas.

—Ya me contarás de qué manera —dijo Alberto.

—Me temo que de la única forma posible: con la espada.

—Bendito sea Dios… —cerró la discusión mi hermana—. Los hombres, si no acabáis matándoos no sois felices.

Presencié varias de aquellas polémicas trifulcas. Al final intervenían las mujeres, nos bebíamos dos copas y, olvidada cualquier rencilla entre los contendientes, nos íbamos a la cama y hasta la siguiente. Me enteré de infinidad de cosas de la nueva doctrina. Más que ella en sí me interesa su creador, el personaje que mantenía en vilo a media Alemania, que ansiaba conocer. Estaba seguro de que algo que arrastraba tanta pasión, tanta disputa y polémica, tendría que llevar verdades de ambas partes, estaría a medio camino entre la intransigencia de Joaquín y el desenfado de Alberto. Lo que sonaba interesante era lo de la secularización, la posibilidad de contar con bienes de la Iglesia muchas veces muertos o improductivos. Lo comenté con Isabel. Pensaba como yo: la causa de que tantos príncipes, antes indiferentes en materia religiosa, se encaramaran al carro de la Reforma estaba en la posibilidad de volverse aún más ricos.

*

En agosto partimos hacia Berlín invitados por mi hermana Mette y su marido Joaquín de Brandemburgo. Formaban una buena pareja, de una edad parecida, más jóvenes que yo pues mi hermana contaba treinta y nueve años. Tenían cinco hijos. La fama de mi cuñado Hohenzollern era grande por su sabiduría y por sus buenas obras: empezaba a ser conocido en Alemania como Néstor, tras fundar la Universidad de Francfort del Oder. Vivía el elector del Imperio en un bello palacio en el bosque de Grünewald, a media legua del centro de la enorme ciudad, cinco veces más grande que Copenhague. Era tan populosa que, en el último censo, arrojó la escalofriante cifra de ciento noventa y cinco mil habitantes. Nuestros anfitriones nos trataron con esmero, alojándonos mejor que si se tratase del emperador. Pasábamos las mañanas paseando o cabalgando por la extensa propiedad de los Hohenzollern y las tardes tramando planes bélicos. La mayoría de ellas se presentaba Alberto, mi primo luterano. Venía en su carroza de los días de fiesta, henchido como un brazo de mar, con todos sus galones e insignias. Se sumaba a la conjura guerrera —de hombres solos pues las mujeres leían, se acicalaban o charlaban— que pretendía abatir

al intruso en el trono danés, mi tío Federico de Oldenburg. Se hablaba allí de miles de hombres, de caballos y acémilas, de carros y pertrechos de guerra: cañones, espingardas, lanzas, picas, espadas, ballestas, mosquetes de avancarga o fusiles de chispa, pero nadie mentaba los dineros.

Una tarde, en el colmo de la ilusión quimérica, Alberto trajo consigo, amén de un pellejo de vino de la Alsacia que nos bebimos tras refrescarlo en el fondo del pozo, a un general del Imperio, Jeremías von Wolemberg, un prusiano de mostacho solemne retorcido y engomado en las puntas, cejas de color gris ratón, híspidas, sobresalientes como alar de tejado tirolés, napias cuadradas y ojos levemente salidos de sus órbitas. El militar, ya en la reserva, se tapaba la calva con pelucas de un color parecido al de las cejas usando grandes y gruesos anteojos de color verdemar, pues era présbita. Sus chapetas malares, teñidas de escarlata y tapizadas de un retículo de venillas azules, delataban de lejos su afición al morapio de cualquier clase y condición así fuese del Rhin, Burdeos, alsaciano, búlgaro o del Peloponeso.

—Siguiendo vuestras instrucciones —dijo von Wolemberg bajando la voz y mirando a ambos lados—, ya he reclutado a los hombres. Son cerca de veinte mil entre arqueros, caballeros e infantes, la mayoría sajones, todos viejos luchadores al servicio del Imperio.

Desconocía yo aquellas instrucciones. Tal vez Joaquín y Alberto se habían reunido con el militar durante uno de mis paseos a caballo con Isabel.

—¿Dónde están? —preguntó Alberto.

—No muy lejos —aseguró el general en un susurro, como si nos hallásemos rodeados de espías escandinavos.

Von Wolemberg sacó un plano que desplegó sobre la mesa tras apartar vasos y tazas y marcó un punto de la Pomerania, hacia Greifswald.

—¿Disponemos de buenos capitanes? —inquirió Joaquín.

—Los mejores que puedan pagarse —contestó el militar.

Sentí un cosquilleo incómodo en el cuerpo. Aquellos insensatos debían pensarme un potentado en el exilio o en vías de lograr de mi cuñado los famosos ciento cincuenta mil florines. Disimulando, silbé una cancioncilla de Fionia y pregunté:

—¿Contamos con naves suficientes?

—Por supuesto, majestad —aseguró el militar retirado—. Tengo

ya apalabrados doce grandes galeones, barcazas y fragatas que, en tres viajes, podrían cruzar el ejército expedicionario y los pertrechos.

—¿Por dónde pensáis que debe hacerse? —preguntó Joaquín.

—Para mí la mejor solución sería pasar desde Rostock a Gedser, en la isla danesa de Falster — dijo Jeremías. Es el trecho mas corto.

—Yo pienso que sería mejor cruzar desde algún punto de Rügen directamente a Copenhague — consideró Alberto. Tal vez el rey Christian pueda opinar… —añadió reponiendo el vino de su copa y mirándome.

—Ambas cosas son factibles —sostuve—. La primera me parece más sensata. Nadie nos espera en Falster, al cabo que en Copenhague se desperdiciaría el factor sorpresa al no poder trasportar al tiempo todas las tropas. La travesía a Falster desde Rostock lleva apenas cuatro horas con viento favorable. Madrugando, en una mañana podría estar desembarcado todo el ejército con la impedimenta y los pertrechos. Cuando los sublevados quieran darse cuenta avanzaremos ya sobre la capital.

—¿Avanzaremos? —preguntó Wolemberg.

—Desde luego. Yo sería de la partida y lucharía en primera línea —dije.

—En ese caso me apunto —aseguró Joaquín.

—¿Dónde irías tú con esa panza? —soltó en tono jocoso Alberto, su gran amigo y adversario teológico.

—¡Quién fue a hablar! —gritó Joaquín—. Cabalgando hasta Rostock perdería las libras que me sobran. Hace siglos que sueño con retomar la espada.

—Pues yo iría también —afirmó Alberto.

—Un momento, señores, un momento… —dijo von Wolemberg vaciando de un trago su copa—. Hablamos de una bélica incursión que no es ninguna broma. Para guerrear hay que estar entrenado. Y más que eso: hay que tener valor para enfrentarse a un guerrero danés defendiendo su tierra. Yo los he visto batirse en mis ejércitos y son igual que fieras. El mejor luchador que tuve nunca fue danés, un hombretón de maneras osunas de algún lugar del norte de Jutlandia que me acompañó en la campaña polaca del 14. No lo hubiese cambiado por dos sajones altos y lustrosos. Cómo sería, que cuando se licenció mis tropas se resintieron, perdiendo tanto poder combativo como diezmadas por la peste negra. Yo propongo que cada cual se dedique a lo que sabe.

—No es justo —dijo Alberto—. No digo que llevemos espadas, pues nos pesan las panzas, pero sí que aportemos nuestro grano de arena en la conquista de mil formas. Nuestra sola presencia galvanizará las tropas. Si se organiza la expedición, yo iré.

Me gustaba de mi primo carnal su decisión y el calor conque tomaba la contienda así fuese religiosa o civil. Hijo de una hermana de mi madre, era un hombre de estatura elevada y buena planta, pelo rubio trigueño, barba y bigote de un tono entre rosado y púrpura, ojos de halcón leonado y nariz también de rapaz carroñera. Tenía fama de miserable, pagando mal y a destiempo sus deudas, pero, salvada esa parcela de su carácter, era noble y un buen conversador.

—Recapitulemos —dijo el militar prusiano—. Sería de la partida quien quisiese siempre que, desde el punto de vista guerrero, se pusiese a mis órdenes. El rey Christian, esté o no en primera línea, nunca podría faltar pues se trata de reponerlo en su trono. Zarparíamos de Rostock el uno de septiembre. Tendría que ser así, antes de que las mareas vivas y las lluvias de otoño echasen a perder la campaña. Desde Gedser subiríamos como una exhalación para caer sobre la espalda de nuestros enemigos en dos o tres días.

—Eso quería decir —intervine—. Sabréis que las tropas del usurpador Federico cercan en estos momentos Copenhague y habría que batirlas primero.

—Sería cosa hecha —sostuvo Jeremías—. Sé también que el impostor apenas cuenta con diez mil hombres. Una vez aplastada la resistencia del monarca espurio tomaríamos la ciudad, su majestad Christian II convocaría el Rigsraad y sería restaurado en el trono.

Se produjo un silencio de procesión de hormigas subiendo o bajando por un tronco. Yo no sabía si reír o llorar. Tan fastuosos planes no se sostenían al faltar lo esencial: oro y plata acuñada. Como si el sólo pensamiento del dinero causase la catarsis en todos los presentes, habló Von Wolemberg.

—Si todo está resuelto, hablemos ahora de intendencia. Mis tropas reclaman numerario, que preciso también para alquilar las naves y cuadrar la logística. Para empezar iría bien con cien mil *thalers* de oro austriaco, que vienen siendo noventa mil áureos ducados españoles o su equivalente en metal blanco veneciano: quinientas mil piastras.

—¿Cuánto es eso en florines holandeses de oro? — pregunté en un hilo de voz.

—Aproximadamente ciento diez mil —dijo rápido como un rayo Alberto, muy hecho a manejar grandes cifras.

—Hay un pequeño problema —intervine armándome de valor en voz que sonó bitonal—: no dispongo ni de medio *thaler* de plata, jamás vi un ochavo español, no tengo coronas de mi tierra e ignoraba hasta aquí lo que es una piastra veneciana.

Se produjo un silencio estuporoso, de digestión tras ingerir un cuarto de buey crudo. Lo rompió el general en la reserva.

—¿Entonces? —preguntó.

—Pero… —dijo Alberto.

—Yo pensaba… —añadió Joaquín.

—Lo imagino: que habría salido de mi patria con la bolsa llena o que dispondría del dinero de la dote de Elisabeth, la reina, que me adeuda su hermano el emperador. Pues bien: todo mi capital quedó allá para paliar el hambre de la plebe y hoy es el día que, después de ocho años, me queda por cobrar más de la mitad de aquella esquiva dote.

—Si esperas cobrar dineros de Carlos de Austria encomiéndate a tus mejores santos —dijo Alberto—. Al emperador, que Dios guarde, hay que matarlo para que suelte un florín. Lo temen sus banqueros y usureros desde Galway, en el extremo occidental de Irlanda, hasta Gyor, en la frontera turca. Mala será la espera si hace falta ver plata del Habsburgo para alquilar las naves y pagar a las tropas mercenarias.

—Nos mueve la esperanza de cobrar los que nos pertenece —dije.

—Lo entiendo —habló von Wollemberg—, pero los barcos no se arman con esperanza ni los cañones disparan munición hecha de sueños o ilusión.

—Hablando de ilusión, aún nos queda una: se podría acudir a los banqueros genoveses o alemanes —dijo Joaquín.

—En ese caso habría que darse prisa pues el tiempo se echa encima —aseguró el guerrero prusiano—. De aquí a cuatro semanas, plazo máximo, deberé hacer frente a los primeros pagos.

*

Buscando soluciones, acompañado de Isabel y tras dejar a los pequeños en Berlín, bajamos a Ausgburgo, en el sur de Alemania, para entrevistarnos con los banqueros de aquella ciudad a orillas del río Lech, un afluente del Danubio. Llevábamos cartas de

presentación de Joaquín y de Alberto. Fue un duro viaje, apremiados por la urgencia, pero compensó la proximidad de mi mujer, el moverme con ella por todas partes lo mismo que cualquier matrimonio burgués, gozar de su aroma en soledad y de placeres sencillos y desconocidos: beber cerveza en un velador junto a otras parejas en medio de la plaza, ver tiendas, comprar fruta en un puesto del mercado y disfrutarla en plena calle, comer salchichas en el primer figón o compartir el desayuno de la posada con otros viajeros. Los problemas no habían afectado a mi sensualidad y ella, en la flor de la edad y abierta ya al gozo de Afrodita, era un volcán ardiente.

Fuimos primero a la Banca Welser, en la Plaza Grande, al lado del palacio que acogía al emperador en sus frecuentes estancias en Augsburgo. Había mucha gente en un inmenso salón de ricos mármoles y arañas de cristal guardando cola delante de diferentes ventanillas, hablando con distintos empleados o rellenando impresos Si teníamos que esperar a que aquellos ciudadanos resolviesen sus problemas financieros, se echaría la Navidad encima y mi tío Federico habría reconquistado Suecia. Había un conserje uniformado a la entrada, un mastodonte con pinta de mariscal de campo. Nos dirigimos a él en mi alemán modesto.

—Soy el rey Christian II de Dinamarca y Noruega y esta es mi esposa, Isabel de Austria, hermana del emperador Carlos. Deseo ver lo antes posible al señor Welser.

El tipo aquel me miró alucinado, como sin entender.

—Hay cuatro hermanos Welser, señor —dijo al fin.

—Me es indiferente cuál de ellos me reciba, pero tiene que ser de inmediato —dije con los restos de mi regio don de mando.

¿Habéis visto a una liebre correr perseguida del zorro? Más o menos así se movió el paquidermo. Antes de dos minutos ya estábamos delante de un hombre no muy grande, vestido correctamente, de aspecto ineludiblemente semita, en un despacho tan tétrico que recordaba a un mausoleo. El silencio era tan espeso como las sopas de mi infancia. Supe aquel día que el dinero moraba en lugares silenciosos y lúgubres. El hombrecillo se levantó, mejor saltó de su asiento como los renacuajos, y se plantó delante de nosotros.

—Majestades —dijo—, es para mí un honor altísimo. Tendrán, supongo, algo que acredite sus personalidades. Jamás he recibido a unos monarcas… Mi nombre es Bartolomé. Soy el mayor de los hermanos Welser. Pero, por favor, siéntense.

Saqué las cartas y se las mostré. Las leyó con gran detenimiento. Eran misivas muy floreadas de sellos, marchamos y marcas heráldicas.

—Mis buenos amigos y clientes Joaquín de Hohenzollern y Alberto de Prusia… —dijo silabeando—. ¿Y bien?

Le conté el motivo de nuestra visita: la pérdida de la Corona, que ya sabía, y la perentoria necesidad de dinero para pagar las tropas mercenarias en el afán de recuperar el trono. Me escuchó con calma y pensó antes de hablar. Calcularía quizá riesgos y porcentajes, percibiría el respirar de la plata, no sé, moverse el oro buscando acomodarse al lugar más seguro y de mayores réditos.

—Estaríamos hablando de…

Todo era sutil y silencioso, condicional, dicho bajito tal vez para ahuyentar al diablo y evocar a la diosa Fortuna.

—En torno a cien mil ducados españoles de oro — dije con voz firme.

—Es una suma interesante —aseguró el hebreo como si hubiese descubierto el plato hondo—. Ocurre que la guerra es mal lugar para invertir dinero pues tiene mucho riesgo —añadió—. Puede vencerse o, en otro caso, cosecharse una derrota que haga imposible recuperar el préstamo y los intereses legítimos. ¿Cuentan con garantías? Los príncipes que los envían no hablan en sus misivas de avalar cantidades. Por otra parte, ambos me son deudores en este momento de ciertos capitales que, en aras a la más elemental discreción, no puedo publicar.

—Yo había pensado en mi hermano, rey de España y sus Indias y emperador del Sacro Romano Imperio —dijo Elisabeth.

Lo dijo de tal forma que llegó a impresionarme, pero a aquel maldito semita babilónico no pareció emocionarlo ni una brizna.

—Majestad —dijo haciendo a Isabel una cómica reverencia—, soy el más devoto súbdito del César Carlos. Debo decir también que el emperador es en estos momentos nuestro principal deudor. Como todo queda en familia, y si me guardan el secreto, les adelantaré que el principal de la suma que nos adeuda sobrepasa el millón de ducados. Sabrán sus majestades que arma estos días un ejército de cincuenta mil hombres para batir a los franceses en Italia.

Se produjo un silencio de sepulcro en la estepa siberiana. Hubo un ruido cuya procedencia no pude identificar. Desde luego provenía de unas tripas inquietas. Lo llaman borborigmo y es palabra griega.

—Aún así, consideraría su propuesta si viniese avalada por el emperador —añadió al fin Welser.

—Mi hermano no sabe que estamos aquí y confío no lo sepa nunca —dijo Isabel.

—Es ese caso, y en contra de mis deseos, debo comunicar a sus majestades que no puedo satisfacer su petición. El dinero precisa garantías. Al emperador lo avalan las rentas de Castilla.

Salimos de allí reconfortados aunque pobres. Nos unimos del brazo y paseamos por la plaza bajo la sombra de los frondosos tilos. Nos esponjó un sentimiento de gozo del que participaba la ausencia de rencor. Tenía que ser severo y triste vivir de prestar a los demás, de sentir, palpitar, padecer y morir al ritmo del metal amarillo. No escarmentamos y fuimos a la cercana Banca Függer donde todo transcurrió más o menos igual. Al salir del segundo templo del dinero nos abrazamos en plena *strasse* como dos estudiantes que se aman. Éramos tan menesterosos como ratones huérfanos, pero felices.

—Por aquí hay más banqueros —dije—. No sé por qué, pero lo cierto es que se concentran en Augsburgo.

—Llévame a beber una cerveza —dijo Ysabeau—. He escuchado decir que aquí son deliciosas.

Fuimos a un humilde figón de la orilla del río. Un agradable olor a asado surgía de todas partes. Preguntamos.

—Los martes preparamos codillo con *saurkraut* —dijo una camarera exuberante, con pinta de buscona en ratos libres.

—¿Qué te parece, cielo? —pregunté.

—Me encantará, seguro —dijo mi mujer apoyando su cabeza en mi hombro.

De repente lo vi todo de un color diferente. Era como si los problemas financieros, las cosas del gobierno y la Corona, la ambición, me hubiesen aplastado años y años contra el suelo sin dejarme ver lo que ocurría a la altura normal. Compartimos el codillo, la col agria y tarta de manzana, pateamos por rincones pintorescos y deambulamos por la calle de los plateros, donde compré a Isabel un dije de plata en forma de corazón, una modesta joya de estudiantes que la ilusionó más que un collar de perlas negras. En un recodo del río vimos un teatrillo ambulante donde representaban La Bella y la Bestia. Nos acostamos tarde, perezosos, callejeando, viendo cómo vivía la gente. Nos amamos como locos furiosos. Estuvimos así tres largos días. Fueron unas jornadas

distintas, con un toque indecente, un paréntesis de corta duración que nos mostró las distintas maneras de afrontar la vida. Al amanecer del cuarto día la realidad nos despertó de golpe.

—Yo haría un último intento con mi tío Federico el Sabio —dije.

—¿Es hermano de tu madre, verdad?

—El mayor de ellos. Lo vi por última vez siendo yo niño, en un viaje que hizo a Copenhague.

—Creo que perderás el tiempo —dijo—. Pero no pasa nada por probar.

Volvimos a Berlín. Nos esperaban malas noticias. El general prusiano no había podido convencer a sus lansquenetes alemanes, listos para partir al norte, al no poder pagar las deudas atrasadas y el ejército se había disuelto. No habiendo prisa ya, decidí diferir la visita al elector sajón. Una luz se iluminó en mi mente: llevar a efecto un bello sueño que abrigaba desde mi juventud: visitar el Norte de Italia, mostrar a mi mujer Mantua y Venecia imitando a mi abuelo el rey Christian I. El problema era la falta de dinero. Lo hablé con mi hermana pero cometí el error de hacerlo en ausencia de Joaquín, pues el elector se encontraba en unas jornadas de caza. Precisaba de doscientos ducados que Mette me prestó sin dudar.

—En cuanto cobre el dinero de la dote te lo devolveré —aseguré.

—Olvídalo —me dijo—. Vaya por nuestros buenos tiempos infantiles.

Nunca había debido nada a nadie y es una sensación desagradable. Es curiosa la vida. Curioso lo que cambia la gente, lo que influye el matrimonio en las personas. Te casas y ya nunca vuelves a ser tú. Te debes a otro ser, te amoldas a su respiración y a sus tiempos vitales. Piensas de otra manera. Gustas de alimentos que antes detestabas o cambias de costumbres: madrugas cuando eras dormilón o trasnochas si eras amante de encamarte temprano. Puedes cambiar hasta de religión. Creí que aquel *olvídalo* era real y lo cumplí al pie de la letra. No pensé más en ello, entre otras cosas porque el dinero jamás me importó. Fue un error que me costó indisponerme, meses después, con mi cuñado y casi con mi hermana. Ésta nos dio recuerdos para el mantuano marqués Gonzaga, que conocía bien, y una carta de presentación.

Viajando en diligencias de línea, igual que dos enamorados en su luna de miel, cumplimos el viaje más feliz de nuestras vidas. Elisabeth, Ysabeau, Isabel, ¿dónde moras, mi amor? ¿Por qué te

fuiste? En tu temprana muerte, en aquella catástrofe terrible, se centra para mí la oscuridad y, al tiempo, la existencia de Dios. Él, que todo lo ve, quiso llevarte consigo cuanto antes. Me privó de tu aroma infinito porque quería disfrutarlo en soledad, tenerte cerca, escuchar el sonido cantarín de tu risa, oír las melodías de tu flauta, ver tu sonrisa alegre. Sé que tardaré en volver a verte, *mio tesoro*, duende del sur. Tú, como las almas puras, subirías enseguida al paraíso. Yo tendré que esperar. Me tocarán años de purgatorio por mis muchos pecados, pero, por fin, descansaremos unidos junto al Creador.

*

Por Leipzig, Munich e Innsbruck, pasando el Paso del Brennero que se hallaba expedito, bajamos a Verona que vimos enseguida. Es ciudad pequeña, sumida en una delgada bruma en las frías mañanas otoñales, nata escarchada sobre un vaso de leche. Dormimos dos noches junto al lago de Garda, entre montañas de un verde lujurioso, distinto al del norte. Al otro día, como una aparición entre las agujas rojizas de sus cúpulas, surgió Mantua. Las copas de los árboles exhibían su majestad cobriza y las últimas cigüeñas levantaban el vuelo hacia sus cuarteles de invierno, allá en los humedales africanos. Una semana estuvimos acogidos a la hospitalidad de Federico II Gonzaga, quinto marqués de Mantua y pronto primer duque, pues con tal título lo ennobleció el emperador tras su coronación en Bolonia, en 1530. El marqués nos miró con pesquisa que era curiosa antes que inquisitiva, durante la sobremesa, tras la primera cena en el castillo de San Giorgio. Gobernante de la ciudad-estado desde la prematura muerte de su padre, Francesco, era un hombre alto, bien parecido, soltero, de veintipocos años.

—Me parece mentira hospedar en mi casa a los reyes daneses —dijo—. Es una vieja tradición en mi familia ofrecer su hospitalidad a los monarcas nórdicos. Brindo por la pronta recuperación del trono de vuestros antepasados —añadió alzando su copa.

Por especial indicación de Isabel D'Este, su madre, habían dispuesto la cena en la *Camera degli Sposi,* la *camera picta* del Mantegna, una espectacular sala cuadrada donde el pintor mantuano reflejara la corte de Ludovico Gonzaga en el pasado siglo. Antes de cenar nos habían explicado el significado de los frescos y nombrado a sus figuras más representativas: el marqués Ludovico, su esposa Bárbara de Brandemburgo —hermana de mi abuela materna—, los hijos de ambos, Fernando y Bárbara, el emperador

Federico III, cuñado de la marquesa, el rey de Dinamarca —mi abuelo Christian I—, Marsilio Andreasi, el físico y matemático de la pequeña corte y otros súbditos. Agradecí la deferencia del joven marqués —muy amigo del emperador— y respondí a su brindis deseándolos salud y prosperidad. Isabel D'Este, la todavía sugestiva y hermosa hija del duque Hércules de Ferrara, entregó como recuerdo «a la bella sorella del imperatore Carolo», un dije de esmeraldas.

Recorrimos la ciudad medieval confundidos entre los mercaderes, del brazo como dos enamorados más, bebiendo vino en sus escondidas trattorias, comprando especias en el mercadillo de la Piaza Sordello o rezando en la iglesia circular de San Lorenzo. La gente nos miraba por nuestra nórdica apariencia. Una mañana, después de cabalgar por una extensa posesión de los Gonzaga a la orilla del Mincio, el afluente del gran Po que baña Mantua, Federico nos mostró su palacio de recreo en las afueras, el Palazzo del Te, construcción levantada sobre planos de Miguel Ángel Buonarroti y decorada por Giulio Romano. Vimos admirados la sala de Psyche, donde el artista quiso reflejar en pinturas al fresco los vicios de la carne en su más desenfrenada realidad. Rodeando a Psyche y a Cupido tomando el baño, podían verse faunos en actitud lasciva, sátiros de deformes y erizadas vergas penetrando a doncellas, incontinentes seres bisexuales o ambiguos y mujeres despatarradas mostrando sus íntimas vergüenzas. Isabel y yo nos conmovimos, pero nuestro anfitrión, acostumbrado quizá a la crudeza de los frescos, nos los iban mostrando con la naturalidad con que se ven en el norte de Italia los asuntos sensuales. El noble se detuvo en la escena principal, la que muestra a Cupido y la diosa bañándose desnudos dentro de una gran concha.

—Cupido es en realidad mi bisabuelo Federico, segundo de los marqueses Gonzaga —aseguró nuestro anfitrión—. Y *Psyche* es el retrato de Isabella Bosccheto, una bella cortesana de la que estaba prendado. En su honor levantó el pabellón de caza que hace poco vimos en el centro del parque, cuando cabalgábamos. Allí se amaban.

Se escuchó un silencio perplejo. Escandalizados desde luego no estábamos —¿quién no echó una cana al aire alguna vez?— pero nos asombraba el desparpajo que se gastaban en la corte de Mantua. Ya en soledad Elisabeth expresó su opinión:

—La que nunca se vio en la pintura fue la perdedora, la marquesa ofendida. Giulio Romano debería haber reservado para

ella la figura de una mitológica cabra de grandes cuernos. Si tú te hubieras retratado junto a la pobre Dyveke, me da lo mismo desnudo que vestido, te habría emasculado con mis manos.

Siempre me sorprendía. Cuando quería era una fierecilla, erguida, orgullosa, con su perfil silueteado en muescas de exactitud geométrica. También podía ser tímida, fanfarrona, presumida, timorata, altanera o presuntuosa. O deslumbrarme con la palabra más extraña que tomaba del idioma español, que llevaba en la sangre.

—¿Qué es emascular? —pregunté al fin.

Había pensado en decapitación, ahorcamiento, lapidación, degollación, descuartizamiento, empalamiento, suplicio por asfixia y muerte en el potro, pero jamás en tal término.

—Lo que debería haber hecho contigo cuando me despreciabas por aquella infeliz: castrarte con una podadera, cortarte a mordiscos los testículos. Por si te reconforta, me alegro de no haberlo hecho.

Por un momento nos miramos con resquemor, luego nos deshicimos en grandes carcajadas y al final fornicamos estimulados por las escenas lujuriosas que habíamos visto. El nuestro era ya un amor elaborado, tortuoso, desinhibido, que en ambos casos fortalecía la experiencia. Partimos para Venecia a mediados de noviembre.

Andrea Gritti, el dux, alertado por un emisario del marqués Gonzaga, nos recibió obsequioso alojándonos en su propio palacio. Recorrimos la ciudad de los canales sin dejar un rincón: iglesia por iglesia, *palazzo* por *palazzo*, ríos y canales grandes y pequeños, las centenas de puentes y las trattorias, lo mejor de Venecia, donde, en cualquiera, podías libar vino de Conegliano, comer riso nero con la sepia y terminar con grappa de Bassano. Visitamos las islitas de la Laguna Véneta, la vítrea y transparente Murano, la sencilla Torcello, la pescadora y singular Burano y el Lido, arenoso y ventoso, ofertado al Adriático. Cansados de la luz y el color de ciudad sin par, hartos de pescado fresco y ahítos de amor, el 15 de diciembre regresamos a Berlín vía Viena y Praga.

*

Después de Navidad pasé a Wittenberg en soledad. Elisabeth prefirió quedarse en Berlín con su cuñada y los pequeños. He de reconocer que las atenciones de Mette con su tocaya eran más propias de una hermana de verdad que de cuñada, siempre pendiente de ella, atenta a su menor capricho si es que tuviese

alguno, presta a ayudarle en todo y consolándola. Hice el viaje en la diligencia de línea, entre un sacerdote, una señora mayor que viajaba con su nieto, un militar de gesto adusto que iba con su mujer y dos rapaces de unos catorce años que no pararon de incordiar y moverse en todo el tiempo, como si los hubiese aquejado un repentino baile de San Vito. Era una forma de viajar incómoda, acostumbrado a las prerrogativas de la realeza, pero a la que, me temía, tendría que acostumbrarme. Wittenberg, ciudad pequeña a orillas del río Elba, seguiría siendo desconocida de no ser por la fama que Lutero le dio al proclamar en octubre de 1517, en la Iglesia del Palacio Imperial, las ya célebres noventa y cinco tesis. Me recibió mi tío Federico el Sabio, elector de Sajonia, que se encontraba en la ciudad para escuchar los sermones de Martín Lutero, su protegido, quien residía allí y regentaba la Iglesia aneja al Palacio Imperial.

Federico, casado con una hermana de mi madre como ya dije, de sesenta y un años a la sazón, estaba avejentado. No era ya el joven príncipe que me tuviera en sus rodillas en las luminosas jornadas que pasara en Roskilde, ni me llevara a hombros, se bañara en el fiordo conmigo o enseñara a acechar al ciervo entre las arboledas de mis bosques daneses. Lleno de achaques, su aspecto era imponente: bajo sus pobladas cejas en visera se abrían las mortecinas cuencas de sus ojos sin luz. Los pómulos salientes, descarnados, le daban la apariencia de un ogro; de su labio inferior, péndulo belfo que recordaba al dromedario, se desprendían goterones de saliva espesa e incontinente que secaba sin cesar con un pañuelo que escondía en la bocamanga de su casaca roja; las orejas, grandes y despegadas a semejanza del elefante asiático, tan delgadas que se trasparentaban, dejaban salir por su orificio natural una selva de pelo enmarañado, largo de media pulgada, que recordaba al pincel del pintor antes de ser impregnado en pigmentos y aceite. Su mentón era firme, horadado de un hoyuelo enigmático, y en su cuello semioculto por la gruesa papada danzaba su pavana final la nuez casi difunta. Lo cierto es que me recibió con desencanto.

—Te has dejado robar el reino que heredaste, bribón, pero aún así te quiero —dijo.

—No me avergüences tío. Lo intenté todo para evitar su pérdida. De hecho, estoy aquí para probar por última vez antes de desistir.

Se me quedó mirando, calculando tal vez.

—Suéltalo ya. ¿Qué te trae a mi lado?

—Sabes a lo que vengo. Trato de asaltar mi patria para recuperarla. En Berlín termina de disolverse un ejército que mandaba von Wolemberg al no disponer de dinero para pagar las tropas. El tiempo se echa encima.

—Y tanto —dijo—. Sé que estos días se culmina el cerco a Copenhague, que está al caer.

—Razón de más. En la confusión de todo asalto, podríamos intervenir con tan sólo siete u ocho mil hombres. El general prusiano me asegura que bastaría con cien mil florines para armar una pequeña escuadra y caer sobre Federico.

—Que es mi cuñado, compañero de caza y juergas a su debido tiempo —dijo el elector aspirando del humo de su pipa.

—Pero yo soy el rey legal…

—Lo sé, sobrino. Pero aceptemos los hechos: me pides que desnude un santo para vestir a otro. Si te ayudo a ti me odiará Federico y, a la inversa, tú me detestarás si le destino mi favor. Hay veces que se impone la imparcialidad. Algo habrás hecho mal para que te rechacen parte de tus súbditos. Es duro de decir, pero ganarse al pueblo no es labor de un día. Tal vez tus correrías amatorias y, sobre todo, los sucesos de Estocolmo, te hayan indispuesto con tu gente. Los asuntos de colcha extramatrimoniales deben manejarse con pinzas de orfebre y, puesto en el brete, un rey debe ser clemente antes que cruel. Ojo: no pretendo moralizar ni dar lecciones. Digo lo que siento. Siempre lo hice y me fue bien.

Comprendí sus razones, pero insistí.

—Sé que no soy modelo de príncipes, querido tío — dije entonando el mea culpa—. Todos somos de barro. Otros lo han hecho y lo hacen peor que yo y no tienen mi mala suerte. Te devolveré el dinero lo antes posible. Lo prometo por nuestros buenos tiempos. ¿Te acuerdas de aquel ciervo de dieciséis puntas que cazamos juntos?

—No he de acordarme… Tú tenías trece años y apenas podías sujetar la escopeta.

—Dijiste a mi padre, el rey Hans, que yo abatí la pieza. Aún recuerdo su cara de estupor. Jamás podré olvidar aquel detalle, el cariño que siempre me mostraste.

—*Tempus fugit* —dijo meneando la cabeza.

Quedamos en silencio. Verdaderamente parecía un hombre sabio y se pronunciaba como tal. Sobre un testero se veía un retrato al óleo de mi abuelo el rey Christian I. Desde el alféizar de un

ventanal que se abría a la plaza llegaba el zureo de un palomo dedicado a su dama. El reloj de alguna torre próxima dio las once del día.

—Es triste —dijo al fin—, pero poco puedo ayudarte. Aquí donde me ves, junto dineros pues temo la agresión de mi propio emperador.

—Qué me dices…

—Nos hemos indispuesto gravemente —aseguró—. Nuestra correspondencia se ha vuelto escasa y desabrida. No me perdona el apoyo a Lutero, el que lo refugiase en Wartburg tras la Dieta de Worms ni que escuche sus prédicas. Yo, por mi parte, no tolero tanta suficiencia. ¡Si es tan sólo un muchacho! Cuando habla lo hace ex cátedra. ¿Habrá alguien en posesión de la verdad absoluta? Sé que el reformador ex agustino puede periclitar en aspectos puntuales, pero también dice verdades tan grandes como puños. ¿Crees factible que tu cuñado Carlos comparta los insultos que el Papa dedica a Lutero cuando lo llama *borracho alemán*?

—¿Es posible?

—Vaya que si lo es. Lo hizo a través de Aleandro Girolamo, su legado en Worms, cuando pretendió expurgar las dichosas tesis contra las indulgencias. «Cuando esté sobrio cambiará de parecer» —añadió—. Una cosa es que Lutero beba, como todos, incluso que alguna vez se pase, como casi todos, y otra muy distinta que sea un borracho.

Callamos otra vez. Lo que acaba sabiéndose… Lutero bebía y se amancebaba con monjas exclaustradas mientras predicaba el evangelio, pensé.

—¿Y de verdad crees que el emperador se dispone a atacarte? —pregunté.

—Lo intuyo. Yo quizá no lo vea, pues presiento que ya me queda poco, pero mi sucesor, Juan Federico, lo sufrirá en sus carnes.

—Lo dudo —dije—. Hace unos meses coincidí con Carlos en Bruselas y me pareció un hombre cabal. Además, sé que está muy enredado en su lucha por Italia con Francisco I y dificulto que le quede tiempo para ocuparse de otras cosas.

Hubo un nuevo silencio preñado de espingardas, munición, pólvora, picas, ballestas y tesis evangélicas.

—Él está aquí, ¿verdad? —inquirí.

—¿Te refieres a Martín Lutero?

—¿A quién si no?

—Es el pastor de la iglesia de palacio.

—¿Pastor?

—Prefiere que llamemos así a los antiguos sacerdotes que han abrazado la Reforma.

—Tanto se habla de él que no me importaría conocerlo —dije.

—Te lo presentaré. Pero antes quisiera que escuchases sus sermones, uno al menos. Canta misa y dice la homilía todas las mañanas a las nueve, en su templo. Es un hombre admirable. Y no quiero seguir por no influirte. Tú juzgarás.

No una, sino tres veces escuché a Lutero en otras tantas mañanas de la misma semana. En una habló de los abusos de la jerarquía de la Iglesia, en otra de los votos monásticos, para combatirlos, y en la última sobre el subjetivismo en cuestiones de fe. El templo estuvo siempre abarrotado, quedándose fieles a la puerta y en el atrio, lo que causaba un molesto rumor que obligó a intervenir al oficiante varias veces ordenando silencio. Parecía tener malas pulgas. Fuera de las homilías, tensas, pronunciadas con acento tan pronto persuasivo como un punto mesiánico, las misas eran largas y tediosas, más aburridas aún que las católicas. Di varias cabezadas pues, además, mi alemán no alcanzaba por entonces a entender las casi siempre farragosas disquisiciones que el clérigo vertía impertérrito. Para mí que la mitad de la gente estaba allí huyendo del frío que asolaba la zona antes que por oír las afirmaciones ininteligibles, muchas traídas por los pelos, del religioso tenido por herético.

Lo comenté con tío Federico tras una sobria sobremesa, pues, padeciendo podagra que lo afectaba malamente a las coyunturas de ambas piernas, se alimentaba a base a de aire, acelgas hervidas, rábanos crudos y col agria. Dudé al principio si los desvaríos teológicos del elector no estarían causados por aquella dieta más propia de roedores que de hombres, pues es sabido que la verdura a palo seco causa desórdenes en el meollo que conforma los sesos, y como corolario exigí a la cocinera que, sin menosprecio de aquellos vegetales, añadiera al puchero una cosa mollar: pierna de ternera, tronco de pollo, cordero, faisán o pecho de jabalí, algo que recordara a los cocidos de siete carnes y ollas podridas que, según Margarita de Austria confesara a su sobrina favorita siendo niña, añoraba de sus tiempos de España.

—Es cuestión del gentío que atiborra el templo y hace el sermón

incómodo de escuchar y digerir —sostuvo el elector sajón—. Las multitudes son molestas siempre. Pero no te preocupes: he hablado con Martín y me dice que será un placer conocerte y mostrarte su doctrina en soledad. Mañana por la tarde te recibirá en la sacristía de su iglesia.

Aquello tenía todo el aspecto de una encerrona. No andaba yo dispuesto de ánimo para soportar propuestas teológicas y también me apetecía pasear a la orilla del Elba, pero no podía soslayar la amable invitación de mi anfitrión ni hacerle un feo ostensible. Me compuse con ropajes discretos, me armé de más valor del necesario para escalar un fortín turco y acudí puntual a la cita. Me abrió la puerta lateral del templo una mujer delgada y alta, vestida de sencilla estameña, fea como las alimañas, con el aspecto de beata tras noche de vigilia o de monja exclaustrada mal nutrida. Me condujo por varios corredores silenciosos a la sacristía donde me aguardaba Lutero, quien no me hizo esperar.

—Pasa, pasa, majestad —dijo tuteándome y al tiempo titulándome con arreglo a mi rango.

—Martín Lutero, supongo —dije echándole una ojeada descaradamente pesquisidora. Era un hombre de una edad aproximada a la mía, de rostro rotundo, ojos negros profundos orlados de un halo entre malva y violáceo, nariz gruesa de ollares pronunciados casi de jabalí, boca ensanchada de labios finos contraídos en un rictus que quería ser sonrisa, papada doble que ocultaba la nuez en su cuello muy corto, como embutido a presión en su tórax grandioso, y orejas semiocultas en la pelambre que surgía de una boina como de lansquenete. Un hoyo pronunciado, igual que un volcán apagado preludiando emisiones de lava, decoraba y partía en cuatro su mentón. Por debajo del reborde de la boina o chapela surgía un mechón de rizos negros, turbios, engrasados, lo mismo que empapados en aceite. La impresión primera fue de desaseo. Sentí grima, dentera, lo mismo que delante de un reptil. Cuando se levantó para estrechar mi mano pude comprobar su estatura mayor de lo normal, casi como la mía, y la armónica disposición de su esqueleto poderoso. Detecté también un no tan leve tufillo a sudor ácido. Era el clásico hombretón con el que es preferible llevarse bien o, en caso de trifulca o discusión violenta, no haberla en descampado.

—Para servirte, majestad —dijo, y quise apreciar en el tono de su voz, grave, de bajo, un matiz de fingida humildad, de sacristía—. Pero, por favor, sentémonos —añadió invitándome con un gesto de

su mano grande, sorprendentemente fina y sin anillos. Lo hice y quedamos en silencio un instante.

—Te envía mi señor Federico… —añadió silabeando—. ¿Vienes por ti o por él, majestad?

—La verdad es que tengo curiosidad por conocerte. Escuché hablar de ti y de tu doctrina y quiero saber lo que hay de primera mano.

—Curiosidad… —dijo—. Antes de oírme deberás dejar atrás tus convicciones, desterrar tus prejuicios, abrir tu corazón… ¿Eres hombre de religión, majestad?

—Me educaron como a ti en el seno de la Iglesia Católica Romana, pero no, no soy excesivamente religioso. De hecho, llevo más de tres años sin acercarme al templo. Mis problemas no me dejaron lugar para filosofar ni para discusiones teológicas.

—Sé que has perdido tus reinos —dijo—. Estoy seguro de que ello será para mayor gloria de Dios y salvación de tu alma. ¿Sabes por qué rompí con Roma?

Me sonó algo grandilocuente. Él y Roma. ¿Quién se pensaba aquel sudoroso clérigo para ponerse a la altura de la capital de la cristiandad?

—Escuché algo sobre las indulgencias —dije al fin.

—¿Conoces lo que son las indulgencias?

—No muy bien —reconocí—. Indulgente es el inclinado a otorgar perdones, conmutar agravios, dar gracias y hacer merced al menesteroso.

—Exacto. Pero no son esos los sentidos de las indulgencias que predica el Papa. Con la indulgencia romana se pretende la remisión parcial o total del castigo temporal. A más dinero, más perdón. Una persona, mejor cuanto más rica, puede comprar una indulgencia para sí o sus parientes muertos que permanecen en el Purgatorio. El fraile dominico Joham Tetzel las vendía por el norte de Alemania no hace mucho, hasta que lo expulsó de Sajonia mi benefactor, tu tío, elector imperial al que tienen por sabio. Esa venta supone traficar con premios y castigos, influir en las gentes humildes que no pueden comprar su salvación como los poderosos. ¿Lo encuentras justo, majestad?

—Desde luego, no lo es. Pero tengo que decir que aquel dinero no era del Papa, sino para terminar de construir San Pedro y otros templos.

—Mejor no entrar en el destino final del oro de las indulgencias —dijo Lutero—. Por el Vaticano corre la plata que mantiene a inmundas barraganas entretenidas de religiosos innobles y corruptos, sirve para pagar abortos, crímenes, asesinatos por encargo y favorecer guerras conque fomentar el poder temporal.

No dije nada, pues aquello era cierto. Lutero se pronunciaba bien, matizando las frases y palabras, puntuando en el lugar preciso, dando a su tono de voz un tinte persuasivo.

—El escándalo es tal que atruena y apesta medio mundo —siguió el antiguo monje—. El cónclave ha dejado de existir pues influyen en él reyes y emperadores. Adriano VI, por ejemplo, ¿no es un hombre a la medida del emperador? ¿No lo fabricó Carlos a su imagen? ¿Quién puede confiar en un hombre que bebe en las manos del que lo nombró? El más inicuo nepotismo, que deja chica cualquier cosa anterior, pasea por los jardines vaticanos como Pedro por su casa. Papas con hijos naturales, obispos fornicando en plena sacristía, frailes lascivos, monjes trincados por la gula, cardenales de nueve años presidiendo austeras ceremonias, miembros de la misma familia ocupando los puestos más altos en la Curia y en la Nunciatura. Y así seguiría por mil años.

—Todo eso es, o mejor era, más que cierto —dije—. Pero no es la Iglesia, como entidad divina instituida por Cristo, la responsable del desafuero y de la podredumbre, sino sus malos miembros, los Papas corruptos y el clero pútrido. Tengo entendido que Adriano de Utrecht es hombre de buena fe que pretende arreglar las cosas.

—Nadie podrá atajar la gangrena si no es amputando el miembro —dijo Lutero—. Ya lo intentaron otros y siempre fracasaron. Lo pretendió el francés Bernardo de Claraval y casi lo logró, pero cien herejías echaron por tierra su inmensa labor; lo procuró el español Ramón Llull y lo tomaron por loco, doctor Iluminado, le decían; el italiano Girolamo Savonarola quiso reformar Roma y le costó la muerte abrasado en la hoguera. No —aseguró con voz tronante—, la única solución es acabar con los nidos para que el pájaro muera de inanición.

—¿Y qué es lo que propones?

—Volver a los orígenes. Asentar nuestros principios en el libro sagrado. Recuperar la austeridad de los primeros tiempos de la Iglesia. La Biblia debe ser nuestra guía, la sangre del Redentor nuestra única razón, la fe en Él lo que nos justifique, los méritos de Cristo lo único que cuente. ¿De qué valen la oración, las buenas obras, los golpes de pecho y el arrepentimiento si no creemos?

—Suena bien lo que dices. Hay cosas que chirrían, como el desdén que manifiestas sobre las buenas obras y la oración, pero no estoy capacitado para discusiones teológicas. Bajemos a la tierra: hay también quien asegura que detrás de tu doctrina sólo hay mercantilismo —dije.

—Me gusta tu actitud abierta y combativa, majestad — dijo—. Sé que mi idea de secularizar los bienes de la Iglesia es mal vista entre el clero papista que no quiere prescindir de sus bienes temporales. Allá ellos. Que sigan con sus oros y riquezas: nosotros nos conformamos con el bronce de nuestros candelabros. Para ellos los mármoles, costosos frescos y pinturas valiosas. Quiero dar la tierra y bienes eclesiásticos a la nobleza para que fructifique.

—Lo que fructificará serán sus beneficios —sostuve—. Los ricos serán cada vez más ricos y los pobres más pobres.

—Quizá sea así al principio, pero yo lo veo con visión de futuro. El noble es educado. La aristocracia culta. Ellos se ocuparán de primar poco a poco a la gleba para que, aumentando la producción, aumente el beneficio. Crecerán también la industria, el comercio, las artes y las letras. Quiero disminuir el gasto de mi Iglesia suprimiendo cardenales y demandas a la corte papal, exijo la renuncia al poder temporal, aboliré los interdictos y abusos relacionados con las excomuniones contra el que no me guste, se acabarán las romerías y el peregrinaje, el excesivo número de días santos pues no creo en ellos, los conventos de monjas, la mendicidad y lo suntuoso. Reformaré las universidades, abrogaré el celibato del clero y mejoraré la vida pública.

—¿Qué pasa con los santos?

—Junto a santos genuinos hay mucho santo espurio. Cristo es la meta. Lo demás nos aparta de la visión de Dios. Las paredes de mis iglesias serán blancas, limpias, recién enjalbegadas, de forma que sólo resalte el crucifijo.

—Hay quien aduce que detrás de todo esto hay un rostro de mujer y un par de hermosos senos —apunté sin cortarme.

—Somos de carne. Para mí no es pecado ayuntar de buena fe con una hembra libre, mayor de edad, sin forzarla, con todo su albedrío. Si Dios hizo a la mujer será por algo. Además, no es de fe que un religioso no pueda casarse. El celibato eclesiástico no es muy antiguo.

Se produjo un silencio sonoro, que reverberaba en el artesonado y develaba antiguos miedos, viejos tabúes.

—Quiero hacer una religión más sencilla —terminó—. Más al alcance de cualquiera, que pueda leerse, escribirse, escucharse o pensarse en el idioma propio. El latín, bello idioma por cierto, para los latinistas.

Llevábamos casi dos horas disputando y tenía sed. Esperar de aquel fraile una taza de té me parecía un milagro y, además, dudaba de que me apeteciera servida por su bruja-cancerbera. Me levanté y él me imitó.

—Me ha gustado escucharte, Lutero —dije. —Tal vez vuelva otro día.

—Ésta es tu casa, majestad. Sé que tu esposa, la reina Elisabeth, es hermana del emperador Carlos, que Dios guarde.

—¿Deseas que el Señor guarde al emperador o sólo es una fórmula cortés? Pensé que detestabas a D. Carlos…

—No es santo de mi devoción, pero lo acato como a mi emperador y señor natural. Jamás deseé mal a nadie. Y en cuanto a Elisabeth, la reina de los daneses, desearía conocerla. Tengo de ella las mejores referencias.

*

Salí de aquella reunión con sentimientos encontrados. Desde luego Lutero era un hombre interesante, parecía bienintencionado y semejaba creer lo que decía o predicaba. Se veía austero. No supe, hasta muchos años después, que era en exceso mujeriego, bebedor impenitente y con muchos altibajos en su fe, un hombre, en fin, hecho de carne y barro. Fui a más sermones en su iglesia, que siempre henchía de fieles, y me fui aficionando a su doctrina. Era algo muy especial, atractivo, como el áspid que, obediente, prendido en el sonido de la flauta, se somete a la voluntad del domador. Acudí cuatro veces, durante mes y medio, a las charlas privadas. Lo escuché allí divagar sobre el Pecado Original, la justificación por la sangre de Cristo, lo ostentoso del culto católico, la corrupción del monacato, la comunión, la penitencia, el bautismo y la predestinación. Sobre este punto no estábamos de acuerdo y nunca logró convencerme. Yo admitía la omnisciencia de Dios pero no el que, por conocer Él nuestro futuro, dejáramos de ser libres. No podía admitir que, por una suerte de lotería celestial inexorable, cada cual se salvara o condenara sin poder hacer nada para evitarlo. Ello presuponía que de nada vale orar o no, ser bueno o malo, trabajar como un galeote o vacar por el monte como los bueyes sueltos, asesinar o salvar vidas, curar o envenenar. Además, su predestinación promocionaba el fatalismo al modo oriental: ¿de qué

vale esforzarse si has de condenarte lo mismo? ¿por qué no dejarse llevar por la indolencia si llevas marcada la salvación? Lutero escuchaba mis objeciones sin inmutarse y siempre encontraba salida para las mismas, explicaciones más o menos inteligibles o abstrusas. Teniendo un pico de oro, era capaz de convencer a una piedra de ser mujer y hacer ver lo negro blanco o lo azul amarillo. Me presentó una tarde a su más entregado seguidor, Felipe Melanchton, un tipo alto, difuso, de tan delgado filiforme, profesor de griego. El discípulo era todavía más fino teólogo que el maestro, tan brillante como él y de verbo aún más fácil y persuasivo. Una mañana, paseando a la orilla del Elba, Melanchton terminó de convencerme de la bondad de la doctrina reformada, pero fue de otra forma. Febrero ventoso ondulaba las copas de los álamos y los primeros renacidos brotes en las ramas auguraban una primavera esplendorosa.

—Sabed majestad —dijo—, que noticias llegadas de Dinamarca hablan de la completa sumisión de aquel reino a Federico I, vuestro tío. El nuevo monarca se ha hecho coronar también rey de Noruega en Bergen. Se dice que las doctrinas reformadas han calado allí y que el rey las sustenta. La nobleza y la aristocracia, favorecidas por la secularización del estamento eclesiástico, se han pasado casi en bloque a la nueva fe.

—Suponía todo lo que me dices —aseguré.

—Lo imaginaba, señor. Deberéis entonces presumir que si aspiráis a recuperar vuestro reino, para vos o vuestros descendientes, tendréis que abrazar la fe luterana.

No dije nada, pero comprendí la veracidad de sus asertos. Mis dudas casi se disiparon. No hubiera sido así de ser un hombre religioso, tan implicado en asuntos de iglesia como mi cuñado Carlos, pero no era mi caso. Si para que mi hijo Hans reinara tenía que hacerme luterano, lo haría. O budista, brahmán o seguidor de Zaratustra con la boca pequeña. Tranquilizaba mi conciencia pensando que Dios no se molestaría si, siendo buena persona, amando al prójimo y sin hacerle daño a nadie, seguía a aquel hombre de buena voluntad. Consecuente con mis ideas y para adelantarme al futuro intentando congraciarme con el pueblo danés, hice traducir a mi idioma la Biblia y el Nuevo Testamento. Fue una tarea larga y comprometida, que llevó varios meses a Hans Mikkelsen, el traductor de alemán que llevaba conmigo y que me acompañaba siempre.

Lucas Cranach, el pintor de cámara de Margarita de Austria que

el elector de Sajonia había llamado para que retratara a Lutero, me interpretó también con sus pinceles y con el Gran Collar del Toisón de Oro que tío Federico contempló con envidia. Incluso, atendiendo a la petición del artista, me alojé en su casa varias noches, pues decía que así me captaba mejor. Federico el Sabio me presentó a Alberto Durero, un pintor de una edad parecida a la de Cranach, genial manejando los trebejos de su arte. De él conservo el mejor de los retratos que me han hecho. A últimos de febrero llegó una carta de mi mujer desde Berlín. Me pedía que volviera dejando entrever que la relación con Joaquín, su cuñado, se había deteriorado:

Decididamente prefiero verte cuanto antes, mi señor, ya que no podré volver a sentirme dichosa en tu ausencia. Sufro en tu alejamiento y no sé lo que podré resistir pues temo, además, que algo malo te ocurra. Te ama siempre y te desea salud, tu Isabel, —me decía al final de una larga misiva de tres pliegos.

Regresé de inmediato. Las cosas, como temía, no iban bien. Joaquín, el elector de Brandemburgo, tal vez cansado de soportar a una familia sin futuro, que vivía a su costa y le debía dinero —mi hermana prestaba a mi mujer de vez en cuando pequeñas cantidades—, hizo varios feos en mi ausencia a su cuñada. Joaquín cazaba en los bosques polacos, a tres días de marcha, por lo que no pude explicarme con él. Escribí a Bruselas solicitando a Margarita un préstamo de mil florines a cuenta de la dote, cantidad que debería enviar a Wittenberg. Esperé el regreso de mi cuñado de sus jornadas cinegéticas, tuve con él una mediana bronca a cuenta del dinero miserable que le adeudaba, prometí enviárselo desde Wittenberg muy pronto, como hice, y partí para aquella ciudad.

Antes de dejar Berlín, durante el viaje a Wittenberg y ya a orillas del Elba, hablé varias veces con Elisabeth de Lutero.

—¿Cómo es? —quiso saber.

—Es un hombre normal. Algo más grande y obeso, quizá, de lo común.

—He escuchado de él cosas dispares. Hay quien asegura que es un orate y quien dice que se trata de un santo.

—Santo, desde luego, no es —mantuve—. Particularmente los aborrece.

—¿Cómo se puede aborrecer a un santo?

—Tiene especiales ideas sobre el caso que te expondrá él.

—Me intriga conocerlo.

—Lutero te espera. Siendo como eres hermana del emperador,

querrá catequizarte.

—¿Cuál fue la primera impresión que te causó?

—De entrada su aspecto produce rechazo. Pero es un hombre de bien, que sabe lo que quiere y está dispuesto a conseguirlo.

—¿Y después?

—Me fue ganando poco a poco… casi del todo. Pero contigo será diferente.

—No veo por qué.

—Tú eres más reflexiva y capaz que yo. También más religiosa. Seguro que lo pillarás en más de un renuncio.

Al llegar a Wittenberg nos esperaba un correo de la gobernadora de Flandes con dos mil florines. Envié a mi cuñado la cantidad que le debía, exactamente trescientos doce execrables ducados, y me disponía a alojarme en una cómoda y céntrica posada cuando un mensajero del príncipe Federico vino a recogernos. Opusimos resistencia, pues éramos ocho contando niños y servicio, pero la orden del elector no admitía réplica: exigía nuestra inmediata presencia en palacio pues, de otro modo, enviaría un pelotón de soldados para llevarnos maniatados a su presencia. Nos recibió visiblemente contrariado. Abrazó efusivamente a Elisabeth, de la que alabó su belleza, antes de dedicarme una mediana bronca.

—Podrás ser el rey del mundo con corona o sin ella — dijo excitado—, pero eres mi miserable sobrino del alma y no consentiré que te alojes, y menos con tu adorable esposa la reina y los pequeños, en otra parte que no sea el mejor lugar de mi palacio. Y si se te ocurre hablar de dinero ordenaré que te azoten.

—Gracias, tío Federico, en mi nombre, el de mis hijos y el zote de mi marido —dijo Isabel con los ojos brillantes—. Ya le advertí de lo que ocurriría y no se avino a razones.

—No quería molestar… —dije.

—Me enteré de lo ocurrido en Berlín —aseguró el elector—. Sabía que Joaquín de Brandemburgo era un avaro, pero ignoraba que fuese también un cretino ruin y execrable. Lo escarneceré en la próxima Dieta.

—¿Hay una Dieta próxima? —preguntó Elisabeth, que estaba a la que salta.

—Sí… ¿Por qué?

—Tal vez sería un buen momento para exponer allí, delante del emperador y los príncipes electores, nuestra reclamación sobre el

trono perdido y ayuda para recuperarlo —dijo mi mujer.

—Me parece una excelente idea —corroboró Federico—. Carlos de Habsburgo no creo que acuda, pues le llueven los problemas en España y el Norte de Italia, pero sé de buena tinta que acudirá Fernando, el segundón, a quien su hermano ha cedido temporalmente las riendas del Imperio. La Dieta será en Nüremberg a finales de marzo. Como tenemos tiempo, escribiré al secretario para informarle de vuestra visita.

*

Pasamos aquellas tres semanas paseando por la bella y recoleta Wittenberg, cabalgando por las posesiones del elector y, Elisabeth, entrevistándose varias veces con Lutero. Debieron ser charlas muy fructíferas pues mi mujer volvía de ellas entusiasmada, como galvanizada por la nueva fe, la cara arrebolada, convertida en apasionada partidaria de las nuevas doctrinas.

—Es un hombre maravilloso —aseguró tras la segunda charla—. Tú lo dijiste: cree en lo que dice.

—¿No encuentras nada chirriante o trasnochado en su doctrina?

—Hay cosas que no entiendo y otras con las que no comulgo —aseguró—, pero, amén del tema religioso en cuyas profundidades teológicas no entro, encuentro apasionante el futuro que dibuja para la mayor prosperidad del pueblo, el crecimiento de la educación y la cultura, la creación de universidades, el impulso a la imprenta…

—Te aconsejo que, durante el menos cierto tiempo, no alardees en público de la menor simpatía hacia Lutero.

—¿Por qué?

—Por una elemental discreción. La mayoría de los electores imperiales sigue siendo católica, lo mismo que tu hermano. Si pretendemos su ayuda sería estúpido exhibir tus preferencias por la Reforma.

—No se trata de ninguna preferencia. Sigo siendo católica, pero me considero una mujer moderna, pragmática, abierta a todo lo que aporte algo de luz y sentido común a la existencia. De todas formas puede que tengas razón. Seré discreta.

Hasta nuestra marcha a Nüremberg Isabel siguió departiendo con Lutero y escuchando sus homilías. Cada día estaba más y más convencida de la bondad de su doctrina y no hablaba de otra cosa. La debatía con nuestro anfitrión, encantado de apreciar el interés de su sobrina española, como la llamaba, por las ideas reformadas.

Casi un mes de largas controversias, siempre en las sobremesas, los oyó hablar de Justificación, Transubstanciación, Penitencia, Predestinación, reformas agrarias y educación de las escolares en pie de igualdad con los chicos, incluso en la universidad, último argumento de Lutero. Yo apenas participaba en ellas, admirado de casi haber criado a mis pechos a aquella mujer de tanta casta. Lo sabía todo, competía con el Sabio en sapiencia, se producía en alemán casi mejor que él y derrochaba humor, algo en lo que era ducho el elector sajón y que faltaba tanto en todas panes.

Federico de Sajonia terminó adorando a mi mujer. Era el fin natural de cualquiera que tuviese la dicha de cruzar con ella una palabra, de ver de cerca su cutis nacarado o de sentir su aroma embriagador. Pocas fechas antes de la marcha a Nüremberg llegó una desagradable carta del secretario de la Dieta, el elector del Palatinado: la presencia del ex rey Christian II no era bienvenida en las sesiones. Monté en cólera. Pensé en Joaquín de Brandemburgo, pero no era él el responsable del desaguisado: Federico I de Dinamarca, a través de sus espías y contactos diplomáticos, había conseguido que me rechazaran para evitar que consiguiese ayudas. También mi larga estancia en Wittenberg y mis conversaciones con Lutero tenían algo que ver, como supe enseguida. Igual ocurría con Elisabeth, pues había trascendido que se reunió con el ex agustino una tarde sí y otra también durante tres semanas largas. Corría el infundio de que, acompañada del elector de Sajonia, asistía a las misas sacrílegas y comulgaba bajo las dos especies. Lo que nadie pudo soslayar fue la presencia en la Dieta de mi esposa que, como hermana del emperador y princesa de la Casa de Austria, exigió ser oída. Se confirmó que Fernando de Habsburgo, archiduque de Austria y su mujer Ana de Bohemia y Hungría, nacida Jagellón, estarían en Nüremberg.

—¡Conoceré a mi hermano Fernando! —chilló Isabel.

Esta vez viajamos como los reyes que éramos: acompañando al elector Imperial en una gran carroza de muchos tiros. Nos alojamos en la Delegación del Imperio en la ciudad cercana a la frontera de Bohemia. Coincidimos allí con Ana de Bohemia y Hungría y con Fernando, el archiduque de Austria, hermano menor de mi mujer, que dormían en cámaras no muy alejadas de las nuestras. El encuentro entre ambos hermanos fue emotivo. Es curioso y muy poco frecuente que dos hermanos de la misma madre no se hayan visto desde su nacimiento. Es cosa desde luego de reyes y de «Habsburgos», prolífica familia muy dada a casamientos con princesas o príncipes de remotos países, y a mi caso me remito.

Fernando, nacido en Alcalá de Henares en marzo de 1503, terminaba de cumplir veintiún años. Era más alto que su hermano Carlos, más enjuto también, longilíneo, muy pálido de piel, con la nariz larga y quebrada, los ojos azulones oscuros y la barba casi tan roja como la de su hermano mayor, el primogénito. Adornaba su mentón el mismo prognatismo, pero no emanaba de sí la varonía que distinguía al emperador. Para evitar conjuras de la nobleza aragonesa, que lo prefería a Carlos al ser español de nacimiento, éste lo envió a Flandes en 1517 donde, a duras penas, aprendió alemán pero nunca flamenco. Después, ya Carlos emperador, le fue buscada novia, cosa que no fue fácil. Nadie quería a un Habsburgo desposeído de títulos y tierras. Por ello, Carlos lo invistió como archiduque de Austria, le dio la posesión de algunos predios en Baviera, lo puso a la tarea de gobernar el Imperio —bajo su supervisión— y prometió hacerlo rey de romanos cuando él fuese coronado emperador. A continuación lo casaron con Ana Jagellón, una escuálida princesa Bohemia tres meses más joven que Fernando, alta, estilizada, pelirroja, dulce como cabello de ángel, consumida de rostro, de ojos verdes y tan fecunda que dio a su marido y al Imperio quince hijos vivos hasta su temprana muerte en el 47. La enumeración de la estereotipada e inacabable saga, amen de prolija y aburrida, conseguiría que me detestasen para siempre los sufridos lectores de cualquier procedencia que aún me soportan. Tan sólo apuntar que hay Austrias-Jagellones en cualquier rincón de Europa:

Viena, Mantua, Ferrara, Florencia, Varsovia, Munich, Bremen, el Tirol, Praga y diferentes conventos y cenobios, pues dos de las hembras salieron monjas.

Después de más de cinco minutos de abrazos, estrujones y lágrimas visibles, ambos hermanos hablaron en español, atropelladamente, un rato largo. Supe luego que lo hicieron de vivencias infantiles que nunca compartieron, de sus padres y abuelos, Isabel y Fernando, los Católicos Reyes de quienes heredaran los nombres. Cuando se dieron cuenta de que Ana y yo estábamos de non, nos pidieron disculpas y continuaron en alemán.

—Cuéntame de nuestra madre —pidió a su hermano Isabel.

—La vi muy pocas veces hasta mi marcha a Flandes, cuando cumplí catorce años —dijo Fernando—. Y siempre en Tordesillas, donde abuelo Fernando la tenía encerrada y en donde sigue. Me la llevaban a ver en las temporadas en que estaba buena, cuando tocaba el clave, el salterio o el laúd, cantaba y mostraba su extensa

cultura, rara de hallar. Mamá adora la lectura y la música. Habla, además de su español materno, francés y flamenco, teniendo rudimentos de inglés y alemán.

—Mentiría si dijese que la recuerdo lo más mínimo — dijo mi esposa—. Tenía yo cuatro años cuando partió de Flandes para siempre. ¿Y de Catalina, nuestra hermana chica, qué es?

—Sé que sigue en Valladolid tan guapa como siempre — dijo Fernando—. Cuando Carlos llegó a España, en el 17, la liberó de su destino trágico al lado de una madre problemática y le procuró la mejor educación. Según carta reciente del emperador, nuestro hermano, van muy adelantadas las capitulaciones para casarla con el rey de Portugal. Por cierto —añadió—, María me envía sus mejores recuerdos y un abrazo fraterno para ti desde Bratislava.

—La pequeña María… —dijo mi esposa entornando los ojos—. La veo gateando por los pasillos de palacio, en Malinas, y haciendo mil trastadas por el parque. La perseguían los jardineros pues les escondía las tijeras de podar y jugaba con las carretillas, exigiendo ser trasportada sobre ellas. ¿Está encinta?

—No. Y llevan ya año y medio casados. Es raro… —dijo mi cuñado.

Intervino Ana Jagellón.

—Por la pinta de mi hermano Luis y por los ojos de ella, brillantes en los grises amaneceres invernales bohemios, deduzco que se aplican constantes para la consecución del feliz logro.

—Ana… —dijo Femando.

—¿Qué he dicho? —habló la Jagellón—. Ayuntar en el amanecer es propio de esposos que se aman.

—Sabes que no me gusta hablar de temas íntimos. Y deploro esa palabra que dijiste.

—No seas pacato, hermano —dijo Isabel—. Tu mujer tiene razón. La cópula en el matrimonio es algo natural e incluso, yo diría, fuera de él. Y a las cosas hay que llamarlas por su nombre.

Se produjo un silencio teñido de sensuales ocasos, luces de luna en Praga, sábanas de holandas y procaces amaneceres a orillas del Moldava. Nunca había visto a mi mujer tan locuaz, decidida y específica.

—No soy pacato —dijo el aludido—. A ti sí te veo un poco desenvuelta y, al hilo de ello, diré que se comenta por ahí tu alejamiento del catolicismo.

Ahora el silencio fue reverberante. Alguien canturreaba en la cocina aires populares alemanes.

—De momento no hay tal —aseguró Isabel—. Lo único cierto, y no voy a ocultarlo, es que he hablado con Lutero varias veces y que su doctrina no me disgusta.

—De momento… ¿Cómo puedes haber obrado con esa ligereza? Lutero es un hereje que niega sacramentos, la autoridad del Papa, la acción salvadora de las buenas obras y tantas cosas más.

—No quiero discutir de religión contigo, hermano —dijo mi mujer—. Para mí que se ha demonizado al agustino.

—Ex agustino.

—Lo que tú quieras. Yo lo veo como un hombre de fe que sólo quiere terminar con la corrupción del papado.

—El papado ya no es corrupto —sostuvo Fernando—. Adriano VI intentó remozar a la Iglesia hasta su reciente fallecimiento, y su sucesor, Clemente VII, sigue en esa línea.

—Son intentos loables, pero volverá la corrupción y el nepotismo mientras el Papa tenga poder temporal, tanto o más que un monarca —dijo mi mujer—. Lutero podrá estar equivocado en diferentes cosas, pero propugna la vuelta a la pobreza de la Iglesia, la abolición del ostentoso culto, de los oros y las ceremonias abstrusas en latín, la separación de religión y Estado y la promoción de la cultura.

—Cultura… Ceremonias… Te dejas engañar… Detrás de todo ello está la ambición del malhadado clérigo y sus ansias de fémina.

—Que yo sepa, no convive con ninguna mujer —dijo Isabel.

—No de modo fehaciente. Pero se sabe que duerme con una o quizá varias monjas que exclaustró de un convento y sacó de manera alevosa y con nocturnidad, escondidas en barriles de mosto.

—Pues, qué quieres que te diga, tampoco encuentro malo que un varón se satisfaga con una hembra cumplida con su consentimiento —dijo Isabel.

—Ello es inmundo si el varón está consagrado —sostuvo Femando—. Me dejas absolutamente helado, Isabel. ¡Si nuestros abuelos levantaran la cabeza!

No me gustaba el cariz que tomaba la discusión y, como más caracterizado, corté por lo sano.

—Haya paz entre hermanos y cuñados que se aman —dije—. Brindemos a nuestra salud.

Todos alzamos las copas. Fernando estaba serio, la mirada nublada, e Isabel roja como un crustáceo hervido de su Gante natal. Ana parecía una libélula desorientada, la vista perdida en el artesonado. Pensaba quizá en los dulces deleites del tálamo.

—Paz, prosperidad y concordia entre reinos —propuse y bebimos.

*

La reina de Dinamarca fue recibida en la Dieta por su hermano el archiduque Fernando y los príncipes electores el 22 de marzo. Las sesiones fueron dos aquel día, mañana y tarde, interviniendo ella en la vespertina. Isabel me contó lo ocurrido aquella misma noche. Había acudido a la cita revestida de sus mejores galas, con sus joyas y la diadema de su abuela Isabel la Católica. Estaba sencillamente deslumbrante a sus casi veintitrés años. La acogida fue muy cordial. Por especial deferencia de los reunidos, y a propuesta de Federico de Sajonia, pudo hablar la primera evitándose así el fárrago de los problemas imperiales ajenos a ella. Hizo una detallada descripción de la difícil situación en la que se encontraban ella y su esposo, los legítimos monarcas daneses, y la perentoria necesidad de dinero para armar un ejército que recuperara la corona perdida. Fue escuchada con atención no exenta de interés, pero cuando surgió la palabra dinero todos torcieron el gesto. Además, cada vez que surgía mi nombre, al mal gesto se sumaba un visaje casi de repulsión que traducía mi fama luterana y la que arrastraba de vesania y crueldad desde los sucesos de Estocolmo. Los únicos que apoyaron su demanda —con la boca pequeña pues ninguno contaba con numerario suficiente— fueron mi tío Federico y el elector de Hesse-Darmstadt. Varios electores afirmaron que considerarían la concesión de un préstamo si yo renunciaba definitivamente a la corona danesa en beneficio de mi hijo Hans, que iba a cumplir seis años. Isabel se opuso enérgicamente.

Mi mujer salió exhausta de la reunión. Mi cuñado Fernando y su esposa abandonaban Nüremberg el 25, fecha en que terminaban las sesiones, y Federico el Sabio organizó para las dos parejas una espléndida cena en el mejor figón de la ciudad, en una colina de preciosas vistas que la dominaba. Hubo buey asado, truchas del cercano Danubio y pastel de manzana. Por expresa indicación del anfitrión, estaba vedado hablar de religión y de política. Isabel y Fernando, aparentemente reconciliados, tornaron a hablar de la familia, de cómo era Aragón, de las mágicas veladas de Castilla, y él, a instancias de ella, de los recuerdos que tenía de su madre doña

Juana, pues del Hermoso Felipe, su padre, no recordaba nada al haber fallecido cuando él era muy niño. Mi mujer me había encomendado que a los postres tocara el tema pecuniario.

—Llega el momento, buen cuñado, de hablar del candente y preocupante tema monetario —dije tras terminar mi hojaldre de manzana—. Sabes que andamos ayunos del metal amarillo. Nuestras posesiones quedaron atrás junto a parte de la dote de Isabel, que se entregó en su día para remediar las necesidades de nuestro pueblo. Como responsable actual del Imperio te corresponde a ti hacer frente al pago del resto de la dote: ciento cincuenta mil florines holandeses o su equivalente en moneda española o alemana. Comprendo que siempre es mal momento para pedir. Me consuela pensar que pido lo que es mío, nuestro mejor, y que fue pactado y refrendado por tu abuelo, el emperador Maximiliano. Si la palabra de un Austria va a misa, como dicen, ha llegado el momento de comprobarlo.

Dije tan largo exordio de corrido, prevalecido de hacer valer una propuesta que era justa. Fernando se removió en su asiento, Ana estaba muy seria, Isabel pálida y el elector sajón, jugando con sus dedos, un punto entre jocoso y mustio.

—Te has expresado de manera cabal amén de justa, querido Christian —dijo al fin mi cuñado—. Qué más quisiera yo que disponer de oro abundante y plata sobrada. Lo poco que queda en nuestras arcas se emplea hoy en pagar a las tropas mercenarias que guardan las fronteras húngaras en Corintia y Estigia de la embestida turca, que se supone próxima. Los movimientos de tropas otomanas por allí son constantes y van a más. Nuestro hermano, el emperador, ha provisto y armado un ejército que acudiría a socorrer nuestras fronteras, en realidad europeas, con los turcos de Solimán el Magnifico, el ambicioso y despiadado sultán de la Sagrada Puerta. El día que solventara aquel peligro podría pagaros.

—No podemos esperar tanto —aduje—. Adelántanos algo a cuenta de la deuda. Bastaría con veinte mil florines. Hablo de una cantidad que es perentoria, precisa para los gastos diarios y afrontar ciertas deudas —insistí elevando la voz, claramente molesto, pues si algo me incomoda es ser un pedigüeño.

—Créeme que compadezco vuestra situación… —dijo Fernando.

—No queremos compasión —saltó Isabel—. ¡Exigimos lo que es nuestro!

La tensión subió de tono. Fernando de Habsburgo estaba pálido. Se palpaba en el ambiente el resquemor.

—Ni puedo tolerar exigencias ni estáis en disposición de plantearlas —aseguró el archiduque con voz firme.

—¡Exigiré y plantearé lo que estime oportuno! —chilló perdidos los estribos Isabel—. ¡Soy Isabel de Austria, tu hermana mayor, tan Habsburgo como tú y con la misma sangre de los reyes de España!

Desde el salón contiguo la gente nos miraba. Al silencio palpable siguió un temblor de origen vítreo: era Isabel, que hacía vibrar su copa pasando sobre el borde un dedo humedecido en vino. El resultado era un sonido agudo, casi hiriente, de protesta muda pero reverberante, algo completamente nuevo para mí. Habló por fin su hermano. Lo hizo despacio y con la voz más grave de su repertorio:

—Siento tener que decir esto, pero me habéis puesto en el disparadero. Es verdad que no tengo el dinero, pero podría buscarlo. La verdadera causa de mi negativa, que sé comparte nuestro hermano Carlos, es vuestra relación con el hereje. Al reconocer la doctrina de Lutero os apartáis de nuestra familia, católica de siglos. Además, sumiéndose en una indignidad que soy incapaz de comprender, mi hermana, nada más exponer su caso ante la Dieta, tuvo la impensable desfachatez de llamar a un pastor luterano, Osiander, para que le administrara la comunión bajo las dos especies. Ello es lo que definitivamente me impulsó a denegar por el momento cualquier pago.

Isabel estaba rígida, contraída por la ira, muy pálida, extrañamente bella. Se iniciaba la triste carrera de reproches.

—Te imaginaba resentido por no haber logrado la Corona de Aragón al morir nuestro abuelo Fernando —dijo mascando las palabras, con voz tensa—, pero nunca un vulgar espía, entrometido fisgón de las vidas ajenas.

Ahora fue Fernando el que hubo de encajar el golpe. Trincó los labios. Su lividez resaltaba aún más las pronunciadas aristas de su rostro.

—No te sulfures, querida hermana, ni te obceques — dijo—; tal vez mi indiscreción la motive el cariño y haga las cosas por tu bien.

—Hace mucho que camino por mis medios, querido hermano. Sé perfectamente dónde está el bien y me propongo encontrarlo.

—Confío no te quemes en el intento y ardas en el purgatorio por mil años —dijo Fernando apretando los dientes.

—Los que espero coincidir allí contigo, papista intolerante.

—¿Qué me has llamado? —dijo Fernando levantándose, blanco como nieve nunca hollada.

—Por hoy creo que está bien —dijo interrumpiendo y pausando las palabras el príncipe elector—. Habíamos dicho que nada de religión.

—Suscribo las palabras de tío Federico —dije tratando de poner paz.

Miré a Isabel. Parecía una leona defendiendo su caza: la gacela que mordisqueaban sus cachorros. Me había protegido con uñas y dientes, era más brava mirando por Dinamarca que una noble de Selandia y ahora pensaba haber descubierto algo por lo que luchar, una fe, equivocada o no, en la que creía. La fe mueve montañas.

—Si no me equivoco, a Isabel de Austria, la reina de Dinamarca y Noruega, le duele la cabeza —añadí—. Ha sido un placer compartir con vosotros la mesa. Los herejes se van.

*

—¿En qué piensas?

Isabel apoyaba su cabeza en la almohada después de amarnos, los ojos muy abiertos, las manos tras la nuca mostrando las axilas, mares de vello denso y aromático que adoraba besar, acariciar, hundir mi boca en ellos. Era un gesto frecuente, abstraído, como si, estando allí, en realidad visitara otros mundos lejanos con su alma.

—Nos hemos equivocado y quisiera conocer cuándo, cómo y dónde —dijo.

—Olvídalo.

—Lo intento, pero no puedo. Es algo que me persigue, que me llena la cabeza día y noche. ¿Fueron tus amores con Dyveke? ¿Lo ocasionaron Sigbrit y sus consejos? ¿Ocurrió por causa de tus errores suecos? ¿O tal vez fui yo misma al irrumpir en tu vida contra tu voluntad?

—Pchiss… —dije sellando su boca con mis dedos—. Duerme, mi vida. Serénate… Tú eres la causa y el origen de todo —sostuve—. De ti emana la virtud y el amor, la sapiencia, la alegría y el gozo. Empecé a vivir el día en el que comprendí que ya te amaba. Eres lo mejor que me ha ocurrido nunca. Moriría si me dejaras o te pasase algo… —aseguré aspirando su aroma, pegándome a su cuerpo desnudo.

Temblaba como los visillos que la brisa hacía oscilar en la ventana de jambas entornadas, igual que la llama de la bujía cuando penetra el céfiro, lo mismo que la vela del jabeque del Nilo puesto al pairo.

—Quizá fue la conjunción de todo ello —añadí al fin.

—Tiene que haber algo más —sostuvo ella—. Hay reyes que asesinan a sus padres o hermanos por sus manos o a través de sicarios, príncipes deshonestos que mancillan a vírgenes, monarcas que prevarican, roban, maltratan o se deshonran y no ocurre gran cosa… Para mí que es el hado quien nos ha abandonado, el mal de ojo que algún mago maléfico ha esparcido sobre ti o sobre mí, algún conjuro mágico. Todo se vuelve en nuestra contra.

—Ya pasará, mi amor. Tenemos salud, estamos juntos, poseemos tres preciosos hijos, nos amamos…

—Quise agotar los últimos cartuchos y vine ilusionada a la Dieta de Nüremberg —siguió ella como sin escuchar. ¿Qué encontré? Prevención, incomprensión, indiferencia…

—Déjalo.

—Dinero… —continuó—. Así pierdan su maldito oro en contiendas estériles, se les indigesten sus agrias comilonas de treinta platos o les contagien las coimas que frecuentan el mal napolitano.

—El rencor no es buen consejero, mi tesoro —dije.

—Perdóname. Por un momento olvidé quién soy. No tengo derecho a rebelarme. No es mi forma de ser y tú lo sabes. Volveremos a Sajonia con las manos vacías y empezaremos de nuevo otras batallas.

Volvimos en efecto a los dos días, a la sueca, sin despedirnos de Fernando y de Ana por temor y para evitar otra trifulca. Malo cuando el resquemor es fratricida. Por todo el Imperio corrió la especie de que Isabel de Austria y su hermano Fernando se habían indispuesto gravemente. En el sur de Alemania se frotaban las manos y en el norte lo celebraban entre brindis. Para muchos fue un hecho heroico. Lutero escribiría, poco más tarde, que «los daneses no deberían olvidar que la reina Elisabeth reconoció sin temor el nuevo y verdadero Evangelio, por el que incurrió en la ciega cólera de sus parientes más cercanos. De haberlo negado, es posible que hubiera hallado la comprensión, la ayuda y el apoyo del mundo».

Ya en Wittenberg, con el sostén de Federico de Sajonia que nunca nos faltó, Elisabeth quiso agotar las penúltimas posibilidades de ayuda a mi causa y escribió a sus hermanas María, la reina de Hungría, y Leonor, su compañera de juegos infantiles, reina viuda de Portugal, que vivía en España. María contestó a vuelta de correo que hasta el último céntimo de cobre lo empleaba en la guerra contra los invasores turcos, y Leonor, en un gesto loable, enviaba

una bolsa con ducados españoles equivalentes a mil florines y prometía enviar otro tanto desde que pudiese reunirlo, pues el dinero, aseguraba, era su punto flaco. La posdata a su carta era entrañable:

«Mi pequeña y querida Ysabeau, hasta aquí llegan los rumores de tus andanzas teológicas. Dios, que nos ve, sabe de la belleza de tu alma. Nada te importe lo que diga el mundo si tu conciencia está tranquila. Yo, por mi parte, jamás te juzgaré. Tuya hasta la muerte, Leonor.»

Toda una tarde lloró sobre la carta mi adorada. Enjugué sus lágrimas con mis besos y besé sus manos. Un paseo a la orilla del Elba terminó de sosegarla. Aquella noche, en la agradable sobremesa con Federico el Sabio, volvió a surgir el tema de la recuperación de nuestro trono. Federico nos tenía reservaba una sorpresa.

—Esta mañana regresó de Copenhague un emisario que envié no hace mucho, sin decíroslo —dijo mi tío—. Llevaba una propuesta que el rey Federico I, por medio de mi hermana Cristina, la reina madre, ha aceptado: un encuentro de conciliación a celebrar en Hamburgo a finales de abril entre una delegación que él enviará a aquella ciudad y otra que mandareis vosotros.

—¿Qué se planteará en dicho encuentro? — preguntó Elisabeth.

—No lo sé —respondió el elector—. Eso será cosa vuestra. Hablar siempre es bueno. Hay muchas soluciones. Quizá llegar a un acuerdo para volver a la Corona dentro de un tiempo, hacer un plebiscito, consultar a la nobleza o repartir los reinos: Dinamarca para vosotros y Noruega para él.

—La idea es buena y te la agradecemos de verdad — dije—. Enviaré a mis delegados, pero no admitiré otra solución que no sea la de la restauración de la corona sobre nuestras cabezas.

—Creo que te equivocas —dijo Federico—. Hay veces que es bueno ceder para luego, una vez en el trono, apretar las tuercas al contrario hasta hacerlo crujir. Y te lo dice un viejo.

Tenía razón pero pudo más, lo reconozco, mi soberbia. Envié una carta a Mogens Goeye, quien se hallaba en Bruselas tras escapar a última hora del cerco a Copenhague, para que con tres leales más se desplazara a Hamburgo. Mis instrucciones eran concretas: únicamente se negociaría mi restitución al trono, la forma, tiempo y lugar en el que me sería reintegrado el cetro. Como muestra de mi magnanimidad, no habría represalias. Convocaría al Rigsraad y

daría nuevas libertades al reino. La Reforma, tímidamente implantada, se reforzaría. Federico sería nombrado virrey de Noruega y vería ampliadas sus posesiones y sus prerrogativas. Sabía que desde mi posición de debilidad aquellas pretensiones era utópicas, pero quise ser imperativo hasta el final. Enseñé la carta a Isabel y la aprobó.

El 27 de abril de 1524 tuvo lugar en Hamburgo la reunión conciliatoria. Resultó un completo fracaso. Cada delegación expuso sus tesis enfrentadas sin resultado alguno. Fue Federico el que me prometió perdón, el insolente, por haber osado oponerme a su ejército. Al menos tuvimos la satisfacción de abrazar a Mogens, quien nos traía las nuevas. Isabel, muy emocionada, saltó a los brazos del valiente vasallo y lo cubrió de besos. Goeye se postró ante ella y le besó la alforza del vestido:

—Por reinas como vos, señora, vale la pena luchar y morir —dijo.

Tuvimos una cena muy agradable en palacio, a la que no asistió el príncipe Federico el Sabio que se hallaba de caza. En ella Mogens nos contó los pormenores del asedio, cómo los ciudadanos de Copenhague, los *köbenhavnere*, resistieron en precario pues faltaba de todo, la heroicidad de los defensores que se batieron casa a casa y el asalto final. Los más caracterizados, temerosos de ser ajusticiados, capitaneados por Goeye, se abrieron camino a machetazos en medio de la noche, capturaron una lancha del rey espurio y, en ella, a favor de las sombras, cruzaron el estrecho del Öresund llegando a Malmö. Luego, en un galeón mercante que pasaba a Roterdam, camuflados en las bodegas ante el posible abordaje para inspección de algún navío de guerra, se trasladaron a Flandes. Ya allí supieron que estábamos en Alemania.

—¿Cuántos sois? —pregunté.

—Doce.

—¿Y cómo os defendéis? ¿Tenéis dinero? —preguntó Elisabeth.

—Pudimos escapar con algo de oro y plata —dijo Mogens—. Pero allí trabaja cada cual en lo que se le ofrece. Flandes no es mal lugar para encontrar trabajo con dos manos dispuestas.

—Nos veremos allí pronto —dije.

Y fue así. La situación en Sajonia se había vuelto imposible para nosotros. Había pedido pequeñas cantidades a distintos usureros y todos se abalanzaban sobre mí agitando de manera indecente sus pagarés con ambas manos. Pude hacer frente a algunos con el

socorro que Leonor enviaba desde España, pero todo se hacía insuficiente. Tampoco podía permitirme volver solo y dejar a Isabel y los niños abandonados a la caridad de mi pariente, por muy buen y sabio anfitrión que fuese. A mediados de mayo, en una carroza que galantemente nos cedió el elector Federico, nos desplazamos a Malinas donde se encontraba Margarita. Justo un año después regresábamos a nuestro hogar ocasional. Margarita nos recibió con calor y fue de agradecer. Hans y las pequeñas, que la recordaban, brincaron a su cuello como cabritillas en busca de las ubres maternas. Emocionada, la gobernadora de los Países Bajos se deshizo en lágrimas.

5

Fortaleza de Kalundborg, diciembre de 1558

En el cementerio de la aldea de Nostrup, tras la iglesia de ladrillo rojizo y torres almenadas que se alza en la colina sobre el mar, hay una tumba de piedra gris rodeada de cipreses. Es una fosa más, humilde, de cualquier lugareña que pasó a mejor vida dando poco trabajo a los sepultureros, que no tuvieron que esforzarse para cargar el féretro pues es de las primeras entrando a la derecha. La descubrí de manera casual, no hace mucho. Me consuela vagar entre las tumbas, admirar las esculturas y las cruces, leer los epitafios de las lápidas, computar los años que vivió el difunto y calcular el tiempo que me queda. Paseando por el aseado camposanto, entre flores, parterres de lavanda aromática, hojas de menta y nogales silvestres, me hago la idea de lo agradable que debe ser descansar de una vez, reunirme con el ser que más amé en la vida. Fue la segunda vez que pasé ante la tumba cuando descubrí la inscripción: Isabel Svendrup Aulaga. Se trataba sin duda de la hija de un danés y una española, caso no muy frecuente salvado el mío propio. Aquella Isabel vivió algo más que mi Isabel, pero la fecha de su fallecimiento era muy similar: 17 de enero de 1527, sólo un año después de la desaparición de Isabel de Austria. Mi conmoción fue grande, pues al sentimiento trágico que nunca me abandona se sumaba la extraña coincidencia. Rara es la semana que no bajo a rezar ante la lápida de esta otra Isabel, tan alejada de la original que se halla en Flandes pero tan próxima en el alma. Una tarde, cuando ya me iba tras dejar unas flores y enhebrar las pocas oraciones que recuerdo, escuché a mi espalda unas pisadas. Me volví. Un muchacho moreno, de pelo ensortijado y grandes ojos negros, me miraba curioso. Tres pasos detrás de él, una mujer de unos treinta años portaba en las manos un ramillete de flores silvestres. Era el vivo retrato de su hijo.

—¿No se habrá equivocado de tumba, señor? Ésta es la de mi abuela dijo el chico.

—Sólo rezaba… —respondí.

—¿Es usted el que trae flores a mi madre? —preguntó la mujer.

No contesté. Sólo admiré el color agradable de su cutis, el brillo de su mirada negra como carbón de encina y los rizos que, saliendo de un pañuelo sobre la cabeza, ondeaba la brisa.

—Ya veo que sí —dijo—. Gracias. Pero quisiera saber, si no es mucho pedir, a qué debo sus oraciones y generosidad.

—No rezo por su Isabel, sino por otra de igual nombre y parecida edad. Su madre era española, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Porque mi Isabel también lo era. ¿Cómo es que vino a parar aquí su madre?

—Es largo de contar.

—Tenemos tiempo —dije para animarla.

Todavía pensó antes de hablar. Calcularía quizá quién era yo o la clase de bicho extraño a la que se enfrentaba. Se decidió por fin.

—Mi padre, un pescador de Kalundborg, naufragó hace ya muchos años frente a las costas españolas del Cantábrico. Lo acogieron unos pescadores tan humildes como él. Conoció allí a mi madre, se enamoraron y, después de ciertas peripecias que no es tiempo de contar, se la trajo con él tras casarlos el cura de la aldea, pues de otra forma los padres de Isabel, mis abuelos españoles, no consentían en dejarla partir. ¿Y su caso, señor? ¿Quiere contarlo? Posiblemente le consuele.

—Lo mío es cuestión de reyes y de reinas, de emperadores, batallas, dotes no pagadas, traiciones, cárceles y promesas rotas. Hay también cuestiones teológicas, pero eso es otra historia.

Me observaron como a un loco escapado de algún penal del limbo, dieron un rodeo a la tumba mirando de soslayo, dejaron sobre la losa yerta los lirios, amapolas y flores amarillas que traían y desaparecieron. Todavía, antes de escabullirse, se volvieron inquietos y clavaron en mí el dardo asustadizo de sus ojos brunos. Al regresar a la fortaleza donde purgo mis pecados en semilibertad me esperaba una visita: Henrik Tornekrans con sus ropas de fraile. Estaba allí, sentado en el poyo de piedra de la entrada, junto a una mula torda. Parecía que la vida había resbalado por su piel pues se veía lozano, de un color excelente, igual que siempre. Tornekrans, buen amigo, monje benedictino, es uno de los religiosos concelebrantes de mi boda que todavía viven, el último abad católico del monasterio cisterciense de Sorö, bella localidad no muy lejana. Cuando me vio llegar se levantó solícito.

—Majestad —dijo tratando de besarme la mano.

—Es un placer verte, Henrik. Me alegras lo que queda de tarde. ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a despedirme. Parto del reino, majestad.

Pensé en pedir a mi cancerbera que me hiciese la caridad de preparar un té con pastas de mantequilla, de su propia cosecha, para invitar al clérigo. Como si me adivinase el pensamiento, ya estaba dispuesta la infusión en el saloncito cuyo ventanal se abre al fiordo. No faltaban las flores ni el candelabro con su vela encendida y un fuego nuevo crepitaba en la chimenea de leña. Nos sentamos. Me lo quedé mirando. Mi invitado era un hombre al menos veinte años más joven que yo, de barba gris, atractivo y risueño.

—¿Dejas entonces tu hermoso monasterio? — pregunté.

—Soy el último monje, majestad. Y un monasterio precisa más de un fraile para sobrevivir.

—¿Y los demás?

—Tras la secularización quedamos los quince que renunciamos a cambiar de regla. El nuevo monarca nos permitió seguir allí pero enclaustrados, manteniendo el culto católico sólo para nosotros. Unos han muerto, otros se han aburrido y el resto ha claudicado.

El monje merendaba con gusto. Se veía inquieto. Recordé aquella vez que visité con Isabel su preciosa abadía, el claustro, las tumbas de reyes y arzobispos y el lago circundante. Casi saboreé de nuevo el pato asado con que nos obsequiaron.

—Tú vienes a algo más que a despedirte —dije—. Suéltalo ya.

—Siempre fuisteis sagaz, majestad. Siendo franco, me mataba la curiosidad por saber si habéis abrazado las nuevas doctrinas, como dicen. Perdonad…

—No sabría responderte —contesté—. Sabes que nunca fui muy religioso. Y ahora pregunto yo: ¿por qué te mantuviste firme en tus creencias en un medio hostil? Podías haber salido de la orden, engrosar el clero luterano que cobra de las arcas del reino o haberte casado. Eres un hombre apuesto…

—Nada de ello me tentaba, majestad. Siempre seré fiel a Benito de Nursia, nuestro santo padre fundador, y a María, la santísima virgen que lo inspirara. Por ello mantuve contra viento y marea sus imágenes y la regla del Cister. Cuando, no hace tanto, me ordenaron encalar las paredes de mi templo comprendí que sobraba y que mi puesto está en otro lugar.

—¿Y adónde vas? —quise saber.

—Hay un monasterio benedictino muy cerca de Edimburgo. Allí me esperan.

*

Pasamos tres semanas inquietas en Malinas. Margarita, atenta, servicial, nos dedicaba el poco tiempo libre que le dejaba su trabajo de Gobernadora. Pero hubo roces. La convivencia estrecha nunca ha sido fácil. Hay un dicho italiano que escuchamos en Mantua y que define el caso mejor que cien discursos: *Le òspiti sono come gli pesce: dopo tre giomi puzza.* Y nosotros no queríamos oler a los tres días, como el pescado pútrido. Una noche hablé con ella en soledad.

—Sabes que agradecemos lo que haces por nosotros, querida Margarita. Pero vemos que sobramos aquí y en todas partes. Nos pasó en Londres, Berlín y Sajonia.

Ella callaba mientras dibujaba con un dedo encima de la mesa extraños signos.

—Sé que jamás podré cobrar el resto de la dote de Isabel —añadí—. Cuando no es una guerra es un asedio, una batalla naval o una contienda en las chimbambas. Por ello te propongo una cosa: páganos poco a poco. Quinientos florines mensuales y una casa bastarían para ir tirando con dignidad hasta que pase la tormenta.

—No es mala solución —dijo después de pensar un momento—. Es una cantidad discreta que podré distraer del presupuesto sin llamar la atención de mi sobrino Carlos, siempre a la cuarta pregunta u olisqueando la plata como un hurón hambriento. Dame un poco de tiempo y os conseguiré un lugar cómodo y apacible donde estéis a gusto.

Comenté el caso con Elisabeth y aprobó mi idea. También ella estaba un poco incómoda. En tres semanas, a finales de junio, nos trasladamos a la vecina ciudad de Lier, casi a tiro de piedra de Malinas, a mitad de camino hacia Amberes. Nuestra vivienda era el viejo y espacioso palacio de un marqués arruinado que Margarita había conseguido a buen precio. Contaba con dos plantas, más de veinte habitaciones, salones comunicados y hasta uno para música. Había tanto sitio que podíamos acoger, temporalmente, a nobles y aristócratas que huían de Dinamarca o venían a visitar a sus reyes en el exilio. En dos pabellones que se hallaban en el precioso parque, también amplios, se instalaron algunos de mis colaboradores con sus familias, caso de Mogens Goeye. El palacio de Lier se convirtió en la pequeña Dinamarca flamenca, una corte danesa en miniatura donde nos reuníamos para conmemorar las fechas grandes: el día de mi coronación o el de nuestra boda hacía

ya diez años.

Aquel verano, invitados por Margarita, pasamos cinco semanas en la playa de Ostende, comiendo mejillones y tomando los baños. Fueron jornadas plenas de cariño conyugal, de gritos infantiles y de planes de futuro que, muy pronto, iban a truncarse para siempre. Hacer planes de futuro, diseñar lo porvenir, intentar regatear al destino… ¿Habrá algo más pueril y fantástico? Pendemos de un miserable hilo de seda que se quiebra al menor de los soplos. Un triste tropezón, una caída al resbalar paseando por el bosque, la tisis galopante, el cólico miserere y adiós con nuestras ilusiones y quizá con la vida en breve plazo. Yo, pobre de mí, pensaba en recuperar el favor del emperador —exultante esas fechas pues se había prometido con su novia y prima portuguesa—, armar un poderoso ejército, aplastar al usurpador Federico y echarlo de mis reinos. En lugar de ello vino a visitarme la peor de las lacras, la más cruel, la que en poco más de un año iba a robarme el amor de mi vida, mi pasión, mi ilusión, la razón de mi ser y existencia. Cuando regresamos a Lier, a primeros de septiembre, Ysabeau lo hizo con mal color, pálida la piel antes sedosa y nacarada, macilenta. Había perdido tres libras a pesar de tener apetito y comer bien.

—¿Qué tienes, mi tesoro? —pregunté una noche sin luna—. Llevábamos sin amarnos una semana, cuando solíamos hacerlo casi a diario.

—No sé lo que me ocurre, cariño —dijo—. Siento cierta flojera que me cansa con sólo cuatro pasos. Me siento triste. Me duele la cabeza con más frecuencia que antes. He perdido las ganas de… ya sabes. No dije nada por no preocuparte.

—Preocupación es poco —dije—. Mañana sin falta iremos a Bruselas o a Amberes, según nos aconseje Margarita. Tiene que verte un físico.

La gobernadora nos aconsejó un médico judío que ejercía en Amberes. Tenía fama por la seguridad en los diagnósticos y la eficacia de sus tratamientos. Buscamos su consulta en uno de los callejones de la trasera de la catedral, frente al Escalda. Nos atendió enseguida. Reconoció a Elisabeth minuciosamente, examinándola de arriba a abajo, palpándole la tripa y escuchando sus pulmones con la trompetilla.

—La señora padece un cuadro melancólico clorótico agravado por una deficiente excreción de los humores, la bilis en este caso —aseguró—. Su sangre está debilitada. No tiene fiebre, dato interesante pues descarta la invasión del cuerpo por miasmas

contagiosas o ciertas pestes. Deberá comer abundante verdura y hortalizas, carnes que no sean de caza y mucha fruta. Los baños de sales ferruginosas van bien en estos casos, pues el hierro potencia el organismo y lo ayuda a criar sangre fuerte, más pura y densa.

—¿Hay por aquí algún balneario de esas aguas? — pregunté.

—El más acreditado es el de Aquisgrán, ciudad no muy lejana — aseguró el físico.

Volvimos a Lier más tranquilos. Conocer el diagnóstico nos tranquilizó a los dos. El galeno parecía seguro de su dictamen y nos transmitió calma. En su meticulosa exploración no había detectado tumores, afecciones extrañas ni trastornos graves. Regresamos en un landó que había alquilado para ella, para que viajase más tranquila y cómoda. Íbamos contemplando el paisaje, algo más ondulado que el danés, de árboles diferentes, muy poblado de animales y gentes. En los reinos del norte puedes pasar un rato cabalgando sin ver un alma y allí se congregaban vida y color: labriegos cultivando sus huertos, vacas pastando, campesinas manejando la hoz, bueyes arando y leñadores dando un trago de vino junto al montón de leña. Pasamos junto a una colina sembrada de chopos y álamos habitados de pájaros. Ríos y arroyos salpicaban la tierra. Junto a una alberca, unos lugareños quemaban rastrojos de la última cosecha. Isabel parecía abstraída, melancólica, la mirada perdida. Me dio por pensar que recordaba mi turbulento pasado.

—¿Estás bien?

—Me encuentro ya mejor. Gracias.

—Jamás podré pedirte suficiente perdón por aquello… Me siento rastrero y ruin tan sólo al evocarlo.

—¿A qué te refieres?

—A qué ha de ser.

—Aquello… ¡Bah! No pensaba en Dyveke. La pobre tuvo muy mala suerte: nos enamoramos las dos del mismo hombre. Pensaba en mí y en lo que me sucede.

—Me nubla la razón la idea de que puedas enfermar, de perderte —dije.

Giró el cuello y me miró con sus ojazos líquidos que la incidencia de la luz volvía de color indeciso con arreglo al momento: melocotón maduro, agua de lluvia, miel silvestre, polvo de almendra.

—Me haces dichosa —dijo—. Acerté al casarme contigo. Los

matrimonios de estado no suelen salir bien. Pude haber caído con un prusiano, un francés, un holandés o un italiano y vine a dar contigo, el mejor de los hombres.

Le besé las manos y apoyé mi cabeza contra su regazo. El vaivén del camino nos empotraba a veces el uno contra el otro.

—¡Ah! Los viejos carruajes… —dije—. Yo haría obligatorio el uso de ballestas.

—Me enamoré de ti como una tonta —siguió ella sin oírme—. Nadie más feliz que yo. Me hiciste reina, conocí de tu mano el placer y me envolvió en su magia el amor verdadero, el que es renuncia. Amar… Amar es lo más grande. Infortunado quien pasa por la vida sin pasión, sin sentir el latido en las sienes que produce el amor. Quien no ama es como quien no nace.

Quien no ama es como quien no nace. Todavía resuena en mi cerebro aquella frase. Nos besamos lo mismo que la primera vez, asustados de nuestro privilegio. No me importaba la Corona ni el cetro. La tenía a ella, que valía más que cien imperios juntos. Y sobre todo estaba sana: sus pequeños problemas podrían superarse con unos simples baños, hortalizas hervidas, peras y manzanas, frambuesas, las frutas del bosque que ella amaba.

Lo organizamos para acudir a Aquisgrán a primeros de octubre. Margarita nos cedió una carroza y nos dio la dirección de la mejor casa de baños, pues había varias. La Aquae Grani romana debe su fama a la existencia de diversos manantiales de aguas termales de efectos salutíferos y composiciones diversas: sulfurosos, ferruginosos y salinos. Nos instalamos en un viejo caserón que olía a pintura reciente y moho antiguo. Hablando de antigüedad, supimos que Carlomagno había tomado idénticas aguas que Isabel pues según buenas lenguas era artrítico. Un físico que usaba bata gris y gorro frigio atendió a mi mujer con mucho miramiento y prescribió las dosis a ingerir del agua recién salida del manantial: siempre antes de la ingesta, un vaso de cristal de buen tamaño. El resto del tratamiento era una dieta estricta y dos baños al día en el agua caliente que olía a hierro. La inmersión en el líquido humeante se hacía en bañeras de piedra —me aseguraron que alguna era romana —, con el paciente desnudo y la supervisión de una enfermera, si era mujer, o de un sanitario si el enfermo era varón.

Fuera de sus sesiones terapéuticas Isabel leía, me contaba sus lentos progresos —ahora sé que ilusorios— y sobre todo hablábamos. Siempre había algo nuevo sobre su infancia, anécdotas que no me había relatado, sucesos hilarantes de su niñez cercana

que recordaba de repente y provocaban nuestro regocijo traducido en carcajadas torpes, desternillantes. En realidad seguía siendo una niña a sus veintitrés años. Le gustaba jugar a las adivinanzas, tratando de averiguar cómo sería la vida de aquella dama gruesa de peluca postiza que nos cruzábamos, siempre a la misma hora, en el sendero de gravilla que llevaba al kiosco de la música; pretendía averiguar, por la forma de la nuca o el gesto desabrido, el carácter de tal o cual varón de aspecto aristocrático; o saber si aquella delgaducha pelirroja que comía enfrente de nosotros, una alemana de pronto áspero, se entendía con el administrador del balneario, un bávaro alegre, siempre de buen humor. Aquel balneario de Aquisgrán era un pequeño mundo.

Mes y medio estuvimos en él y ya creí que el universo se me venía encima. Isabel mejoró levemente o sería la ilusión. Ganó media libra y sus dolores de cabeza, sin llegar a desaparecer, se hicieron más llevaderos. Al regresar a Lier hubo tres días en que se sintió bien. Yo estaba como loco, pero era un espejismo: fue el resultado de la visión de nuestros hijos saltándole al cuello todos a la vez. La adoraban. Era curioso e instructivo al tiempo: colocabas a los tres frente a sus padres, a igual distancia, los sujetabas azuzándolos lo mismo que la jauría enjaulada de perros a la vista de una perdiz roja, los soltabas al tiempo y todos corrían hacía Isabel, brincaban a su cuello, se abrazaban a su cintura o a sus piernas. Jamás me molestó tal preferencia. Lo entendía. Lo encontraba natural. ¿Preferirme a mí, viejo ya a los cuarenta y cinco años, antes que a aquel ser de otra pasta, un arcángel celeste en forma humana?

Las Navidades del 24 fueron tristes. La Nochebuena, que Ysabeau celebraba de manera especial por herencia materna, se empañó a causa de una melancolía que se agudizó en aquella fecha pero que ya venía arrastrando. No tuvo ánimo para preparar y adornar el belén igual que siempre: la cuna del niño Dios, las figuras de María y José custodiándola, el buey, el burro, los pastores cuidando una oveja y dos cabras, los tres Magos de Oriente, Melchor, Gaspar y Baltasar arrodillados ofreciéndole oro, incienso y mirra y el ángel del Señor guiando a la estrella, algo que jamás faltaba en nuestras navidades. Me pasé la mañana mitigando su dolor de cabeza con masajes y la tarde leyendo para ella episodios de la Biblia en danés que, pocos días antes, había traído un emisario desde la imprenta del librero Plantin, el mejor de Flandes, que editaba en Amberes. Era tal su malestar que hube de suspender la cena que había preparado para nuestros compatriotas

más íntimos, dos docenas de nobles daneses escapados de las garras de Federico I y fieles a su rey. Mejoró algo y pude cabalgar con ella varias tardes. Pero no era la misma. A fin de año le apareció cierto picor que asolaba su piel. La consolaba que le rascara suavemente con las uñas, sobre todo la espalda. Ella disfrutaba aliviada de aquel prurito incómodo y yo me trasladaba al séptimo cielo, pues su dermis era delicada como la de las náyades y el aroma que desprendía propio del paraíso. Tras la Epifanía arreciaron los dolores de cabeza y el enflaquecimiento. Fue en febrero cuando empecé a preocuparme seriamente.

—No me encuentro bien —dijo una mañana.

—No me asustes, mi cielo ¿Qué te pasa?

—Llevo varias semanas con una sed que arrecia. Cuanto más bebo, más sedienta me siento. Y luego las constantes ganas de orinar. Es cómo si tuviese un grifo abierto allí abajo: trago un vaso de agua y al instante debo correr al baño. Y todo ello con el cortejo habitual de la cefalea y la falta de fuerzas.

—Esto no puede ser. Tenemos que averiguar lo que te ocurre. No es desde luego ninguna melancolía clorótica ni hay problemas de sangre pura o impura, como decía el médico de Amberes. El tratamiento de aquel físico no sirvió para nada. Hay que hacer algo.

Me moví con rapidez, inquieto, pues me parecía que de no hacerlo perdería a mi mujer. Era un presentimiento que asolaba mis días y convertía mis noches en un perenne y sobresaltado duermevela. Había perdido ya tres reinos, ¡pero ella no, Señor!, suplicaba en mis rezos. Me acerqué a Bruselas, que contaba con afamada universidad de medicina, y un profesor de anatomía me habló de Günther de Andernach y de Jacques Dubois, por sobrenombre *Silvio*, doctos médicos que habían sido maestros suyos, que enseñaban en la Sorbona y ejercían en París.

A la vuelta pasé por Malinas e informé a Margarita de Austria sobre el caso. Se quedó atónita.

—Pensé que la pequeña Ysabeau se habría repuesto por completo en Aquisgrán —dijo—. Cuenta conmigo si deseas trasladarla a París. Puedo disponer para vosotros un carruaje cómodo.

—Precisamente vengo por eso. ¿Conoces allí a alguien?

—Por supuesto. Están el rey Francisco y su reciente esposa Leonor, la hermana mayor de Isabel. Pero el momento es malo pues las relaciones entre España y Francia, siempre tensas, van muy mal.

La pugna por el norte de Italia llega a su punto culminante. Justo estos días se cumplen cinco meses del sitio de Pavía por las tropas francesas y un ejército coaligado de soldados españoles e imperiales se dispone a liberar el cerco.

—Escuché decir que el Condestable de Borbón se pasó no hace mucho con armas y bagajes a Carlos — dije.

—Exacto. Y el enfado de Francisco I es grande, pues se trataba de su general predilecto, el de más experiencia. Hace poco me tanteó en Bruselas el embajador francés para conocer mi posición, que no puede ser otra que de apoyo a mi ahijado según le dije. Es por ello que mi recomendación sería tal vez contraproducente. Si pudieses esperar unos meses…

—Imposible. La salud de mi esposa no puede esperar. ¿Por qué lo dices?

—Sé por mi ahijado que, viuda Leonor de Austria del rey de Portugal, juega con la baza de casarla con el monarca francés. Ya sabes que la fama de hermosura de Leonor es grande y que suspiran por ella reyes y príncipes.

—Puedo imaginarlo —dije no muy interesado en la política matrimonial de los Habsburgo, siempre inquietante—. En cualquier caso agradezco tu información — añadí antes de retirarme.

No esperé ni un día más. El 12 de febrero, al alba, partí para París y dormí en la capital de Francia dos días después. La ciudad, inmenso poblacho de irregulares calles y casas destartaladas en torno a la Bastilla, un castillo real, crecía a diario de un gentío variopinto que, desde los cuatro puntos cardinales, confluía en ella en perenne aluvión. Isabel, animada, se quedó en un bonito mesón a la orilla del Sena mientras yo localizaba en la Sorbona a los reputados físicos. Un cochero me llevó al magno edificio, antiguo centro de la cultura europea a la altura y de parecida antigüedad que los de Bolonia, Salamanca y Oxford. Era tal la avalancha de seres desvalidos y enfermos que llenaba sus salas de espera, que comprendí que ni en un año se vería atendida mi mujer. Me situé ante la sala correspondiente al doctor Andernach, la más concurrida. Al cabo de diez minutos concluyó mi paciencia, no pude más y me di a conocer. Entregué a un uniformado bedel, en sobre cerrado, una nota muy escueta con el ruego de que la hiciese llegar al médico. Decía en ella: Apreciado Dr. Andernach, Christian II de Dinamarca y su esposa Isabel de Austria desearían consultarle.

Fue mano de santo. El mismo bedel me introdujo en una sala en la que, en aquellos momentos, Andernach impartía ante un grupo

de alumnos una clase teórica. Explicaba los síntomas que padecía un tipo escuálido, en camisón de noche, quien escuchaba con gesto resignado. El enfermo tosía de vez en cuando en medio de la indiferencia general. Daba la sensación de que estaba en las últimas, a punto de entregar la cuchara de latón que, lo mismo que los demás pacientes, llevaba colgada de su cuello. El profesor me miró con curiosidad incrédula, interrumpió su docencia, pidió perdón al grupo de estudiantes, se aproximó a mí y, cogiéndome de un brazo, me llevó hasta un rincón.

—Debo entender que me hallo ante…

—Soy Christian II de Oldenburg, rey de Dinamarca y Noruega —dije en mi mal francés—. Es para mí un placer conoceros. Me envía Margarita de Austria, en el palacio de Malinas. Tengo de vos las mejores referencias de uno de vuestros alumnos, Gaspar Marimaud, de Bruselas.

—El bueno de Marimaud… ¿Y qué os trae por aquí, majestad?

—No vengo por mí sino para mi esposa, la reina.

—Perdonad, majestad, que no pueda atenderos en mi cátedra. Ya veis que menudea el trabajo. Dedico mis mañanas al pueblo llano y las tardes a los pacientes privados, como muchos médicos. Esta misma tarde, en mi casa, será un honor atender a su majestad la reina, si no me equivoco Isabel de Austria.

—Exacto. Isabel, la hermana del emperador, no se halla bien. Decidme a qué hora debo estar en vuestra casa y dadme las señas.

—Vivo y tengo mi consulta en la rue de la Huchette 19, en la orilla izquierda del Sena, frente a Notre Dame. Id a las seis en punto, majestad. Habrá varios pacientes. Os abrirá la puerta una enfermera. Decidle simplemente vuestro nombre: Christian.

Afirman que el dinero es importante, pero el nombre también cuenta y te abre puertas. Ocurrió como dijo. A aquella hora hice sonar la aldaba en su portón. La enfermera era alta, de bata y cofia blancas, con un fino bigotillo perfilando su labio superior. A la voz de Christian se abrió el zaguán y cayeron barreras. Por un largo pasillo que orillaba varias salas atestadas de pacientes, nos llevó a un pequeño gabinete decorado con gusto. Aguardamos exactamente dos minutos. Otra enfermera nos pasó a la consulta del doctor, que lo era por la Sorbona según rezaba un diploma enmarcado sobre su cabeza. Günther de Andernach era un hombre de complexión maciza, como un gran oso pardo de los bosques suecos, de rostro surcado por arrugas trabajadas a punta de cincel, ojos vivos, mirada

inteligente y entrecejo poblado. Podía recordar a un bosquimano de los que, dicen, pueblan la punta meridional del África.

—¡Qué gran honor, majestades! —dijo el clínico levantándose y ofreciéndonos asiento.

—Yo también me siento honrada de tenerlo como médico —dijo Isabel.

—Cuénteme desde el principio sus síntomas y los tratamientos que ha seguido, señora —pidió el físico—. Su majestad es muy joven…

Isabel, tras referir su edad, contó en voz alta y clara la historia de su padecimiento y tratamientos sin dejar nada atrás. El médico anotaba en un cuaderno lo que estimaba interesante. Al terminar se dirigió a ella.

—Bien… Bien, señora. Es importante disponer de una buena anamnesis y su majestad la ha expuesto con rara nitidez. Ahora, señora, deberé exploraros. Tendréis que desnudaros por completo detrás de ese biombo. Mi enfermera os ayudará. Avisadme cuando estéis preparada.

Mi esposa, obediente, hizo lo que ordenaba el experto galeno, un hombre de maneras corteses, con don de gentes, risueño, que infundía seguridad y confianza. No esperó mucho. En menos de un minuto se escuchó su cantarina voz.

—Cuando queráis, doctor.

—No es mi costumbre —dijo Andernach—, pero, si lo desea, su majestad puede pasar conmigo y contemplar mi trabajo.

—Tengo plena y absoluta confianza en vos —dije—. No obstante, que lo decida ella.

—Preferiría que me acompañaras, Christian —se oyó su voz de súplica—. De esa forma podría asirme a tu mano.

Pasamos tras el biombo. Me sorprendió su desnudo, bello como siempre pero descarnado, con las aristas óseas tratando de perforar la piel en ciertas partes. Andernach fue meticuloso, mucho más que el físico flamenco. Le palpó la cabeza e indagó con un espéculo dentro de los oídos, boca y orificios nasales; olió, metiendo casi la nariz, en sus fauces abiertas; miró las pupilas y tentó su cuello; pasó luego a su tórax, que tocó, percutió y auscultó, primero con el oído aplicado a la piel de la espalda, incorporándola, y después con trompetilla; se entretuvo muy poco en sus senos, que tanteó buscando tal vez minoraciones que no debió hallar; ya en el abdomen fue más prolijo: palpó superficial y luego profundo,

percutiendo por fin en todas partes; examinó y husmeó en el ombligo y, dándole la vuelta, apretó con dedos firmes las espinas que dibujan en la piel las vértebras; tras retornar al decúbito supino ordenó que separase bien las piernas y, luego de lavarse las manos, indagó con un dedo en su vulva y lo olfateó; movilizó sus muslos, piernas y pies y tanteó las rodillas.

—Ya va quedando menos, señora —dijo el físico—. Ahora póngase en pie, acompañe a la enfermera al retrete contiguo y orine en este frasco —añadió alargándole un pomo de cristal de boca ancha.

Isabel regresó al poco con la redoma semillena de un líquido ambarino, amarillo pajizo, que mostró orgullosa.

—Puede vestirse majestad —dijo Andernach.

Mientras ella lo hacía, él escribía en su cuaderno. Terminaron casi al tiempo. El galeno cogió el frasco que contenía el líquido excretorio, lo miró de trasluz, lo agitó suave y, en medio de nuestra admiración, dio un buen sorbo. Lo paladeó lo mismo que un catador de vinos de la Alsacia, faltándole nada más chascar la lengua. Luego de un silencio interrogante, digestivo tal vez, habló Günther de Andernach.

—La señora no presenta problemas cefálicos, auditivos, nasales o bucales; sus senos son normales lo mismo que el corazón, que late bien, con ritmo, al igual que los pulmones, que ofrecen un murmullo alveolar normal; el abdomen no presenta anomalías ni tampoco su aparato genital, que es inodoro y libre de flujos; las extremidades son normales y bien proporcionadas; la orina es dulce y de un color ligeramente pálido; ello, las rágades cutáneas sobre todo en la espalda, traductoras de un prurito que ocasiona el rascado productor de las mismas, la pérdida de peso, la sed y la melancolía referidas en la anamnesis, me inclina a emitir el diagnóstico de *diabainein.*

Vino un silencio espeso. De la calle llegaba el rumor de los carruajes y vendedores ambulantes.

—*¿Diabainein?* Jamás había escuchado esa palabra —aseguré.

—Es griega. Significa *atravesar.*

—¿Se trata de una enfermedad nueva? —preguntó Isabel.

—En absoluto, majestad, pero no es rara. Se conoce desde la antigüedad. El primero en mencionarla fue Aretes de Capadocia, en el siglo primero de nuestra era. Después hablaron de ella o la estudiaron Galeno en Italia, Rhaces en Damasco, Abulcasis en la

Córdoba califal y Avicena en Bagdad, poco después.

—¿En qué consiste, doctor? —preguntó otra vez mi esposa.

—El paciente tiene sed, aumentan sus micciones, crece el apetito, disminuye la libido, enflaquece, presenta frecuentes dolores de cabeza y le afecta un prurito molesto, un picor que invade todo el cuerpo y que va a más.

Isabel estaba muy pálida. Eran exactamente los síntomas que presentaba desde hacía varios meses.

—¿Qué causa la enfermedad, doctor? —quise saber.

—Lo ignoramos como casi siempre, señor. Por una dolencia cuya etiología conocemos, hay treinta en las que estamos in albis. Yo pienso que es un trastorno hepático, un disloque entre humores que hace que se elimine azúcar por la orina. Es como si el cuerpo rechazara lo dulce. Se sabe que la orina es producida y eliminada por el riñón, que hace de filtro. Tal vez la membrana renal se vuelva más permeable y se deje *atravesar* con más facilidad por el agua ingerida y por el azúcar que va en los alimentos.

—¿Tiene algún tratamiento? —preguntó Isabel con voz firme.

—Desde luego —afirmó Andernach —. Yo tengo mi propio método que no es definitivo, pero que, seguido atentamente, produce notables mejorías.

—¿Y en cuanto al pronóstico? —pregunté yo esta vez.

—Pronosticar en medicina es muy difícil. Odio pronosticar, pues casi siempre te equivocas. Sé, de mis cuarenta años de experiencia, que hay diferentes tipos de *diabainein*: la infantil, infaustamente grave y que conduce a la muerte, la juvenil, grave pero atajable cogida a tiempo y la del adulto, a partir de los cuarenta años, más llevadera. En general, la gravedad de la enfermedad y la edad del paciente guardan relación inversa.

Quedamos en silencio. Isabel, sentada junto a mí, me asió la mano. Temblaba y estaba húmeda del sudor.

—Les anotaré las pautas del tratamiento —dijo.

Mientras lo hacía las iba leyendo en alta voz:

«Prohibición absoluta de dulces de cualquier tipo, miel, repostería, bollos y bizcochos. Nada de vino ni de licores. Procurad un ambiente sosegado, pasear a diario, cabalgar si la señora gusta de ello y dormir nueve horas.

»Esto es todo, majestades —terminó.»

—Le estamos muy agradecidos por su gentileza en recibirnos de inmediato, doctor —dije—. Dígame cuáles son sus honorarios.

—Soy yo el agradecido por su confianza y por haberme elegido. Es pronto para hablar de honorarios. Teniendo previsto acudir a Ámsterdam este verano, procuraría pasar a visitar a la reina si me facilitasen la dirección. Entonces hablaríamos. Y hay otra cosa: se trata de un diagnóstico que, dada la edad de la paciente, comporta gravedad. Por ello, porque lógicamente estarán preocupados, he pensado que deberían consultar con otro médico.

—¿En quién había pensado? —pregunté.

—Jacques Dubois es catedrático de la Sorbona como yo, compañero y sin embargo amigo. Él me trataría si tuviese un problema.

—Curiosamente llevaba su nombre en mi cartera —dije—. Al parecer es conocido como *Silvio*.

—Silvio es su sobrenombre. Les daré una carta de presentación. Sólo les pido que, para no influir en él, no hablen de mi diagnóstico.

—Tal vez nos expresemos mal, pues desconocemos los términos médicos —dijo Isabel—. De hecho ya no recuerdo cómo se llama mi dolencia. ¿No sería mejor que le explicase usted mismo mis síntomas?

—No podría hacerlo, majestad. Desde Hipócrates, el padre de la medicina, los médicos nos juramentamos para no desvelar nada de lo que escuchemos, veamos o sepamos en el ejercicio de nuestro arte.

*

Salimos de allí con sentimientos encontrados, de alegría por saber al fin de qué iba la cosa y de preocupación, yo más que ella, al conocer el alcance de aquella afección de nombre extraño, tan silente como la carcoma e insidiosa como las serpientes. Fuimos dos días después a ver a Silvio, quien preguntó, reconoció y diagnosticó a mi esposa de un modo similar. Hasta el tratamiento fue calcado. Aquella noche cenamos en una taberna junto al Sena. Ajustamos la comida a las nuevas pautas. Isabel no tomó postre y yo, solidario, prescindí de la copa de licor que casi nunca faltaba en mis sobremesas. Paseamos a la orilla río. La noche parisina, estrellada y callada, era gélida. Nos sacudió el mismo escalofrío que nos unió en un abrazo compulsivo y tibio. Un mendigo tendió su mano ennegrecida, de dedos descarnados sobresaliendo en los rotos

mitones. Hurgué en el bolsillo de mi casaca, encontré una moneda de plata y se la di. El pordiosero la miró con aprensión, la mordió desconfiado y, bendiciendo su suerte, se perdió por las callejas de la orilla del Sena dando saltos. Las torres de Notre Dame, iluminadas por hachones de aceite, reflejaban en el agua del río su realidad gemela quebrada en mil pedazos.

Hubiésemos querido ver a Leonor, la reina consorte, pero las malas relaciones entre España y Flandes con Francia y la propia enfermedad de Isabel junto a su estado anímico, nos disuadieron de ello. Tampoco yo tenía excesivas ganas de conocer a Francisco I de Valois, un monarca cultivado pero despótico, que odiaba a mi cuñado Carlos y que, según vox populi, engañaba a su esposa con cualquier cosa con agujero que se moviese en el castillo de Fontainebleau. Dos jornadas tranquilas nos llevaron e Lier. Pasamos la primavera entre sobresaltos y disgustos. Sólo nuestros hijos nos procuraban alegría y paz, pues los tiempos no resultaban fáciles. Yo partía mi tiempo en atender a Ysabeau y conspirar. Con un grupo de fieles estudiábamos planes para derrocar a Federico, el rey intruso. El problema era que las negociaciones políticas costaban dinero, lo mismo que el mantenimiento de nuestra humilde corte, y la asignación no nos llegaba. Tuve que echar mano de distintos préstamos a través de usureros. En junio del 25 debía ya catorce mil florines. Los acreedores se manifestaban a la puerta del palacio de Lier blandiendo letras y abonarés de manera indecente. Hubimos de malvender la plata danesa que llevábamos, joyas pertenecientes a mi madre —regaladas a Elisabeth—, el solitario que le comprara en Copenhague y una diadema de platino y brillantes que había llevado en la cabeza la madre de mi mujer, la reina Juana de Castilla, perteneciente a su abuela Isabel la Católica.

La venta de esta antigua joya familiar nos causó un gran disgusto. Fui a Amberes, centro europeo de los diamantes, donde en el gueto hebreo se traficaba con las piedras más hermosas que circulaban por Europa. Hice el viaje solo, pues la reina pasaba un mal día. Ella, con lágrimas en los ojos, me había entregado la diadema a la vista de nuestra economía, tan maltrecha como su propio cuerpo. Me habían hablado de un comerciante judío que pagaba bien joyas usadas si eran buenas. Mientras el semita examinaba la gema provisto de una lente de aumento, me fijé en un collar de diamantes de un grosor similar pero de piedras menos puras y blancas que las nuestras, con impurezas visibles. Su precio era de veinte mil florines. Cuando me ofreció por el de Isabel cuatro mil estuve a punto de estrangularlo.

—¿Cómo tiene la desfachatez de ofrecer esa miseria cuando un collar muy inferior, como aquel —dije señalando— vale cinco veces más?

—Caballero —dijo sin conmoverse—, el negocio joyero es así. Una cosa es comprar joyas nuevas y otra muy diferente venderlas usadas.

Me indignó tanto que respondí levantando la voz:

—No soy ningún caballero: soy el rey de Dinamarca. Y la diadema perteneció a Isabel la Católica ¡La misma que los expulsó a ustedes de España en buen momento!

—Me es indiferente quién sea o deje de ser, señor, — dijo mirándome por encima de sus antiparras—. A mis abuelos los expulsaron de Inglaterra y a mis primos de Portugal. A un sobrino de mi mujer lo molieron a palos, no hace mucho, en un lugar de Francia. Nos han echado de muchos sitios y estamos acostumbrados. En atención a la interesante procedencia de la diadema, le daré mil florines más. Lo toma o lo deja.

No tuve más remedio que acceder pues nos comían las chinches. Regresé a Lier mohíno, también por la salud de Isabel, que empeoraba. En cuanto a economía, estábamos en las últimas. Habíamos vendido casi todo, hasta ciertos juguetes de los niños por los que se interesó un comerciante de la ciudad para sus hijos. Una mala noticia nos sacudió a primeros de julio: el elector de Sajonia, nuestro pariente y protector Federico el Sabio, había muerto. Para escarnio de la Dieta alemana fue confortado en su final por Felipe Melanchton, el que un día iba a ser sucesor de Lutero. Tenía al morir sesenta y dos años. En la carta que traía el mensajero, enviado por su sucesor Juan Federico de Sajonia, venía también una alegría: mi tío nos dejaba un legado en oro alemán equivalente a veinte mil florines. No hay que decir que, con poderes míos y de la reina, envié a Mogens Goeye a recoger nuestra sabrosa herencia.

El vigésimo cuarto cumpleaños de Isabel no fue muy alegre. No se encontraba bien aquel 18 de julio, siempre pálida, delgada y sedienta. Nuestros amigos daneses prepararon para ella una tarta de hojaldre rellena de peras y manzanas confitadas, con veinticuatro velas que apenas tuvo fuerzas de apagar tras soplar tres veces. Hizo calor aquel verano. No llovió en mes y medio. Los campos amarilleaban y los riachuelos bajaban agostados en pleno mes de julio. Sacando fuerzas de flaqueza, Ysabeau me acompañaba a pasear por el parque y, un par de veces, a cabalgar por el vecino bosque. Pero la pobre lo hacía con desgana, a rastras, aferrada a mi

brazo, tratando de obedecer las órdenes de sus doctores parisinos. Como si el pensamiento de mi amada lo guiara hasta allí, en agosto apareció Günther de Andernach cumpliendo su promesa.

Isabel semejó revivir. Regresaba el médico de sus jornadas científicas en Holanda. El día se iba ya cuando llegó del norte. Venía hambriento y cansado tras varias horas de diligencia. Lo alojamos en una confortable cámara, lo agasajamos con comida danesa —asado de cerdo con corteza crujiente, patatas nuevas y col roja— y al día siguiente reconoció a Isabel. Lo hizo en nuestras habitaciones. Fue un examen menos exhaustivo que la primera vez. Al concluir torció el gesto.

—La cosa no va bien, señora —aseguró—. La orina sigue dulce, yo diría que más, y encuentro a su majestad más flaca, casi emaciada. El mal progresa con endiablada rapidez. Imagino que habrá seguido mis indicaciones.

—Al pie de la letra, Günther —contesté—. Pero no adelanta. Tiene un día bueno y cuatro malos.

—Amén de lo demás, que ya lo anoté en su día, el ejercicio físico es importante —aseguró Andernach—. Pasear por la playa, respirar el aire de la costa y tomar baños de mar no le vendría mal —añadió.

Partió al día siguiente, tras una jornada que compartió con nosotros, pues lo esperaban en París sus pacientes. Quise abonarle sus emolumentos.

—Dime tus honorarios, médico amigo —le rogué. Al final terminé tuteándolo.

—No me debe nada, majestad. Para mí ha sido un privilegio conocerle e intentar curar a su esposa la reina.

—Puedo pagarte. Ahora sí. Por fin dispongo de cierto numerario.

—Me considero ya pagado. ¡Tratar a la reina de Dinamarca! Junto a mis diplomas haré enmarcar uno, si me lo permiten: Físico de la Corte Danesa.

Los allí presentes —algunos consejeros y el inseparable Goeye— reímos la ocurrencia.

—De lo que queda de ella —dijo Isabel muerta de risa—. Fue de las últimas veces que la vi reír con ganas.

Sabíamos que Margarita tomaba los baños, como siempre, en el palacete de Ostende que conocíamos bien. Allí nos dirigimos para pasar las dos últimas semanas de agosto y la primera de septiembre.

La pobre tía de mi mujer puso cara de funeral al ver a su sobrina favorita echa unos zorros.

—Mi querida niña… —dijo—. ¿Qué te han hecho?

—Se ceban con mi cuerpo centenas de miasmas que minan mi interior, querida tía; las escucho reírse, las siento pasear por mis entrañas, devoran mis carnes, producen en mi piel un picor imposible y acaban derrotadas, pero no vencidas, en mi orina dulce.

—Eso te pasa por tu carácter fácil y graciable. Tienes que endurecerte. La vida es de los egoístas y los fuertes. Debieras ser tan aprovechada como Carlos, tan altanera como Leonor o tan sagaz como María. Yo cuidaré de ti. Déjate de galenos parisinos ni hebreos: un caldo de gallina como los que me preparaba mi abuela Margarita de York te sanará.

Fueron tres semanas de mimos y ternezas prodigadas por la Gobernadora General. Qué gran persona era… A veces me pregunto sobre los avatares de la vida, sus incógnitas, sus vueltas y revueltas. Un suceso imprevisto puede cambiar el curso de la historia. ¿Qué habría ocurrido de no morir el príncipe don Juan, el mítico doncel que un día la enamorara, el heredero del trono de Castilla y Aragón? Margarita habría sido la mujer más poderosa de la tierra, reina de España, de sus inmensas posesiones y emperatriz de Alemania, y yo, tal vez, no habría conocido a Isabel.

Influjo del cariño o tal vez sugestión, el caso es que mi mujer renació. Paseábamos del brazo la playa todo el largo, se bañaba conmigo rememorando el baño nórdico pero revestida hasta el moño de puntillas y cenefas y montábamos a caballo sobre la arena húmeda. Tomó el sol cuando sus rayos calentaban, a mediodía, y logró que su piel se bronceara. El otoño transcurrió entre zozobras. Yo tramaba junto a Goeye y otros nobles planes para caer sobre la retaguardia de Federico I mientras la reina languidecía. Alguien nos habló de la belleza y aires puros de una pequeña localidad cercana a Gante, Zwijnaerde, y emprendimos el corto viaje a aquella zona boscosa a orillas del Escalda. Nos buscaron un vistoso palacete en medio de una densa arboleda de hayas y robles, cerca del río, y allí nos instalamos. Era un lugar tranquilo, silencioso, ideal para intentar huir de no sabíamos qué, tratar de buscar la fortuna o esquivar la parca que asomaba ya su afilada guadaña. Apenas pudimos disfrutar del olor de las desnudas hayas, del aroma del bosque, del color de las setas, fresas y frambuesas silvestres. Nos adentrábamos en la espesura arbórea trémulos, abrazados, con el presentimiento de que el final llegaba de modo inexorable. Era

como la cierva herida que busca la gruta más escondida de la montaña para morir allí. Dios… Mi Dios… ¡Sólo tenía veinticuatro años!

—Cuidarás de los niños… —dijo una tarde sumida en una paz que no era resignada.

—No digas eso, mi pequeña —dije sofocando un río de lágrimas —. Te curarás… Lo sé… —añadí mintiéndome a mí mismo.

—Debes tener valor, Christian. El Señor velará por vosotros, pero tú deberás poner de tu parte. Prométeme que lucharás para que la Corona vuelva a nuestra familia.

—Sabes que lo haré, mi cielo. Pero tú lo verás —aseguré—. Tú lo eres todo.

Mis ojos se cegaron del llanto. Jamás había pensado que la vida pudiese ser tan dura. Ella me alargó un pañuelo que se sacó del pecho.

—Nunca me dejes mi amor, sin ti moriría sin remedio —dije sollozando.

—Sólo Cristo sabe de la vida y la muerte. Si Él quiere disponer de la mía, bendito sea su santo nombre —musitó.

El 8 de diciembre empeoró. Entró en una fase de apatía, como si se entregara, pero era sólo el comienzo del fin. Respiraba con dificultad, tenía náuseas y un dolor en la boca del estómago. Me pidió que le leyese a Séneca, el filósofo estoico. Eligió *De la brevedad de la vida* y *Cómo debemos aguardar la muerte.* A veces tenía que parar la lectura pues un velo de lágrimas empañaba mi vista.

—Me parece estar oyendo el Evangelio —dijo escuchando una profunda reflexión del cordobés.

Quise volver a Lier pero el estado de Isabel, totalmente extenuada, lo impedía. Margarita, desde Malinas, seguía la situación con intranquilidad, informándose a diario del estado de su sobrina. Pareció mejorar después de la Epifanía, pero fue momentáneo. El día 10 empeoró: tenía instantes de lucidez pero pasaba obnubilada largas horas. El martes 11 apareció Margarita con una corte de galenos y físicos, tantos que parecían dirigirse a alguna guerra. La examinaron y tuvieron después un conciliábulo. Embutidos en sus negras levitas, semejaban cuervos carroñeros dispuestos a devorar sus restos. De hecho, alguno daba vueltas y revueltas alrededor del lecho lo mismo que el buitre que acecha el mejor lugar, el más mollar del cuerpo putrefacto, para picotear y desgarrar. Por fin, el más caracterizado se me aproximó con cierta prevención. Lo

flanqueaba el resto, hasta seis físicos de librea oscura, leontinas de oro y gorgueras recién almidonadas. De mal humor, destrozado de ánimo, no era el mejor momento para hablarme.

—Tras examinar a la paciente y evacuar diferentes consultas, pensamos que su majestad se beneficiaría de una sangría que purificara su sangre. Del mismo modo creemos que un torniquete en ambos brazos aliviara el trabajo de su corazón, a punto de claudicar. Yo, por mi parte, sostengo la necesidad de aplicar docena y media de sanguijuelas para aliviar la sobrecarga del torrente sanguíneo —dijo con voz campanuda, esponjándose como el orangután de culo rojo ante su dama.

Lo miré con odio. No daba crédito a lo que estaba oyendo. Aquella caterva de asesinos con título pretendía cebarse en el cuerpo de mi amada, añadir a su dolor desolación, sangrarla como vampiros de los Cárpatos, aplicar en sus preciosos brazos ligaduras y cepos, diseminar sobre su dermis exquisita bichejos repugnantes, chupadores de sangre, y adelantar su muerte. De la verdadera causa de ésta, de la odiosa *diabainein* que me la robaba, no tendrían ni noción. ¿Qué hacer? Dudé entre adoctrinarlos sobre su enfermedad o decirles que eran una manada de cantamañanas, de obtusos matasanos ineptos que no eran condenados a galeras por estar bendecidos por la universidad. Al final me decidí por el berrido incontinente.

—¡¡Fuera!! —bramé.

—Señor…

—¡Quitaos de mi vista, partida de lechuguinos con diploma!

—Pero… —dijo otro.

—¡¡Largo!! ¡Ya! ¡O me tomaré la justicia con la espada!

Huyeron como las ratas que eran, cabizbajos, ofendidos, y pude al fin reunirme con ella que, aterrorizada, escuchaba desde la habitación contigua la sarta de espeluznantes remedios que querían aplicarla.

—Gracias —dijo—. Quiero morir en paz…

Me acosté junto a ella, sintiendo su perfume de siempre, y me quedé transpuesto. Cuando desperté Margarita y los físicos habían volado. El silencio era pleno. Me di la vuelta y no estaba en el lecho. Me alcé. En la penumbra, sentada frente a su tocador, al reluz de las ascuas medio consumidas de la chimenea, se almohazaba el cabello. Se había pintado los labios, perfilado las cejas con negro de humo y decorado los pómulos con polvo de

coral. Presumida hasta el final, parecía prepararse para el cruce de la laguna Estigia lo más bella posible.

—Hasta desahuciada del mundo estás preciosa —dije.

—Debo pedirte un gran favor —habló despacio, como si le costara pronunciar las palabras—. Mañana viene a verme un sacerdote católico que envía tía Margarita. Desde luego lo recibiré, pues me irá bien, pero desearía que también me consolara un pastor luterano. He dicho luterano: nada de anabaptistas, unitarios, evangélicos, calvinistas, presbiterianos, metodistas o cualquiera de las sectas que pululan por ahí como los hongos.

—Te lo traeré, mi amor.

No fue fácil. En Flandes la persecución de curas reformados era grande. Centenares de edictos del emperador, *placards* en francés, en escaparates y fachadas anunciaban la prohibición de leer, editar o predicar la nueva doctrina en cualquiera de sus variantes. En Malinas no hallé ninguno de su gusto. Consulté con discreción y me dijeron que en Bruselas eran dos o tres y andaban escondidos. Por fin me hablaron de un pastor luterano en Amberes y me dieron las señas: 66 Nieuwstraat, detrás de la San Jacobskerck. Fui en un carruaje rápido dos días más tarde, el jueves 13. Localicé la casa, que no tenía pérdida, pero dar con el pastor fue complicado. La señora que abrió la puerta aseguró que allí no vivía nadie aparte de ella.

—Señora, por piedad, sé que un pastor de la Iglesia luterana se refugia aquí. Si fuese un agente de la ley vendría acompañado de alguaciles para prenderlo, pero no es mi caso. Mi mujer se halla en trance de muerte y precisa de los auxilios de la verdadera religión.

Mi discurso pareció hacerle mella, pero aún dudaba.

—¿Cómo sé que vuesa merced no me engaña?

—Deberéis confiar en mí.

Finalmente lo hizo. Tras franquearme la entrada me llevó por oscuros vericuetos a una especie de celda subterránea donde un hombre joven, a la mala luz de dos bujías, oraba en un breviario. Iba de paisano. Me miró y cerró el libro.

—¿Qué desea el señor?

Me presenté. De nada valía ocultar mi nombre pues, si me acompañaba, pronto sabría quién era.

—Soy Christian II de Dinamarca.

—¿El exiliado rey que vive en Lier?

—El mismo. Mentiría si dijese que comulgo con las doctrinas de Lutero, pero lo cierto es que me atraen. Además conozco al personaje.

—¿Conoce usted a Martín Lutero?

—He dialogado varias veces con él, en Wittenberg, auspiciado por el elector de Sajonia.

—Os creo majestad. ¿Qué queréis?

—Mi mujer, la reina, languidece en la cama. Posiblemente muera. En todo caso desearía ser confortada con vuestro auxilio espiritual.

—Contad con él, señor. Partamos.

Llegamos a Zwijnaerde al anochecer del mismo día. El pastor se encerró con Ysabeau cerca de una hora. Al terminar cenó como los pavos. Le ofrecí acomodo aquella noche pero prefirió volver pues al día siguiente debía viajar a Utrecht. Un criado partió con él y dos caballos de refresco.

*

Isabel era más consciente que yo de su final. Yo no quería entenderlo. No pasaba a comprender que la luz de mis ojos se iba para siempre y que, a partir de su muerte, andaría a tientas. Seis días con sus noches estuve sin separarme de su lecho. Tan sólo me alejaba para asearme, comer como los gorriones, dar una cabezada en un sillón o cambiar mis ropajes. El día 14, viernes, escribió a su tía de su puño y letra. Os leeré la carta, breve, pues me la pasó antes de enviarla:

De Isabel de Austria, reina de Dinamarca y Noruega, a Margarita de Austria, Gobernadora General de los Países Bajos, salud.

Residencia de Zwijnaerde, a 14 días de enero del año de nuestro señor Jesucristo de 1526.

Amada tía: el Señor, que todo lo ve y puede, se ha servido mandarme llamar. No opondré resistencia a la muerte, el hecho trascendente para el que hemos nacido; antes, doy gracias a nuestro Redentor por sus muchos favores: venir al mundo en el seno de una gran familia, darme el don de la fertilidad y haberme dotado de inteligencia, el supremo galardón de un ser vivo. Mentiría si dijese que no temo morir: lo odio, lo detesto, y más tras una larga y cruel enfermedad en plena juventud, pero acepto el designio divino con

humildad, como indigna hija de la Iglesia de Cristo. Si algo me entristece es dejar en absoluto abandono a mi esposo y a los pequeños, nuestros tres hijos. Y ahí entras tú, querida tía, la mejor de las mujeres. Te pido que, en el recuerdo de los buenos tiempos de mi cercana infancia, en la que velaste por mí y por mis hermanos como segunda madre, los acojas, protejas y ayudes a recuperar el trono de sus antepasados. Envío mi cariño a tu través a mi santa madre, la reina Juana de Castilla que nunca conocí. Termino pidiéndote perdón si en algo te ofendí. Trasmite mis deseos de indulgencia a mis hermanos: Carlos, Leonor, María y Catalina. Dejo para el final a Fernando, con el que mantuve ciertas tensas palabras no hace mucho. Especialmente a él, pido clemencia.

Y ya debo dejarte. Tuya hasta la eternidad.

YSABEAU

Tras leerla volví a rebelarme contra el mundo, contra la sociedad, contra el cielo y el averno, contra «Habsburgos y Oldenburgos», contra un Dios que permitía tal monstruosidad y contra Satanás que la aprobaba. Me abracé a ella y sollozamos juntos. Sentí al hacerlo que no hallaba ya carne, que era un saco de huesos, pero no me importaba: seguía siendo ella, estaba allí, podía tocarla, respirarla, tenerla aunque fuese sólo aire y rastros de jazmín. Supliqué al hado que me la conservase un poco más.

Los días transcurrieron despacio. De repente me dio por pensar que Dios haría un milagro. ¿Por qué no? Los milagros existen…

—¡Mantenla viva, Dios! —grité una noche despertando de mi atormentado duermevela. Isabel, que leía, me miró aterrada, pensando que me había vuelto loco. Su agonía fue corta. Dentro de la tragedia, al menos eso debo agradecerle al Creador. Amaneció angustiada, vomitando, todo ojos. Quiso alzarse del lecho pero fue imposible: la dominaba una gran apatía y no tenía fuerzas ni para calzarse.

—Tengo… náuseas… —dijo con la voz escandida.

Le arropé e inicié una plegaria, un triste padrenuestro que recité saltándome palabras pues la oración no fue nunca mi fuerte. Ella me acompañaba y, a veces, esbozando una sonrisa triste, me corregía.

—Me duele mucho aquí —aseguró tocándose el estómago.

Habían calentado algo de agua y llenado un termóforo de cobre que, envuelto en tafetán, coloqué sobre la zona afecta. Después, todo se sucedió muy rápido. Su respiración se alteró haciéndose profunda, más lenta cada vez, acompañándose de sibilancias y extraños ruidos, como de agua de lluvia que expulsa el imbornal. De súbito abrió mucho los ojos, alzó el cuello como buscando aire, me aferró las manos con las suyas ansiosas y expiró.

Creo que sollocé, aullé o blasfemé, ya no recuerdo bien. Los niños esperaban en la cámara aneja. Los llamé reprimiendo mi llanto. Quería que contemplasen a su madre muerta. Se acercaron despacio, bordeando, como la perdiz que busca el nido. Delante de los tres cerré sus ojos y lloramos juntos.

El jueves 19 de enero de 1526, a las tres de la tarde, sin cumplir los veinticinco años, falleció Isabel, mi mujer, el ser que más he amado en esta tierra.

6

Cementerio de Nostrup, Kalundborg,
8 de enero de 1559

Llanto, desolación y nubes bajas. Negros nubarrones se agolpan sobre el mar, a poniente, y un viento helado hace crujir los huesos. Lloverá. Lloverá fuerte. En realidad ya llueve. Me refugio en la casamata de los sepultureros, buenos amigos que se dejan comprar por posa cosa: una bolsa de tabaco de buena liga habana, media corona y menos: hasta diez *öres* pagué una vez para poder sentarme sobre el poyo de piedra que hace de silla y escribir estas torpes memorias en la mesa de roble, junto al cuaderno que ajusta la data y el nombre de los muertos. Me encuentro bien aquí. Es el lugar más cercano a Isabel, el que me corresponde. He seguido rezándole en la tumba de su tocaya española en medio de la suspicacia, admiración y por fin agradecimiento de sus deudos legítimos, pues siempre hay en la fosa flores frescas. Ya va quedando menos. Mis gastadas coyunturas no me obedecen. Apenas veo a tres pasos y, sin bastón, no soy capaz de darlos. Ni oigo ni quiero oír. Gastaba hasta no ha mucho trompetilla, artilugio que compré a un vecino cuya mujer, sorda como una tapia, falleció de un soponcio, pero la abandoné. Mejor no usarla. Los sordos nos evitamos escuchar el tráfago de mulas y de carros y, a veces, nos enteramos de cosas que de otra forma nunca supiéramos. Me duele todo el cuerpo, sobre todo si llueve. Se lo comenté a Günther de Andernach la vez que pasó por Lier, estando ya moribunda mi mujer, y afirmó que se trataba de reuma gotoso, un mal de poca cura que es cosa de humores destartalados y de ingerir en demasía carnes rojas. Orino poco, mal y a destiempo. No puedo desplazarme un trecho largo sin buscar un lugar escondido donde evacuar mi anciana vejiga incontinente. Mis pulmones, no sé si del tiempo de perros que gastamos aquí o fruto del humo del tabaco, son fuelles que resuenan disonantes a tres varas, como esos organillos callejeros, de manivela, que una vez viera en Viena con Elisabeth. Pero mi peor mal me afecta el alma. Es un peso torácico, un puñal puntiagudo que me taladra la razón, la daga vengadora, terebrante, que perfora mis sienes desde el instante ya lejano en que cerré sus ojos. Dios del

cielo, Cristo de todos, Santa Virgen María, es una súplica: llevadme ya con ella.

*

La tuve veinticuatro horas para mí, un largo día que se me hizo muy corto: la tarde taciturna, callada y breve, pues oscureció pronto; la noche congelada, sin estrellas, en la que le hablé de cosas íntimas; un verdoso amanecer muy lento de luz casi crepuscular, como tamizada por un filtro de sombras, que aproveché para escuchar de su boca entreabierta cosas que no sabía y que me dijo susurrando, sin mover los labios, y la mañana tiritando de hielo en los alcorques de los árboles, que fue de confidencias mutuas. Estaba tan abstraído que no escuché ni el silbo de los pájaros. No dejé entrar a nadie. Llamaron, porfiaron, pero no consentí que ninguno me la disputara. Hablamos hasta hartarnos. Incluso nos reímos. Antes de despedirnos recordé las distintas mujeres que conformaron a mi esposa, a Isabel de Austria: la mocosa risueña y descarada que nunca conocí, el alevín de cigüeña desplumada que bajara tambaleándose por la pasarela de aquel barco de guerra, que casi me obligó a soltar el trapo, la mujer en agraz que viera crecer sin darme cuenta, la que me tuvo a raya tras dejarme olfatear su aroma, la que impuso su ley y la final, la hembra esplendorosa, fiel, amable, ocurrente y mágica que me enamoró. Acaricié su pelo mucho tiempo. Era un cabello que la enfermedad nunca cambió, largo, sedoso, color castaño claro, como ámbar virgen. Quise abrirle los ojos para ver si la muerte había cambiado su tono entre meloso y cárdeno, pero me faltó valor y fuerza. Por su boca pequeña de dientes albos, agrupados, simétricos, penetraba ahora el aire y sonaba como la brisa al deslizarse entre los farallones de la costa. Me aseguró que estaba bien, que no me preocupara, que ya veía a Dios que velaba por ella.

Cecilia, demacrada, llorosa, me trajo a la hora de comer un poco de fiambre de carne y una copa con agua. Era ya el día 20. Sentí rumor de carruajes en el sendero que cruzaba el parque. Eran Margarita y su séquito. No entró como era ella, resuelta, sino con precaución, recelando, como siempre que la parca anuncia su visita. Me abrazó sin palabras, besó a su sobrina en la helada frente y, de rodillas ante el lecho, oró unos minutos mudamente. Después habló:

—Pobre. Que cruel fue con ella la vida…

La gobernadora tenía los ojos rojos, lacrimosos, pero entonces se mostraba serena.

—Es tiempo de afrontar la realidad —añadió—. Si no dispones

otra cosa, mi querido Christian, he ordenado el traslado del cuerpo al palacio de Malinas. Deseo para la más querida de mis sobrinas funerales de verdadera reina.

—Dispón lo que tú quieras —dije.

Se trasladaron sus restos a la capilla de Malinas donde quedaron expuestos sobre un catafalco recubierto con el *dannebrog*, la bandera danesa. Fue una capilla ardiente al modo hispano, con velones de iglesia rodeando su cadáver e incienso en varios pebeteros. Las manifestaciones de dolor me sorprendieron. La población entera, dando muestras de verdadera consternación, desfiló ante su cuerpo arreglado por sus servidoras como si fuese a un baile palaciego: la túnica celeste de gran gala bordada de realce, el cinturón de damasco, los escarpines de seda cruda que compré para ella en Amberes y un coleto de seda trenzada con botones de nácar. Ninguna joya. Llevaba el pelo cubierto con una cofia que le tapaba las orejas. La nariz, respingona, lucía más bonita que nunca. Rodeaba el féretro, siempre abierto, un mar de flores blancas que se renovaba a diario. Al sexto día aparecieron los príncipes de Hesse-Darmstadt y Juan Federico de Sajonia. Me dieron sus más sinceros pésames, se tragaron un par de misas católicas y abandonaron Malinas alegando diferentes quehaceres. Para la última de las misas de corpore insepulto llegaron el duque de Cornualles, enviado del rey Enrique VIII, el duque de Guisa, representando al rey de Francia, el arzobispo de Maguncia, elector del Imperio, en representación del emperador Carlos que aquellos días preparaba su boda en Sevilla con su prima Isabel de Portugal, el marqués de Mantua Federico Gonzaga y su madre Isabel D'Este, que lloraron conmigo, y la inmensa mayoría de la nobleza y aristocracia holandesa, flamenca y valona encabezada por el príncipe de Orange y el conde de Egmont.

Después de la misa de difuntos, que fue cantada por una escolanía, el notario mayor y guardasellos del Gobierno de los Países Bajos me llamó para la preceptiva identificación del cadáver. Certifiqué ante él que se trataba del cuerpo de mi esposa la reina, procediéndose a cerrar, sellar y lacrar el ataúd. Al día siguiente fueron las exequias en Gante. Una extensa comitiva, conmigo al frente en un brioso alazán que estuvo a punto de derribarme, partió de la Gran Plaza al templo de San Pedro. Componía el cortejo la nobleza flamenca, heraldos, ministros de la Iglesia y un grupo numeroso de monjes. El prior de San Pedro esperaba a la puerta de su templo. Tuvo allí lugar una solemne misa de réquiem y un responso. El féretro, entregado a los frailes, fue enterrado en una

sepultura nueva frente al altar mayor. Antes de abandonar la ciudad que viera nacer a mi esposa, pedí a un buen escultor que trabajara en mármol blanco su figura yaciente, las manos juntas y una corona en la cabeza.

Ordené un año de luto oficial en mis reinos. Cuando llegó la noticia de la muerte de Elisabeth a oídos de Federico I, se apresuró a enviarme sus condolencias y las del pueblo danés asegurando que se cumpliría el luto decretado por mí y se celebrarían misas por su eterno descanso en todas las iglesias danesas y noruegas. En los siguientes meses hubo funerales por la reina de Dinamarca en España, Portugal, Italia, el Imperio, Inglaterra y Francia.

Triste y abatido, de riguroso luto, regresé a Lier y me enclaustré durante cuatro años. Acepté que Margarita se ocupara de la educación de mis hijos, que se trasladaron a Malinas. No los vi durante el primer año, que ocupé en escribir y leer todo lo que se me puso por delante. Después, despacio, el tiempo, el mejor lenitivo del dolor, fue curando mis llagas. Recuperé el apetito poco a poco. Empecé a cabalgar, a dar largos paseos por el bosque y a ir a Malinas una vez al mes a ver a los pequeños, que iban creciendo. Con la misma cadencia acudía a Gante para tratar de consolarme ante su tumba. Al tercer año empecé de nuevo a conspirar, lo único que me mantenía vivo. Me parecía escuchar la voz de Isabel reprochando mi inactividad y animándome a levantarme y a luchar otra vez. Llamé a Mogens Goeye y demás colaboradores —todos trabajando en Malinas, Amberes o Bruselas— y una vez al mes nos reuníamos, preparábamos una cena danesa y hacíamos planes. Pero nos faltaba Isabel, sus consejos, su gran clarividencia política que le hacía adivinar los acontecimientos meses antes de que se produjeran.

Calculamos que la mejor manera de atacar a Federico I sería a través de Noruega. Bastarían siete u ocho mil hombres para desembarcar en Kristiansand, donde nadie nos esperaba, y desde allí ocupar todo el país amenazando con caer sobre Jutlandia. Pero nos faltaba el dinero para pagar las tropas. Llegué a la conclusión de que el único que podría proporcionarnos hombres y plata era mi cuñado Carlos, el todopoderoso emperador. Había infligido una dura derrota en Pavía a su enemigo acérrimo, Francisco de Orleáns, lo había encarcelado casi un año y era señor de toda Italia salvo Venecia y los Estados Pontificios. En 1530, en Bolonia, fue coronado emperador por Clemente VII, el mismo Papa que encerrara en el castillo de Sant'Angelo tras los sucesos del Saco de Roma. Fue aquello un hecho que conmovió a la cristiandad, pero

que en zonas reformadas se acogió con inmenso regocijo: todo un Papa romano escarnecido, prisionero del paladín de la Contrarreforma que ya se iniciaba. Lutero y los demás debieron celebrarlo con júbilo.

El mismo año de 1530 murió en Malinas Margarita de Austria. Fue una mujer de gran belleza que mantuvo hasta el fin, una verdadera dama. A ella debió Isabel su ciencia y su saber estar. En realidad fue su auténtica madre. Sus funerales, en la catedral de Bruselas, fueron grandiosos presididos por su ahijado Carlos. En el estrado estaba su familia: algunos de sus sobrinos y yo mismo. Hubo después un discreto refrigerio, al modo de Borgoña. Carlos estuvo un poco seco. Apenas pude hablar con él, perseguido por unos y por otros, y además el momento no era el más indicado para plantear temas bélicos. Me limité a recibir su más emocionado abrazo en recuerdo de su hermana dilecta, la preferida como me dijo tantas veces, la más inteligente. Sí pude conocer a una nueva Margarita de Austria, la futura duquesa de Parma, una preciosa diablesa de ocho años que prometía llegar a ser tan bella e inteligente como la extinta. Era la hija bastarda de Carlos y Johanna van der Gheents, aquella muchachita encantadora que una vez viera corretear por el jardín palaciego de la mano de su joven amante. El emperador, con la listeza y el pragmatismo que me admiraban en él, había prohijado y dado su apellido al fruto de aquel amor y casado a la madre con un noble. Tras desaparecer la gobernadora general, Carlos no tardó en encontrar sustituta: su hermana María de Austria, la reina viuda de Hungría. Con razón me decía que la mayor riqueza son los hijos. Juana de Castilla y Felipe el Hermoso habían tenido seis. María era la quinta por abajo. Disponía por tanto de un repuesto abundante.

María era una mujer encantadora, casi con la gracia de Isabel. Tenía a la sazón veinticinco años, pues había nacido en Bruselas en 1505. Tuvo la mala suerte de perder a su marido, el rey Luis II de Hungría, en la batalla de Mohács, pocos años antes, defendiendo su patria del asalto otomano.

—Fue una batalla antigua —dijo la tarde en que me la contó.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—Luis dispuso sus batallones en forma de cruz y Solimán el Magnífico en media luna —aseguró con luz de estrellas en sus ojos —. La caballería y los arqueros decidieron el combate, como siempre desde la antigüedad, no como hoy en los modernos duelos artilleros y a base de ruidosas salvas de mosquetones y fusiles. Luis

era el mejor de los hombres, alto, guapo, viril, un verdadero luchador por Cristo. Como la inmensa mayoría de los húngaros, confesó y comulgó antes de la batalla. Ambos caudillos combatían al frente de sus huestes. El rey, desmelenado, rubro de furia, recibió de frente a lo más granado de las fuerzas turcas: los jenízaros, bravos luchadores entrenados para matar. Según Stanislav, su ayudante de campo, bregó como un coloso, matando por su mano a tres contrarios. Sólo una salva de flechas pudo acabar con él. Me lo trajeron tan acribillado como un San Sebastián.

María interrumpió su relación. Trataba de contener el llanto.

—Aún no te conocía, querida hermana —dije, pero sufrí por ti cuando supe los hechos.

—Murió con mi nombre en los labios… —dijo tan emocionada que tuve que abrazarla intentando consolarla.

—No puedo evitarlo —dijo—. Han pasado cuatro años y lloro como una niña al evocarlo. Meses antes Isabel me escribió su última carta pidiéndome ayuda monetaria para vuestra causa, ayuda que no pudimos prestaros enzarzados como estábamos en los preparativos de la guerra.

María, no teniendo hijos, adoptó a los de su hermana Isabel como propios. Para mí, amante del silencio, fue una liberación saber que mi cuñada, instalada en Bruselas como Gobernadora General, se ocupaba de proseguir la educación de mis retoños. Iba a verlos una vez al mes, como ya dije. Cuando lo hacía, María me celebraba mucho. Adorando a su hermana mayor quería saber de ella, de su etapa como reina danesa y hasta de nuestros amores.

—Cuando se fue a Copenhague yo tenía nueve años — dijo—. Me enseñó tantas cosas… Era lo mismo que un libro abierto: si quería saber algo lo preguntaba y el Oráculo de Delfos respondía. Leonor era más guapa pero mucho más tonta. ¿De verdad que comulgaba con las teorías de Lutero?

Pensé antes de responder. Indiferente ante las candentes cuestiones religiosas que preocupaban tanto en todas partes, había decidido ser pragmático: rey de griegos en Atenas y de partos y medos en Persépolis. Y, sobre todo, no quería lacerar los sinceros sentimientos de nadie.

—No creas todo lo que se dice. Es cierto que, igual que yo, conoció y habló con Lutero, que no se come a nadie, pero no pasó de cierta simpatía al personaje. Isabel — añadí sin mentir—, murió reconfortada con los auxilios de la fe católica.

—No sabes la alegría que me das. No sé si notaste cierta frialdad de nuestro hermano Carlos para contigo en los funerales de tía Margarita. Era debido a ello.

—No entiendo —dije dándomelas de nuevas—. ¿A qué te refieres?

—Carlos piensa que tanto Isabel, la hermana que adoraba, como tú, habíais caído en la aberración de la Reforma. No descansa desde que ello lo ronda la cabeza. ¡La mejor de las Habsburgo luterana! Cuando sepa que no hay tal se volverá loco de alegría. Pienso escribirle hoy mismo.

—¿Donde está?

—En Alemania, recorriéndola de punta a punta.

Comprendí que si quería recuperar el favor de mi cuñado tenía que parecer el más sumiso de los fieles de Roma. Como primera medida animé a María.

—Da mis mejores recuerdos a Carlos —dije—. Dile que muy pronto iré a verlo pues tengo interesantes nuevas que contarle.

—Descuida que lo haré.

Permanecí en Bruselas tres meses más. Sabiendo que María iniciaba el día con una santa misa, la acompañé sin faltar en la capilla de palacio. Además, domingos y festivos me disfruté la misa mayor en la catedral, de hora y media, en el estrado que, junto al Evangelio, estaba dispuesto para ella. Escuché la mejor polifonía, comulgué junto a María y pedí al Señor por el alma de Isabel. Compensó el tedio la belleza del templo abarrotado, la riqueza del culto que tanto detestaba Lutero y la limpieza y colorido de la orquesta y coros que interpretaron misas de compositores flamencos. Reconfortado de mi adscripción a un catolicismo que nunca había abandonado en puridad, bendito cual renacido catecúmeno, tenido por la sociedad como el mejor de los fieles de la Iglesia de Roma, me dispuse a atacar el fortín de Carlos de Austria.

En marzo de 1531 me reuní con el emperador en Augsburgo. Esta vez me recibió con júbilo. La Reforma se extendía como mancha de aceite por media Europa y en el norte con endiablada rapidez. En Suecia Gustavo Vasa había declarado el luteranismo religión oficial y Federico I consideraba hacerlo en Noruega y Dinamarca. La noticia de mi conversión, de mi pública vuelta al redil vaticano, era el tema estrella en la corte imperial. Se me ponía como ejemplo ante los díscolos electores que dudaban si pasarse con cañones e impedimenta, espoleados también por sus ventajas

fiscales, a las nuevas doctrinas.

—Nuestra hermana María me habla en sus cartas de ciertos planes que tienes para mí —dijo entornando sus grandes ojos que enrojecía la inflamación de la túnica alba que siempre padeció—. Desembucha —añadió.

Tardé un instante en hacerlo por despertar en él curiosidad. Había cambiado en pocos años. Era un hombre de gran resolución e inteligencia. Tan agudo como Isabel, era aún más vivo que ella, rápido como halcón leonado que cae sobre la tórtola desde arriba, en el aire, capturándola con una sola garra sin perder la orientación ni el rumbo.

—Creo que ha llegado el momento de caer sobre el impostor Federico I —dije—. Aún estamos a tiempo de evitar que la Reforma prosiga su imparable ascenso en Escandinavia. Mi idea es sorprenderlo con un desembarco donde menos imagina: en el sur de Noruega. Una vez establecida la cabeza de puente, hacerme con la entera Noruega sería cuestión de días. Conozco bien aquel país, del que fui varios años virrey, y sé que me prefieren al actual monarca.

Me miró tratando de taladrarme con su mirada clara. Era como el ofidio que, con los efluvios que apresa del enemigo con su lengua bífida, intenta discernir si escucha la verdad o lo mienten.

—Entonces es cierto que dejas a Lutero…

—No puede dejarse lo que nunca se tuvo —aseguré—. Mi relación con el ex agustino, y en ello exactamente lo mismo que Isabel, fue de pura y curiosa amistad. Opino que debe conocerse al enemigo para combatirlo mejor.

Solté aquello sin faltar por completo a la verdad, pero hubiera mentido si con ello cumplía lo jurado ante el lecho de muerte de mi esposa: recuperar el trono de mis antepasados.

—Te creo —dijo—. Como creo también que el error de Isabel fue pasajero. Resuelto el problema religioso que, a ti puedo decirte, me traía sin sueño, centrémonos en tu plan que me parece interesante. ¿Cuentas con hombres?

—Mis leales podrían, con tu ayuda también, contratar siete u ocho mil lansquenetes o mercenarios francos y lombardos en cuestión de horas. El problema son los dineros para pagar a tanta tropa y hallar buenos capitanes. Te recuerdo que aún me debes parte de la dote de mi mujer, que Dios tenga en su gloria.

—Lo sé. Ciento cincuenta mil florines.

—Algo menos. Tía Margarita nos adelantó un pico, a razón de

quinientos florines mensuales, cerca de dos años. Ignoro la cantidad exacta.

—Olvídate: hagamos borrón y cuenta nueva. Hace años me hablaste de lo mismo y no pude atenderte. La cosa es diferente ahora, pues hablamos de un dinero que no se gastará en palacios, ostentosas joyas, sedas o yeguas, sino en combatir a la herejía. Puedes contar con los florines que hagan falta.

—Me alegra que dispongas de numerario —dije.

—¿Disponer de numerario? ¿Deliras? Ni tengo media blanca ni la he tenido nunca —aseguró. Debo tanto que no sé si mis tataranietos podrán hacer frente a mis deudas, pero tengo algo mejor que dinero: crédito. Me avalan las rentas de Castilla y León, los reinos más ricos de la tierra pues tienen detrás las minas de oro y plata de las Indias. Sólo en el Potosí, se ha descubierto una montaña argéntea más alta que el Jungfrau. Mi sistema es deber, contraer deudas sin importarme el interés. Mis acreedores son los banqueros europeos más notables: los Függer y Welser alemanes, los Scholtz flamencos, Gualteroti, Grimaldi y Gentili de Génova o Rodrigo Dueñas en España. Si alguno pretende un interés abusivo o intenta cobrar y no puedo pagarle, no tendrá más remedio que hacerme sustanciosas rebajas o exponerse a mi cólera. A Spinoza, un banquero judío portugués residente en Holanda, lo desterré de Roterdam hace tres años pues trataba el muy ladino de cobrarme un interés anual del sesenta por ciento.

Hubo un silencio perplejo. Bendito él, pensé, que se encontraba en tal situación. A mí me comían los ratones por los pies y tenía menos crédito que una rata de agua.

—¿Entonces? —dije conteniendo la respiración.

—En menos de una semana tendremos trescientos mil florines. De esa manera saldaré mi deuda con sobras. Hay algo muy importante, esencial para el triunfo de tu causa: el sigilo. Nadie, ni tu mejor amigo o que tengas por tal, deberá saber de esta conversación. Me consta que Federico I tiene espías en Flandes, en la corte imperial y también en España.

—Puedes contar con mi absoluta discreción.

—Dispondré las naves suficientes para el traslado del ejército desde un puerto de Flandes —aseguró—. Haré correr con disimulo, pues las habladurías muy aparentes dan que pensar, que me dispongo a atacar al francés en sus costas de Normandía o el Canal de la Mancha. De hecho, estoy pensando en ello: la insolencia de

Francisco I lo está pidiendo a gritos. ¿Cuál sería la mejor época para aquel desembarco?

—Sin ninguna duda el final del verano —dije—. Las mareas vivas dificultarían cualquier reacción del impostor.

—Disponte a salir hacia Noruega a mediados de septiembre. Te conseguiré buenos capitanes y ocho mil soldados, pero incluiré entre los alemanes y lombardos a combatientes españoles del tercio, los mejores del mundo. Tendrías que verlos pelear: no cambio un fusilero andaluz, infante castellano, marinero catalán o ballestero vasco por cuatro sajones grandes y lustrosos.

Nuevamente el silencio. Miré a mi alrededor. No parecía el despacho de un emperador. Todo era sobrio, lo mismo que su vida y su muerte, ocurrida en un perdido rincón de la España que amaba hace ahora un año. Recordé que, sólo hacía cuatro, se había casado.

—Debo expresarte de palabra la enhorabuena que ya te manifesté por escrito: sé que tienes una esposa bella y discreta. Te envidio.

Ahora el silencio fue funesto.

—No imaginas mi dolor al conocer la muerte de Isabel. Bueno, miento, pues el tuyo debió ser insondable. Qué gran mujer se llevó el Creador… Recé por ella y rezo, lo mismo que por ti, querido hermano, para que lleves tu inmensa perdida con fe, gallardamente. Ella, desde arriba, será feliz al saber que nos disponemos a recuperar tu legado. Y en cuanto a mi Isabel, te diré que es casi tan perfecta como lo fue mi hermana chica. Sabes que ya me ha dado un hijo, Felipe, que cuenta con tres años, y una niña preciosa.

—Lo sé. Y lo saben sus primos Hans, Dorotea y Cristina.

—Creo que hay poco más —aseguró—. Pongámonos a la tarea. Te tendré informado al segundo de cómo van las cosas.

Dando por concluida la entrevista, se levantó. Nos abrazamos. Sentí al hacerlo que mi cuñado era un hombre de bien, que luchaba por unos ideales en los que creía. Por ello fue normalmente triunfador.

*

Veinte naves repletas de soldados zarparon de Flesinga el 26 de septiembre de 1531. Navegando a toda vela y con mar calma, avistamos las luces de Kristiansand el veintinueve. El desembarco fue antes de amanecer, en el mismísimo puerto de la ciudad, que aún dormía. Apenas hubo lucha. El burgomaestre, nada más ver mis pendones, salió del ayuntamiento con su corporación y me entregó

las llaves de la villa. En menos de un mes dominamos todo el sur de Noruega y, el 3 de noviembre, ocupamos Oslo sin hallar resistencia. Todos los estamentos de la ciudad me aclamaron. Tan sólo el religioso, representado por un obispo que había abrazado las tesis de Lutero, me pidió que, para evitar efusiones de sangre, volviera a la Reforma con la que una vez simpatizara. Lo entendí razonable pero al tiempo exigí discreción. Ya he dicho que, odiando el fanatismo y siendo tolerante en cuestiones de fe, me haría budista, brahmán o seguidor de Zoroastro si con ello reconquistase la Corona de la que fui depositario.

Dediqué nueve meses a consolidar las zonas ocupadas, fundar alianzas con la nobleza y crear un clima de paz y entendimiento. En julio del 32, asentado mi dominio en Noruega, me disponía al desembarco en las costas danesas cuando una delegación de Federico I se presentó en Oslo. Me comunicaron que el rey mi tío estaba consternado por la división del reino; manifestaba en una carta que todo se arreglaría dialogando; incluso, garantizaba el mendaz mi vuelta al trono en determinadas circunstancias. Al efecto me enviaba un salvoconducto que aseguraba mi independencia y libertad para el regreso, invitándome a una reunión en Copenhague para tratar los términos de la negociación. En otro caso era la guerra y el derramamiento de sangre entre hermanos.

Otra vez el dilema. ¿Qué hacer? ¿Debía luchar contra mi tío en la patria común? ¿Podía confiar en las promesas del felón y fiar en el salvoconducto? No estaba allí Isabel y siempre me perdió mi nobleza. *Honni soit qui mal y pense,* reza el lema de la británica Orden de la Jarretiera. Yo opino igual: *Maldito sea quien piensa mal.* Consecuente con mis ideas escogí la opción equivocada. El día 7 de agosto, con una tropa anecdótica y cinco de mis leales, entre ellos Mogens Goeye, acompañando a la delegación de Federico, embarcamos para Copenhague. No me gustó el panorama que hallé al llegar a los muelles de Nyhavn: se encontraban desiertos. Miré hacia atrás, a la estela que dejaba la nave: dos fragatas de guerra, surgidas como sombras de las dársenas del arsenal, nos cerraban el paso impidiendo la huida. Fue Mogens el primero en ver a los arqueros situados sobre los tejados de las casas vecinas. La nave atracó ruidosamente. Al fondo, en la Plaza del Rey, se veían las compactas líneas de fusileros. Estaba claro que aquello era una trampa.

—¡¡Traición!! —chilló desesperado el conde de Bagsvaerd antes de caer sobre la cubierta del navío con el cuello atravesado por un dardo.

*

Fuimos llevados directamente a las mazmorras del palacio de Hvidöre, siempre vacías durante mi reinado. Las conocía muy bien pues, de niño, me apasionaba jugar en ellas, recorrer sus oscuras galerías de ladrillo rojizo, las siniestras celdas de techos rezumantes de agua, las bóvedas sonoras de mil ecos de súplicas y los húmedos suelos de tierra apelmazada, habitada de ratas. Dos días estuve alimentado de bazofia, tirado sobre un jergón de paja, en la penumbra cenicienta que desvelaba la miserable claridad que penetraba de un ventanuco alto, enrejado. Sentía hablar a Goeye y los demás, encerrados en el calabozo colindante. Después de aquel tiempo se los llevaron casi sin hacer ruido. Temí por ellos antes que por mí. Ellos luchaban por su rey y no era justo que pagasen por los pecados de otros. Al tercer día vinieron a buscarme. Sucio de tierra y polvo, demacrado, hambriento del rancho infecto, mi aspecto no debía ser el de los días buenos. Me subieron al salón del trono donde me esperaba Federico. Estaba allí el innoble, repanchigado en un sillón de cuero, comiendo liebre asada.

—No tienes buen semblante, sobrino —dijo.

—Y peor lo tendré si me tienes a pan y agua tres días más, despreciable traidor, Judas, que eres capaz de vender a tus hijos por dinero. Nunca llegué a pensar que alguien sentado en el sillón que ocupas fuese tan despreciable.

—Entiendo tu rabia y malos modos, querido Christian —dijo el insolente mordiendo una tajada—, pero hablamos de un trono. El trono es lo más codiciado y para mí lo justifica todo. Estoy seguro que, de poder, tú harías conmigo exactamente igual. De verdad que siento haberte capturado de esta forma, pero, conociéndote, no había otra manera más rápida y pacífica.

—Siempre fuiste un codicioso insaciable y un traidor a tu sangre —dije.

—Mide tus palabras. No estás en condiciones de largar discursos ni de exhibir virtudes. Tiempo tuviste para lucirte y, que yo recuerde, no eres el mejor ejemplo de monarcas honestos y bondadosos. Recuerda que te llaman el Cruel.

—Lo pasado pasó y el mejor escribiente echa un borrón. Hace ya mucho tiempo que cambié. Pero vayamos al presente: exijo, lo primero, la libertad para mis fieles. Ellos son inocentes. Ensáñate conmigo como sé que harás, pero a mis camaradas dales la libertad que se merecen.

—No están aquí. Ayer salieron para el exilio en las Islas Feroe. Allí estarán a buen recaudo.

—Muy generoso. Y conmigo ¿que harás? Mátame si tienes valor.

—No haré tal cosa. Amén de indisponerme con tu madre, sería convertirte en un mártir.

—Entonces reclamo un juicio justo. ¿De qué me acusas?

—No necesito acusarte de nada. Te diré lo que haré: encerrarte en un lugar seguro, una jaula dorada donde el tiempo cure tus veleidades. Tu época ya pasó. Ahora es la mía y de mis hijos.

—Lo veremos. Juré a Elisabeth en su lecho de muerte que recuperaría el trono para mí o mi hijo Hans y lo cumpliré. Por cierto: gracias por guardar luto por ella.

—Lo merecía. Y ello habla de mi comportamiento irreprochable.

—Comportamiento irreprochable… —repetí—. ¿No te avergüenza ser el rey de los cínicos? ¿Te da lo mismo pasar por un mendaz? Me engatusaste hablándome de reuniones y de salvoconductos, me engañaste…

—Siempre fuiste muy crédulo. Recuerdo que de niño te contaba cuentos: hasta los catorce años pensabas que existían las hadas.

Quedamos en silencio. Desde el vecino parque llegaba el rumor de los pájaros.

—Tendrás que matarme. Jamás renunciaré al trono.

—No me tientes… Pero no. No hará falta: te matará la soledad. Y por hoy ya es suficiente: tengo cosas que hacer —dijo alterado—. ¡Guardias!

—¿Dónde me encerrarás?

—Tiempo tendrás de comprobarlo.

—Déjame al menos ver a mi madre y despedirme de ella.

Pude decir adiós a Cristina, que estaba avejentada pues no había cumplido los setenta. No dejó de llorar en toda la entrevista a cuenta de la muerte de Isabel. Me contó que su cuñado la trataba bien, pero alegó que le faltaba el aire sin mí, sin su querida nuera y sus nietos. Prometió hacer lo imposible por conseguir mi libertad. Al día siguiente un barco me llevó hasta la isla de Als, pegada a la base naciente de la península de Jutlandia, en el lado báltico. Inicié el viaje amarrado pero, ya en alta mar, el capitán ordenó que me desataran. La nave, tras doce horas de travesía, atracó en el pequeño muelle de Sönderborg, la capital por así decir de la

pequeña isla. Desde el embarcadero, un pelotón de soldados armados me llevó al cercano castillo donde iba a pasar casi dieciocho años. Era el 12 de agosto de 1532.

Curiosamente Sönderborg era uno de mis castillos favoritos. Mi padre y yo lo habíamos reformado y ampliado, convirtiéndolo en una de las más seguras fortalezas danesas. Por ello, quizá, me encerraban allí. Su fábrica era de ladrillo rojizo, piedra de cantería y pizarra en los techos. De disposición cuadrada, con un patio interior, lo defendían cinco torres. Hacia el sur limitaba con el angosto fiordo de Als y con el mar, cercándolo en el resto un foso de agua y una buena muralla. Inicialmente fui recluido en la Torre Azul, en una esquina de la planta alta. Tomaba el nombre del color de su techumbre, de pizarra como dije, que sobre todo en las puestas de sol adquiría un tono azul plomizo. Disponía de un amplio dormitorio que daba al mar, un salón con una enorme mesa de roble, circular, y un pequeño retrete. He de reconocer que el lugar de mi prisión fue muy bien elegido. Amén de la seguridad que da una isla, Sönderborg se hallaba enclavado en el corazón del territorio afín a Federico. Si toda Jutlandia latía al ritmo que marcaba el déspota, aquel rincón del reino lo poblaban los más acérrimos de sus partidarios.

El recibimiento fue más cordial de lo que supuse, a excepción del incidente del collar del Toisón de Oro. Un esbirro pretendió quitármelo del cuello tras traspasar la puerta. Forcejeé y, en el intento de evitarlo, tropecé y caí al suelo del empedrado patio. Sentí crujir una de mis quijadas, lo mismo que una caña quebrándose, y un intenso dolor que amenguaba la rabia. El resultado fue una dificultad masticatoria que duró siete meses y un dolor recurrente esta vez para siempre: cada vez que va a cambiar el tiempo se inflama la mandíbula y si viene tormenta o temporal del norte me duelen hasta las meníngeas capas de los sesos. No me quejo. Es bueno disponer de un sensor que te avisa con tiempo de la lluvia, la helada o la borrasca, permitiendo abrigarte o ponerte a cubierto. Por otra parte, sin poder masticar, no me vino mal estar una temporada a sopicaldos para guardar la línea.

El castillo disponía de intendente y aposentador, que me cumplimentaron afectuosos dándome el trato pertinente a mi rango, sin privarme del título de rey. Podía moverme libremente dentro de la fortaleza y el extenso parque. Tenía a mi disposición dos cocineros y cuatro nobles jóvenes que se alternaban para acompañarme, darme conversación y colaborar en mis distracciones y juegos: cartas, dados, bolos o ajedrez. Me agradaba sobre todo el

juego de la bola, que lanzábamos sobre la hierba en una zona acotada del parque cuando el tiempo era bueno. Hasta un enano alemán, por nombre Claus, me trajeron con el loable pero vano intento de distraerme. Me fatigaba su presencia deforme, hastiándome sus bromas sin color, sus gracias desteñidas y sus piruetas sosas, tanto, que a los seis meses ordené lo alejaran de mí.

Hasta mi frustrado intento de fuga, el trato fue más que amable. No siendo libertad, tenía de todo. Un sastre llamado por el intendente me hizo a la medida ropones y vestidos de cuero, chalecos de piel de lobo, coletos de anta y casacas de armiño. La comida era tan buena que, desde que pude masticar, engordé nueve libras en un año. Esperaba con ansia escuchar, siempre a las mismas horas, el toque del cuerno de caza que la convocaba desde el torreón mayor. Jamás faltaban en mi mesa carnes, caza, pescados frescos, miel, nueces, legumbres tiernas o pan blanco. Bebía vino tinto francés, blanco alemán y malvasía de la española isla de Tenerife, pues el aposentador conocía mis gustos. Leía mucho, tanto que una vez se rompieron mis lentes de présbita y el intendente las repuso mandándolas comprar a la cercana Kiel. Cualquier solicitud literaria era atendida con diligencia. Me empapé de los clásicos griegos y latinos y leí dos veces la *Divina Comedia.*

Pero todo fatiga y termina por aburrir cuando falta la esencial libertad. Al año y medio de relativo encierro estudié la posibilidad de escapar de mi prisión dorada. Se trataba de una huida por mar hacia Alemania para, desde allí, reunirme con el emperador e intentar de nuevo recuperar mi trono. Tanteé discretamente a mis jóvenes nobles. Uno de ellos, el que me demostraba más afecto, hijo de un aristócrata que me fuera muy fiel, parecía proclive a ayudarme. Después de tensas conversaciones fui confiándome a él y, cuando lo vi maduro, le expuse el plan y no puso objeciones. Se trataba de buscar un patrón de confianza y una nave mediana capaz de llevarme a Lübeck en una singladura. Nueve días más tarde me trajo la respuesta: aquella misma madrugada un barco de dos velas y foque anclaría junto a los muros, en el fiordo, justo cuando el reloj del campanario de la iglesia de la fortaleza diera las tres. El resto debía ser cosa mía.

Lo preparé todo a conciencia. El castillo cerraba el portón a las nueve de la noche. La de autos me descolgué con cuerdas de una ventana baja al parque poco antes de la hora acordada. Todo estaba en silencio. Corrí sobre la húmeda hierba a la luz de una luna menguante, acerqué una escala que tenía prevista, la que usaban los jardineros para podar las ramas bajas de los grandes castaños, trepé

la muralla y contemplé a la nave quieta, el fanal apagado pero esplendente en mi imaginación, como haciéndome guiños. Salté a la libertad y casi me deslomé pues la altura era mayor de la prevista: casi siete varas. Por fortuna el muelle césped amortiguó al batacazo. Me levanté, me acerqué a la orilla y me eché al agua helada braceando con fuerza. Mi gozo en un pozo: a bordo me esperaba un alguacil del rey que me pescó del fiordo por la testa y me izó chorreando lo mismo que a un atún de almadraba.

*

Nunca pude saber lo que pasó. Ni tampoco lo que le aconteció a mi confidente, pues ni él ni los demás aparecieron nunca. Supongo que le delataría alguien que lo vio parlamentar con el patrón del barco. Sólo sé que fui encerrado durante nueve días en la mazmorra, bajo el torreón del Archivo, tras ser descolgado con una cuerda amarrada a un sillín. Era un lugar de verdad inhóspito, húmedo y helado, del que era imposible ni siquiera pensar en escapar. Pasé aquel tiempo arrebujado en una manta sórdida, comiendo el rancho infecto que me descolgaban desde arriba y haciendo mis necesidades en un cubo. Mi misión trascendente era estar atento a ciertas horas: cada vez que bajaban alimentos aprovechaba el viaje para enganchar al garfio de la cuerda el cubo con mis deposiciones. Al cabo del indecente novenario me izaron nuevamente y me llevaron a mi anterior alojamiento. Se acabaron para mí compañías y juegos, comidas exquisitas y salidas al parque. El trato se endureció, tanto que, temiendo ser envenenado, sólo comía tras examinar detenidamente los alimentos y bebía agua clara. Lo peor fueron los primeros dos meses, en los que creí volverme loco. Después poco a poco, fui acomodándome a mi situación de verdadero presidiario. Antes de Navidad escribí a María de Austria contándole mi terrible experiencia y solicitando ayuda del emperador. Recibí la respuesta a finales de noviembre a pesar de estar fechada noventa días antes, en el verano de 1533.

Las noticias no podían ser más trágicas: Hans, mi pequeño primogénito, con sólo catorce años, había muerto en agosto del año anterior, justo cuando yo era encerrado en Sönderborg. En parte agradecí que no viviera Elisabeth. ¿Hay algo peor que la muerte de un hijo? El mazazo fue tal que estuve más de un mes derrumbado en el catre, un mísero colchón de borra poblado de pulgas y de chinches. Los primeros días tras la horrible noticia me negué a comer. Deseaba morir, desaparecer, ser tragado por la tierra. Odiaba al mundo, al tirano Federico I que se había propuesto terminar con mi estirpe y a mí mismo. Lentamente, como la niebla

que levanta del valle al calentar el sol las mañanas de otoño, fui aceptando la idea de que morir complacería a mi verdugo. Ello me dio fuerzas para resistir. Además me quedaban dos hijas. Leí la carta tantas veces, la manoseé tanto, que la tinta terminó por palidecer y diluirse. Los hechos ocurrieron así: mi cuñado Carlos de Austria, sabedor de mi captura, comprendió que ahora el turno era para mi hijo, el príncipe Hans. Lo mandó llamar a Bruselas y tuvo con él en Alemania una entrevista muy cordial. El muchacho era listo y se expresaba bien. Lo llevó a la Dieta de Ratisbona, donde Hans expuso con elocuencia impropia en mozo de su edad su pretensión al trono danés. Pocos días después de terminadas las sesiones, en la misma Ratisbona, mi hijo enfermó de repente y murió. Hans siempre fue un chico fuerte y sano. Era vivaz, pues había heredado de su madre su inquietud e inteligencia, y jamás padeció de enfermedad o malestar alguno. Los médicos que lo asistieron no pudieron o supieron hallar la causa de su muerte. Para mí estaba clara: un sicario pagado del rey de Dinamarca manejó el pomo que contenía el veneno: cicuta, matarratas, jugo de almendras amargas o polvo de cantáridas.

Fueron casi dieciocho años. Dieciocho eternos, aburridos e inacabables años de prisión. Dos estuve sin salir de mis estrechos aposentos, en la Torre Azul. En 1535, un caluroso día de julio, me anunciaron la visita de mi primo el rey Christian III, pues su padre, el odioso Federico, había fallecido poco antes. Estuvo cariñoso. He de reconocer que mi prisión, tras su visita, fue mucho más amable. Algo después apareció por allí un médico italiano, de Padua, Antonio Cardano, que me enviaba el emperador. Me quejé yo a María de ciertas molestias gástricas y de dolor articular y ello bastó para que Carlos, un verdadero hermano para conmigo, me enviara al galeno. Hablé mucho con él durante los ocho días que pasó en el castillo. Era compañero y amigo de Andrés Vesalio, hijo de Andreas Wesel, el cirujano barbero de mi cuñado que me abriera un molesto divieso a mi llegada a Flandes. Me miró, me revisó casi con lupa y aseguró que, fuera de mi afección gotosa, todos mis males procedían de la inactividad. Tuvo una violenta discusión con el intendente de Sönderborg, un tipo resentido, uña y carne del rey. Desde donde me hallaba se escuchaban sus voces disonantes, agrias. Cardano exigió para mí un trato digno, humanitario. Consiguió me fuese permitido salir de nuevo al parque del castillo, una espaciosa pradera junto al mar sembrada de alisos y castaños silvestres. Al principio fue una hora, pero pronto pude pasar al aire libre las mañanas. Me adoctrinó el físico sobre la ineludible obligación de

caminar, de hacer ejercicio, pues hasta allí había permanecido tirado encima del camastro. Me dejó suficiente provisión de raíz de China, un producto para hacer infusiones que Andrés Vesalio había introducido en la farmacopea para tratar la gota, y desapareció camino del sur caliente y luminoso.

Habría muerto en mi encierro de no seguir al pie de la letra tan sabios consejos. Si me apretaba la podagra ingería las tibias tisanas en ayunas. Por la mañana paseaba por el jardín del castillo, selvático y amurallado pero lleno de encanto. No podía hacerlo si llovía, cosa común, pero me resarcía en días claros caminando el triple. Por las tardes inicié mis largas marchas por la estancia principal de mi prisión, el saloncito con la mesa redonda en su centro. ¿Habéis visto a una mona encerrada? Da vueltas y revueltas por su jaula, una y otra vez, cientos, miles de veces. Pues lo mismo hice yo. Como una especie de penitencia, me dediqué a girar sobre la mesa de caoba deslizando un dedo por su borde. Lo hacía primero en una dirección y luego en la contraria. Fueron años y años de dar vueltas. No hace mucho, aquí, en mi desahogo controlado de Kalundborg, calculé por curiosidad la distancia recorrida en aquellas caminatas absurdas. Siendo la circunferencia de la mesa de ocho varas aproximadamente y dándole cada tarde doscientos giros una con otra, habría hecho unas tres mil doscientas leguas, el equivalente a la distancia que hay entre Copenhague y Pekín, en la lejana China. Como seña indeleble de mi aserto, que no me dejará mentir y que os invito a ver, puede contemplarse en la mesa la muesca cóncava que el roce de mi dedo dejó en ella.

Terminé por hacer amistad con Mikkel, el soldado que vigilaba mi puerta, encargado de pasarme la comida y de limpiar mi aseo. Durante el día no se separaba del acceso a mis dependencias y me acompañaba si bajaba al parque. De noche trancaba la puerta con cinco cerrojos y se iba a su casa, pues era del lugar. Estuvo más de un año sin dirigirme la palabra. Le habrían dicho que Christian II fue un rey despótico que comía niños crudos, pegaba a su mujer y descuartizaba nobles suecos. Era un hombre de unos veinte años, pequeño, macizo, con manos velludas y tan grandes como hogazas de pan. Cuando comprobó que no mordía, una mañana, al retirar el orinal, me dejó escuchar el timbre de su voz, tuteándome:

—Te dejaste media cena, Christian ¿Estaban poco hechas las berzas?

—¿Cómo te llamas, zángano? —respondí con el tono más áspero y autoritario que hallé de mi consumido repertorio.

—Mikkel…

—Bien, Mikkel —dije seco y tajante—. Aunque tú no lo creas, soy tu rey y me debes respeto. Dirígete a mí como señor o no lo hagas.

—Sí, señor —dijo antes de desaparecer corrido y sofocado.

Lentamente o de la convivencia me fue cogiendo aprecio y al final terminamos dialogando. Me informaba de las cosas de Söndenborg, un villorrio de cuarenta casuchas apiñadas en torno a la iglesia, donde tenía mujer. No sabía del mundo, pero conocía las vidas y entresijos de los pocos habitantes del lugar. Acabé conociendo a los más conspicuos, de oídas, e interesándome por ellos. Adolf, el molinero, se entendía con Susana, una muchacha en flor, de apenas quince años, su hijastra, pues era la tercera de los vástagos de su segunda esposa, habiéndola preñado ya dos veces. Erik, que labraba las tierras del señor de Hörup, pago vecino, un rico hacendado que vivía en Aabenraa, padecía de los bronquios. Lothar, el vaquero, se había divorciado aprovechando las nuevas leyes eclesiásticas y buscaba novia entra las muchachas casaderas de Snogbaek, un poblado a la orilla del fiordo. Y en verdad que no era mal partido pues, unos con otros, todos los años sus vacas le parían seis o siete terneras de leche y terneros de engorde que vendía para carne. Gunther, el carpintero, de origen alemán, se acostaba con la mujer de Erik mientras éste destripaba terrones. Al tiempo de darse gusto ella, el campesino tosía, expectoraba y echaba el bofe arando. Lo hacían en la mismísima cama de matrimonio. El bueno de Gunther, con el pretexto de renovar las tablas del pajar y componer la cómoda, arreglaba el cuerpo insatisfecho de la adúltera haciéndola olvidar las toses e impotencia de su macho. Y Else, la dueña de la única tahona entre Ullerup y Sönderborg, una mujer de fundamento y carnes asentadas, ponía los cuernos a su esposo con un joven aprendiz de panadero de apenas diecinueve años mientras aquél dormía sus monas de aguardiente.

Terminados los libros que tenía y al no haber repuesto a raíz de mi fuga, la emprendí con la Biblia, la misma que yo había ordenado traducir al danés años atrás. Lo dejé a los cinco años, cuando había dado al libro sagrado siete vueltas. Había capítulos del Deuteronomio que me sabía de memoria, con sus puntos y comas. Rezar lo hacía de tarde en tarde y sólo dos oraciones, el Padrenuestro y el Ave María, pues había olvidado las demás. A parte de circundar la mesa y desgastarla me dedicaba a escribir a Bruselas, a pensar y a mirar por el gran ventanal que daba al mar.

La libertad no tiene trabas si se trata del alma. La mía viajaba lo que daba la vista y aún más, llegando a Gante, al sagrado sepulcro de Isabel. Me conocían los pájaros del bosquecillo de castaños y las aves marinas, gaviotas, cormoranes, albatros y alcatraces que moraban en la playa de piedras y pescaban en ella. Hice cierta amistad con una liebre, grande como un cordero, que tenía su guarida en un agujero del terraplén, más allá de las filas de alisos. Le dejaba mendrugos de pan junto a la madriguera y la veía roerlos. Me miraba sin terminar de confiarse. Me acordaba de Isabel y sus ciervos de Roskilde. ¿Cómo diablos haría para cautivarlos? Terminaba evocándola, secándome las lágrimas a falta de pañuelo con la bocamanga.

En el alféizar de mi ventanal de vidrios emplomados hacían sus nidos las golondrinas los veranos y en el otoño se amaban las palomas. Me enternecía escuchar el zureo del macho reclamando a su hembra, atontándola, exhibiendo su ahuecado e irisado plumaje antes de poseerla. Me veía a mí mismo cuando trataba de conquistar a la primera Elisabeth, la arisca. Hice amistad también con ciertos visitantes incómodos: una familia de ratones que se hospedaba detrás del friso de madera de haya que circuía el salón. Incómodos en cuanto al rumor nocturno, carreras y constante enredar en cajones o en el plato de sobras de la cena, resultaban amables, discretos y hasta graciosos en sus evoluciones diurnas. Tardaron en perderme el respeto pero, cuando se acostumbraron a mi presencia callada y taciturna, se paseaban ante mis narices e incluso, durante los inviernos, se colaban en mis zapatillas para cobrar restos del calor de mis pies.

El hecho que me volvió a la vida fue la repentina muerte del usurpador, del malvado Federico I, Dios lo tenga en su purgatorio por mil años. Cuando amaneció muerto en su cama, Cristo me perdone, me alegré tanto como la primera noche que amé a Isabel sin su camisón de castidad. Me enteré de su fallecimiento por el doblar de campanas en las iglesias que rodeaban Sönderborg y las caras largas de mis carceleros. Cierta ilusión llenó mi corazón de golpe, pero era ilusión vana. Tras la referida visita de su hijo ya coronado, mi primo Christian, hubo cerca de un año de revueltas, agitación e insurrecciones del campesinado, hambriento, que llegó a poner cerco a Copenhague. Era el segundo sitio a la sufrida capital en poco tiempo. Tras encarnizadas batallas en la que se denominó Guerra del Conde, mi primo consiguió dominar toda Dinamarca y Noruega. En 1536 el rey Christian III estableció la Reforma en sus reinos.

Mi conexión con el mundo habitable, con los seres que amaba, era por carta. Hasta su cercana muerte en febrero del 58, mi corresponsal habitual era María de Austria. Tras su fallecimiento me escribí solamente dos veces con Margarita de Parma, la hija natural del emperador y Johanna van der Gheents, que había sucedido a María como Gobernadora General de Flandes. A partir de 1540 me escribían de forma regular mis hijas Dorotea y Cristina. Dorotea, a la que viera por última vez con doce años, cuando era una moza espigada que prometía superar en belleza a su madre, se había casado con Federico II del Palatinado, católico elector del Imperio, un matrimonio que no había dado hijos. Cristina, un año menor que Dorotea, era una preciosa niña de once años cuando la dejé en Malinas rumbo a mi destino. Superaba a su progenitora en hermosura y, para algunos, su belleza encontraba pocos parangones en las cortes reales. Su tío Carlos, empeñado en una buena política matrimonial desde siempre, quiso afianzar su posición en el Norte de Italia casándola con Francesco Sforza, duque de Milán, hijo de Ludovico el Moro y Beatriz D'Este. Después de dos años de estéril matrimonio, murió el duque —un hombre mujeriego— dejando a mi hija viuda con quince años. Cristina contaba con muchos pretendientes pero prefirió regresar a Gante para pulirse y, siguiendo los consejos que le diera su madre desde niña, leer, estudiar e intentar atisbar la sabiduría; en 1541 casó nuevamente con el duque Francisco I de Lorena. El matrimonio, diseñado como siempre por el emperador, fue bendecido con tres hijos: un varón y dos niñas. Poco después de nacer la pequeña Dorotea de Lorena el duque falleció en un accidente de caza. Mi hija, viuda otra vez con veinticinco años, volvió a ser codiciada como esposa por su rara hermosura y su infrecuente inteligencia de claro origen materno. Hasta Enrique VIII de Inglaterra, nuestro pariente, la pretendió en matrimonio. El insaciable Tudor, rey del adulterio, fue un verdadero depredador de hembras bellas y jóvenes. Precisado de herederos y de esposas fértiles, envió a una embajada para cortejar a Cristina y ofrecerle el trono. Cristina, como buena hija de su madre, olió al lobo sin necesidad de ver la negra pata. Con su fino sarcasmo y una astucia que no heredó de mí, dijo al embajador:

—Decid a su majestad que si tuviera una cabeza más en mi cuerpo, con todo gusto la pondría a su servicio.

Y es que aquellas alturas el rey inglés, paladín de su anglicana Iglesia, se dedicaba a cortar en la Torre de Londres las testas que se ponían a su alcance ya fuesen de cancilleres, obispos, nobles, aristócratas, reinas o mancebas. Así se escribe la historia: yo pasaré

a la misma como el Cruel y Enrique, que superó en vesania a Nerón y a Calígula juntos, será tenido como artista porque tocaba malamente el violín.

Mi encierro transcurría lentamente. Amante de la paz, el silencio y a la vista de la ferocidad del mundo, casi agradecía el sosiego de Sönderborg. En 1541 supe por mi cuñada María que Francia y Dinamarca habían firmado un acuerdo de paz y socorro mutuo. La alianza militar implicó el automático apoyo danés a los galos cuando el emperador y Francisco I se enzarzaron en uno de sus muchos combates, años después. Apretado al tiempo en varios frentes —los turcos amagaban desde los Balcanes tratando de cogerlo a contrapié— mi cuñado se vio obligado a ofrecer a Christian III, en Spira, un honorable tratado de paz que se firmó en aquella ciudad de la Renania. Ello ocurría en 1544. En virtud de tal acuerdo, mi primo el rey danés obtenía el compromiso por parte del emperador de no prestarme ayuda militar ni económica ni a mí ni a mis descendientes. Era el fin. Había perdido la partida.

*

Perdí la batalla por el trono pero gané la libertad. No era la libertad completa —¿quién es completamente libre?— pero era mucho comparada con la estrechez de Sönderborg. Antes de tomar la decisión lo pensé muy despacio. Mis posibilidades de recuperar la corona sin el auxilio de Carlos V eran nulas. No quise involucrar a mis hijas en las acciones que siguieron tras conocer lo tratado en Spira. Las hubiera consultado con Isabel, de vivir, pues seguro que hallaría el camino acertado, pero mi musa dormía el sueño de los justos hacía ya mucho tiempo. Mandé una carta a Christian III en la que renunciaba a mis derechos, por mí y mis descendientes, al trono de mis antepasados, siempre que se me ofreciese la libertad y un feudo donde pasar en paz mis últimos años. Trascurrieron cuatro sin recibir contestación. Posiblemente mi primo no se fiaba de mí o se sentía fuerte. Hubo un acontecimiento para mí decisivo: en 1547 el emperador Carlos infringió en Mühlberg, aldea cercana al río Elba, un duro correctivo a los coaligados de la Liga de Esmalcalda liderados por el elector de Sajonia, Juan Federico. Ello soliviantó a toda la Reforma y metió el miedo en el cuerpo a más de uno, entre ellos al rey danés. A los pocos meses vino a verme a Sönderborg el notario real. Traía plasmado en un acuerdo de tres páginas mi renuncia. Si la firmaba, mi libertad era cuestión de meses: lo que tardara en aprobar el tratado el Rigsraad. Excusado es decir que firmé de inmediato. Las Navidades de 1548 fueron ya distintas y lo notaron hasta los ratones. Hubo pato de pantano, pecho de jabalí y

pastel de ruibarbo. El día 7 de enero de 1549, tras la Epifanía, Mikkel, mi carcelero, vino a buscarme:

—Señor —dijo—, ha terminado vuestro encierro. Debo decir que os habéis portado como un auténtico monarca.

*

El cielo me pareció distinto y el aire más puro y diáfano. Libertad, ¿habrá oro suficiente para comprarte? La goleta de la armada, de dos mástiles, con la mayor cargada a todo trapo y una cangreja tan henchida como la panza de una preñada a término, surcaba el mar danés hacia Selandia. A punto de cumplir sesenta y ocho años me sentía aún con fuerzas. Me habían adecentado, rapándome la luenga barba blanca y procurándome ropajes nuevos, cómodos. El lugar al que me dirigía era una incógnita. Pregunté al timonel, un oficial de la marina de guerra de juvenil aspecto.

—No lo sé, majestad —dijo.

Me emocioné. Tras muchos años de sufrimiento y trato a ratos vejatorio un mozalbete me daba rango real.

—Ya no soy rey —dije.

—Pero una vez lo fuisteis, majestad, y, para mí, ejemplar. Conozco vuestra trayectoria y la de su majestad la reina Elizabeth, que Dios haya recibido en su seno.

Al nombrar a la reina recuerdo que lloré en silencio. Me fallaban las piernas, tanto que hube de recostarme contra una amura para no caer sobre la borda.

—No era mi intención provocar vuestra emoción, señor —aseguró.

—Eres muy joven para saber de historia…

Me miró con terneza. Dio una bordada de un cuarto de timón y comprobó el sextante antes de hablar.

—Me llamo Isaías Podebusk, señor.

Un velo turbio anegó de nuevo mis ojos. Los Podebusk fueron, desde siempre, mis aliados más fieles.

—¿Eres hijo de Predbjoern?

—Sí, majestad, el tercero. El mayor cuida de la hacienda familiar, el segundo es obispo de la iglesia reformada y yo sirvo al rey en la armada.

—¿Cómo está tu padre?

—Murió va para cuatro años, señor.

—Vaya, lo siento… —dije—. Siempre le conté entre mis grandes amigos. Creo recordar que era del 60 del pasado siglo.

—En efecto, majestad. Llegó a cumplir ochenta y uno. Y estaba como un roble.

—Siempre fue fuerte. Soportaba con estoicismo cualquier contingencia meteorológica y podía beber sin resentirse una tinaja de aguardiente.

—Murió cazando, su gran pasión como sabréis.

—Desde luego. Cazamos juntos muchas veces.

Callamos. Llené mi pecho con la brisa marina. Era agradable sentir sobre la piel el sol huidizo, verte tan libre como las gaviotas y cormoranes que seguían nuestra estela.

—Entonces tenemos a un marino de la armada que no sabe su rumbo —sostuve.

—No dije tal, señor. Sé que vamos a Kalundborg. Pero vuestro destino final lo desconozco. Mis instrucciones son dejaros en la rada del arsenal de aquella ciudad, donde os espera un carruaje.

Fue tal y como dijo el joven Isaías. Me desembarcaron en el arsenal militar donde el comandante de marina y el burgomaestre de la villa me aguardaban. Me cumplimentó con cierta ceremonia un capitán de caballería al frente de un pelotón de marineros indolentes y, en una galera tirada por tres caballos, fuimos al castillo de Kalundborg que iba a ser mi residencia hasta la muerte. Ya allí, el responsable militar me leyó ciertas instrucciones tomadas por el Rigsraad con el beneplácito real. Por privilegio de Christian III se me cedía el feudo de Kalundborg, en total diecinueve parroquias y siete juzgados. Dentro de aquellos límites podría moverme libremente. Viviría de las rentas y gabelas que produjesen mis posesiones que no eran hereditarias, pues revertirían al reino a mi muerte.

*

Han trascurrido diez años desde mi llegada a Kalundborg. No soy el único familiar de mi mujer que ha pasado sus últimos años enclaustrado. Mi encierro se parece más al de Juana de Castilla, mi suegra, que al de mi cuñado, el omnipotente Carlos de España y Alemania. La reina Juana fue sometida contra su voluntad en Tordesillas, lo mismo que yo aquí, al cabo que Carlos se encerró por su gusto en Cuacos de Yuste, un villorrio inencontrable en el mapa a tres días de Madrid en diligencia. También las circunstancias son distintas. Carlos abdicó en su hijo Felipe su herencia materna y en

su hermano Fernando la paterna, mientras que yo renuncié a mis derechos a favor de mi primo. Ambos monarcas descansan ya: Juana murió en el 55 y su hijo Carlos va a hacer un año, en septiembre de 1558. Pocos de mi quinta van quedando y murieron también otros más jóvenes. Mogens Goeye escapó con los demás de Thorshavn, en las Feroe, y ahora vive en Escocia. Desde allí me escribe con frecuencia pero con sobrenombre, pues tiene puesta a precio su cabeza. Dice que vive en las Highlands, en casa de su amante, una linda viuda veinte años más joven. Se dedica a cazar lobos grises, jabalís, ciervos y zorros rojos, a pescar truchas irisadas y salmón en sus ríos de aguas frías y limpias y a destilar *whirge beatha*, un licor escocés fabricado fermentando malta, el mismo que probé más de una vez en Londres y que allí llaman whisky.

Y así pasan los días hasta que Dios lo quiera. Hablo de Dios porque me conviene, porque sé que está cerca, pero ya sabéis que no es mi fuerte. Nunca fui practicante ni devoto. Asisto a los servicios religiosos del domingo, escucho la homilía, rezo los cánticos y comulgo bajo las dos especies, pero mientras tanto pienso en Isabel. Cada día que pasa noto su cercanía más y más. Incluso, entornando los ojos, siento su aroma, el dulzón y a veces empalagoso olor a jazmín morisco que le traían de España. España… Isabel nunca conoció la patria de sus mayores, pero me hablaba de ella. Contaba cosas que su tía Margarita le refirió de moza, de aquella boda entre ella y Juan de Castilla, ambos jóvenes príncipes, fuertes, ardorosos y enamorados. Isabel la escuchaba embobada. Si algo siento es morir sin conocer aquella tierra mágica, dotada de un influjo especial que, según mi cuñado Carlos, te obliga a amarla. El que ve España es para siempre prisionero de su embrujo, me dijo más de una vez. Y debe de ser verdad. Como las mulas que tienen querencia por la cuadra, él fue a morir allí, lo mismo que sus hermanas María y Leonor. María buscó un lugar pequeño, Cigales, paniego pueblo castellano de vino viejo y trigo recental; Leonor murió el año pasado en una aldea perdida cercana a Badajoz: Talaveruela.

Esto se acaba. Ni oigo ni veo, pues un velo blancuzco enturbia mi mirada. De un mes para esta parte se me fueron las fuerzas. Me cuesta media mañana recorrer el corto trecho que lleva al camposanto. Ayer, rezando por Isabel ante la tumba de su tocaya hispana, un cuervo me acechó con insolencia desde la rama baja de un ciprés. No creo en augurios, pero esa noche sopló el viento del este y en su silbido creí escuchar el nombre de mi amada. Rezo porque llegue la parca cuanto antes. Ya está bien Dios de todos,

Santa Madre de Cristo, es una súplica: llevadme ya con ella.

Epílogo

Christian II, nacido en Nyborg el 14 de julio de 1481, murió en el palacio-castillo de Kalundborg el 25 de enero de 1559. Fue el último monarca que gobernó la Unión de Kalmar, que incluía a los tres reinos nórdicos.

Isabel de Austria, reina de Dinamarca, Suecia y Noruega, monarca de vendos y de godos, nacida en Bruselas el 18 de julio de 1501 y fallecida en Zwijnaerde el 19 de enero de 1526, es una de las reinas hispano-austriacas más notables y desconocidas del gran público. Sus vicisitudes, por su presunta conexión con la doctrina de Martín Lutero, nos fueron hurtadas en la historia oficial. En Dinamarca ocurría casi lo propio hasta la aparición, en 2003, de una novela histórica: *Bruden fra Gent* [La desposada de Gante] de Dorrit Willumsen, excelente trabajo de aquella acreditada escritora. Pocas reinas danesas han sido tan amadas de su pueblo y ninguna tan llorada en tantos países. Tras ser inhumada en la iglesia de San Pedro de Gante, su sepulcro, bellamente labrado por orden de Christian II, fue seriamente dañado por las tropas francesas en 1810, durante las guerras napoleónicas. El destrozo fue tal que sus huesos debieron ser guardados en un arca, permaneciendo en Flandes hasta 1883, cuando, a instancias del consejero real Tietgen, fueron trasladados a Dinamarca junto con los de su hijo Hans. Ya en la tierra que amaron, los féretros con los despojos de Isabel y de su hijo fueron llevados a la Catedral de San Canuto, en Odense, donde, en solemne ceremonia, fueron enterrados en su cripta al lado de los de Christian II, el destronado rey. Aquella singular pareja que tanto se amó en vida descansa al fin en paz y unida. A pesar de sus flirteos con la Reforma y de sentirse atraídos por sus tesis, Christian II y su familia no duermen el sueño de los siglos En la Catedral de Roskilde, con los otros monarcas luteranos daneses, sino compartiendo sepulcro con San Canuto, el católico rey y mártir danés (1040-1086), muy anterior a la Reforma.

Referente a las causas de la muerte de Isabel de Austria, se ignora casi todo. Por los síntomas que han trascendido: astenia, poliuria, adelgazamiento y cefalalgias, he novelado como causa primera la diabetes mellitus, una entidad nosológica muy antigua, pero ello no deja de ser una hipótesis más. De hecho he descrito el

final de Isabel como si se tratara de un coma diabético.

Jamás se cumplió el sueño de la reina danesa: ver a su marido o a alguno de sus hijos o nietos instalados en el trono de Dinamarca. Las vicisitudes de Christian II ya las conocemos. Tan sólo añadir que la anécdota de la mesa desgastada por el paso del pulgar del monarca durante años, es simplemente un mito. Es algo tenido como oráculo en Dinamarca, que sabe todo el mundo y hasta llegó a enseñarse en libros escolares, pero que se ha demostrado absolutamente falso por investigadores competentes. Se conserva la mesa de madera, que vi cuando visité la fortaleza de Sondërborg, pero no hay en ella muesca alguna. En cuanto al joven príncipe Hans, no se sabe con certeza la causa de su fulminante óbito. Durante años, historiadores daneses lo achacaron a un envenenamiento inducido por Federico I, pero, si se confirmase la enfermedad materna, hereditaria, ello supondría que Hans pudo haber fallecido por un coma diabético juvenil, mortal incluso hoy día si no se anda ligero. Dorotea, la mayor de las hijas, (Copenhague, 1520-Heiligenberg, 1580) casó con Federico II, príncipe Elector del Palatinado y no tuvo descendencia. Era la preferida de Carlos V, su mejor candidata a la corona danesa, pero los intentos de entronizarla casándola muy niña con Christian, el hijo de Federico I, fracasaron. Podéis ver su retrato en el castillo de Frederiksborg, en Hilleröd, Selandia.

No hubo en el siglo XVI mejor política matrimonial que la de los Habsburgo ni mayor casamentero que Carlos, el hijo de Juana de Castilla. Cristina, la pequeña de Isabel de Austria, (Nyborg, 1521-Tortona, 1590) tuvo una agitada vida sentimental. Con sólo trece años, en 1534, su tío Carlos la casó con Francisco Sforza, duque de Milán. Se trataba de contrarrestar el poderío de Francisco I en el norte de Italia reponiendo en el ducado milanés a la otrora poderosa familia. Muerto el Sforza al año siguiente, Cristina regresa a Gante donde hiberna nueve años. En 1541 casa de nuevo con Francisco I de Lorena. Tres hijos le dio el gran duque: Carlos, Renata y Dorotea. En 1545, al quedar otra vez viuda, aquella bella mujer de veinticuatro años, de maternidad comprobada, postulada además por Carlos de España y Alemania, fue apetecida en todas las cortes europeas. Pero Cristina, inteligente como su madre, no estaba interesada en ser moneda de cambio político y prefirió quedarse en su ducado lorenés velando por los derechos de su hijo Carlos. Trató de casar a su hija Renata (Nancy 1543-Nancy 1608) con Erik XIV, hijo de Gustavo Vasa, o con su primo el rey danés, Federico II, ambos solteros, intentando recuperar para su estirpe alguno de los

reinos de sus padres, pero no lo logró. Hubo de conformarse con ver a Renata en el trono de Baviera a través de su matrimonio con Guillermo IV.

El emperador, cansado de guerrear y sin recursos económicos, no deseaba entrar en conflicto con los países nórdicos. Cuando Federico II contrajo matrimonio con Sofía de Mecklenburgo, de quince años, los planes de Cristina entraron en un momento crítico. En 1577 la reina Sofía y Federico tuvieron un hijo. Era el fin. Cristina de Oldenburg y Habsburgo se retiró a sus posesiones de Tortona, en Italia. Supo allí, en 1588, que Federico II de Dinamarca había muerto y que su hijo de once años, Christian IV, le había sucedido en el trono. Cristina murió en Tortona, la pequeña y hermosa localidad montañesa del Piamonte, en 1590. A través de sus tres hijos tuvo una enorme descendencia —fue tatarabuela de María Antonieta de Austria, la célebre reina de Francia— pero ninguno de sus sucesores volvió a aspirar al trono danés.

Todos los personajes reales, nobles o de alcurnia, incluso los daneses, que se citan en La Desposada de Flandes son auténticos y existieron. En cuanto a la mayor o menor implicación de Isabel de Austria y Christian II de Dinamarca en la Reforma, lo único cierto es que conocieron a Lutero, lo apoyaron y admiraron sus enseñanzas, quedándose en hipótesis el que abrazaran la doctrina del libre examen.

Las Palmas, marzo de 2009